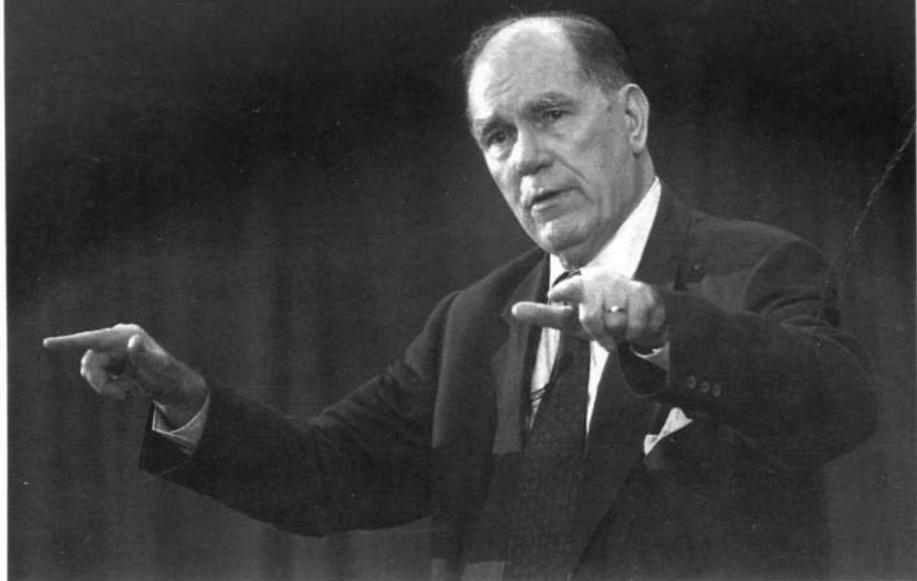




Lyndon H. LaRouche, Jr.

# Rumbo a la recuperación



**LaRouche's**  
COMMITTEE FOR A  
**NEW BRETTON WOODS**

# **Rumbo a la recuperación**

# Rumbo a la recuperación

Lyndon H. LaRouche, Jr.

**LaRouche's**  
**COMMITTEE FOR A**  
**NEW BRETTON WOODS**

Leesburg, Virginia  
Mayo de 1999

Foto de la portada: EIRNS / Stuart Lewis

Fotos interiores: página 12 (estatua de Washington), 67, 98, 213 (la reina y Bush): EIRNS / Stuart Lewis; páginas 12-13 (Adams, Franklin, Garfield, Kennedy, Lincoln, McKinley): Biblioteca del Congreso; página 140: EIRNS / George Hollis; página 147: © *Washington Post*, reimpresa con permiso de la Biblioteca Pública del Distrito de Columbia; página 213 (presidente Jiang Zemin): *Nauka v Sibiri*; página 213 (Schröder): EIRNS / Chris Lewis; página 283: EIRNS / Phillip Ulanowsky.

Pagado por: LaRouche's Committee for a  
New Bretton Woods  
P.O. Box 89, Leesburg, Va 20178  
(703) 777-9451

LBW 99-003

# Indice

- 1 Necesitamos un presidente para una época de crisis** 1
  - 1.1 Lo que debe ser un buen presidente 10
  - 1.2 La hechura y selección de un gran presidente 18
  
- 2 La cuestión estratégica** 27
  - 2.1 Gestación y alumbramiento del Estado nacional 34
  - 2.2 Ventajas físicas 56
  - 2.3 El arte clásico: cómo se toman las decisiones de verdad 63
  
- 3 Aranceles y regulación: los sectores populares básicos** 89
  - 3.1 La cuestión del precio agrícola de garantía 92
  - 3.2 Agricultores y trabajadores 105
  - 3.3 Cuestión de método 123
  - 3.4 Aranceles protectores 130
  
- 4 El fin de la Nueva Era: la cuestión estratégica decisiva** 137
  - 4.1 La Nueva Era en tanto asunto estratégico 149
  - 4.2 Armas nucleares, Henry Kissinger y el gobierno mundial 158

- 4.3 Economía y moralidad 169  
4.4 Las armas nucleares y la Nueva Era 188

**5 Una nueva política exterior y económica 209**

- 5.1 ¿Qué son los cambios de fase? 210  
5.2 Cambios de fase: Al Gore y el  
Long Term Capital Management 220  
5.3 La opción del Nuevo Bretton Woods 227  
5.4 El puente terrestre eurasiático:  
eco de Federico List 233  
5.5 Una alianza EU-Eurasia 243

**Apéndice: la desintegración venidera  
de los mercados financieros 249**

- ¡Conozca a Lyndon H. LaRouche! 283**

## Carta de presentación

12 de enero de 1999.

**E**s hora de reconstruir ese Partido Demócrata de bases populares que forjara el presidente Franklin Roosevelt en las condiciones de crisis de la pasada Gran Depresión. Todas las consideraciones relativas del informe adjunto, titulado "Rumbo a la recuperación", van implícitas en ese lema de campaña que se propone para las elecciones presidenciales primarias del Partido Demócrata para el año 2000.

A lo que se dirige más que nada el informe adjunto es a llamar la atención, sobre todo, al curso de acción que se propone para los primeros meses de 1999, arruinados por la crisis. Este informe se publica para circulación general nacional e internacional, como un documento de la campaña electoral del Partido Demócrata para el año 2000 y, a la vez, como un informe público de las cuestiones que afectarán no sólo a los partidos políticos de nuestra nación, sino también a los preocupados amigos de nuestra nación en el extranjero en los meses que vienen.

Inicialmente, la mayoría de ustedes pensarán que este informe es una contribución desacostumbrada a la campaña política en marcha. Con la primera leída, algunos de ustedes lo juzgarán una intervención atroz. Después de que hayan reflexionado en todo su contenido, quizá terminen por estar de acuerdo en que sólo una declaración de este género es apropiada para traspasar las peligrosas pero difundidas mitologías políticas tanto de los órganos de difusión contemporáneos como de una parte demasiado grande de los líderes actuales del Comité Nacional Demócrata. La mayoría de ustedes reconocerán —unos ya, otros pronto— que es hora de hacer a un lado las ilusiones generalmente aceptadas, por ya más o menos mucho tiempo, acerca de la llamada "política acostumbrada". Es hora de enfrentar las verdaderas cuestiones de la espiral de

crisis nacionales y política exterior cada vez más graves que se desenvuelve en la actualidad.

Si es usted un estudioso de la historia, apreciará que el mundo ha entrado en una época interesantísima, no sólo para esta nación, sino para el mundo entero. Las crisis presentes y las crisis aún más amenazadoras que están por venir pronto nos afectarán por muchos meses, a lo mejor años; tal vez, como la Gran Depresión de la década de 1930, los efectos ya desencadenados por la crisis mundial que está en marcha no puedan superarse plenamente antes de un decenio, hasta después de las elecciones generales que se espera se celebren en noviembre de 2008.

Les puedo asegurar que hay muchas más cosas que vendrán a dominar el temario de los meses venideros de lo que sabe o siquiera desea pensar la mayoría de los ciudadanos, aun algunos de nuestros personajes políticos más refinados, y otros lectores. En las semanas y meses venideros, esas cuestiones se presentarán a paso acelerado, apareciendo en formas tales que sólo chapuceros temerarios las pasarían por alto o las declararían sin importancia.

Así que, con mis mejores deseos personales para todos nosotros, propongo que todos juntos hagamos a un lado ese rumor ponzoñoso de que, por supuesto, será el inelegible vicepresidente Al Gore el que portará el estandarte y la plataforma política del partido en las elecciones generales del año 2000.

De mis compañeros demócratas, y de los republicanos e independientes preocupados por igual, soy su servidor,



Lyndon B. Johnson, Jr.

# **Rumbo a la recuperación**

1

**Necesitamos  
un presidente  
para una época  
de crisis**

**D**e nuevo estoy en campaña activa, como lo estuve por vez primera en 1980, por la candidatura presidencial de nuestro Partido Demócrata de los Estados Unidos. Ya me registré para este propósito, el 8 de septiembre de 1997, ante la Comisión Federal Electoral. Unos meses antes de registrarme, pronostiqué que, a partir de octubre de 1997, el mundo entero se hundiría en la fase final de lo que era ya una crisis financiera y económica mundial cada vez peor, crisis que vino madurando por más de un cuarto de siglo, hasta que reventó. En muchas ocasiones advertí que, a partir de octubre de 1997, dicha fase terminal de la crisis afectaría a todo el mundo, incluida, muy especialmente, la economía estadounidense.

El inicio de esa fase final llegó, en octubre de 1997, tal como lo advertí. Desde entonces, a pesar de los falsos informes optimistas oficiales, la ininterrumpida crisis mundial ha seguido empeorando y haciendo pedazos las recurrentes ilusiones en contrario de los soñadores desesperados. Aún en la actualidad, la mayoría de los desesperados banqueros centrales principales, al igual que los asustados gobiernos de Europa occidental, Japón y los Estados Unidos, siguen produciendo, una y otra vez, informes deliberadamente falsos, histéricos, sobre una presunta recuperación. En las semanas que vienen, la crisis financiera se tornará aterradora. Washington y Wall Street, al igual que Europa occidental, sufrirán desastres para los que no están preparados en lo más mínimo, porque, en el último trimestre de 1998, esos funcionarios gubernamentales y banqueros, como el jefe de la Reserva Federal de los Estados Unidos, Alan Greenspan, rechinaron los dientes y decidieron seguir tercamente im-preparados para la tempestad venidera de pánico financiero, claramente previsible, que azota ahora que empieza la segunda semana del nuevo año.

Así, en noviembre y diciembre de 1998, Wall Street y ciertos funcionarios gubernamentales estadounidenses, al igual que las capitales de Europa occidental, se pavonearon arrogante-mente, proclamando a Alan Greenspan un genio financiero, repitiendo letanías idiotas como ésas de que "los cimientos están firmes" y que "la recuperación está a la vuelta de la esquina". Yo estuve en desacuerdo; a esta crisis se le pudo poner alto, pero, al igual que Greenspan, los principales banqueros

de los Estados Unidos, Europa occidental y el Japón, empezando por los directores de los bancos centrales, prefirieron defender sus locuras, antes que a la civilización. Por eso acusé de estúpido a Alan Greenspan, por recurrir una y otra vez a efímeros rescates hiperinflacionarios de Wall Street, y, sabedor de que esos banqueros y gobiernos estaban resueltos a seguir respondiendo con el mismo género de estupidez a cada nuevo viraje de la crisis, advertí que lo peor vendría poco después de Año Nuevo. La ventisca financiera azota ya; la peor borrasca financiera del siglo se forma mientras escribo estas líneas.

Al final del que ha sido desde hace mucho uno de mis poemas favoritos, Percy Shelley escribió: "Si llega el invierno, ¿estará muy lejos la primavera?" Y yo respondo: "Tal vez no; pero eso depende de que ustedes me ayuden".

El hecho subyacente en la racha actual de crisis políticas en todas partes del mundo es que la crisis financiera y económica mundial que arrecia en estos momentos seguirá empeorando mientras exista el sistema financiero mundial actual. Nunca va a haber recuperación económica en el sistema mundial actual, ni siquiera temporal. Ese podrido sistema, el llamado "sistema actual del FMI", será eliminado, sea porque se lo reemplace con un nuevo sistema del tipo que yo he detallado y que el presidente Clinton debió haber hecho adoptar a principios del último trimestre de 1998, o porque quede enterrado para siempre en la peor catástrofe financiera y económica internacional de toda la historia moderna, que arrojaría a la civilización a una "nueva era de tinieblas".

La fuente principal de energía y desesperación que alimenta cada crisis, actual o potencial, en el mundo entero, incluidos los conflictos militares y las amenazas de guerra, es un subproducto de los intentos de mantener cambios en la política monetaria, financiera y económica internacional como los que hicieron los Estados Unidos, la Gran Bretaña y otras potencias, en una serie de cambios catastróficos de política impuestos a partir de la crisis de mediados de agosto de 1971. A menos que se le dé marcha atrás a esos cambios, la situación actual de los Estados Unidos ya no tiene esperanza. Cualquier candidato presidencial que no comparta este juicio aún no tiene la cabeza en el universo real.

Esa es la situación de los asuntos nacionales y mundiales

que aborda mi candidatura. Sería deseable que otros posibles candidatos a la presidencia y otros altos puestos lleguen a compartir mi punto de vista; mientras no, no están calificados para conducir a esta nación en la época de crisis que se nos viene encima.

Por eso, cuando me registré ante la Comisión Federal Electoral (CFE), en 1997, escogí como asunto de mi campaña la urgencia de fomentar una recuperación económica prácticamente mundial, mediante el retorno inmediato a relaciones monetarias, financieras y comerciales entre las naciones como las que ya probaron su eficacia en la posguerra, hasta 1958, notabilísimamente en los Estados Unidos, Japón y Europa occidental. Así que escogí nombrar a mi campaña actual *LaRouche's Committee for a New Bretton Woods* (Comité de LaRouche por un Nuevo Bretton Woods).

Escogí ese nombre para hacer referencia a uno de los precedentes históricos probados de la historia del sistema americano de economía política. A estos antecedentes, hablando relativamente, se los conoce ampliamente en nuestros días como la clase de medidas de recuperación económica que tomó nuestro presidente Franklin Roosevelt. Esa clase de medidas se necesitan ahora mismo, como las necesitó ese presidente entonces, para evitar que una crisis financiera precipite sin remedio a los Estados Unidos en una profundísima y prolongada ruina económica, la cual nuestro sistema de gobierno probablemente no sobreviviría, como no la hubiera sobrevivido entonces.

Bajo la conducción de Roosevelt, dichas medidas de recuperación se imbricaron con la fundación del sistema monetario original de Bretton Woods. Dicho sistema incluyó, como debe incluir ahora: 1) tipos de cambio relativamente fijos; 2) medidas proteccionistas esenciales, como a) desarrollo en gran escala de la infraestructura económica básica, b) control de capitales, c) control de cambios, y d) participación de las naciones cooperantes en medidas arancelarias esenciales para proteger y fomentar el empleo de las industrias esenciales en cada nación participante.

Vuelvo a advertir, como lo advertí con toda energía en mi campaña demócrata de 1980 y lo he vuelto a advertir repetidamente desde entonces: *para salir bien librados de lo que ha devenido la peor crisis económica mundial del siglo 20, debemos*

*eliminar todos los cambios radicales de la política de las instituciones monetarias y financieras internacionales y de nuestra propia política económica nacional que se han adoptado desde el disparate que, por puro pánico, cometió el presidente Richard Nixon a mediados de agosto de 1971.* Debemos retornar a las directrices venturosas propias del sistema de Hamilton, Carey, List, Clay y Lincoln, el llamado sistema americano de economía política. Tenemos que eliminar esas tonterías monetaristas —radicalmente opuestas al sistema americano— del “libre comercio”, la “desregulación” y la llamada “globalización”, que han sido, de hecho, la causa directa de todos los problemas económicos y sociales principales que han brotado en las Américas, Europa occidental, etc, en los últimos treinta años. Tenemos que eliminar éstas y las tonterías concomitantes de los últimos treinta años y pico, para volver ya, repentina y rápidamente, a las medidas que le dieron buen resultado a nuestra nación y a otras hasta hace treinta años.

El deber del presidente actual, William Jefferson Clinton, es responder a la crisis financiera y económica mundial actual con rapidez y fuerza, sin vacilar. Tiene que reunir la voluntad y el grado necesario de apoyo político para poner en vigor ciertas medidas radicales iniciales, necesarias para ponerle alto a la desintegración económica en marcha. La campaña del Partido Demócrata para las elecciones generales del año 2000 debe aportar apoyo político y fortaleza a las medidas de urgencia que nuestro acosadísimo presidente tiene que tomar ya. Mientras tanto, nosotros, como partido, debemos preparar el próximo gobierno electo, en el Ejecutivo, en el Congreso y en el gobierno de cada estado federal de nuestra Unión, un nuevo gobierno que consolide y refine estas acciones de urgencia para la década venidera, cuando menos.

Cualquier candidato a la presidencia que no apoyare y continuare el mismo curso de acción remediadora, sería una opción inútil y hasta, quizá, una amenaza, como lo es el vicepresidente Al Gore, con su programa de la Nueva Era. Cualquier candidato —de la Nueva Era o no— que no emprenda la vuelta a las tradiciones de política económica, obras públicas, medidas proteccionistas y soberanía nacional que fueron nuestro molde político nacional todavía con el presidente Kennedy y en los primeros años del presidente Johnson, sería una amenaza al

futuro no sólo de nuestra nación y su pueblo, sino también de la civilización en general. Yo soy el posible futuro presidente ejemplar que dirigiría a la nación en la adopción de dichos remedios, así como el modelo de referencia para cualquier otro posible candidato —demócrata o republicano— que hiciere lo mismo.

Cierto, han pasado ya casi veinte años desde mi campaña por la candidatura presidencial demócrata de 1980. Soy casi veinte años mayor y he sufrido una afección reciente; estoy empeñado en recuperarme lo antes posible, dadas las responsabilidades que me esperan. Comoquiera que sea, en este momento no hay otro posible candidato que se aproxime a mi capacidad comprobada para el cargo de presidente de los Estados Unidos. Mi calificación singular se hace más patente cuando consideramos la naturaleza especialísima de las crisis moral, social, financiera, económica y estratégica que se dirigen a su punto culminante tanto en los Estados Unidos como en todo el mundo.

Así que, si el lector examina las cuestiones y proposiciones que he planteado en campañas anteriores, y si compara mis advertencias y las medidas que propongo con las de mis principales contrincantes demócratas y republicanos, de ahora y de antes, sólo le queda una conclusión racional. Consta que soy el pronosticador económico de largo plazo más acertado de los últimos decenios en todo el mundo contemporáneo, mientras que todos los economistas rivales se han equivocado por lo general. A la vez, los programas económicos y de otra índole que he propuesto en los decenios pasados resultan ahora, en su conjunto, proféticamente congruentes con la naturaleza de las cuestiones que enfrenta el mundo, arruinado por la crisis, en tanto que, hasta ahora, la política económica de los economistas, banqueros y dirigentes políticos más afamados por los órganos de difusión en los Estados Unidos y Europa occidental en el último cuarto de siglo, no. No, después de personajes como Konrad Adenauer, Charles de Gaulle, Ludwig Erhard, Hermann Abs (del Deutsche Bank) y el asesinado Jürgen Ponto (del Dresdner Bank). Lo peor vino más recientemente, cuando el último director cuerdo del Deutsche Bank, Alfred Herrhausen, fue abatido por un equipo de profesionales de inteligencia, en noviembre de 1989. Este asesinato eliminó un obstáculo importante a la política que seguían Margaret Thatcher, de

la Gran Bretaña, y François Mitterrand, de Francia.<sup>1</sup> Desde entonces, ninguna nación de Europa occidental ha adoptado medidas económicas sensatas.

Hay otras razones por las que, mientras no se preparen y presenten otros candidatos apropiados, soy el único candidato activo calificado para asumir las tareas de fijar rumbos y tomar decisiones estratégicas que le tocan al próximo presidente. Mis capacidades especiales se correlacionan de modo preciso con los más mortíferos de los problemas específicos de la crisis que enfrentan los Estados Unidos y el mundo. Abarcan una combinación singular de capacidades intelectuales y emocionales, además de una riqueza acumulada del conocimiento pertinente de la historia y el arte de gobernar, sin igual entre ninguno de los otros posibles candidatos visibles hasta ahora. Para dar algunos precedentes históricos, estoy tan calificado para ser presidente para la crisis mundial de hoy como lo estaba Franklin Roosevelt en 1932–1933, y, entre ciertos ex estadistas veteranos como yo mismo, como Konrad Adenauer para sacar del pozo a la Alemania de posguerra, y el presidente Charles de Gaulle para Francia. Nada de esto es jactancia; no hay lugar para humildes “Uriah Heep” en la Presidencia de los Estados Unidos de nuestros días. Es sencillamente una conclusión dictada por todos los elementos de prueba decisivos a la mano.

Pasando a lo que muchos demócratas influyentes consideran aún el “lado malo” de mi candidatura, muchos de ustedes han sentido los efectos de una gigantesca y prolongada guerra de propaganda que han librado en mi contra los grandes órganos de difusión y ciertas dependencias sucias de nuestro propio gobierno federal. Estos efectos incluyen la labor de los elementos más corruptos de nuestro Departamento de Justicia y otras partes de la llamada “comunidad de inteligencia secreta”, que han puesto en marcha esfuerzos concertados para vilipendiarne, con su propaganda de odio y sus jugadas sucias clan-

1. El 7 de julio de 1998, el gobierno alemán publicó oficialmente 1.398 páginas de documentos secretos que, sin mencionar el plan de Herrhausen al respecto, de todas formas documentan la ferocidad tanto de la primera ministra británica Margaret Thatcher como del presidente de Francia, Mitterrand, precisamente en estas cuestiones de política económica en ese entonces. Respecto a los hechos a los que se refieren los documentos secretos publicados, véase Helga Zepp LaRouche, “Germany’s Missed Historic Chance of 1989”, *Executive Intelligence Review*, 14 de agosto de 1998.

destinas, por ya más de veintiséis años. Como dijera un ex asesor importante del presidente Clinton: "Nunca lo van a exonerar [a LaRouche]. . . Se volvería un héroe popular nacional instantáneo. . . Nunca aceptarían que [LaRouche] adquiriera esa posición como posible candidato [presidencial]".

No hay razón para que crean ustedes que mi nombre o mi candidatura tienen de veras un "lado malo". Ya se han presentado en público pruebas abundantes, más que suficientes, para demostrar que toda la operación de difamación, persecución penal y otras jugadas sucias en mi contra se basó en acusaciones fraudulentas y otros informes y caracterizaciones falsos, orquestados por el gobierno y los grandes órganos de difusión, así como en actos fraudulentos, por ejemplo, del infame Departamento de Justicia de los EU, coludido con ciertas personalidades ruines de la judicatura federal. Los que insistan en que "LaRouche tiene un lado malo" deben investigar el lado oscuro de sus propias conciencias.

Los dirigentes honrados del Partido Demócrata, los sindicatos, etc, que se atengan a los hechos y no a los chismes y rumores repetidos, admitirán que ese vilipendio no daña mi candidatura actual. Es un timbre de honor que me han otorgado los enemigos de nuestra nación que me temían y odiaban tanto que no encontraron más que esos métodos corruptos para tratar de eliminar mi influencia no sólo en los Estados Unidos, sino en el mundo entero. La propaganda sucia y las operaciones judiciales clandestinas y de otra índole no me descalifican para ejercer autoridad en nuestro gobierno; descalifican a quienes, en vez de apoyarse en principios de veracidad y justicia, se niegan a reconocer los orígenes políticos corruptos de sus propios chismes y prejuicios desorientados.<sup>2</sup>

2. Además de los órganos de difusión y las fuentes gubernamentales, la fuente principal de difamación publicada en mi contra viene de un viejo aparato privado de operaciones sucias del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, la llamada Liga Contra la Difamación (ADL) de B'nai B'rith. Naturalmente, la ADL, en sí misma una operación puerquísima, utilizó en grande su acusación fraudulenta de "antisemitismo". La ADL siempre ha sabido que mis lazos específicos con el judaísmo se ejemplifican en mi apoyo a la herencia del gran Moses Mendelssohn de Alemania. La ADL se creó precisamente para combatir y difamar la influencia tradicional de Mendelssohn entre los judíos estadounidenses desde vísperas de la Primera Guerra Mundial. Como de costumbre, en sus acusaciones en mi contra, como en las que le ha hecho a muchos otros, la ADL simplemente mintió con su descarado de siempre.

Se tiene que admitir que, hechos a un lado los efectos del vilipendio, parece que aún queda por resolver la cuestión de la edad y los problemas de salud. Sin embargo, ¿preferirían ustedes un líder capaz de ganar la guerra que amenaza hoy a nuestra nación, aunque, como el general MacArthur de la Guerra del Pacífico y el desembarco de Inchon, no sea la opción más joven para el puesto de mando; o preferirían un comandante supremo como ese cabeza de palo del vicepresidente Al Gore, a quien, con toda generosidad, pudiéramos equiparar al modelo del perdedor general George MacClellan? Yo diría que hay un modo en que los demócratas pueden afrontar la cuestión de mi edad. Hay un modo posible de encontrar un candidato calificado que no sea yo, reclutarlo para que haga campaña por el puesto y hacer que salga electo.

De momento, ningún otro candidato calificado se ha comprometido a hacer campaña por el puesto. El vicepresidente Gore, pretendiente actual, no sirve ni mental ni moralmente para ese puesto, y es intrínsecamente inelegible, una persona merecidamente despreciada por muchos de los sectores populares que forman la base del Partido Demócrata. El Partido Demócrata postularía a Gore sólo si quisiera estar seguro de perder las elecciones ante algún nene republicano de Bush. Se podría escoger y preparar para la candidatura un aspirante demócrata bueno y elegible que no sea yo, siempre que se den

---

El papel de la ADL en estas operaciones relacionadas con el FBI lo complementó una sección muy sombría y muy sucia de la burocracia sindical, una organización nacional de inteligencia secreta que se construyó en torno al ahora difunto Jay Lovestone, en cierta época jefe del Partido Comunista de los EU, como una operación de infiltración tanto del FBI de J. Edgar Hoover como de la facción británico-estadounidense-canadiense de Wall Street en el aparato de inteligencia exterior de los EU. Un protegido de Lovestone, el ahora difunto Leo Cherne, fue parte integral de las operaciones que el gobierno secreto enderezó en mi contra entre enero de 1983 y enero de 1989 a solicitud de Henry A. Kissinger, a través de la Junta Consultiva Presidencial de Inteligencia Extranjera (PFIAB). Con eso se encubrieron las operaciones de inteligencia secretas (Orden Presidencial 12333) que realizó en mi contra en esas épocas el rincón de "antiterrorismo" e "Irán-contras" que dirigió el vicepresidente George Bush en el Consejo de Seguridad Nacional de 1983-1989. Estas operaciones en mi contra son semejantes —y las dirigen, en gran parte, las mismas instituciones y hasta algunas de las mismas personas— a las operaciones de inteligencia secreta enderezadas en contra del presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, desde que fracasó la campaña de 1992 por reelegir al presidente George Bush.

ciertos pasos cuanto antes. Mientras tanto, debo servir de único candidato calificado en campaña, al menos hasta que aparezcan alternativas apropiadas.

En esta sección inicial de este informe, paso ahora a explicar los pasos por medio de los cuales se debe reclutar, formar y adoptar otros candidatos apropiados.

## 1.1 Lo que debe ser un buen presidente

Los componentes del Partido Demócrata, y los ciudadanos en general, hemos llegado otra vez a la época en que, de acuerdo con nuestra Constitución actual, debemos escoger un nuevo presidente. Para entender cuáles deben ser las capacidades especiales de un buen presidente de los Estados Unidos, sobre todo en condiciones de crisis financiera, económica y estratégica al menos de la gravedad de las que enfrentó el presidente Franklin Roosevelt, el ciudadano preocupado y serio debe comparar a cualquier candidato actual a ese puesto con nuestros presidentes más grandes del pasado. Todos los alumnos de secundaria deberían hacer dicho estudio en sus clases de historia de los Estados Unidos. Por desgracia, nuestras escuelas públicas y universidades han degenerado muchísimo en los últimos treinta años, y, encima de eso, el estudio de la historia de los Estados Unidos, que antes era obligatorio en todas las escuelas secundarias respetables, se eliminó desde hace mucho del plan de estudios, en el que ahora, en vez de pensar, se recurre a chismes vacuos acerca de recortes de periódico y programas de televisión. Con todo, los hechos están a la disposición del que los busque.

Los ejemplos de lo que debe significar la categoría *presidente de los Estados Unidos* forman una lista corta. Esos nombres son: George Washington, James Monroe, John Quincy Adams, Abraham Lincoln, William McKinley, Franklin Roosevelt y, potencialmente, los presidentes asesinados James Garfield y John F. Kennedy. Implícitamente, debemos añadir a esa lista al fundador principal de la independencia y la república constitucional de nuestra nación, Benjamín Franklin.

Salvo otros presidentes que murieron poco después de tomar posesión, el resto fueron: 1) defectuosos, sea por estar gravemente desorientados en ciertos asuntos decisivos o por ser

sencillamente mediocres en intelecto y la conducción de su puesto o por ambas cosas (así, los dotados Tomás Jefferson y James Madison fueron presidentes defectuosos, pues, después de la muerte de Benjamín Franklin, cayeron bajo influencias del exterior como la de Albert Gallatin; 2) viles bribones, como Van Buren, Polk, Pierce, Buchanan, Teodoro Roosevelt, Woodrow Wilson, Calvin Coolidge y George Bush.

Los grandes presidentes de la lista corta son los que, junto con Franklin y otros personajes destacados, de estatura presidencial, como Alexander Hamilton y el presidente de la Cámara de Representantes Henry Clay, han aportado la savia intelectual que mantiene viva hasta el presente a la institución presidencial, a menudo maltratada. Ahora hemos llegado al extremo en que esa institución pudiere verse no sólo destruida, sino aún extirpada por el golpe de Estado de corte parlamentario británico que está en marcha no sólo en contra del presidente Clinton, sino en contra de cada rasgo esencial de nuestra Declaración de Independencia y nuestra Constitución.

La comparación de las cualidades de mando que demostraron los presidentes de la lista corta con las fallas o la mediocridad general, si no es que algo peor, de los de las otras dos categorías, deberá darnos una idea de lo que el título presidente de los Estados Unidos ha de implicar en lo que hace a las cualidades que se requieren de la persona escogida para ejercer ese puesto.

A partir de los escritos y otras actividades de los presidentes de mi breve lista preferida, hay que subrayar ciertos rasgos de su concepto del mundo y sus métodos de conducción. Primero, todos ellos, al igual que yo, eran adherentes de una tradición europea moderna antioligárquica y republicana, con raíces comunes, como el Moses Mendelssohn de Alemania, tanto en la reavivación de la tradición griega clásica por parte de la civilización europea moderna como en los principios relativos al estadismo que se desprenden, muy conspicuamente, del punto de vista común de que todos los hombres y mujeres estamos hechos a imagen del Creador, según esa idea ecuménica de la naturaleza humana individual y los derechos y deberes naturales fue subrayada por Moisés y apóstoles cristianos como Juan y Pablo.

El principio de derecho constitucional y estadismo en general que distinguió a los grandes presidentes fue la necesidad

# La 'lista corta' de buenos presidentes



*George  
Washington*



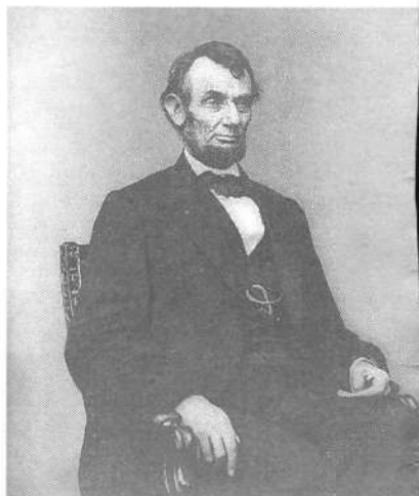
*Benjamín Franklin*



*John  
Quincy Adams*



*James Monroe*



*Abraham  
Lincoln*



*Franklin D. Roosevelt*



*James Garfield*



*William McKinley*

*“Los ejemplos de lo que debe significar la categoría ‘presidente de los Estados Unidos’ forman una lista corta,” escribe Lyndon LaRouche. “Esos nombres son: George Washington, James Monroe, John Quincy Adams, Abraham Lincoln, William McKinley, Franklin Roosevelt y, potencialmente, los presidentes asesinados James Garfield y John F. Kennedy. Implícitamente, debemos añadir a esa lista al fundador principal de la independencia y la república constitucional de nuestra nación, Benjamín Franklin”.*

*John F. Kennedy  
(a la derecha, con  
su hermano Robert)*



de definir al Estado nacional republicano soberano como la organización más apropiada de la existencia humana. Era ésta, para ellos, una forma de Estado contraria a las tradiciones paganas del gobierno de la aristocracia terrateniente, la oligarquía financiera o la burocracia estatal autoperpetuada. Las nociones de derecho arbitrario intrínsecas a estas formas tradicionalmente paganas de sociedad de la cuenca del Mediterráneo y la generalidad de Europa degradaban hasta a un noventa y cinco por ciento de la población a la condición política, económica y social prácticamente de ganado humano. Para nuestros presidentes más grandes, la naturaleza del hombre y la mujer es que todos y cada uno representamos una persona hecha a imagen del Creador.

Esta es la noción republicana de derecho natural racionalmente comprobable, una premisa en la que nuestros fundadores basaron su autoridad moral y legal para emprender la Guerra de Independencia, la guerra para fundar nuestra república. A pesar de ciertas concesiones temporales, limitadas, al punto de vista de Locke, este principio prevaleció en la fundación de nuestra forma constitucional federal de unión como república. Todo el resto de las leyes y el gobierno tiene que subordinarse, lo antes posible, a dicho derecho natural. Este cuerpo de derecho natural proscribió explícita e implícitamente todos los intentos de tratar negativamente a cualquier persona, en cualquier forma, si dicha discriminación *se apoya explícita o implícitamente en supuestas distinciones biológicas* entre orígenes nacionales o religiosos, orígenes raciales putativos o la presunta inferioridad biológica de las llamadas clases económicas inferiores. Dichas formas de discriminación, sean ley o mera práctica, no son sólo un fraude odioso de hecho, sino un insulto personal al Creador, una abominación moral insufrible.

Mi idea del derecho natural se reflejó en el desdén de Leibniz por la defensa implícita que hizo Locke de la esclavitud como cuestión de "derecho de propiedad", así como en el propio principio de Leibniz del derecho natural de la persona a "la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad". El principio de Leibniz es la piedra angular de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos (1776). De modo semejante, el mismo principio de derecho natural de Leibniz, y el mío propio, se expresa en la consideración dominante del "bienestar general" que se plantea en el preámbulo de nuestra Constitución Federal

y que es el cimiento de todo el derecho genuino que se haya practicado con honor en nuestra república federal.

En contraste con las mediocridades morales, o algo peor, que han ocupado la presidencia por la mayor parte del siglo que termina, como Teddy Roosevelt y Woodrow Wilson, los grandes presidentes de la lista corta, ejemplificados por los fundadores de nuestra república, entendieron que las raíces de casi todas las realizaciones de nuestra nación brotaron de ideas traídas acá desde Europa, obra de los pensadores más grandes de Europa, pensadores como Leibniz, que van desde los de la antigua Grecia clásica hasta el presente.

Cierto, hasta la fecha, a no ser por momentos fugaces, como la conducción de la Quinta República de Francia por parte del presidente Charles de Gaulle, Europa occidental nunca se ha liberado de las reliquias del dominio del Estado por gobiernos parlamentarios o formas de franca tiranía oligárquica axiomáticamente afines a las parlamentarias. En los sistemas parlamentarios, por ejemplo, los oligarcas mandan por encima de los gobiernos electos, gobiernos que el Estado dominado por la oligarquía puede derribar con rapidez mediante un golpe de Estado parlamentario, como el golpe de Estado parlamentario de corte británico que la oligarquía financiera común a la Mancomunidad Británica y sus cómplices estadounidenses ha orquestado en contra del presidente Clinton.

No obstante, es relativamente poco lo que hemos conquistado hasta la fecha en la historia de los EU que no nos lo hayan dado los más grandes estadistas, poetas y científicos de Europa. Los escritos de esos grandes presidentes y otros líderes descolantes, como los Winthrop y los Mather de Massachusetts, como Johathan Logan de Pensilvania, Hunter de Nueva York, Alexander Spotswood de Virginia, reflejan la cualidad del cultivo de la mente de los líderes que ejecutaron la obra decisiva en la creación, el desarrollo y la defensa de nuestra república.

Por ejemplo, como lo ha admitido Henry A. Kissinger, entre otros agentes confesos de los intereses del servicio exterior británico, en ninguno de esos grandes presidentes hay nada congruente con la mentalidad depravada de Thomas Hobbes, John Locke, Adam Smith, Jeremy Bentham, el príncipe Metternich o lord Castlereagh. El ejemplo de Franklin Roosevelt, que se levantó de la invalidez causada por la poliomielitis para devenir el presidente más grande de este siglo, ejemplifica ese

cultivo de un modo especial. Merced a los estudios que del legado cultural de nuestra nación hizo cuando sufrió algunos de los lapsos más graves de la enfermedad y algo después, el futuro presidente Roosevelt se levantó de su lecho de enfermo con una especie de renacimiento intelectual y político.

En general, como lo describe Platón en la *República*, hay tres tipos principales de personalidad en la sociedad, no sólo entre la generalidad de la población, sino también entre los sectores gobernantes y otras capas muy influyentes. Los presidentes pasados y futuros de los Estados Unidos también se deben catalogar y juzgar así.

1. El tipo de personalidad ínfimo, en lo moral y lo intelectual, es el que corresponde a las enseñanzas de Thomas Hobbes, John Locke, Adam Smith, Jeremy Bentham, John Stuart Mill, etc, a los existencialistas modernos, como Friedrich Nietzsche, Martin Buber, Martin Heidegger, Hannah Arendt, Jean-Paul Sartre, etc. Todos ellos son parte de una clase de personas cuya noción del mundo está enraizada en lo que los filósofos llaman el principio "hedonista" o de "placer y dolor", personas motivadas por lo que a veces se denomina "los siete pecados capitales". Es éste el que Platón consideraba el tipo moral ínfimo, tipo rayano en la condición de los *yahoos* de Jonathan Swift, como el fiscal especial, perverso sexual y destacado pornógrafo Kenneth Starr.

2. En el nivel supremo, hay personas cuyas ideas y motivos se localizan en lo que los filósofos han denominado "la simultaneidad de la eternidad". Es decir, para todos y cada uno de nosotros, el significado de nuestras vidas mortales, el significado de los verdaderos intereses personales, se localiza en la relación benéfica que tenemos con toda la humanidad pasada y futura, por medio tanto de las ideas válidas que nos proveen personas del pasado de la humanidad como de la importancia de las ideas válidas que nosotros le legamos al futuro de la humanidad. Quienes entendemos que éstos son nuestros intereses personales subordinamos cualquier otra forma de dizque aparentes intereses mortales, en tanto tales, a la defensa de nuestra contribución a perpetuar las ideas válidas del pasado y las ideas benéficas que aportamos para asegurar el futuro de nuestra posteridad.

El segundo de estos tres tipos de personalidad ejemplifica las cualidades de esos líderes sociales excepcionales, el tipo que se necesita en un momento de gran crisis, el tipo de estadista de alto rango que Platón denomina "rey filósofo", el tipo que nos da nuestros grandes presidentes y los consejeros que ayudan a hacerlos grandes.

Tal es la idea gobernante de sus intereses personales que debe motivar a un presidente de nuestra república, sobre todo en condiciones de gran crisis. Quizá algunos de nuestros grandes presidentes no reunieron siempre esa cualidad, pero, en los momentos de sus decisiones trascendentales, todos la tuvieron. La combinación de cierta madurez cultivada con la resolución y la capacidad, hecha hábito, de generar en sí mismos esta cualidad moral de resolución es lo que distingue los momentos de decisión de nuestro puñado de presidentes de veras grandes. Esta debe ser la cualidad que reúna el próximo presidente para este período de crisis mundial.

3. Entre esas dos condiciones morales, la ínfima y la suprema, hay una clase de personas que la *Comedia* de Dante Alighieri ubicó en el Purgatorio. Gente cuya conciencia está atormentada por el conocimiento de que, cuando muera, debe dejar el beneficio de obras buenas, y que tiene que luchar consigo misma para no permitir que sus bullentes deseos sensuales de obtener el placer y eludir el dolor los lleven a los males de las obras malas o al descuido de sus obligaciones morales.

En la balanza en la que se pesan estos tres tipos, el ex secretario de Estado Henry A. Kissinger cae en el ínfimo de los tres niveles de moralidad, una persona malvada, a la que se recordará por haberse autocondenado a reposar en un lugar del Infierno de Dante cercano al conde Ugolino. En contraste directo, los grandes presidentes de los Estados Unidos pertenecen a la suprema de las tres categorías; y presidentes como Tomás Jefferson son ejemplo de estadistas de mente cultivada que han descendido al rango medio de los tres. En la historia real, un estadista puede elevarse, en ciertas circunstancias, por encima de su tipo acostumbrado, o, de manera semejante, bajo influencias corruptoras, caer ocasional o permanentemente, a uno inferior. La cuestión es que la única clase de presidente

aceptable para la época de crisis que se desenvuelve actualmente es uno que se eleve al nivel moral supremo de los tres, como lo hiciera a menudo cada uno de los grandes presidentes, en las ocasiones de la práctica del estadismo en que esta cualidad suprema se les demandaba con la mayor urgencia.

## 1.2 La hechura y selección de un gran presidente

Lo cual nos lleva al asunto de encontrar otros aspirantes de entre los cuales uno o más puedan devenir una alternativa aceptable a mi elección como nuestro próximo presidente. ¿Cómo encontramos a los posibles candidatos que puedan ponerse a la altura de las exigencias que acabo de describir como el supremo de los tres niveles de estadismo? ¿Cómo se deben cultivar dentro de ellos las cualidades y el conocimiento necesarios en el escaso tiempo disponible?

Semejantes candidatos no se pueden hacer de barro, como se dice que el legendario rabino de Praga hacía los homúnculos que le hacían los quehaceres. Ya hemos tenido casos recientes que nos ponen sobre aviso de nunca volver a tratar de hacer a un homúnculo presidente (o, como a "Bibi" Netanyahu o Tony Blair, jefe del gobierno israelí o el británico). La persona escogida para cultivarla como posible candidato presidencial debe poseer ya las cualidades potenciales desarrolladas necesarias para tornarse un candidato presidencial calificado. Debemos empezar por definir cuáles puedan ser esas cualidades de un posible candidato presidencial.

No basta con instruir a la persona en cuestión, aún si demuestra talento. No se produce semejante candidato enseñándole a andar como el equivalente político de una modelo de vestuario o, tal vez, de uno de esos indios de madera que ponían otrora a la entrada de las tabaquerías. Para llegar a ser un presidente de verdad, en vez de la marioneta de una parvada graznante de asesores presidenciales, el futuro presidente debe pasar, como Abraham Lincoln, por esa experiencia sencilla de aprender en la práctica, sobre todo entre "el pueblo", que genere en su interior la capacidad de trazar la política del pueblo, por el pueblo y para el pueblo que necesitaría nuestro posible gran presidente venidero apenas se posesione del cargo.

Esa deseada cualidad se desarrolla mejor cuando se trata de cierto modo especial con los sectores populares que son la base del partido, en especial cuando se enfrenta uno a la situación en que dos o más de esos sectores populares entran en conflicto por lo que juzgan diferencias de intereses, como ocurrió en el pasado entre los sindicatos y los granjeros en torno al asunto de bajar los precios de los productos agrícolas. Semejante situación no se resuelve con esas sofisterías llamadas “intercambio de opiniones” e “intercambio de experiencias de estados emocionales”. En vez de un mero compromiso, se debe descubrir una solución veraz y justa al conflicto aparente, equitativa para todos los *sectores populares legítimos*, y hacer brotar a la superficie de la deliberación.<sup>3</sup>

La respuesta a los conflictos aparentes de intereses entre sectores populares —sectores populares legítimos— se debe encontrar, no en compromisos pragmáticos, sino en cómo rebatió el Sócrates de la *República* de Platón a Trasimaco y Glaucón acerca de las leyes; el único remedio genuino a un conflicto es algo que últimamente el Departamento de Justicia de los Estados Unidos practica sólo muy de vez en cuando: la veracidad. Puesto que sabemos que todos estos sectores populares —dos o más—, al igual que la sociedad en su conjunto, tienen un interés fundamental común, la tarea es descubrir esa verdad con la misma dedicación y las facultades cognoscitivas cultivadas que demanda el descubrimiento de un científico de un principio físico universal comprobable. En esos casos, necesitamos algo mucho mejor que un mero compromiso sobre diferencias; necesitamos el descubrimiento compartido de un principio de acción que nunca exige que un sector del pueblo comprometa sus intereses genuinos, sino, más bien, que llegue a entender esos intereses de un modo más veraz y justo, más profundo, que antes.

La capacidad para abordar esos aparentes conflictos de intereses es el rasgo del don de mando que los ciudadanos deben demandar de funcionarios como el presidente, sobre todo en

3. Como expondré en otro punto de este informe, hay también grupos electorales ilegítimos, aún delictivos, como los usureros (legalizados o no) o los traficantes en drogas ilícitas. Nunca se debe presionar a un sector popular legítimo a transigir en sus intereses verdaderos y justos para beneficio de un grupo ilegítimo.

condiciones de crisis como las que brotan en este momento. Más adelante les daré unos cuantos ejemplos para dejar claro este principio de las cualidades de moralidad y veracidad de la conducción política; abordaremos el conflicto entre los sindicalistas y las organizaciones agrícolas como ejemplo típico de los conflictos que se deben superar de este modo.

Hechas estas observaciones generales, concentrémonos en el proceso que propongo para los períodos venideros de la campaña del año 2000.

Si se pudiere reclutar y preparar algún otro candidato para las elecciones, yo tendría que desempeñar un papel catalítico significativo dándole a dicho candidato mi ayuda poniendo de relieve las capacidades especiales necesarias para abordar eficientemente las cuestiones económicas decisivas y las más críticas de política exterior que decidirán el desenlace de las crisis económica y política mundiales que se profundizan en la actualidad. Es decir, tendría yo que llenar la función que el filósofo Platón le atribuía a un "rey filósofo", un sabio a cargo de preparar y guiar jóvenes con cualidades de posibles candidatos a jefes de Estado.

A mi juicio, la manera apropiada de buscar una alternativa sería proceder de inmediato a reclutar y preparar cierto número de individuos maduros con posibilidades de ser candidatos importantes. El objetivo general sería, desde ahora, reunir los recursos que representan los líderes más veraces y justos, experimentados y capaces, de entre nosotros, para escoger una lista de líderes calificados, de entre los cuales uno o dos devendrían los candidatos principales cuando se acerque el momento de postular candidato. En otros tiempos, ésa era la opinión informada general de cómo debe ser el proceso de selección. Debemos añadir tres restricciones a lo que fue el proceso de selección empleado por la organización de sectores populares de la tradición de Franklin Roosevelt en el Partido Demócrata:

1. Primero, el candidato debe pensar en los asuntos de la ley y otros aspectos de la política del Estado como el legislador adherido a la verdad y la justicia que define el Sócrates de la *República* de Platón, y debe rechazar la norma opuesta, representada en la *República* por los personajes Trasimaco y Glaucón. Esta es también la cualidad mental que el apóstol Pablo, como Sócrates, define en el uso socrático del término

griego *ágape*, como en el capítulo 13 de la Primera Epístola a los Corintios. Según identifica Pablo este principio para los cristianos, todas las demás afirmaciones de moralidad personal son pretensiones vacuas, que no pasan de hipocresía, a menos que la adhesión a la verdad y a la justicia lo gobierne todo. Restaurar una noción de justicia veraz en la corruptísimas práctica actual de nuestro sistema judicial y nuestras leyes es una de las mejoras urgentísimas de las que depende la sobrevivencia de nuestra expuesta república.

2. Segundo, el candidato debe autogobernarse por el principio de razón. El candidato debe admirar y practicar ese hábito mental que, entre los científicos, consideramos inherente a los procesos de reconocer y resolver paradojas como descubrimientos comprobables de principio físico. El candidato debe practicar, en el dominio de los asuntos políticos y sociales, el mismo método de descubrimiento de principios que emplea el descubridor científico en la generación de descubrimientos comprobables de principio físico. A esta cualidad del candidato me referí antes, con respecto a los conflictos aparentes de intereses entre diversos sectores del pueblo.

3. Tercero, el candidato debe combinar esas dos primeras cualidades con la competencia para administrar los dominios que son los campos principales de la labor del Ejecutivo Federal: la economía física y la práctica de las relaciones entre Estados nacionales soberanos. Aunque yo, entre otros, considero que el presidente William Clinton, pese a sus conocidas debilidades personales, es superior en conocimientos y calidad intelectual a la mayoría de sus predecesores recientes en ese cargo, y aunque está mejor informado respecto a la historia y la conducción de las relaciones internacionales que la mayoría de esos presidentes, su ignorancia obvia de los aspectos esenciales de la economía ha sido una de sus vulnerabilidades principales, de su susceptibilidad a consejos malos en cuestiones de política interior y exterior, y fuente frecuentísima de errores de su presidencia. El próximo presidente debe poseer esa competencia respecto a los nexos entre la política económica y la política social y exte-

rior de la que han carecido la práctica del gobierno de Clinton y todos los predecesores recientes.

En estos y otros aspectos, yo sería, con mucho, el mejor presidente posible; pero aceptemos no depender de ningún líder particular más de lo ineludible, por superiores que sean sus capacidades. Propongamos, por el momento, varios aspirantes serios a la candidatura presidencial demócrata para el año 2000. Por el momento, en tanto uno de ellos, yo seré el portaestandarte, el polo de convergencia de ese grupo escogido de aspirantes que puedan resultar idóneos para posiciones importantes, sea la de posible presidente u otras donde se necesiten estadistas de calidad excepcional. Si se satisfacen estos objetivos, mi papel sigue siendo importante, pero mi posición como próximo presidente deja de ser indispensable, como lo es en la actualidad.

Mi primer quehacer es, como lo hago en este informe, crear condiciones para que aparezcan otros candidatos valiosos, invitarlos a darse a conocer y pasar a ocupar su lugar correspondiente. Por el momento, olviden las ideas tontas e inmorales que acerca de la política hemos oído con demasiada frecuencia en labios de Dick Morris, primo del difunto Roy M. Cohn. Echen a la basura la llamada "tercera vía"; los aspirantes calificados vamos a deliberar juntos con los sectores fundamentales de la ciudadanía de los Estados Unidos en su conjunto: los trabajadores organizados, por ejemplo, los granjeros, los negros, los estadounidenses de origen hispanoamericano, los ciudadanos jubilados, los empresarios de los que son ejemplo los que operan compañías de máquinas herramienta, los doctores, los científicos, los ingenieros. Vamos a construir basados en el modelo de los mejores rasgos de la organización de sectores populares del Partido Demócrata reconstruido por el liderazgo de Franklin Roosevelt. No vamos a debatir opiniones previas; vamos a deliberar sobre cuáles deben ser las directrices de nuestra nación. No vamos balbucir lemas y frases atractivas; vamos a reunirnos a pensar.

En cuanto estemos reunidos, nuestra primera resolución será que nosotros y el partido debemos acudir a los electores prácticos, especialmente los que formaron las bases populares del Partido Demócrata del presidente Franklin Roosevelt. Debemos enlistar a esas bases populares como un ejército político

resuelto a recuperar la nación. Debemos apoyarnos no en la propaganda favorable de los órganos de difusión, sino en el poder de ese ejército en marcha a las urnas.

Este proceso eliminaría los peligrosos métodos y tácticas, carentes de principios, propios de la conducción del por desgracia influyente Consejo Directivo Demócrata, encabezado en la actualidad por el demócrata desviado Al From.

En vez de las arenas movedizas de formar a la opinión pública por medio de los órganos de difusión, debemos resolvernos a volver a los métodos de combate de Benjamín Franklin, de su jefe de propaganda de guerra, Tom Paine, de *El Federalista* y de los *whigs* del siglo 19. En vez de esa sofistería barata y tramposa que se ha hecho pasar en los decenios recientes como "debates de campaña", armados y dirigidos en lo principal por las compañías de televisión y sus cómplices, los organizadores de encuestas de opinión, en su mayoría inherentemente corruptos, debemos forjar la política nacional que llevaremos a las urnas al modo en que lo hicieron los más grandes fundadores de nuestra nación. Ya no se debe insultar y maltratar a los electores con las charlatanerías que se han hecho pasar por campañas políticas nacionales en los tres decenios últimos; debemos volver al viejo método de hacer política con los sectores populares, en el que los líderes orgánicos de las genuinas bases populares toman la iniciativa de unirse a los candidatos con el propósito de deliberar cuáles serán las cuestiones a resolver y con qué medidas.

Pongámosle fin al fraude de permitir que los órganos de difusión, en su mayor parte propiedad de nuestros enemigos, como el *Wall Street Journal* y las cadenas periodísticas mundiales de la Mancomunidad Británica, le digan a los electores cuáles son las grandes cuestiones, cada una resumida en "veinticinco palabras o menos". Terminemos con el sistema de campañas electorales cautivo de los órganos de difusión, en el que los periodistas se niegan a pensar, y a los candidatos y los electores no se les permite pensar en voz alta en nada tan precioso como las horas en que más gente se pega al televisor. "Haga favor de dar respuestas breves y rápidas a nuestras preguntas tontas, aunque ni las preguntas ni las respuestas signifiquen gran cosa".

La campaña se debe concentrar en un diálogo continuo entre los amplios sectores populares que representan la tradición

del Partido Demócrata de Franklin Roosevelt. Deberá ser un diálogo socrático, no un debate de opiniones. Los ciudadanos no tienen que debatir, sino más bien deliberar cuáles serán las cuestiones a resolver y con qué medidas. Los sectores populares fundamentales típicos: vlos trabajadores, los negros, los estadounidenses de origen hispanoamericano, los ancianos, los profesionales que hacen sus carreras en las ciencias físicas y la ingeniería, y los empresarios chapados a la antigua, cuya mente no padece la plaga de gorgojos monetaristas que pululan en las mentes agusanadas de Wall Street y la "ultraderecha" republicana de tipos como Gingrich, DeLay y Armev.

La importancia de estos grandes sectores populares es que representan la coincidencia entre los intereses vitales de la república en su conjunto y, al mismo tiempo, reconocen con notable facilidad que sus mejores intereses particulares están en el bienestar de la nación en su conjunto. Si se puede conseguir que la mayoría de la ciudadanía, unida en torno a la noción del interés común de todos esos sectores populares, grandes y chicos, reflexione en la noción del interés común, tendremos la clase de Partido Demócrata que no sólo sería el mejor calificado para conducir a nuestra república, sino que obtendría el apoyo popular para ganar la presidencia y la mayoría de los cuerpos legislativos en las elecciones venideras.

Es importante repetir aquí lo que ya señalamos antes. Dirigirse a los sectores populares no quiere decir meramente darles una pasada con esos sofisticos juegos de palabras entre las variedades contemporáneas de epicúreos y estoicos que se ven en las charlas de televisión, en particular los domingos por la mañana. Ni se trata de agitar lemas y opiniones sobre ellos. Quiere decir trabajar en común con los representantes de esos sectores populares, martillando en el yunque cuando a los conceptos políticos se tenga que conformar a la razón para que devengan la perspectiva política del partido. En la sección siguiente de esta declaración doy algunos ejemplos de esta clase de trabajo.

El resultado debe ser que el Partido Demócrata que se lleve a la convención de mediados del 2000 sea la resurrección del Partido Demócrata del presidente Franklin Roosevelt, una reunión de los representantes de los sectores populares que sustentan al partido, no a Gore.

Esta vez, no dejemos que los expertos de los órganos de

difusión nos vendan un candidato. ¿Qué saben esos manipuladores de los procesos de causa y efecto por los cuales la adopción de determinada política obra cierto efecto sobre el bienestar general de la nación? Un candidato calificado instruye a sus portavoces en el concepto de cuál es la cuestión a resolver y qué política se le debe hacer entender a los electores. La responsabilidad moral del llamado "comunicador" no es presentar el envase del candidato, sino su contenido. Si esa norma eliminare a algunos aspirantes desde el comienzo, mejor para la nación y para el partido.

Si los representantes de los aspirantes a candidatos se reúnen a menudo con grupos importantes de los sectores populares de toda la nación, la discusión resultante será un proceso de deliberación en el que las opiniones tanto de los líderes de esos sectores como de los candidatos cambien profundamente, o al menos se modifiquen, muchas veces. La práctica de reunirse con un grupo de representantes de un sector popular en una ocasión y con los de otro sector diferente en otra ocasión es ineludible y parte valiosa del proceso; pero la deliberación sería ocurre cuando se junta a representantes de varios sectores populares a discutir las mismas cuestiones.

Ilustremos esto último del modo que sigue. Imagínense una sala en la que estén reunidos representantes de los siguientes sectores populares, entre otros. Para hacer la ilustración lo más sencillo posible, imaginemos que en la sala hay representantes de los trabajadores organizados, las asociaciones de negros, las asociaciones de estadounidenses de origen hispanoamericano, los grupos que representan los intereses de los jubilados, algunos personajes políticos locales, algunos profesionistas preocupados (digamos, médicos), algunos empresarios (preferiblemente veteranos del sector de máquinas herramienta), algunos ingenieros profesionales calificados, unos cuantos científicos. Piensen en la hazaña que representa el evitar que semejante asamblea degenera en un debate como el de los ciegos acerca del elefante, un debate entre individuos a los que su parroquialismo no los deje ver la verdad.

El objetivo es definir el bienestar general, primero que nada, y aprender a darle forma a esa idea del bienestar general de tal manera que el resultado general satisfaga los intereses particulares de cada sector popular mejor que si las cuestiones de lo que cada sector considera sus intereses propios se considerasen

por separado, como si estuvieran en conflicto con los intereses de los demás sectores del pueblo. Eso es lo que quiere decir, bien empleada, la palabra deliberación. Una vez que los merolíticos políticos inducen a varios sectores populares a argumentar unos contra otros, cada sector popular habrá aceptado, de hecho, vender tanto lo que juzga estrechamente sus intereses particulares como los intereses de todos los demás. Pongan a los perros a pelear por las sobras, y todos se quedarán con hambre.

Lo que definirá a un aspirante a candidato presidencial como un genuino conductor político de los que de veras piensan es la forma en que aborde las cuestiones de la política nacional e internacional en semejante interacción con la asamblea de grupos populares. Pero este tipo de líder se ha vuelto escaso entre los que han pasado por el curso de los órganos de difusión en formación de la opinión de los decenios recientes.

Si se presentan buenas candidatas al cargo de presidente, ¿quién los va a llevar al puesto a ellos y no a los homúnculos, los productos artificiales de los órganos de difusión? ¿Dónde están los ciudadanos calificados para hacer la selección? ¿Cómo formar a tales ciudadanos? Es en el proceso deliberativo entre candidatas y asambleas populares donde podemos encontrar la respuesta adecuada a estas preguntas decisivas. El resultado de ese amplio proceso de deliberación continua dentro de los ejércitos que debemos conducir a las urnas proveerá la respuesta verdadera, en la vida real, a estas preguntas. Ese es el proceso que debemos poner en marcha ahora mismo para asegurar a nuestra república en contra de los peligros extraordinarios que amenazan los procesos políticos de nuestra nación.

2

**La cuestión  
estratégica**

Usted, ciudadano estadounidense, no debe creerse de veras competente para juzgar lo que a primera vista pudieran parecerle los problemas más urgentes de la actualidad, hasta que haya contemplado el asunto en mayor profundidad que la acostumbrada. Ya debe haber asimilado, de penosos y recientes desengaños, que tanto ahora como en los tiempos que relataba el presidente Abraham Lincoln, “la mayoría de la gente” es engañada “la mayoría de las veces”.

Para juzgar la extraordinaria crisis mundial de nuestros días, debe usted primero arribar a un mejor entendimiento de ciertos temas de fondo, más profundos, sobre los que le han mantenido ignorante hasta ahora, o que quizá usted mismo haya preferido ignorar. Para ir al grano, debe usted considerar ahora ciertos temas de la mayor importancia, de siglos de antigüedad, que suelen pasarse por alto; temas que la mayoría de los ciudadanos de hoy desconocen, pero que sin embargo han dominado y forjado desde siempre no sólo las condiciones internas y estratégicas de los actuales Estados Unidos, sino la historia moderna del mundo entero.

Vive usted en momentos que se verá forzado a reconocer como el clímax de la mayor crisis que hayan conocido los Estados Unidos y el mundo en la totalidad del siglo que ya termina. En los quince meses previos al momento de escribir estas líneas, usted ha vivido en la fase final de una crisis de alcance mundial, la peor del siglo. En este momento está por desintegrarse todo un sistema financiero mundial. Si el “Grupo de los Siete” principales gobiernos nacionales del mundo —que incluye al estadounidense— se sigue comportando como lo viene haciendo sin falta desde 1995, no sólo empezarán a desintegrarse los sistemas financieros, sino las economías físicas mismas de las principales naciones actuales, incluidos los Estados Unidos.

Algunas naciones ya empiezan a desvanecerse del mapa político —en Africa, por ejemplo— mientras que los traficantes de armas británicos, israelíes y aun estadounidenses vierten en la refriega nuevas masas de armamentos, agudizando un caos que, tan sólo en Africa, por ejemplo, en años recientes representa un genocidio que pasa de los seis millones de víctimas, africanos negros que no sólo han muerto en este nuevo holocausto, sino que han muerto de la forma más indecible. En el

plazo corto y mediano se esfumarán otras naciones en forma parecida, o peor. Estamos al umbral de la erupción de guerras locales; una reacción en cadena de proporciones crecientes, conflicto que abarcaría, inclusive, el intercambio de proyectiles termonucleares en la región general del Oriente Medio y otras partes del planeta.

Hasta que brotó, hace unos quince meses, esta fase final de la crisis, la mayoría de ustedes, al igual que su gobierno, al igual que Wall Street, hicieron como si lo más importante que ocurría en el mundo entero simplemente no existía, o simplemente no se permitiría que ocurriese. A diario se escuchaban necias fantasías sobre presuntas recuperaciones económicas a la vuelta de la esquina, en tanto opinión pública prevaleciente. Aún vivían en un mundo de ensueño; la mayoría de ustedes se ocupaban de lo que veían como temas locales o personales, o lo que la "gran prensa" les decía —mintiendo, por lo general— que eran los temas de mayor vigencia. Para la gran mayoría de ustedes la realidad era algo muy, muy remoto; incluso de otro universo, quizá, distinto al de ustedes. La mayoría eran como viajeros a bordo de una nave espacial, el planeta Tierra, y lo único que les importaba eran sus condiciones personales en la nave, o su proximidad a la cabecera de la mesa, en algunos casos. Simplemente desconocían el rumbo de la nave espacial, o les parecía más conveniente, más cómodo, no prestarle atención para nada a semejantes consideraciones.

Como ya les he indicado en la parte introductoria, el actual desastre planetario no surgió de la noche a la mañana; llevaba más de un cuarto de siglo desarrollándose. Como también les he indicado antes muchas veces, la naturaleza general de esta crisis era previsible, y sus peores efectos hubiesen podido evitarse hace muchos años. Yo, por lo menos, los pude prever, y anuncié pública y repetidamente todo lo que veía; y todo el tiempo he estado en lo cierto. Ustedes no respondieron a esa realidad cuando yo se la señalé; siguieron ocupados de sus propias cosas, tratando de no meterse en nada, fijando la atención tan sólo en lo inmediato, en lo local. Ahora se ha desatado, justamente cuando lo dije, la crisis de la que vengo advirtiéndoles. Por fin deben ustedes hacer frente y responder a la realidad, a los temas que tercamente descuidaron por tantos años, hasta ahora.

*Estos asuntos no son muy distintos, en realidad, de lo que*

*fueron hace diez, veinte o treinta años; la diferencia está en que súbitamente, después de tantos años, se ven forzados por fin a prestar atención a lo que siempre estuvo pendiente. No se trata tanto de que el mundo haya cambiado repentinamente, sino que por fin los asalta la realidad inexorable que llevan tantos años tratando de evadir.*

Las cuestiones que ahora deben encarar son los viejos asuntos políticos que siguen definiendo las oportunidades y peligros que siempre ha afrontado la civilización europea moderna, desde los albores del Estado nacional republicano, de mediados a fines del siglo 15. Únicamente desde el punto de vista de entender la más importante de estas constantes estratégicas, y reconociendo la manera en que ese tema subyace a todos los demás, podemos juntos arribar a una comprensión competente y un enfoque eficaz de los temas específicos cruciales de la vida moderna actual, tanto dentro como fuera de los Estados Unidos de hoy.

No pueden ustedes seguir viviendo como venían haciéndolo. Hemos llegado a un momento en que por fin hay que hacer frente a la realidad. Hagámoslo juntos. Vamos; conozcan su futuro, en la historia reciente.

A estas alturas de este escrito debo introducir el siguiente punto, que se basa en los más rigurosos motivos, estrictamente científicos (sin que ello signifique que es un mero tema académico). Entender el planteamiento que hago en esta parte de mi declaración es indispensable para entender competentemente los aspectos de vida o muerte de la actual política práctica, supuestamente elemental, de todos los días.

Como lo demostraré en su lugar, en esta parte de mi declaración, la más temprana identificación histórica competente del inicio de la civilización *moderna* es a mediados del siglo 15 en Europa. Esa fecha, que asigno al intervalo 1438-1492 dC, es un momento preciso; no es posible entender competentemente ninguno de los hechos cruciales de los últimos 600 años de historia de Europa y las Américas si no se cuenta con una comprensión razonablemente exacta de las repercusiones de ese intervalo específico del siglo 15. Fue una época de cambios fundamentales, revolucionarios, de las relaciones sociales y jurídicas de las naciones y entre naciones, en general, un cambio que separa las formas feudales de sociedad de la vida civili-

zada moderna.<sup>4</sup> Todos los asuntos estratégicos desde entonces, en el seno de la civilización europea ampliada, quedan enmarcados por el conflicto entre quienes defienden tal cambio, y quienes, como los autores del enjuiciamiento del presidente Clinton, se oponen a los principios de derecho en que se funda la civilización moderna.

Hoy resulta indispensable distinguir ese nexa, para entender la batalla entre la sociedad moderna y aquellas reliquias de la tradición feudal tan desesperadamente fanáticas como la actual minoría de la "nueva Confederación" en el Congreso estadounidense, así como los cómplices de esa facción neoconfederada, los recién desenmascarados amigos del vicepresidente Al Gore en Wall Street.<sup>5</sup> Esto es indispensable para entender las mismas influencias que anteriormente produjeron a los nazis de Adolfo Hitler, y que son la raíz de los motivos y el extremo de pasión *que anima a las actuales amenazas internas y externas a nuestra república*, por parte de la "nueva Confederación" y sus aliados de Wall Street.

Esa misma comprensión del legado de la tradición feudal, aún en nuestra república federal estadounidense, le aclarará un tanto al ciudadano, un poco perplejo, exactamente por qué la política militar de la Comisión de Directores del vicepresidente Al Gore, de bombardear a Irak, no sólo es estratégica y moralmente viciada, sino también, desde el punto de vista militar, completamente incompetente, y hasta criminalmente estúpida o demencial.<sup>6</sup> Puede pensarse en el apoyo del electorado a esa aventura militar de la Comisión de Directores como si esa comisión fuese una chusma feudal rabiosa y descabezada, jugando su papel en un escenario de Hollywood o Broadway.

4. La distinción entre sociedad feudal y sociedad moderna aparece aquí como distinción científicamente precisa de significado funcional de un ordenamiento legítimo de la sociedad, un deslinde nítido, como la distinción entre los órdenes mamíferos marsupial (feudal) y placentario (moderno).

5. Por ejemplo, el escándalo de las vistosas conexiones de recabación de fondos para la campaña de Gore con D.E. Shaw y Víktor Chernomirdin, compinche y cómplice ruso de Gore, en la medida en que dicha conexión con el escándalo del LTCM en Wall Street se traslapa con las de Gore, Wall Street y Dick Morris, aliado de Gore, a la facción "neoconfederada" del Congreso.

6. Lyndon H. LaRouche, Jr., "Why General Shelton Must Retire Now", *Executive Intelligence Review*, 15 de enero de 1999.

Imagínenselos ataviados, no en el atuendo feudal que mejor correspondería a sus bárbaros atavismos y estado mental, sino anacrónicamente, en estilos civiles y militares de fines del siglo 20.<sup>7</sup>

El punto concomitante que hay que recalcar en cualquier discusión de las cuestiones más importantes que enfrentan los Estados Unidos en su actual política nacional e internacional, es que el proceso que condujo a la fundación de los Estados Unidos emana específicamente de sucesos políticos revolucionarios acaecidos a mediados del siglo 15. Por causas que tienen que ver con la imposibilidad de resolver la naturaleza del Estado nacional y el derecho constitucional en la geografía de los propios Estados europeos, el establecimiento de una república soberana, con carácter de Estado nacional, sólo pudo cobrar forma en el norte de América surgiendo de la Guerra de Independencia y el posterior establecimiento de una unión federal constitucional.

Aunque todos los conceptos de principio expresados en la fundación de esa unión federal independiente se habían elaborado en Europa, y exportado a los Estados Unidos, las naciones europeas eran incapaces de librarse de las reliquias del oligarquismo feudal en la misma medida en que se pudo al fundar los Estados Unidos. El éxito de la fundación de los Estados Unidos, primero con los sucesos de 1775 a 1789 y, después, con las reformas efectuadas a iniciativa del presidente Abraham Lincoln, en el intervalo 1861-1876, condujo a que posteriormente se copiara exitosamente el Estado nacional agroindustrial que por primera vez apareció en los Estados Unidos, tras los sucesos políticos y económicos de dicho intervalo.

7. Estas mismas características de la actual chusma de la "nueva Confederación" en los Estados Unidos es la clave para entender las raíces del antisemitismo de los nazis de Hitler. Esto lo entienden sin dificultad los que conocen la posición legal de los judíos ricos y pobres, respectivamente, especialmente en Europa central, hasta las reformas parcialmente introducidas por Federico II de Prusia, y por el emperador austrohúngaro José II. La política "Fruehmenschen" y demás de las corrientes "neoconfederadas" en el FBI y otras partes del Departamento de Justicia estadounidense, son típicos de los cuasinazis de hoy, de la misma manera que los antisemitas de después de 1923 en Alemania encarnan la característica "neoconfederada" de los nazis de Hitler. El papel del Departamento de Justicia lo ilustra el caso de Hickman Ewing, integrante del equipo del fiscal especial, quien tuvo una destacada acción racista en un sonado caso "Fruehmenschen" en Tennessee, el estado de Gore.

El modelo estadounidense que surgió de los acontecimientos históricos de 1775 a 1876, pues, se convirtió en la norma que define el significado de "república y Estado nacional soberano moderno", pero no sólo eso; aquellos hechos en los Estados Unidos tipificados por las sucesivas actuaciones de Benjamín Franklin y Abraham Lincoln, representan el máximo logro de cualquier revolución político-económica moderna. Este logro histórico se originó en Europa, durante el hiato entre el Concilio de Florencia y el establecimiento de los primeros Estados nacionales modernos, la Francia de Luis XI y la Inglaterra de Enrique VII, a fines del siglo 15. Más adelante, a mediados del siglo 16, cuando se hizo virtualmente imposible realizar plenamente esta revolución en Europa, los líderes europeos de este movimiento se valieron del potencial estratégico de un continente del otro lado del Atlántico, como oportunidad única para establecer en el norte de América lo que parecía casi imposible en Europa en aquellos momentos.<sup>8</sup>

Este, y no la novela romántica, mugrosa y maloliente, del llamado "modelo fronterizo" de Teodoro Roosevelt y Frederick Jackson Turner, etc., es el significado histórico verdadero de la expresión "excepción estadounidense". Son justamente las cuestiones históricas inherentes a tal interpretación de la "excepción estadounidense" las que aún hoy revisten la mayor importancia para identificar competentemente los principales temas de la actual crisis tanto de los Estados Unidos como del mundo en general.

El punto que acabo de plantear es crucial en la formulación

8. Esta idea de colonización de las Américas, como manera de vencer a los enemigos del Renacimiento Dorado del siglo 15, fue desarrollada inicialmente, como estrategia global, por medios allegados al cardenal Nicolás de Cusa, en Italia. Los mapas y demás preparaciones adelantadas por Cusa y sus colaboradores tuvieron por resultado los viajes portugueses a la India, pasando por el Cabo de Buena Esperanza, y la preparación y realización del viaje de Colón al Caribe. Con la degeneración española casi inmediatamente posterior a la muerte de la reina Isabel, continuó la emigración a las colonias de lo que se había convertido en la América Hispana, en parte como escapatoria de la persecución y demás condiciones políticas en España misma. La siguiente tanda de colonización vino principalmente de Inglaterra y Francia, a principios y fines del siglo 17. La Colonia de la Bahía de Massachusetts, de los Winthrop y los Mather, y la Pensilvania de James Logan, fueron los principales centros desde donde se lanzó el proceso organizativo que condujo a la formación de los Estados Unidos de América.

competente de la política estadounidense en las actuales condiciones de crisis nacional y mundial. El ciudadano tiene que contar cuando menos con una idea funcional de estos temas, y su urgente significado práctico para la mera sobrevivencia, incluso, de los Estados Unidos en medio de la crisis que se desenvuelve. Mal podrían considerarse los párrafos que siguen como algo de naturaleza puramente técnica o académica; antes bien, el conocimiento de estos hechos es indispensable para saber cómo nacieron los Estados Unidos, y también para entender la naturaleza de las cuestiones estratégicas externas e internas que atentan contra la existencia actual de este país. Fue por esto que los fundadores de nuestra república se propusieron que los hijos adolescentes de ustedes estudiaran historia, y no que un maestro les mediara una sesión de balbuceos sobre "temas de actualidad" en la escuela secundaria.

## 2.1 Gestación y alumbramiento del Estado nacional

La norma mínima de cultura política aceptable para que el ciudadano pueda definir y juzgar competentemente las cuestiones de las que depende ahora la futura existencia de la humanidad exige reflexionar a fondo sobre la importancia de las curvas que se muestran en las tres gráficas anexas (**Gráfica 1**). Compararemos los respectivos ritmos de aumento, no sólo de la población, sino de la longevidad en tiempos feudales, romanos, y aún de tiempos más antiguos, con la tasa de aumento de la población en la civilización europea ampliada, a partir del siglo 15 en Europa. Luego veamos los cambios de magnitud y longevidad de la población humana mundial, bajo el efecto de los rápidos cambios políticos y tecnológicos que empezaron a difundirse por el mundo más o menos los tiempos del gran concilio ecuménico de Florencia, de 1439 a 1440 d.C.

Imagínese que usted, viviendo actualmente en el norte de América se viese arrojado de repente a una sociedad con la esperanza de vida y las condiciones de vida comunes al 95 por ciento de la población europea de mediados del siglo 14. ¿Puede imaginarse cómo sería la vida aquí en tales condiciones? (**Cuadro 1.**) O si no, haga la comparación entre calamidades tales como la mortalidad en Europa durante la Primera o Segunda

CUADRO 1

### Comparación de la demografía de Europa y los Estados Unidos, 1400 y 1990

	1400	1990	1990
	Europa	Europa	Estados Unidos
Esperanza de vida (años) al nacer	~30	76	75
Mortalidad infantil —muertes antes del año de edad, por cada 1.000 nacimientos	200-250	7	10
Densidad poblacional —población por kilómetro cuadrado	20+	103	26
Alfabetismo —porcentaje del total de la población que sabe leer y escribir	5-10%*	97%	97%

\* No hay registros sistemáticos de este período que puedan proveer una estadística de alfabetismo, y las variaciones eran extremas por toda Europa en aquel tiempo. Sin embargo, mientras que no se describa el alfabetismo en la manera restrictiva de significar conocimiento del Latín, entonces el 5-10% refleja el porcentaje de la población alfabetizada.

Fuentes: *Human Development Report 1992* (UN Development Program, Oxford University Press); *The European Demographic System, 1500-1820*, Michael W. Flinn (Johns Hopkins University Press, 1981); *History of Human Life Span and Mortality*, Gy. Acsádi and J. Nemeskéri (Akadémiai Kiadó, 1970); *Late Ancient and Medieval Population*, J.C. Russell (*Transactions of the American Philosophical Society*, Vol. 48, Pt. 3, 1958); y comunicaciones personales con el profesor Harvey J. Graff, Ph.D., autor de *Literacy in History* (Garland, 1981).

Guerra Mundial, con casos como el derrumbe de la población y las condiciones de vida de la Europa feudal, antes de establecerse por primera vez el Estado soberano moderno, durante intervalos tales como el siglo que desembocó en la nueva era de tinieblas europea, de 1239 a 1350 dC,<sup>9</sup> la Guerra de los Cien Años en Francia, y las Guerras de las Rosas en Inglaterra.<sup>10</sup>

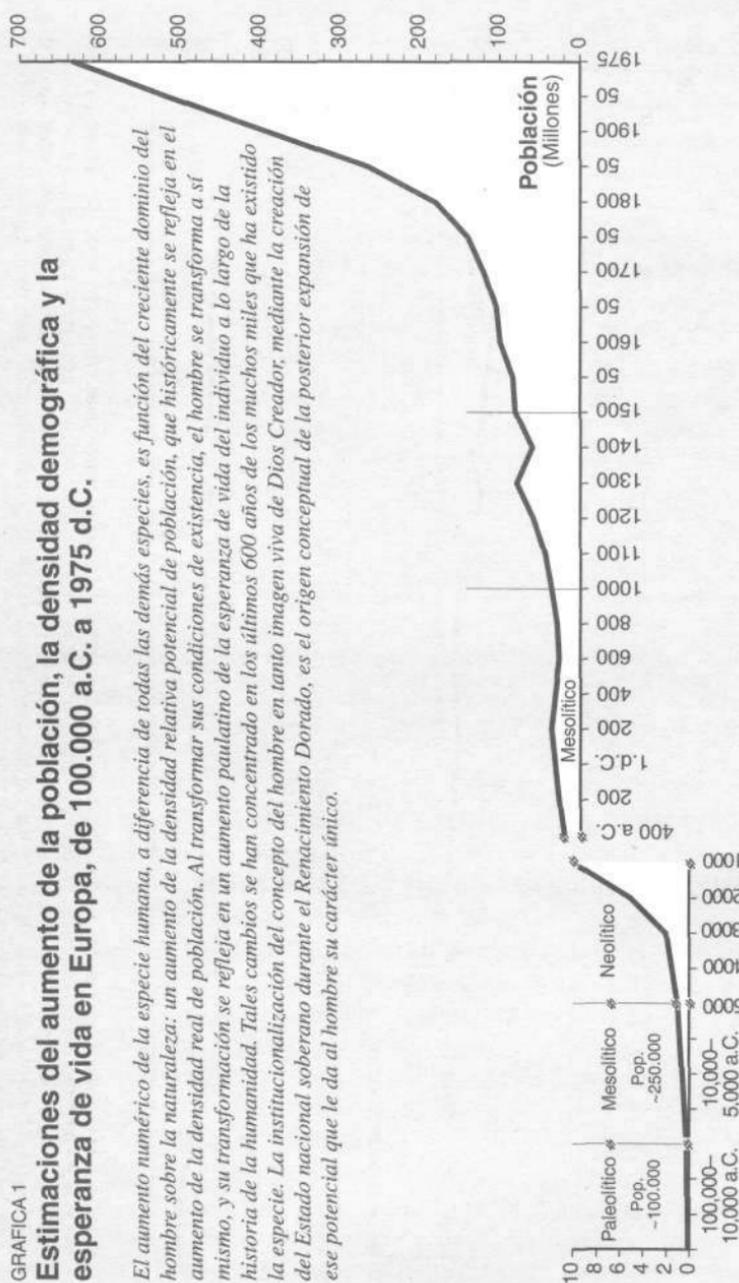
9. Ver Barbara Tuchman, *A Distant Mirror: The Calamitous Fourteenth Century* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1978); William F. Wertz, Jr., "A Not So Distant Mirror: The Lessons of the Fourteenth-Century New Dark Age," *Fidelio*, otoño de 1998.

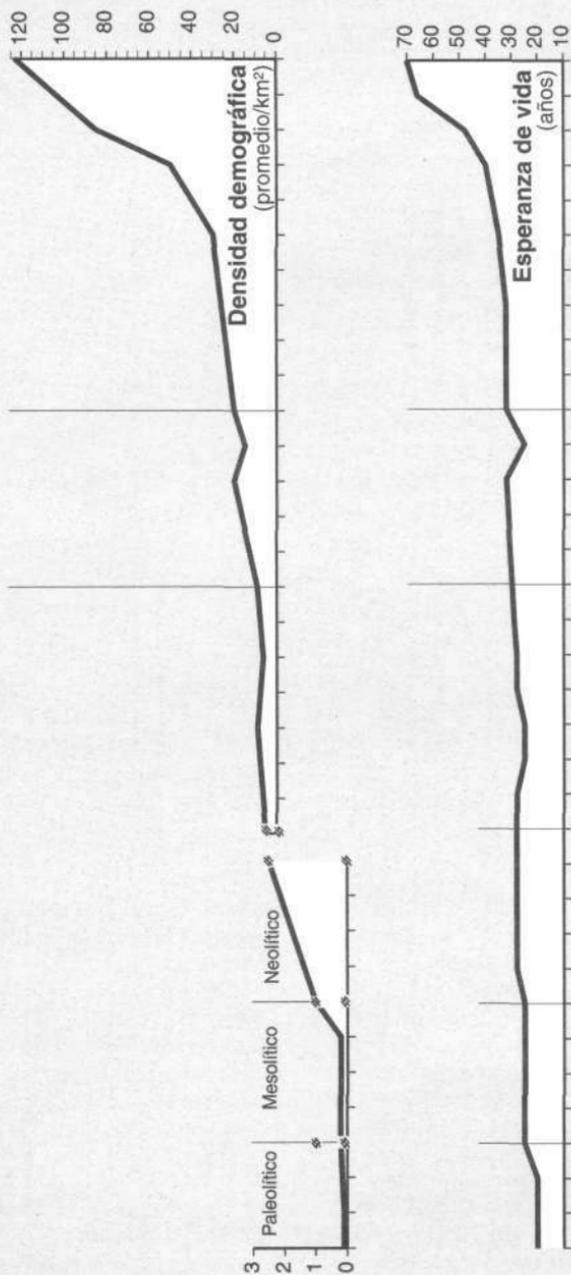
10. Como se señala en el texto anterior, los primeros Estados nacionales modernos se establecieron bajo Luis XI en Francia y Enrique VII en Inglaterra. También merece anotarse que del 1500 dC hasta después de la Guerra Civil estadounidense de 1861-1865 dC, casi todas las guerras libradas en Europa fueron desatadas por facciones feudales, tales como la oligarquía financiera

GRAFICA 1

### Estimaciones del aumento de la población, la densidad demográfica y la esperanza de vida en Europa, de 100.000 a.C. a 1975 d.C.

El aumento numérico de la especie humana, a diferencia de todas las demás especies, es función del creciente dominio del hombre sobre la naturaleza: un aumento de la densidad relativa potencial de población, que históricamente se refleja en el aumento de la densidad real de población. Al transformar sus condiciones de existencia, el hombre se transforma a sí mismo, y su transformación se refleja en un aumento paulatino de la esperanza de vida del individuo a lo largo de la historia de la humanidad. Tales cambios se han concentrado en los últimos 6000 años de los muchos miles que ha existido la especie. La institucionalización del concepto del hombre en tanto imagen viva de Dios Creador, mediante la creación del Estado nacional soberano durante el Renacimiento Dorado, es el origen conceptual de la posterior expansión de ese potencial que le da al hombre su carácter único.





Todas las gráficas se basan en estimaciones compiladas de acuerdo a las escuelas demográficas existentes. Ninguna pretende ser más precisa que las de referencia; sin embargo, la escala normaliza variaciones que podrían tener alguna importancia local o temporal, reduciéndolas todas a la serie de cambios cuya importancia es independiente de la calidad de las estimaciones y la escala de las gráficas. Fuentes: para población y densidad demográfica, *Atlas of World Population History* de Colin McEvedy y Richard Jones; para esperanza de vida, diversos estudios histórico-demográficos. Deben tenerse en cuenta las discontinuidades y cambios de escala que se indican.

Hasta la más somera comparación ilustra que el establecimiento de la forma moderna, soberana del Estado nacional republicano ha sido el más importante avance de las condiciones de existencia humana hasta la fecha. ¿Desea arrojar todo eso por la borda, nada más porque se lo dice el vicepresidente Al Gore?

Hágase la siguiente pregunta: ¿Cuáles son las características de la forma moderna de república soberana, de Estado nacional, que han acarreado tan enormes bondades a todos los sectores de la humanidad a los que se ha permitido compartirlos? En la respuesta a esa pregunta yacen claras soluciones a todo lo que, de otra forma, pudiera considerarse secretos a tomar en cuenta al formular la política nacional e internacional, para definir qué cosas ameritan que se luche por asegurar y mantener.

Para contestar esa pregunta, se tienen que considerar dos clases distintas, pero interconexas, de cuestiones.

La primera de estas cuestiones es la diferencia fundamental, en principio de derecho, que separa a una república de cualquier forma de sociedad oligárquica. Muy pocas personas, aún de las que se consideran cultas, sabían, hasta el momento de leer estas líneas, cuál es la diferencia en derecho, funcionalmente determinada, entre la sociedad feudal y el Estado nacional moderno. Vamos a aclarar enseguida esta importante cuestión.

El siguiente asunto a considerar son aquellos principios aplicados durante los mejores períodos de la forma moderna, sobe-

---

veneciana, que o procuraba retornar al tipo de sociedad globalizada, anterior al Estado nacional, que existió antes del Renacimiento del siglo 15 —como por ejemplo las llamadas guerras religiosas de los siglos 16 y 17, y la Sacra Alianza de Metternich— o simplemente se oponía a los esfuerzos por establecer en Europa Estados nacionales basados en el modelo de la república constitucional estadounidense. La Primera Guerra Mundial fue orquestada de antemano por el Imperio Británico del rey Eduardo VII, para dismantelar lo que Londres consideraba una "amenaza geopolítica" de cooperación pacífica entre los Estados Unidos, Francia, Alemania, Rusia, Japón y la China republicana de Sun Yat-sen. La Segunda Guerra Mundial resultó de los esfuerzos de Londres y sus compinches de Wall Street por llevar a Adolfo Hitler al poder con el golpe de estado del 28 de enero al 29 de febrero de 1933. No es la forma moderna del Estado nacional soberano lo que causa tan ruinosas guerras, sino todo lo contrario.

rana, del Estado nacional, que son la causa principal del gran aumento de longevidad y condiciones de vida en relación con las condiciones demográficas del mundo antes del siglo 15 en Europa. Examinaremos entonces primero la distinción de principio entre el Estado nacional republicano y la sociedad feudal; luego veremos las medidas que hacen que el Estado nacional soberano sea superior en desempeño demográfico a cualquier otra forma de sociedad.

El surgimiento de la forma soberana moderna de Estado nacional, o república, fue relativamene súbito, en el plano histórico; fue, empero, fruto de un largo proceso que había comenzado con las Constituciones de las ciudades griegas jónicas antes de la conquista persa. La continuación de ese proceso se reflejó en las posteriores reformas atenienses, bajo el liderazgo de Solón. Impulsó otro tanto el proceso la aparición de la *cultura griega clásica en Atenas, con avances culturales cualitativos* tales como la revolución de Praxiteles y Escopas en la escultura, las tragedias de Sófocles y Esquilo, y la influencia de Sócrates y Platón. El parteaguas definitivo, que llevó al establecimiento de los primeros Estados nacionales verdaderos en la Europa del siglo 15, fue la prédica de Jesucristo y la obra posterior de sus apóstoles, especialmente Pablo y Juan. Fue la propagación del cristianismo por toda la civilización helénica del Mediterráneo, a través de los apóstoles, que hablaban el griego de Platón, lo que puso en marcha el proceso que desembocó en el establecimiento del primer Estado nacional moderno en Europa, a fines del siglo 15.

La evangelización de los apóstoles cristianos se valió del lenguaje y las ideas de Platón, como conducto filosófico por el cual se difundió el cristianismo;<sup>11</sup> fue así como se incorporó el siguiente principio político en los fundamentos de la civilización europea posterior a Cristo: *la interpretación cristiana de Moisés, de que todos los hombres y mujeres son hechos a imagen*

11. Con la destrucción del Imperio Aqueménida (Persa) a manos de Alejandro Magno, el griego clásico de la Academia de Platón se convirtió en norma cultural de toda la región mediterránea existente, incluida palestina. El hebreo existía en texto escrito, pero no como idioma hablado. Los textos religiosos que comúnmente usaban los judíos eran en griego, el cual, según los expertos, solía ser el griego popular, de la calle, y no la versión culta. El griego platónico fue el idioma de las grandes conversiones que realizaron los apóstoles, generalmente entre la gente de habla griega.

*del Creador, constituye un principio de derecho natural. Ese concepto cristiano de derecho natural conlleva dos repercusiones interdependientes.*

1. Siendo iguales a la vista del Creador todos los hombres y mujeres, no se tolerará ningún prejuicio ni distingo entre ellos, por motivo de lo que hoy se denominan categorías de "raza, nación, clase o práctica religiosa anterior".

2. Que la semejanza de cada persona con el Creador no se ubica en su apariencia física ni ninguna otra cualidad de las que sirven para distinguir entre sí a las especies animales; la semejanza con el Creador reside más bien en las capacidades cognoscitivas desarrollables —identificadas a veces como "chispa divina de la razón"— por las cuales se pueden descubrir principios universales válidos en la física y otros campos, y se pueden repetir esos descubrimientos en otras mentes individuales. Este potencial innato del individuo recién nacido se llama *razón*.

El cristianismo es, pues, la primera expresión de cierto principio político, de que todas las personas, en virtud de su semejanza con el Creador, no sólo nacen iguales, sino que poseen ciertos derechos naturales iguales ante toda la humanidad. La sociedad debe ordenarse, por tanto, en forma congruente con el concepto de que cada individuo humano está hecho a imagen del Creador. Dicho principio cristiano es, por lo demás, la primera auténtica doctrina de igualdad política y derecho natural que se conoce en la historia. Todo derecho positivo o consuetudinario que se oponga axiomáticamente a dicho principio, ya sea en sus enseñanzas o en la práctica, es una abominación contra el más fundamental principio del derecho y la ley.

Con algunas excepciones aisladas, este principio no fue generalmente reconocido, en efecto, en ninguna parte de la sociedad política europea, en los primeros catorce siglos después del nacimiento de Cristo. No obstante, fue este principio del cristianismo apostólico el que infundió a la cultura europea un ímpetu posterior permanente. El efecto de tal ímpetu se puede ver desde las primeras luchas contra la esclavitud. La influencia de San Agustín, reflejada en el surgimiento de un orden civilizado en torno a Carlomagno, la influencia de Abelardo de París,

los constructores de la catedral de Chartres, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, Dante Alighieri y los Hermanos de la Vida Común, se cuentan entre los mayores hitos de un proceso de siglos, impulsado por una minoría intelectualmente poderosa en el conjunto social, proceso que desencadenó, en el siglo 15, hechos tan determinantes como el Concilio de Florencia, la reconstrucción francesa bajo Luis XI, y la recuperación de Inglaterra, devastada por las Guerras de las Rosas, por los tiempos de Enrique VII. Estos últimos logros son reflejo de cambios que llevaban largo tiempo gestándose, y que se expresan en la república moderna, el Estado nacional soberano.

Ya que nuestro interés primordial en esta instancia es en los sucesos de los últimos miles de años de la historia de la región mediterránea, Europa y las Américas, no hay riesgo en que hagamos algunas generalizaciones amplias dentro de ese marco histórico.

Para estos fines volvamos nuevamente a la discusión de los principios del derecho en Platón, como por ejemplo en el segundo libro de la *República*. Las diferencias conceptuales que allí aparecen en cuanto a la naturaleza de la ley, expresadas en los argumentos de los personajes ficticios Sócrates, Trasímaco y Glaucón, son esenciales para entender los temas cruciales del derecho en la actualidad. Es de notar que ello refleja la diferencia fundamental entre el concepto cristiano de naturaleza humana y derecho natural, por una parte, y la tradición contraria, esencialmente feudal, arbitraria e irracionalista, a la manera de Trasímaco, y encarnada actualmente en la chusma de la "nueva Confederación" en el Congreso estadounidense y los Hickman Ewing y Kenneth Starr de la depravada pandilla del fiscal especial. Sócrates representa al derecho natural, en tanto que los sofistas, racistas y pornógrafos del equipo del fiscal especial, así como de la mayoría republicana en la Comisión Judicial de la Cámara de Representantes, son versiones extremadamente desvirtuadas del error que expresan Trasímaco y Glaucón, con un concepto degradado e irracional del llamado "derecho positivo".

En este y otros escritos afines, Platón, al igual que anteriormente los grandes dramaturgos Esquilo y Sófocles, siguen la escuela de pensamiento de su más notable precursor, Solón de Atenas. Con su atención a los temas del derecho que planteaba la experiencia de los griegos en estadismo, refiere él una expe-

riencia que abarca no sólo elementos propios de la sociedad griega, sino también de los antiguos aliados egipcios de Atenas, así como sus enemigos en Tiro y Mesopotamia. Fueron estas discusiones de Platón sobre derecho y temas afines las que iluminaron la introducción del Estado nacional moderno, soberano, en la Europa del siglo 15. Es este acontecimiento del derecho, derivado de antecedentes como Solón y Platón, y continuado bajo el concepto cristiano de la naturaleza del hombre, el que sigue definiendo el punto de referencia esencial para el término "estrategia", en tanto dicho término se aplica a la crisis global que aqueja actualmente a los Estados Unidos y al resto del planeta.

El conflicto estratégico sigue siendo esencialmente el mismo ahora, en los Estados Unidos y el mundo, que el de Europa en los siglos 15 y 16. La base social de este conflicto sobre principios de ley es la diferencia entre los conceptos de lo que es *jurídicamente* una sociedad de clases, por un lado —el de la chusma de la "nueva Confederación", por ejemplo— y de otra parte una forma de sociedad políticamente sin clases, como definieron a nuestra república las reformas del presidente Abraham Lincoln.

1. En la teología y en el derecho, esta diferencia arranca del hecho de que, en los antiguos imperios y el sistema feudal de Europa, y de la región mediterránea en general, cerca del 95 por ciento de la población era mantenida en la condición de sujetos definidos, jurídicamente y en todos los sentidos, prácticamente como ganado humano.

2. En contra de los conceptos imperiales y feudales del derecho, el cristianismo, asimilando los aportes de Platón y demás, requirió un sistema de derecho en que la definición de verdad y justicia procede de la interpretación cristiana de la definición de naturaleza humana dada por Moisés: que todos los hombres y mujeres son hechos a imagen del Creador, y como tales están dotados de la facultad de la razón, que distingue absolutamente a la humanidad, y la coloca por encima de todas las demás especies.<sup>12</sup>

12. Es de notar que el vicepresidente Al Gore, virtual ideólogo de la "nueva Confederación" ha afirmado repetidamente en público un concepto del hombre

En todas las formas de sociedad que dependen de relegar a una gran porción de la población sumisa a la condición práctica de ser ganado humano en sentido real o figurado, como lo han hecho los imperios del pasado, y el feudalismo, el precepto que rige en derecho es que los estratos sociales gobernantes, representados por alguna autoridad política que representa el interés especial de esos estratos, tiene un tipo de autoridad legislativa *arbitraria* frente a todos los demás estamentos de la sociedad. A ese concepto de formulación arbitraria de leyes por una tal autoridad se suma el del "derecho consuetudinario". Ninguna parte de tal derecho tiene fundamento alguno en la razón, como tampoco lo tiene el "derecho positivo" pronunciado por las autoridades políticas de turno, ni los varios pelajes de derecho consuetudinario.

Platón, siguiendo los pasos de las reformas de Solón en Atenas, introdujo una forma comprensible de ley natural, tipificado en el segundo libro de la *República*. Este nuevo tipo de Estado —la república, Estado nacional soberano— introducido a la práctica en primera instancia por Luis XI de Francia, se apoya en las secuelas irradiadas por la afirmación del principio platónico de ley natural por el cardenal Nicolás de Cusa y demás, en el contexto del Concilio de Florencia. En breves momentos pasaremos al principio del derecho natural mismo; por lo pronto describamos la diferencia entre el tipo de Estado que expresa la combinación de derecho positivo y consuetudinario, y el Estado nacional soberano, la república.

En la república, el Estado y sus leyes responden a un principio que existe independientemente del Estado mismo. Esa responsabilidad se manifiesta como una obligación del Estado de cuidar a toda la población, en tal forma que se mejoren las características principales de las condiciones de vida de dicha población: dicho de otro modo, es el *bienestar general* tanto de la población actual como de sus descendientes. Al Estado no

---

diametralmente opuesto al de Moisés, Platón y del cristianismo. Por ejemplo, en un discurso que pronunció el 14 de julio de 1993 ante la ONU, Gore atacó a los "excepcionalistas humanos" que piensan que los seres humanos están menos sujetos a la ecología que los animales. Ello coincide con el papel de Gore en la creación del Consejo Presidencial sobre Desarrollo Sustentable, por esas mismas fechas, y expresa la doctrina permanente de Gore y de todo su aparato en la Casa Blanca hasta la fecha. Este hecho es uno de los más importantes que demuestran la incapacidad moral de Gore para el cargo.

le es dado, pues, ningún tipo de autoridad puramente arbitraria sobre la población; ahora la autoridad del Estado depende de la universalidad de un principio de razón.

Hay que recalcar que dicha república no tiene nada en común con el concepto de "contrato social"; no hay contrato alguno, ni siquiera implícito. La responsabilidad no es en términos de algún contrato previo, sino la responsabilidad del gobierno y de sus jueces para con todo lo que la razón defina como justo, bueno y verdadero. A la pregunta, *¿quién, pues, decidirá en últimas?* contraponemos otra: *¿cómo podrá decidirse el asunto conforme a la razón?* Es así como se encarga a las autoridades legales de ser *razonables*, responsabilidad que mal puede encomendarse a ciertos jueces y fiscales defectuosos, amén de otros personajes políticos que no mencionamos más de lo absolutamente necesario para mantener la claridad de los temas bajo discusión.

¿Qué quiere decir, pues, *razón*? Partamos de la razón como la define Platón, por ejemplo, en el antedicho segundo libro de la *República*. Comencemos con el término razón en tanto se aplica a los objetos de la ciencia física.

La ciencia es la ciencia del error. Es decir, a menos que se descubran errores en todo lo que se suponga ser la última palabra en cualquier tema, no hay ciencia. La ciencia parte de descubrir pruebas de terribles errores en cualquier cosa que se tenga por verdad establecida. Esos errores cobran la forma de paradojas, especialmente de las que conocen los profesionales como *paradojas ontológicas*. En breve, la ciencia existente se topa repetidamente con una situación en la que no funciona en el mundo real. El resultado de tales encuentros debe ser la búsqueda de algún principio verificable de la naturaleza, que explique el error, y que nos conduzca a descubrir algún principio demostrable que nuestros limitados conocimientos antes no reconocían.

Así, pues, la ciencia es una acumulación de principios de este tipo, principios que están todos interconectados, de tal forma que constituyen todo el cuerpo actual de conocimiento científico en general. La autoridad de todos y cada uno de estos principios se apoya en tres tipos de prueba.

1. Prueba de la existencia de una paradoja que requiere solución, y que no tiene solución deductiva.

2. Lo que llamamos prueba experimental decisiva; comprobación de que el presunto principio descubierto, que parece resolver la paradoja, corresponde, en efecto, a un principio de acción repetidamente verificable.

3. Que el poder y dominio de la naturaleza que tiene el hombre, en términos demográficos, aumenta con la incorporación de este principio en el conjunto de nuestra práctica.

Estas tres consideraciones remiten nuestra atención de vuelta a una cierta cualidad única del individuo humano, que no comparte con ninguna de las bestias inferiores. Esa cualidad es el poder cultivable de los procesos cognoscitivos absolutamente soberanos de la mente individual, procesos que se distinguen de la mera lógica deductiva, por los que la mente individual puede reconocer dicha paradoja y demostrar la validez del principio que la resuelve. Esa facultad cultivable, exclusiva del miembro individual de la especie humana, es conocida a veces como la "chispa divina de la razón"; es donde se ubica el poder de la razón en la persona individual. Es ésta la cualidad de la persona que corresponde en la práctica a que cada mujer y cada hombre son hechos a imagen del Creador.

Lo que debe recalcarse es que el aumento tangible del poder de la sociedad sobre el universo, mediante tales procesos cognoscitivos (la razón individual), demuestra que esa facultad cultivable de la razón individual, mediante la cual aumenta el poder del hombre sobre la naturaleza y en ella, significa que el Universo fue diseñado de tal forma por su Creador que la naturaleza debe aceptar esa autoridad cognoscitiva de la mente humana, tal como Moisés expone este concepto del dominio humano de la naturaleza y las demás especies, en el primer libro del *Génesis*.

Es esta capacidad demostrable de la sociedad, mediante la razón, de aumentar el poder individual del ser humano sobre el universo, que sirve de base a la república, al Estado nacional soberano.

En la práctica, esto significa que el Estado puede expresar su conformidad con la razón de dos formas principales, interconexas. En primer lugar, fomentando aquellas prácticas que aumenten el dominio individual sobre el universo y en él, como lo ilustran las características demográficas a las que me he

referido. En segundo lugar, que la sociedad debe fomentar la mayor cultivación del poder de la razón en los individuos, a fin de que aumente ese mismo poder sobre el universo y en el universo entre todos los seres humanos. Un mejor nivel de vida para los hogares, las mejoras correspondientes en la educación y el asueto creativo, todos son ejemplo de lo anterior. En breve, tanto la razón como sus frutos, el progreso científico y tecnológico, ordenados estos últimos para el máximo beneficio social, políticamente son dos caras de la misma moneda.

De esta forma, pues, la república es la encargada de desarrollar estos aspectos del poder de la razón.

Dentro de poco volveremos la atención al aspecto físico del asunto. Ahora estamos considerando las consideraciones que tienen que ver con la ley como tal. Vamos a resumir ese aspecto de la ley.

Con sociedad oligárquica queremos decir una sociedad en que gran parte de la población está sometida, funcionalmente, a la condición de ganado humano, que es lo que hace una sociedad en que el dominio sobre la gente se basa en la esclavitud, la servidumbre o la usura. El Tratado de Libre Comercio del norte de América (TLC), por ejemplo, es una forma de usura que se practica tanto contra el trabajo realizado en México como contra los ciudadanos estadounidenses cuyo empleo y condiciones de vida son empeoradas por la exportación de empleos, como comúnmente ocurre en el TLC, para aprovechar el trabajo esclavo en otros países. Los que obtienen utilidades del TLC y otras alteraciones del empleo de la fuerza de trabajo estadounidense parecidas al TLC, son, de hecho, usureros, cuyas ganancias debieran, en una sociedad moral, prohibirse y confiscarse, en tanto fruto del hurto.

Ya que la degradación de cualquier clase de seres humanos a la condición de ganado humano es contraria a la razón y a la naturaleza humana, cualquier forma de sociedad que acepte tales prácticas es tanto inmoral como intrínsecamente irracional, como lo fueron la antigua Roma, Bizancio, el feudalismo y las facciones esclavistas de los Estados Unidos. Debe uno preguntarse, entonces: si el Estado nacional moderno, soberano, deriva su autoridad de la razón, ¿de dónde deriva su autoridad legislativa la forma oligárquica de sociedad? La respuesta clara a esa pregunta la da Trasímaco en el segundo libro de la *República*, de Platón. La autoridad legal en tales Estados

se deriva del todo de una autoridad puramente arbitraria e irracional: la perpetuación del poder para someter a la población a una condición de ganado humano, condición contraria a la razón y a la naturaleza de las víctimas.

¿De dónde proviene la forma lógica de tal presunta autoridad de la ley positiva? No existe autoridad racional alguna para ello. La fuente de autoridad que se le atribuye formalmente es una afirmación puramente esotérica, como el dogma social *trasimaquiano* del *Leviatán* de Thomas Hobbes y de los depravados *Estudios sobre el entendimiento humano*, de John Locke, completamente fuera del ámbito de la razón. Si se le exige justificación, el derecho positivo —es decir, puramente arbitrario—, al igual que Kenneth Starr o la Comisión Judicial que preside Henry Hyde, simplemente inventa sus presuntos principios de derecho, como lo hace cualquier tirano, según el capricho que le venga en gana en ese momento. Al igual que el ficticio *Señor de las Moscas* británico, o el auténtico "Señor de las Islas", no hay motivo alguno tras sus acciones; se trata del ejercicio de la fuerza bruta, apoyada en premisas arbitrariamente postuladas que, si se las examina más detenidamente, son de forma puramente esotérica.

Ahora esto nos trae a declarar el punto clave en principios de derecho. La pregunta que se planteaba implícitamente al inicio de esta sección era: ¿cuál es el cambio de principios de derecho que separa el sistema feudal europeo anterior a mediados del siglo 15, del surgimiento de la nación soberana moderna dentro del intervalo relativamente preciso de 1438 a 1492, a partir del marco del gran concilio ecuménico de Florencia, continuando con la Francia de Luis XI y la Inglaterra de Enrique VII, en tanto formas modernas de Estados nacionales soberanos, y culminando con la llegada al Caribe del almirante Cristóbal Colón, iluminado en ese viaje de descubrimiento por los colaboradores del cardenal Nicolás de Cusa? ¿Por qué marca este intervalo histórico un punto nítido de separación entre dos formas de sociedad funcionalmente distintas entre sí?

Como expone las pruebas el profesor Von der Heydte,<sup>13</sup> y como yo lo planteo desde la perspectiva de mis propios conoci-

13. Mi punto de vista coincide en parte, pero desde una perspectiva un poco diferente, con la misma conclusión general expuesta por uno de los más eminentes juristas del siglo 20, el profesor Friedrich von der Heydte, en su *Die*

mientos como economista, la respuesta a esta pregunta puede resumirse de la siguiente manera:

1. Antes del mencionado intervalo 1438–1492, de cambio fundamental en la historia de la civilización europea ampliada, el tipo dominante de sociedad en el Mediterráneo y zonas aledañas fue la forma imperial característica de los Imperios Babilonio, Persa, Romano y Bizantino, y también la continuación de la forma imperial de sociedad oligárquica en el feudalismo de la variedad “globalista”, antítesis del Estado nacional, que encarnaba la Liga Güelfa del intervalo 1239–1340, más o menos, en Europa.

2. En todas estas variantes, que sometían a la gran mayoría de la población a la condición de ganado humano, no había derecho racional, ni consideración alguna de la veracidad en general, ni de la justicia veraz en lo particular. La facultad legisladora se reducía a la figura del emperador u otra autoridad análoga, puesto en ese cargo por decisión o consenso tácito de la oligarquía imperante. El poder del emperador para hacer leyes era igual que el argumento de Trasímaco, por capricho arbitrario de quien se encuentre en el poder, limitado tan sólo por la amenaza de insurrección si la autoridad imperial chocase con el derecho consuetudinario establecido.

3. Por consiguiente no hay principio de razón en el derecho, sino apenas el esfuerzo por mantener la apariencia de congruencia deductiva entre las diferentes leyes y decretos, en tanto cualquier combinación de unas y otros puedan converger en una misma clase de decisión. Así, aún en la sociedad moderna el preferir el derecho positivo al derecho natural refleja siempre la influencia de la tradición oligárquica en el derecho, contrapuesta a los principios de la justicia y la razón.

4. Bajo la autoridad de la república, de la forma soberana de Estado nacional, el lugar del derecho meramente positivo

lo tomó el concepto del bienestar general, concepto intercambiable con la idea de la *mancomunidad*, o bien común, en que la defensa y la mejora de las condiciones de vida de toda la población y territorio de la nación, y de su posteridad, es la norma de referencia por la cual se juzga la veracidad y la justicia veraz de cualquier ley que se adopte.

De ahí, pues, el principio directa y explícitamente contrario al liberalismo de John Locke, de que nuestra república no podía ser al mismo tiempo libre y esclava. Si no hay principio de bienestar general, vigente en todo el territorio nacional, para toda su población, no hay principio de libertad; solamente excepciones, confundidas con la libertad, y mal supondríamos que existan para defender los derechos de cualquier persona en ese Estado.

Hay cuatro ejemplos históricos que ilustran las distinciones correspondientes: el fraude de la Carta Magna inglesa; los casos de Francia bajo Luis XI y la Inglaterra Tódor de Enrique VII; y el caso de los reformadores de Prusia desde Federico II hasta la caída del káiser en la Primera Guerra Mundial.

La Carta Magna fue la raíz de muchos males, incluido el horrorífico espectáculo de siglos después en Inglaterra, las llamadas Guerras de las Rosas. La afirmación, por parte de los grandes terratenientes que le impusieron este acuerdo de "reinvención del gobierno" al rey Juan I, de que el rey no era soberano en el territorio de Inglaterra, sino un simple magistrado que ejercía el poder por consenso de los grandes terratenientes, no fue un avance de la libertad sino la expresión feudal de una sangrienta anarquía, por la que rápidamente podría destruirse cualquier nación tan necia como para adoptar tal receta. Más adelante se impuso un acuerdo similar en el Reino Unido, con la diferencia de que en vez de grandes terratenientes había una oligarquía financiera angloholandesa, copiada a la veneciana, en vez de las baronías que imperaban por sobre el rey Juan I. La oligarquía tiene una marcada tendencia a fomentar la anarquía en contra de cualquier autoridad soberana, ya fuese bajo los sistemas imperiales o feudales babilonio, romano o bizantino; tal tendencia anárquica nace de la irracionalidad inherente al oligarquismo, de su propensión a ejercer autoridad arbitraria contra todo aquello que el oligarca o grupo de oligarcas consideren cortapisa a sus caprichos; resienten, por ello, y

buscan arruinar, cualquier ordenamiento auténticamente legal de la sociedad.

Este mismo principio de irracionalidad se expresó más adelante, en la Francia del siglo 17, con la Fronda de los nobles feudales. La continuación ideológica del principio de la Fronda fue el principio de la anarquía, llamada *laissez-faire*, promulgada por el doctor François Quesnay, ideólogo fisiócrata profeudal. Adam Smith, cuyas ideas sobre el particular resultan de plagiar los escritos de fisiócratas como Quesnay y Turgot, tomó de Quesnay el concepto feudal de *laissez-faire*, adaptándolo al concepto oligárquico-financiero angloholandés del librecambismo.

Por estas razones no hay principio de razón en las leyes ni de la sociedad feudal ni de una sociedad gobernada por una oligarquía financiera. De ahí que el llamado "liberalismo" de la Mancomunidad Británica y los Estados Unidos de hoy, exige un código de derecho puramente positivo, que coincide, en los países de habla inglesa, con la doctrina esclavista de John Locke. Así, como lo advierte el profesor Von der Heydte, la variedad de liberalismo que asociamos con Locke hace que cualquier tendencia al positivismo radical en las naciones de habla inglesa, como lo ejemplifican actualmente Kenneth Starr y compañía, converja hacia formas de dictadura fascista aún más salvajes que la de los nazis.

Aunque en Francia Luis XI buscó la paz y la conciliación con la nobleza feudal de su reino reconstruido, inclinó el centro del poder hacia una intelectualidad urbana de la calidad que habían producido instituciones docentes tales como los Hermanos de la Vida Común, institución suprimida posteriormente, a mediados del siglo 16, por la reacción feudal. El énfasis de Luis XI en el papel de aquellos estratos intelectuales, levantados de entre las filas de los pobres y plebeyos, y su énfasis en el bienestar general de Francia, en tanto norma universal de legislación racional, son algunas de las principales cualidades que definen esa Francia como república, como Estado nacional soberano, aunque aún participaban en dicha república ciertos vestigios del anterior orden social feudal.

Otro caso parecido es el de la Inglaterra Tódor, de Enrique VII. Todo indica que tenían razón en este sentido Erasmo de Rotterdam, educado por los Hermanos de la Vida Común, y sir Tomás Moro, amigo de Erasmo. El asesinato de Moro por

órdenes de Enrique VIII ocurrió, no por la lujuria instigada en Enrique VIII por Ana Bolena, seductriz ofrecida por los agentes de Venecia, sino porque la oligarquía de Venecia, representada por Cromwell, aprovechó la mermada condición mental de Enrique VIII para inducir en esa monarquía una contrarrevolución pro veneciana que deshiciese los logros republicanos de la monarquía de Enrique VII, a su vez un eco de los logros de Luis XI en Francia.

Los casos de Luis XI y Enrique VII representan, en efecto, ejemplos de la introducción de auténticos principios republicanos al Estado nacional soberano, pero los ejemplos de los fracasados sucesores de ambas monarquías muestran lo frágil de una república fundada en el molde monárquico, lección de estadismo que asimilaron los autores de la Constitución Federal estadounidense. Debemos contrastar, en este sentido, los regímenes parlamentarios europeos, moral y jurídicamente inferiores, con nuestra propia república constitucional, de forma más perfecta. Los fundadores de nuestro modelo constitucional de Unión Federal tenían claramente a la vista aquellos ejemplos anteriores, como lo pone de manifiesto la literatura estadounidense del siglo 18.

En contra de las necias pavadas de la opinión popular, los sistemas parlamentarios europeos no aparecieron mediante el establecimiento de repúblicas genuinamente democráticas. Todo lo contrario; surgieron en el marco de un modelo de Estado oligárquico, en tanto reformas del mismo régimen oligárquico. Los mayores privilegios de esos parlamentos europeos se dieron en reconocimiento de las demandas de participación popular en la administración de un Estado que, pese a todas esas concesiones, nunca se apartó, ni hasta la fecha se ha apartado, del ámbito del mandato oligárquico. De hecho, el diseño mismo del gobierno parlamentario asegura que el Parlamento se torne incompetente desde el momento en que la nación se vea ante una grave crisis. En tales crisis el poder del Estado, más que el del Parlamento, resulta ser el gobierno verdadero. Por otra parte, entre más poderoso es el sistema parlamentario, menos capaz es el Estado de hacer frente a las crisis graves; de esta forma, cuando se llega a ese punto, el Parlamento corre el riesgo de ser derrocado, sin más.

Esta triste condición inherente a todas las formas de gobierno parlamentario, se manifiesta en la degradación del Con-

greso estadounidense hasta convertirse en una repugnante imitación anticonstitucional del sistema parlamentario europeo. Con el proceso de enjuiciamiento político del presidente Clinton, esta tendencia degradante del gobierno estadounidense llegó al extremo de una virtual traición.

Esta última subversión de nuestra Constitución encierra dos aspectos principales de depravación: a) La oligarquía financiera centrada en Wall Street, y su usurpación oligárquica del Estado, puede verse con el caso de los compinches del vicepresidente Al Gore, del corrupto y atribulado fondo financiero Long Term Capital Management (LTCM). El LTCM pertenece a la pandilla de Wall Street que ha adoptado el papel de sucesor de la aristocracia terrateniente, en sus funciones dentro del sistema parlamentario derivado del feudalismo. b) La subversión de los Estados Unidos ha tomado el rumbo de arrastrar a los Estados Unidos, como cochino al rastro, hacia la Mancomunidad Británica, con los cambios propuestos por el vicepresidente Al Gore, vinculado al LTCM, en el concepto del TLC, y también un proyecto suyo, orquestado por el duque de Edimburgo, de Gran Bretaña, que Gore ha titulado "reinención del gobierno".

Puede obtenerse una mejor comprensión de los problemas de los sistemas parlamentarios si se consideran ciertos hitos de la historia de la monarquía prusiana, desde la derrota de Prusia en las batallas de Jena y Auerstadt, hasta la abdicación del káiser, hacia el fin de la Primera Guerra Mundial.

Como hemos expuesto mis colaboradores y yo el caso de Lázaro Carnot en recientes escritos y conferencias, la profesión militar europea de los siglos 18 y 19 se dividía en dos tendencias sociales contrastantes entre el cuerpo de oficiales. Una corriente era la de la caballería y la infantería, donde se requerían caballos muy inteligentes para enseñarle a los oficiales cretinos a cabalgar, y la infantería simplemente era en masa, como lo hacían los salvajes comandantes británicos, a la muerte colectiva. La otra corriente era la de los cuerpos de oficiales de artillería e ingeniería. El ejemplo de esto en Francia fue el genio militar Lázaro Carnot, y Gerhard Scharnhorst en Alemania. Los oficiales egresados de las escuelas de artillería e ingeniería, como la Academia de West Point bajo el comandante Sylvanus Thayer, tuvieron una influencia que, en contraste con el actual jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas esta-

dounidenses, general Henry H. Shelton, fue un foco de republicanismo, en las armas militares.

El aplastante descrédito del alto mando prusiano a manos de Napoleón, en las batallas de Jena y Auerstadt, abrió la oportunidad para que los republicanos de Prusia entablasen una virtual alianza entre el prusiano Alejandro de Humboldt y la Escuela Politécnica de Francia, así como, más adelante, la colaboración orgánica republicana entre Francia y Alemania de 1815 a 1823, que los reformadores entre la oficialía prusiana habían buscado en Francia con Lázaro Carnot y sus colaboradores.<sup>14</sup> El descrédito de las tendencias oligárquicas en la corte real y el cuerpo de oficiales de Prusia tras las derrotas de Jena y Auerstadt permitió a los republicanos aglutinados en torno a Freiherr vom Stein, Scharnhorst y oficiales más jóvenes tales como Ludwig von Wolzogen, preparar y ejecutar la derrota de Napoleón no sólo en la campaña rusa de 1812, sino durante su posterior retirada hacia el Elba.

De hecho, como lo muestran las investigaciones históricas mías y de mis colaboradores, si no hubiese sido por la intervención del vergonzoso Wellington (posteriormente "duque de Peterloo") y los círculos de la Sacra Alianza, para imponer al rey Luis XVIII, títere de Wellington, en la Francia derrotada, los militares prusianos hubiesen apoyado la elección de Lázaro Carnot como presidente héroe de Francia en 1815; en vez de eso, empero, Carnot fue expulsado al exilio en Polonia y luego Alemania, y Francia se arruinó.

Tras la vergüenza que pasó con Luis XVIII, Francia nunca logró —ni siquiera con el gran presidente Charles de Gaulle—

14. Ver Dino de Paoli, "Lazare Carnot's Grand Strategy for Political Victory", *Executive Intelligence Review*, 20 de septiembre de 1996; Andreas Ranke, "Schlieffen, Carnot, and the Theory of the Flank", *Executive Intelligence Review*, 6 de febrero de 1998; Lyndon H. LaRouche, Jr., "How France's Greatest Military Hero Became a Prussian Lieutenant-General", *Executive Intelligence Review*, 2 de octubre de 1998; Elisabeth Hellenbroich, "Lazare Carnot: The Excellence of Leadership in Times of Crisis", *Executive Intelligence Review*, 8 de enero de 1999; Andreas Ranke, "How Carnot Became a Lieutenant General in the Prussian Army", *Executive Intelligence Review*, 8 de enero de 1999; Dino de Paoli, "Carnot's Theory of Technology: The Basis of the Science of Physical Economy", *Executive Intelligence Review*, 8 de enero de 1999; Jacques Cheminade, "'A Citizen of All Places, and Contemporary of All Times'", *Executive Intelligence Review*, 8 de enero de 1999.

recobrar su honorable condición e influencia en los asuntos del mundo, como indudablemente lo hubiera hecho si Carnot hubiese asumido la presidencia en 1815. Por otra parte, la obstrucción de una presidencia de Carnot en Francia se convirtió de inmediato en un duro golpe a la causa republicana en Alemania. La real corte prusiana, anglófila y reaccionaria, echó atrás el reloj del anterior progreso político en Prusia; y la sumisión de Alemania a la imposición tiránica y reaccionaria de un orden oligárquico y en contra de los Estados Unidos en Europa, con los Decretos de Carlsbad de 1819, del príncipe Metternich, desmoralizó a la población alemana, víctima de una gran traición de la que tampoco llegó jamás a recuperarse plenamente.

Hubo altibajos en las cualidades de las monarquías prusiana y alemana, pero los defectos inherentes del gobierno parlamentario en un Estado oligárquico perduraron hasta producir el desastroso efecto de la Primera Guerra Mundial incitada y organizada por Gran Bretaña. Entre las constituciones de Europa, aún hasta la fecha, típicamente no hay una que funcione, como la estadounidense, derivada de un principio claro. Los estadounidenses hemos traicionado este principio muchas veces, pero al menos hemos tenido un principio qué traicionar. En una Europa dominada por formas de Estado oligárquico parlamentarias y aún peores, el principio de la libertad, de la verdad y la justicia, sólo existe bajo otro tipo de constitución: la influencia, como en Alemania, de los más grandes poetas, músicos y otros pensadores nacionales, tales como lo fueron muchos de los mejores militares prusianos en tiempos de Scharnhorst.

La importancia política de la relativa prestancia de los oficiales de artillería e ingeniería en la historia de Prusia desde Federico II va de la mano con el papel de los empresarios industriales, especialmente los representantes del sector de diseño de máquinas herramienta, contrapuesto al de los magnates financieros, tales como la pandilla de Wall Street, en la historia política de los Estados Unidos. En la medida en que se pusieron en marcha las fuerzas sociales del trabajo y la empresa privada vinculadas a las inversiones de gran concentración de capital y energía en el aumento de la productividad mediante el progreso técnico y científico de la agricultura, la industria y la infraestructura económica básica, en esa medida pudo aumentar la relativa fuerza política de las tendencias

republicanas. Así ocurrió tanto en Alemania como en los Estados Unidos. Siempre y cuando predominen políticamente las inversiones en el progreso técnico y científico, se fortalecen las tendencias republicanas. Del otro lado, cualquier mengua de las inversiones en mejoras de la infraestructura económica básica y el progreso técnico y científico en la industria y la agricultura de cualquier nación resulta en una baja de la racionalidad de toda la población, el correspondiente debilitamiento de la causa republicana, y el fortalecimiento de las corrientes oligárquicas y lacayos de la oligarquía.

Entonces, la reducción de las inversiones en el progreso científico y tecnológico en los Estados Unidos desde la aparición del movimiento anticientífico de la "Nueva Era" de 1964 a 1972, con toda la influencia política que tuvo eso, especialmente la salvaje desindustrialización de los Estados Unidos de 1977 a 1981, durante el gobierno de Carter, condujo al brote inmediato de una facción "neoconfederada", inicialmente en una facción de "gorgojos" del Partido Demócrata, entre los candidatos de ese partido al Congreso por los estados sureños y sudorientales del país. Estos ex demócratas pasaron pronto a convertirse en el núcleo de una "nueva Confederación" de extrema derecha, por el lado republicano del Congreso, con un buen complemento de aliados demócratas.

Por motivos parecidos, el esfuerzo por cambiar la composición de los bloques votantes del Partido Demócrata ha tendido a apartar al partido de la tradición de Franklin Roosevelt y ponerlo en manos de quienes, como el primer ministro británico Anthony Blair, exponente de la "tercera vía", o la otra versión de la "tercera vía" que representa Dick Morris, ex "topo" declarado en la Casa Blanca, han pasado a organizar el mismo tipo de base electoral que fue necesario para orquestar, en la Alemania de 1930-1933, un ambiente llevadero a facilitar la toma del poder por los nazis de Hitler, en un golpe de Estado parlamentario orquestado desde Londres y efectuado del 28 al 30 de enero de 1933. La bien conocida "ecotopía" que promueve el vicepresidente Al Gore está cargada de connotaciones igualmente repugnantes.

La república constitucional no es un organigrama, un contrato o un juego de tablero; es un organismo social vivo. El pan de cada día del modo de vida republicano son su manera de movilizarse para la acción, qué clases de empresa gozan de

preferencia económica, etc. Esa clase de procesos sociales son lo sustantivo de la ley de la república, su fuente de fuerza moral e intelectual. Conforme se alientan los procesos sanos, la república se fortalece; si se debilitan, la existencia de la república deviene malsana, y corre peligro en esa misma medida.

## 2.2 Ventajas físicas

Ejemplos de las funciones positivas del Estado nacional moderno soberano, de la república, que ninguna otra forma de sociedad diferente puede desempeñar con eficacia, son los siguientes:

1. La soberanía nacional como tal. El ejercicio del poder para defender la república y sus habitantes de los excesos del poder de formas extrínsecas (es decir, oligárquicas) de fuerzas tanto nacionales como extranjeras.

2. La facultad de crear y defender las instituciones del crédito y la moneda nacional, como expresión de soberanía que no depende de ninguna entidad externa, y para defender la moneda y la producción de la nación, y sus ciudadanos, de cualquier forma indeseable de acción nacional o extranjera.

3. La mejora y mantenimiento de la condición de todo el territorio y su población, incluida la salud pública, empleando medios como las mejoras públicas y la regulación de la infraestructura económica básica del país, con la autoridad para emprender tales medidas pese a cualquier influencia o interés contrario, nacional o extranjero.

4. La responsabilidad y autoridad primaria del Estado soberano para el fomento del progreso científico, técnico y artístico, mediante los establecimientos de la educación universal y cualquier otro medio para el mismo fin.

5. El fomento de las inversiones en el progreso técnico y científico en modalidades que se definen, en términos físicos, con un alto contenido de energía y capital.

La mayoría de estas consideraciones se recitan en los informes del secretario de Hacienda Alexander Hamilton al Congreso de los Estados Unidos, rendidos de 1789 a 1791. Aquellos informes resumen los rasgos económicos y afines de la modalidad proteccionista del Estado nacional moderno soberano, o república, que redundan en todas las mejoras de las condiciones de vida de las naciones, resultantes del establecimiento del Estado nacional soberano como sucesor de los sistemas previos, el imperial y el feudal.

Las ideas asociadas al destacado papel del secretario de Hacienda estadounidense Alexander Hamilton cobraron realce aún mayor en 1814-1815, más o menos, cuando vinieron a los Estados Unidos representantes de la labor conjunta de Lázaro Carnot, de Francia, y la Escuela Politécnica, encabezada por Gaspard Monge, para ayudar a nuestra Academia Militar de West Point a convertirse en la versión mejorada que devino bajo el comandante Sylvanus Thayer. Ese papel mejorado, crucial, de West Point en el desarrollo de la economía estadounidense, hasta llegar a ser, para 1876, la más avanzada del mundo en materia de tecnología, fue emprendido con el apoyo del presidente James Monroe y su secretario de Estado —luego también presidente— John Quincy Adams. Así, en este contexto histórico, se inició un vínculo permanente que resultó ser vital para nuestros vulnerables Estados Unidos, ya que participamos en la colaboración de Lázaro Carnot con su aliado científico de siempre, el alemán Alejandro de Humboldt, como principal representante de la ciencia europea, en estrecha colaboración con egresados de West Point tales como Alexander Dallas Bache, bisnieto de Benjamín Franklin.

Esta colaboración, que dio frutos tales como el papel directo de Thomas Edison en la electrificación tanto de los Estados Unidos como de Alemania —pese a la avaricia de Wall Street y el *New York Times*, enemigo de Edison y tradicionalmente anticientífico—, ejemplifica el secreto más íntimo de la relación entre ciencia económica y los éxitos sin par de aquella institución revolucionaria nacida en Europa entre los años 1438 y 1492 dC, el sucesor del feudalismo conocido como el Estado nacional soberano; la república.

Son dos cosas cruciales las que se deben considerar ahora mismo: La primera: *como cuestión de principio científico, ¿cómo se pueden emplear los descubrimientos válidos de princi-*

*pios físicos, de tal forma que dichos principios se transformen en una mejora autoimpulsada de las características demográficas de la población?* La segunda cuestión, interconexa, es ésta: *¿cómo fomenta este beneficio la institución del Estado nacional soberano, en forma en que nunca lo ha hecho ni lo puede hacer ningún otro tipo de sociedad?*

Para responder a cualquiera de estas dos preguntas, o ambas, debemos remontarnos brevemente, de nuevo, al intervalo de la historia europea de 1438 a 1492. Hay que comenzar con la fundación de la ciencia física experimental moderna en Europa, con la introducción del método empleado por Leonardo da Vinci, Johannes Kepler y otros para fundar la ciencia europea moderna: *De docta ignorantia*, por Nicolás de Cusa, en 1440.

Esta obra de Cusa, y otros importantes escritos suyos sobre método científico, hicieron parte y coincidieron con un movimiento de resurrección de la ciencia clásica griega, principalmente el producto de la academia platónica de Atenas, de cerca de 16 siglos antes. La obra de Eratóstenes, de esa academia, fue parte crucial de lo que se rescató de la ciencia griega anterior a la degeneración cultural de todo el Mediterráneo bajo la creciente influencia de Roma, a partir del año 200 aC. El descubrimiento que realizó Cusa, de las llamadas cardinalidades transfinitas en la geometría, mediante el cual corrigió un grueso error de Arquímedes, colaborador científico de Eratóstenes, es ejemplo de esta reconexión entre la ciencia clásica antigua y la ciencia moderna, nueva, iniciada en el transcurso del siglo XV.

El descubrimiento clave de Cusa, posteriormente de gran importancia en el desarrollo de la ciencia económica moderna, yace en el ámbito del método científico: cómo usar la medida como una forma de establecer *indirectamente* —por negación— la existencia y naturaleza de los principios físico-científicos. El resultado directo de la intervención de Cusa fue el establecimiento de la ciencia física experimental moderna, y especialmente de precursores de Gottfried Leibniz, Lázaro Carnot y Carl Gauss tales como Leonardo da Vinci y Johannes Kepler.<sup>15</sup>

15. Simplemente identifico, sin meterme aquí en detalles, el hecho fundamental de la historia del trabajo científico moderno, de que las labores sucesivas de Kepler y Leibniz en la elaboración de un cálculo basado en el principio de la alinealidad absoluta de los procesos físicos en lo infinitésimamente pequeño —que en sí mismo es un principio clave de la ciencia económica física actual— condujo a la elaboración, por Carl Gauss y Bernhard Riemann, de lo que se

La fuente principal de los conceptos políticos y económicos de los líderes de la revolución estadounidense, tales como Franklin y Hamilton, fue la obra de Leibniz, en dos aspectos. Primero tenemos, del lado político, la acogida que los estadounidenses dieron a las revelaciones de Leibniz sobre el carácter fraudulento de la obra de John Locke, y los escritos de Leibniz en el intervalo 1671-1716, sobre el desarrollo de una ciencia del estadismo, que abarcaría la economía física. La refutación leibniziana de Locke se refleja directamente en la expresión "vida, libertad y búsqueda de la felicidad" que aparece en nuestra Declaración de Independencia, y el concepto del "bien común" que figura en el preámbulo de nuestra Constitución Federal. Fue principalmente la ciencia de Leibniz lo que expresaba Alexander Hamilton, aunque a su propia manera, en su informe *Sobre el tema de las manufacturas*, presentado al Congreso estadounidense en 1791.

La discusión de Carnot sobre el principio de la máquina herramienta se desarrolló desde el mismo punto de vista que la geometría leibniziana de posiciones, que Carnot había empleado también en su revolucionaria obra de fortificaciones. La elaboración del principio del diseño de máquinas en Carnot, que jugó un papel fundamental en su papel como "Autor de la Victoria" y principal líder militar francés de aquella época, dándole a Francia el triunfo militar absoluto en la guerra de 1792-1794, impulsó un paso más adelante la ciencia de la economía física que Leibniz había fundado.

La revolución económica estadounidense de 1861-1876, lanzada por Abraham Lincoln, fue el resultado de que West Point adoptase el punto de vista de Carnot y la Escuela Politécnica. Fue esa revolución agroindustrial americana, de 1861 a 1876, lo que transformó el mundo, causando, hasta los reveses de después de la Primera Guerra Mundial, el mayor ritmo de aumento general de las capacidades productivas del trabajo. Este magno logro de 1861-1876 convenció a buena parte de Europa, Japón y China, bajo Sun Yat-sen, de que diseñaran las futuras economías de sus países a semejanza del modelo del

---

conoce ya como "hipergeometría", ya como "multiplicidades pluriconexas". La raíz de estos descubrimientos en el método científico moderno puede atribuirse directamente a la atención que Nicolás de Cusa prestó a las repercusiones más profundas del concepto de acción circular.

sistema americano de economía política, de Hamilton, Franklin, los Carey y Federico List. Esta misma tradición de 1861-1876 fue la que se invocó de nuevo para la movilización de guerra estadounidense, tremendamente exitosa, de 1940 a 1945.

Me he dado cuenta, a partir de mis propios descubrimientos en el ámbito económico, de que las soluciones a los problemas cruciales del descubrimiento científico son siempre elementales, pero nunca simples. El resultado puede parecer simple, una vez exitoso, pero sólo después de realizado el descubrimiento, y corroborado por medio de experimentos que podemos llamar ya sea "cruciales" o "únicos". Permítanme ahora tratar de hacerles patente esta explicación, que es indispensable para poder entender cómo una economía funciona, o no funciona, como en el caso de la condición actual de la economía estadounidense.

La razón de que un principio descubierto y demostrado puede parecer simple, una vez que ha sido descubierto y verificado, también debiera ser obvia y simple. Quizás no entienda usted, a la primera leída, a qué me refiero exactamente; pero piénselo. Digiera la idea, hasta que la haga propia, después; éste es el principio más importante que debe entender usted claramente a la hora de escoger la política educativa que su escuela debe adoptar para educar a los hijos suyos y los de otra gente. Ahora enunciaré la idea, para que no quede sin explicación nada de lo que digo sobre este importante asunto.

En la ciencia física, por ejemplo, toda paradoja genuina es resultado de algún supuesto axiomáticamente erróneo, o de la combinación de varios errores de ese tipo. Puede ser que el objeto de estudio experimental carezca de uno o más de los tipos axiomáticos de principio físico que determinan la conducta de dicho objeto, o que los observadores hayan superpuesto a la investigación uno o más supuestos axiomáticos falsos. En la clase más sencilla de esta segunda variante, de supuestos axiomáticos infundados, el error se puede detectar, en tanto supuesto impropio, aplicando métodos deductivos a la prueba experimental. Pero en otros casos el método deductivo no funciona. En estos últimos casos, la paradoja nace de la ignorancia o desacato, por parte del observador, de ciertos supuestos axiomáticos que son tanto universalmente ciertos como inmediatamente indispensables para el caso experimental bajo estudio. En tales casos, por consiguiente, al igual que

en cualquier caso de pensamiento cognoscitivo (es decir, creativo), la deducción (y también el llamado método inductivo, por ejemplo) nunca podría funcionar, ya que los supuestos axiomáticos necesarios, aunque físicamente reales, son desconocidos en el marco en que se sitúa la paradoja. Por este motivo todos esos casos son del tipo que denominamos *paradoja ontológica*.

Más adelante, una vez se ubican los supuestos axiomáticos necesarios, y se comprueban por métodos de experimentación u observación crucial, el descubrimiento se presta a una especie de retrato deductivo, de salón, o algo así. Ahora ya todo se reconoce como elemental, pero nunca fue simple hasta realizarse y comprobarse primero el descubrimiento correspondiente.

La cualidad axiomática de los principios válidos que representan soluciones a las paradojas de tipo ontológico, no es la de una colección de principios que existen paralelos unos a otros. Al igual que cualquier intento de definir nuestra posición relativa, en un momento dado, a todos los movimientos del universo que se tienen que introducir al cálculo de una posición normalizada, los principios axiomáticos de la física experimental válida son lo que los geómetras califican siempre de "pluriconexo", en el sentido en que lo entendieron Kepler y Leibniz, y lo explicaron Gauss y Riemann. En cualquier situación real interactúan simultáneamente todos los principios del universo que puedan tener efecto tangible en el marco de referencia bajo consideración.

El punto crucial al que voy a estas alturas de la exposición es que la totalidad de los descubrimientos válidos de principios universales que conoce actualmente nuestra sociedad, se puede representar, en forma de lo más significativa, como una multiplicidad pluriconexa, del referido tipo Kepler-Leibniz-Gauss-Riemann. El tema práctico elemental que le plantea al economista o estadista este hecho es el siguiente: *¿cuál es la expresión práctica de la correlación entre acumulación de principios físicos válidos, de este tipo, y el aumento de la capacidad potencial de la sociedad, per cápita, en el universo y sobre él?*

En caso de que la solución que se encuentra a una paradoja física requiera validación por experimento constructivo, u otro método afín de observación experimental (como en la astronomía), la corroboración final, experimental, del descubri-

miento, reviste las más interesantes consecuencias. La forma acabada del aparato experimental diseñado para poner a prueba el principio hipotético corresponde al descubrimiento de un nuevo diseño de máquina herramienta, de aplicación general. El trabajo de Lázaro Carnot en el diseño de máquinas, y el desarrollo de estos métodos experimentales en la Escuela Politécnica de Gaspard Monge (la de 1794-1815, antes de Luis XVIII), condujeron directa e indirectamente a adelantos fundamentales tanto en la experimentación científica como en los métodos de producción, y a nuevos avances de Leibniz, a su vez, en los principios de uso de las máquinas movidas por calor.

En resumen, pues, de este aparte: *una vez refinado el diseño de un aparato experimental crucial, con sus procedimientos correspondientes, y construido para poner a prueba la validez de un principio físico universal, queda abierto el camino para que el diseñador de máquinas herramienta aplique el principio ya comprobado, en la forma de nuevos diseños de productos materiales mejorados, o nuevos diseños de procesos productivos. Tal es el vínculo directo entre un descubrimiento válido de principio físico en la ciencia, y la expresión de dicho principio descubierto en tanto aumento de la capacidad de la humanidad entera, per cápita y por kilómetro cuadrado, en el universo y sobre él.*

Tenemos, pues, por una parte, un acervo de principios físicos válidos generados por la ciencia. Por otra parte tenemos esos mismos principios descubiertos, tomados como aumento de la capacidad humana, per cápita y por kilómetro cuadrado, en el universo y sobre él. Describamos el total de principios válidos hasta la fecha, como una serie de principios designados por el número indefinido  $n$ . En términos técnicos, todos esos principios están interconectados a la manera de una multiplicidad hipergeométrica, pluriconexa, del tipo Gauss-Riemann. También tenemos, por otra parte, un aumento de la capacidad productiva del trabajo hecho posible por la aplicación de aquel acervo de principios.

Para poder dar curso a ese posible beneficio de la ciencia en la mejora del bienestar general de la humanidad, hace falta reorganizar la naturaleza misma que nos rodea, de acuerdo a dichos principios. Ello a su vez requiere no sólo las transformaciones consecuentes de la organización de la producción y el diseño de los productos, sino también grandes cambios de la

relación entre la población total y el área total que habita. Solemos referirnos a esta última clase de transformaciones del medio ambiente como *infraestructura básica* de la economía. Los sistemas de transporte, riego, forestación y uso agrícola de tierras cultivadas y en reserva, sistemas de fuerza, programas de sanidad, salud y educación generales, etc., son acciones tomadas, ya sea por el gobierno o bajo dirección y regulación gubernamental, que elevan el medio ambiente a un nivel acorde con nuestro conocimiento de los principios físicos.

Es así, pues, que debemos siempre romper los límites de la ciencia. Hace parte integral de la tarea del liderazgo, a la hora de formular leyes y administrar el patrimonio público, ir más allá de los límites de los principios físicos en sí, para darle a la educación y a la cultura la misma dimensión que definimos en nuestra anterior descripción de ciencia física y progreso técnico.

### 2.3 El arte clásico: cómo se toman las decisiones de verdad

Hasta ahora algunos lectores quizás se pregunten si lo que vengo diciendo hasta ahora simplifica demasiado el papel del gobierno en la defensa físico-económica del bienestar general. Son bien conocidos los prejuicios que conducen a tales preveniciones.<sup>16</sup> Ya que tales objeciones, ya anticipadas, son parte importante y permanente de la opinión pública de décadas recientes, dichas objeciones son errores que necesaria y repetidamente tienden a descarrilar nuestro gobierno hacia

16. Me hacen gracia irónica tales críticas a mi obra, que aparecen por ahí de cuando en cuando. Más comúnmente me critican, curiosamente, por *no* simplificar mis argumentos mucho más. Hay que darse cuenta de que una de las sofisterías que más suelen usarse con la población estadounidense es lo que muchos exigen, de que todos los temas se presenten en forma simplificada. Tal necesidad es defendida, muchas veces, con el cuento de que es más "democrático" simplificar todo. Esta aversión popular a la precisión científica es la causa de que se prive a tantos ciudadanos de su patrimonio y sus derechos; podríamos decir que la forma más expedita de defraudar a un estadounidense es "simplificarle" la vida eximiéndole de preocupaciones como leer la letra pequeña del contrato.

supuestos equivocados y finalmente desastrosos, especialmente en cuanto a la forma en que una política procientífica incide en la totalidad de la política y demás circunstancias que afectan el bienestar general de la población. Para corregir tales prejuicios, tan en boga hoy en día, quiero llamarles ahora la atención, primero, a los temas culturales que suscita la propia ciencia física; seguidamente pasaremos a abordar aspectos más amplios del tema de la cultura, desde la misma perspectiva que empleamos para tratar los temas de la ciencia física.

El engaño popular, tan común en la actualidad, de lo que hace de veras un científico, es una fantasía esotérica que define al científico como un espécimen extraño, que mana ciencia más o menos de la misma forma en que una vaca mana leche. Este y otros mitos populares sobre la ciencia y el método científico son causa de una gran ignorancia del papel no sólo indispensable, sino crucial, que juegan los métodos clásicos de composición artística, tanto en posibilitar los propios descubrimientos científicos como en facilitar la aplicación de los aportes de la ciencia al aumento del poder del hombre en el universo y sobre él.

En "composición clásica" el término "clásico" se refiere a los fines y métodos de composición artística como los del arte plástico de los antiguos Escopas y Praxiteles, y los modernos Leonardo da Vinci y Rafael Sanzio. También alude a las tragedias de los antiguos Sófocles y Esquilo, y los modernos Schiller y Shakespeare. Significa también los principios y métodos modernos de canto y composición clásica musical desarrollados sucesivamente por ejemplares como los principios florentinos del *bel canto*, Leonardo da Vinci, Juan Sebastián Bach, Wolfgang Amadeus Mozart, Josef Haydn, Ludwig van Beethoven y Johannes Brahms.

Bajo el rubro de "composición artística clásica" debemos incluir también aquellas tradiciones, ya abandonadas, de educación pública y superior clásica, de las que depende sin falta la futura viabilidad de nuestra república soberana y Estado nacional, especialmente al nivel de práctica científica y tecnológica requerido para realizar siquiera aquello que hoy podría definirse como la norma moderna de bienestar general de toda la población. Todos estos y otros aspectos del método clásico de composición artística tienen que ver directamente con la

naturaleza funcional fundamental de lo que distingue a los seres humanos y les eleva absolutamente por encima de cualquier otra forma de vida.

Pese a lo que dicen los empiristas, y también contradiciendo a los irracionalistas fanáticos que conocemos como románticos —tales como Emmanuel Kant y el neokantiano profesor K. Savigny, el arte no es cuestión de simple “preferencia personal” o costumbre. La función propia del arte, especialmente la apreciación clásica de esta función indispensable, tiene un significado no sólo tan exacto como el significado de un descubrimiento físico científico, sino que la existencia misma de un descubrimiento válido de tal principio físico tiene, en la ciencia, una forma y origen idénticos al de una composición artística clásica.

La raíz común de todas las ciencias auténticas, y de las auténticas expresiones de composición artística clásica, es una facultad de *razón* que no puede representarse ni deductiva ni inductivamente, sino únicamente mediante soluciones válidas a verdaderas paradojas, generadas *en los fueros soberanos del proceso cognoscitivo de la mente individual*. Nunca nadie realizó descubrimiento científico fundamental, ni fue posible reproducir tales descubrimientos en otras mentes, en forma distinta que la relatada. Este mismo principio de descubrimiento es el rasgo característico de cualquier forma competente de práctica docente en la educación pública o de cualquier otra clase para los hijos de su familia, sean niños, adolescentes o jóvenes adultos.

Como ya he abordado este importantísimo tema en muchas otras partes, me es lícito limitarme aquí a una explicación resumida del asunto: apenas la suficiente para dejar claro el significado práctico y la importancia estratégica de este punto.

Piénselo: ¿qué sucede en la mente del científico individual, por ejemplo, cuando ese individuo genera un nuevo descubrimiento validable de algún principio universal, como solución de lo que formalmente sería una paradoja física, insoluble de cualquier otro modo? El significado de esta pregunta se hará más claro si postulamos el caso de un estudiante, educado en una buena escuela, al que se le plantea la misma paradoja, y en su propia versión del experimento original que condujo a ese descubrimiento, arriba más o menos al mismo resultado

que el descubridor de la solución original. Tras examinar este ejemplo, mostraremos que los mismos procesos mentales rigen en el caso de los descubrimientos artísticos, o el de un músico que redescubre la idea que el compositor quería evocar en la mente del oyente educado. De esta manera mostramos de qué manera el cometido científico, cuando se incorpora a los imperativos políticos de la nación, tiende a fomentar medidas y costumbres que impulsan, a su vez, el bienestar general.

En el caso del estudiante que reexperimenta el acto de descubrimiento original, su confianza en el proceso educativo le convence de que la paradoja es auténtica, que la solución existe y puede descubrirse sin más recursos que los ya adquiridos en la educación del estudiante hasta entonces. Esa cualidad de confianza, cuando el maestro la inculca al alumno, es parte esencial, emotiva, del proceso educativo. A menos que se haya aplastado ya el natural impulso humano, de juego, de ese estudiante, por una mala crianza y peores educadores, la expectativa de resolver un rompecabezas que tiene que tener solución asequible es en sí misma, para cualquier niño alegre y sano, una experiencia dichosa y emocionante. Tal es la clase de motivación —*pasión* sería el término más correcto— que conduce al posterior desarrollo de los mejores profesionales. La mente del niño, con el potencial que tiene para un lapso de concentración más vigoroso y sostenido, se ve motivada —¡apasionada!— por el inminente descubrimiento de una solución válida.<sup>17</sup>

Una vez concluido ese episodio académico o afín, ¿qué queda en mano, como fruto del proceso cursado por ese niño, adolescente o joven adulto en los fueros soberanos de su mente? ¿Cómo podemos conocer aquellos procesos de la mente del niño, si no contamos con ningún medio para observar *directamente* tales procesos? Muy en contrario del criterio irracionalista de Emmanuel Kant en este sentido, sí tenemos forma de saber lo logrado por la mente del niño en la síntesis de la reproducción válida de un descubrimiento original de principio universal validable; tenemos forma de saberlo con la máxima

17. Sobre esta distinción entre la cualidad de impulso de juego del niño feliz con su animalito, y el impulso juguetero del niño mismo, véanse mis comentarios sobre los comentarios de Schiller en *Der Gegenstand des sinnlichen Triebes* en mi artículo "The Substance of Morality in Science and Statecraft", *Executive Intelligence Review*, 26 de junio de 1998.



*El violinista Norbert Brainin, primer violín del antiguo Cuarteto Amadeus, y el pianista Gunther Ludwig en un ensayo en diciembre de 1988. "La función propia del arte, especialmente la apreciación clásica de esta función indispensable, tiene un significado no sólo tan exacto como el significado de un descubrimiento físico científico, sino que la existencia misma de un descubrimiento válido de tal principio físico tiene, en la ciencia, una forma y origen idénticos al de una composición artística clásica".*

seguridad. Acompáñenme en la definición de esas pruebas pertinentes.

En primer lugar está la pasión y la alegría del recorrido recién efectuado por la mente del niño. Esa cualidad de pasión que experimenta su mente joven es de lo más notable. Fue precisamente esa clase de pasión que Platón, en el segundo libro de la *República*, por ejemplo, emplea como significado especial del término griego ágape. En esa obra Platón presenta esto como una pasión por la verdadera justicia. En términos más generales, es reflejo del concepto de Platón —y también mío— de la equivalencia de la pasión en la práctica de la verdad y la justicia en todas las cosas. Esta es la misma pasión que el apóstol Pablo presenta en forma tan familiar y notable como Corintios I, 13. Es ésta la pasión, aparentemente innata, del buen niño por la verdad y la justicia, que ocasiona sus expresiones aparentemente instintivas de ira y tristeza, que solemos

observar cuando el niño siente falsedad o hipocresía en sus padres, compañeros de juego, u otros. Este maravilloso sentido de ágape en el niño, es una cualidad que aún los adultos seguimos sintiendo intensamente mientras sigamos siendo auténticamente humanos.

Es aquí donde la pasión del niño emocionalmente sano por la verdad y la justicia, aun al jugar con animales, pone de relieve un sentido de direccionalidad que refleja la diferencia de cualidad entre el impulso de juego del ser humano y el del animal, que se expresa en la relación de juego de este último con un niño.<sup>18</sup>

En segundo lugar, hay varios puntos fundamentales de referencia común mediante los que la mente de una persona puede reconocer los procesos creativos —cognoscitivos, noéticos— experimentados por otra mente en la reescenificación de una forma validable de descubrimiento (por ejemplo) de un principio físico. Tenemos: a) el reconocimiento, por ambas, de la paradoja pertinente; b) el reconocimiento común de un concepto de insolubilidad de dicha paradoja mediante métodos formales tales como el deductivo-inductivo; c) el reconocimiento de una identidad conceptualizable de pasión que, una vez evocada, da a la mente el lapso de concentración necesario para alcanzar la solución descubierta; d) el reconocimiento de que la demostración del principio descubierta, compartida por ambas mentes, resuelve la paradoja original, tal como se la definió. Con ayuda de estos puntos comunes de referencia, las dos mentes del caso tenderán a generar un concepto —una idea más o menos definida, afín a la manera en que la mente registra la identidad del rostro *activo* de otra persona— de esa experiencia noética, cognoscitiva, que de otra forma es imperceptible a los sentidos de cualquier observador externo. La idea del descubrimiento, aunque imperceptible desde

18. Nicolás de Cusa, fundador de la ciencia moderna, del siglo 15, coincidiría con el énfasis que le doy al hecho de que la relación es del animal con el niño. Cusa alude a tales relaciones en tanto participación de una especie inferior en otra superior. El hecho de que el impulso de juego del animalito doméstico tiene un traslape funcional con la función cognoscitiva de una especie superior, el hombre, le permite al animal participar de una facultad, el potencial cognoscitivo del niño, que no le es dada a ninguna especie inferior.

afuera, ahora tiene, entonces, su propia identidad, y sólo queda ya bautizarla con nombre propio.

Para simplificar la ilustración, ubiquemos esta misma clase de experiencia entre un grupo de maestros y pupilos de la misma escuela. Imaginemos una buena escuela, anteriormente típica de la llamada educación humanista clásica, como por ejemplo la de los oratorianos franceses que educaron a Lázaro Carnot, o de la reforma de Schiller y Humboldt en la educación alemana del siglo 19. En semejante escuela se le ofrece constantemente a los estudiantes la oportunidad de efectuar su propia reescenificación del descubrimiento original, validable, de algún principio universal.

Debemos destacar en este ejemplo una tercera experiencia compartida por estos alumnos. Mucho de lo que saben estos estudiantes sobre los descubrimientos importantes de principios universales transmitidos por generaciones anteriores, y aún civilizaciones previas, ha sido conocimiento obtenido por la repetición original, individual, por parte de los propios alumnos, ya sea de algún descubrimiento original —de generaciones, siglos o milenios anteriores— o alguna aproximación decente del mismo proceso noético. Las mentes de los alumnos están rebosantes, pues, de muchas caras y nombres, (a menudo) de personas, y del lugar y fecha del descubrimiento original; los alumnos recuerdan la naturaleza de la paradoja que condujo al descubrimiento, así como la experiencia emocional de repetir ese acto original de descubrimiento. El alumno, adentrándose en su propia mente, imaginará las caras de muchos antecesores, importantes descubridores todos, de muchos tiempos y lugares, imagen parecida, quizás, a la pintura de Rafael Sanzio conocida como *La Escuela de Atenas*.

Los alumnos tienen, además, experiencia cognoscitiva de primera mano de la existencia necesaria de las relaciones cognoscitivas eficientes que entrelazan a muchos de los principios descubiertos anteriormente por estas personalidades. Entonces, pues, esta tercera experiencia del proceso de cambio cognoscitivo, que vincula sucesivos descubrimientos de principio a la forma entrelazada de una multiplicidad pluriconexa, estimula a la mente de cada alumno a alcanzar un orden de conceptualización superior. Las ideas de esa clase, con sus correspondientes paradojas, que son el conocimiento práctico de

principios universales que posee el individuo bien versado, constituyen ahora una idea de un principio universal de descubrimiento científico y coherente.<sup>19</sup> En tales condiciones, el alumno de dicha escuela conoce el proceso creativo mismo de forma más íntima y exacta que cualquier objeto definido tan sólo por la observación sensorial directa.

Esa condición de la mente, de madurez cultivada hasta el nivel de conocimientos de principio disponibles en un momento dado a cualquier profesión, define al individuo que puede llamarse propiamente un científico. Es el contenido de la mente de tal científico, en tanto define dicho contenido una generalización de la experiencia noética que acabo de describir resumidamente, lo que debe servir de referencia para mostrar la interrelación entre ciencia y normas clásicas de composición y ejecución artística.

Comparemos esto, ahora, con la tarea de ejecutar en forma válida una composición clásica, compuesta, quizás, por un Mozart o un Beethoven. Imagínesse que usted, en algún momento de su vida, se ha vuelto un artista musical.

En primer lugar, nunca debe usted simplemente tocar las notas individuales de la partitura, ni interpretar esas notas, ni la partitura como tal. Debe evitar tocar accidentalmente otras notas diferentes que las indicadas por el compositor, o agregarle notas, claro; pero también debe excluir cualquier interpretación literal o arbitrariamente estilizada de las notas, de la partitura literal. *La regla es que debe tocar lo que el compositor se proponía*, lo más exactamente posible, empleando la partitura como una ayuda de memoria, no algo que debe "interpretarse", en tanto "información" por derecho propio. En la ejecución de la música clásica, lo mismo que en la reescenificación del descubrimiento original de un principio físico por parte de un estudiante aventajado, no se debe buscar un significado literal o arbitrario de la paradoja indicada, ni de la partitura escrita. Se tiene que experimentar en carne propia el proceso de descubrimiento de un principio descubierto anteriormente por un compositor, así como el científico reescenifica el descubri-

19. Los principios asociados con esos rostros, por ejemplo, tienden a formar una multiplicidad pluriconexa del tipo Gauss-Riemann. La variedad de una multiplicidad de ideas, que aquí presentamos, refleja la famosa paradoja ontológica del diálogo *Parménides*, de Platón.

miento válido de un principio físico resolviendo la paradoja correspondiente. La reescenificación soberana del descubrimiento original del compositor, en la ejecución musical, es la *idea musical* a la que sirve, como ayuda de memoria, la partitura escrita; la interpretación literal de esta partitura no es lo que debe presentar el instrumentista en su ejecución artística.<sup>20</sup>

Para ilustrar esta discusión, restringimos la discusión del arte, por un momento nada más, a la música. Restringimos el ámbito musical bajo estudio, a la modalidad de entrenamiento de la voz cantada conocida como el *bel canto* florentino. Para simplificar la discusión, restringimos la selección de ejemplos de composición y ejecución musical a una porción destilada del repertorio clásico: la de J.S. Bach, Haydn (de la Opus 33 en adelante), Wolfgang Mozart, comenzando con sus estudios de Bach en el salón vienés de Van Swieten, Ludwig van Beethoven, Johannes Brahms y otros exponentes del método estrictamente clásico de las formas vocales e instrumentales de compo-

20. Hay músicos auténticamente grandes cuya incapacidad de triunfar como artistas públicos la reconocen ellos mismos, así como sus amigos y admiradores en el ámbito profesional, como una incapacidad de atacar los intervalos iniciales de la composición en forma que prefigure la unidad de concepción de toda la obra en la mente de un público musical culto. La cualidad que no han logrado desarrollar es la misma que marca al famoso Wilhelm Furtwängler como el director de orquesta más exitoso, musicalmente, de todo el siglo 20. A menos que el intervalo que abre la composición, así como las transiciones internas más cruciales, se ataquen debidamente, la mente se desvía de la unidad conceptual subyacente a la obra entera, y en consecuencia, o ejecuta una lectura "interpretativa" de la partitura, o se le desbarata la composición. He podido ilustrar este punto comparando una ejecución de la Novena Sinfonía de Schubert, dirigida por Furtwängler, con mi propia experiencia atormentada, del período inmediato de posguerra, de una triste ejecución de la misma obra, dirigida por Bruno Walter, que casi se vino a tierra, musicalmente, especialmente durante el segundo movimiento. Recuerdo con igual pena una entrevista radial con Walter por esa época, en que balbucea el disparate nietzschano de afirmar que la diferencia entre las composiciones de Johannes Brahms y las de Ludwig van Beethoven radica en que Brahms era "apolíneo", mientras que Beethoven era "dionisiaco". Es muy dicente la curiosa confusión de Walter entre Brahms y el tedioso Bruckner, y entre Beethoven y el niño terrible de Carl Czerny, Franz Liszt. Bruno Walter tendía a interpretar las partituras, en vez de ejecutar la propia composición. El público musical culto puede convencerse de lo anterior comparando los rasgos distintivos de ejecución de tres composiciones bajo la batuta de Furtwängler: la Séptima Sinfonía de Beethoven, la Novena Sinfonía de Schubert, y la Cuarta Sinfonía de Brahms, secuela de la séptima de Beethoven.

sición motívica basadas en el *bel canto*, derivadas por los compositores clásicos de los fundamentos de contrapunto bien temperado definidos para ellos por la obra de Bach. Esas restricciones nos simplifican el problema de ilustrar lo que sigue.

El principio más importante de la composición y ejecución musical clásica es la verdad y la justicia. En otras palabras, la emoción musical esencial *no* es la sensualidad, sino el ágape, tal como definen esa emoción Platón y el apóstol Pablo. Esta es la primera regla para leer o intentar ejecutar una composición de este tipo. Se tiene que ubicar la perspectiva de aquella cualidad emotiva específica en tanto rasgo característico de la composición a la que sirve la partitura como ayuda de memoria. Es esa emoción —lo que uno “siente” de la pieza— la que debe guiar al artista, y al público, en la ejecución relativamente acabada.

El segundo principio, vinculado al anterior, es el principio de la paradoja: en el arte la paradoja se reconoce con el término *metáfora*. La metáfora, en todo arte, es aquel estado de ambigüedad final superpuesto a los mecanismos de expresión literal, en el que se compactan dos o más significados literales mutuamente excluyentes, para formar un significado superior que abarca en una sola expresión todos los significados literales. Paradigma de ello es la declaración irónica de la forma que presenta Platón en su diálogo *Parménides*, que podría replantearse como adivinanza: “soy un proceso coherente cuyos hitos son los puntos mutuamente incompatibles A, B, C y D, pero no guardo correspondencia formal con ninguno de ellos, ni con ninguna combinación de ellos”.

Tan sólo como referencia para los que sepan un poquito de música, hago la siguiente observación. En el caso de la composición motívica clásica, la metáfora corresponde al método de contrapunto de Bach. Para los compositores clásicos posteriores, los puntos de referencia más importantes en la obra de Bach son dos: su *Ofrenda musical*, y su *Arte de la fuga*. La referencia más frecuente a esta conexión con Bach es la representada por Mozart en obras suyas como su *Fantasia para teclado* K.475, referencia citada en muchas composiciones de Beethoven, Brahms y otros. El prototipo de la paradoja metafórica, como en el caso de las composiciones derivadas de los estudios de Mozart de la *Ofrenda musical* de Bach, es el empleo de un principio de una serie de distintos tipos de intervalo lidio.

En la verdadera polifonía contrapuntual, las ideas esenciales de la composición se definen principalmente de dos maneras. Primero, de la misma manera que se definen los principios físicos en la ciencia, mediante paradojas ontológicas. En la música, las paradojas del caso son planteadas por formas metafóricas de transición, disonancias legítimamente determinadas, generadas dentro de la composición; y, en segundo término, por citas explícitas o implícitas de ideas expuestas en otras composiciones, ya sea del mismo compositor o de otros.

Esa clase de paradoja, la aparente disonancia, nunca es una disonancia arbitraria, en el sentido de los "pasajes" románticos o las variantes modernistas o postmodernistas de producción de ruido. Aparecen, más bien, como legítimas paradojas, en el sentido de aquellas paradojas que mueven al niño escolar a reexperimentar un descubrimiento original de principio físico. Este tipo de paradoja surge en la música cuando aparece una cierta serie de intervalos musicales, aparentemente disonantes, como consecuencia contrapuntual lógica de la polifonía de la composición. Al igual que la paradoja que lleva al alumno a vivir de nueva cuenta el descubrimiento de algún principio físico, la paradoja musical es de tal naturaleza que ninguna explicación formal de ella puede ser veraz. En tal momento se yuxtaponen varias claves implícitas, en un solo intervalo ambiguo; es decir, irónico. Una cierta sucesión ordenada de disonancias, llamadas intervalos lidios, generada de este modo, es típica de la paradoja que lleva a la mente a crear la idea musical que el compositor se proponía.<sup>21</sup>

A lo largo de todo esto, siempre hay que recordar que, al igual que una escultura de Escopas o Praxiteles, a diferencia de las esculturas arcaicas, lineales, de Egipto o Grecia, la com-

21. El empleo, por Brahms, de un pasaje irónico citado del Adagio Sostenuto (tercer movimiento) de la sonata de Beethoven para piano Opus 106 (Hammerklavier), en su propia Cuarta Sinfonía, es una excelente ilustración de tal principio general de composición gobernada por principios de la composición con continuidad motívica. Ello es tanto más extraordinario cuando vemos la relación entre la composición de esa sinfonía por Brahms, y la idea nueva desarrollada por Beethoven en la Séptima Sinfonía suya. Ver Lyndon H. La-Rouche, Jr. y otros autores, "The Case of Classical Motivic Thorough-Composition", *Executive Intelligence Review*, 4 de septiembre de 1998. En cuanto a la Cuarta Sinfonía de Brahms, véase la nota de Hartmut Cramer en la misma publicación, págs. 98-103. Sobre el principio de la serie de intervalos lidios, John Sigerson y Mindy Pechenuk, págs. 52-76.

posición musical clásica no es una "cosa"; es una reescenificación noética, la repetición de un proceso de descubrimiento de un principio más refinado, parecida, por ende, a la reescenificación de una experiencia de descubrimiento original, por un estudiante, de algún principio físico validable. La reescenificación de una experiencia tal se aproxima, como experiencia, al primer encuentro con una idea musical; muchas veces pasan años de repetición de esa misma experiencia antes de que el músico —hasta el más consumado— pueda decir: "*¡Por fin me salió!*"

Este ejemplo ilustra el hecho de que la música clásica es un ámbito gobernado por la pasión creativa llamada ágape. La esencia de tal composición musical son las ideas de la forma específica que aquí hemos identificado con el descubrimiento de principios universales. Así, por tanto, aunque la composición musical clásica es tan juguetona, por un lado, como un potro en primavera, nunca se le permite a ese espíritu juguetón violar el principio del ágape: verdad y justicia en el ámbito de las ideas musicales. El resultado de todas estas consideraciones es un principio de ejecución musical que el célebre conductor Wilhelm Furtwängler describía como obtener una unidad continua de la composición de principio a fin de la obra, atendiendo a la necesidad de leer la partitura escrita "entre notas".

Por esta causa todas las composiciones musicales clásicas de la civilización europea tienen o la característica de "música religiosa", o participan del nivel de ideas de composición que aluden a algo que se oye como una cualidad religiosa específicamente cristiana. La conexión queda clara con la referencia a Bach y sus seguidores. Es decir, el tema subyacente de la música se expresa como la cualidad emocional del ágape. Ello se expresa con un mínimo de distracción en la tradición agustina, muy particularmente con el surgimiento de la polifonía clásica moderna en los orígenes del *bel canto* polifónico en Florencia en el siglo 15, a partir del mismo intervalo, más o menos —1438-1492— que el surgimiento de la República soberana y el Estado nacional moderno. Su cualidad implícitamente cristiana se apoya en la pasión del ágape, asociada con los principios de justicia y verdad. Es religiosa, porque implícitamente celebra y reitera la imagen divina del hombre y la mujer, a semejanza del Creador, con una identidad verdadera,

cada quien, como criatura de ideas, bajo el manto de la simultaneidad de la eternidad.<sup>22</sup>

En ello radica el poder y la belleza de esta música. Es así como deben leerse, y ojalá ejecutarse y oírse, tales partituras musicales.

Aunque hace falta, a estas alturas, definir ciertos principios de la composición artística, los propósitos políticos que he indicado requieren que interrumpa ahora mi presentación sobre el tema de la cultura, si bien sólo momentáneamente. Me sitúo aparte un momento, como un coro de Shakespeare, para recordarles que nuestro tema actual son las repercusiones políticas indispensables del arte, y no el arte considerado desde un punto de vista apolítico. Lo que aquí escribo sobre el arte se escribe para señalar la naturaleza e importancia de esa conexión política. Cualquier otra acepción del tema del arte como tal pertenece a otras publicaciones, tiempos y lugares. En este sentido concluiré la referencia al arte destacando las repercusiones pertinentes, explícitamente políticas, de la tragedia clásica, con énfasis implícito en la relación de los principios de composición de dicha tragedia, con las funciones afines, pero relativamente distintas, tanto de la música como de la poesía.<sup>23</sup>

En la tragedia clásica, cuyos mejores exponentes son la obra de Sófocles, Esquilo, el *Doctor Fausto* y *El juicio de Malta*, de Christopher Marlowe, la cuasitragedia o comedia *Don Quijote*, de Miguel de Cervantes, y otras obras de Shakespeare y Federico Schiller, nos vemos ante formas de composición artística que presentan sus ideas con la fuerza más persuasiva, y cuya

22. Tal no puede decirse ni siquiera de la música nominalmente religiosa de tipo romántico (por ejemplo el *Requiem* de Berlioz), modernista o posmodernista, en que la composición y ejecución evocan una emoción de efectos sensoriales (como el cromatismo de Liszt) o una desvergonzada exhibición de empirismo, positivismo o existencialismo, comunes a los especímenes modernistas, posmodernistas o "estilo Nashville", que evocan todo el *pathos* de un cochino revolcándose en el fango de sus propias experiencias sensoriales.

23. El origen de lo que puede identificarse como música clásica desde los tiempos clásicos griegos reside en las cualidades implícitamente necesarias de la recitación poética clásica. Este es un nexa que ha llevado a los eruditos del sánscrito veda a investigar hasta seis mil a ocho mil años antes del presente. La música clásica es un medio en que las cualidades polifónicas inherentes a la poesía clásica se convierten en materia prima para reconstruir en el proceso cognoscitivo algo que puede definirse como "ideas musicales".

pertinencia al ámbito del estadismo es de la más potente e inmediata calidad. En toda la poesía clásica ocurre una comunicación similar, pero generalmente más distante de cualquier referencia política explícita. Podemos preguntarnos: ¿cuál es esa conexión política, y en qué aspecto de la formación de gobiernos y políticas yace propiamente esta función del arte? La respuesta que han dado los grandes trágicos que mencioné es clara y potente.<sup>24</sup> Aunque la tragedia clásica constituye el ejemplo más explícito y comprensible del papel esencial de la composición artística clásica en la formulación del estadismo civilizado, antes de pasar a exponer ese caso, debemos intercalar primero un punto esencial.

Los ejemplos arriba citados —primero, el de la reescenificación estudiantil de actos válidos de descubrimiento original de principios físicos; y luego el caso afín de la composición musical clásica— demuestran el hecho de que las relaciones humanas, en esencia, *no* son lo que mal define la actual teoría social académica como el carácter elemental de las relaciones sociales. *Ya que la naturaleza humana individual se ubica en aquellas capacidades cognoscitivas soberanas individuales a las que no tiene acceso la simple percepción sensorial, entonces las verdaderas relaciones humanas se caracterizan por un compartir de los resultados de la repetición exitosa, por parte de cada individuo, de alguna forma validable de descubrimiento original de un principio físico universal. El acto de compartir entre dos o más individuos esa forma de experiencia individual perfectamente soberana de reexperiencia de un descubrimiento tal, es la forma elemental de las relaciones humanas, muy distinta de las relaciones animales, o animalísticas.*

La diferencia elemental entre una sociedad humana y una manada, hato, rebaño, etc., de animales, reside en dos consecuencias de esa clase de compartir reexperiencias separadas de descubrimientos de principios universales:

- La primera es que las ideas sólo pueden definirse de esta manera.

24. Para tener una idea de conjunto de mis planteamientos sobre el papel de la tragedia clásica en la promoción de conciencia política, ver "The Substance of Morality in Science and Statecraft", *Executive Intelligence Review*, 26 de junio de 1998.

- La segunda es que la tarea funcional fundamental de la sociedad civilizada es aprovechar el desarrollo de tales ideas para coordinar las relaciones entre los integrantes de dicha sociedad, coordinación que abarca las generaciones, del presente al pasado y hacia generaciones futuras, todo ello, implícitamente, en la simultaneidad de la eternidad.

Estas dos condiciones definen el ejercicio de la ciencia, y definen la relación entre ciencia y sociedad. Definen, incluso, todos los principios de las relaciones sociales, incluido el estadismo, o ciencia del buen gobierno.

*Estas dos consideraciones identifican la distinción esencial entre una forma de sociedad moderna moral e intelectualmente degenerada, con su política educativa, basada en el aprendizaje de la "información" de acuerdo con la llamada "teoría de la información", y una sociedad cuyo sistema educativo y procesos de autogestión se derivan del concepto clásico humanista de naturaleza humana. Y queremos decir, con "naturaleza humana", la asociada con la definición del profeta Moisés de que el hombre y la mujer son hechos a imagen del Creador, tal como ve las cosas el cristianismo, y con los métodos humanistas de educación cuyo principio esencial he definido aquí.*

En este sentido toda ciencia y arte válidos expresan en común este principio de la composición artística clásica. Por consiguiente, todo estadismo competente ha de fincarse en este mismo principio.

Ya concluida esta interrupción necesaria, volvamos al tema de la tragedia como tal. Hagamos a un lado el mal uso, ridículo, aunque popular, de "tragedia" para describir casi cualquier tipo de sufrimiento o catástrofe sufrida por una persona o colectividad. El uso racional y culto de la palabra "tragedia" es el que definen las composiciones griegas clásicas y europeas modernas que antes señalábamos; si no, se degenera en un mundo estilo *Alicia en el País de las Maravillas*, en que las palabras pueden llevar cualquier significado completamente arbitrario —y generalmente necio— que decida darles en cualquier ocasión fortuita quien se antoje de emitirlos.

Según la norma sentada reiterada y uniformemente por Esquilo, Sófocles, Marlowe, Shakespeare y Schiller, el término tragedia debería emplearse como yo lo empleo, únicamente en referencia a una catástrofe por lo demás evitable, ya sea para

la sociedad entera o para algún líder de esa sociedad, causada por la terca negativa de la propia víctima a reconocer y corregir los supuestos axiomáticos absurdos y potencialmente fatales que encarnan las creencias de la víctima, sea el individuo o la sociedad. Lo que define la cualidad de tragedia es el hecho de que, si tomamos en cuenta el hecho de que la humanidad y sus individuos están dotados de la facultad de la razón creativa, el error axiomático fatal y sus repercusiones prácticas generales debieran transparentársele a la víctima como verdades; el principio trágico es, pues, que la víctima no tiene ninguna excusa *veraz* para no reconocer y corregir el error axiomático que la lleva a su perdición.<sup>25</sup>

Concentremos la atención en dos ejemplos sobresalientes, aparte de excelentes y pertinentes casos tales como *Antígona*, sobre el tema de los principios del derecho: *Prometeo encadenado*, de Esquilo, y la brillante y exitosa estrategia militar de Rusia en la derrota de Napoleón Bonaparte entre 1812 y 1813, orquestada por Ludwig von Bolzogen, basada en los estudios del historiador y dramaturgo Federico Schiller, sobre la guerra de España en los Países Bajos y la Guerra de los Treinta Años. Estos últimos estudios constituyeron el trasfondo histórico de las composiciones de *Don Carlos* y la trilogía *Wallenstein*, de Schiller.<sup>26</sup> La selección de estos casos ejemplares basta para recalcar los puntos pertinentes tanto respecto del principio de la tragedia clásica escenificada, como de la importancia de dicha tragedia como guía de las más importantes decisiones políticas de las naciones en la historia actual.

La figura trágica de *Prometeo encadenado* no es el sufrido Prometeo, sino más bien la perdición autoinducida de Zeus, su atormentador. La causa por la cual Zeus somete a tortura

25. No debemos, por tanto, confundir el significado del término tragedia (clásica) con la connotación floja de "desventura personal"; a mucha gente pueden parecerle iguales ambas cosas, pero esa gente tampoco distingue entre un bisonte y un buey. Tragedia es algo que la sociedad se causa a sí misma, ya sea porque prevalece cierta opinión popular, o por defectos patológicos de los rasgos axiomáticos conductuales de personas que tienen una influencia excepcional, prácticamente dominante, sobre la cultura o sociedad de marras.

26. Helga Zepp-LaRouche, "Schiller and the Liberation Wars against Napoleon" (versión condensada de su ponencia del 22 de noviembre de 1998 en una conferencia realizada en Bad Schwalbach, Alemania) *Executive Intelligence Review*, 4 de diciembre de 1998.

perenne a Prometeo, es la negativa de éste a revelarle a Zeus el método por el que este último habrá de asegurarse su propia destrucción. Fracasan las tentativas de extraerle el secreto a fuerza de tortura; Zeus comete el error fatal de negarse a reconocer la dedicación de Prometeo a la simultaneidad de la eternidad. El dramaturgo deja entrever el resultado necesario del trágico error de Zeus: por ese error olímpico, Zeus y sus compinches, los otros dioses del Olimpo, están condenados a la destrucción.

En el caso de la ruina autoimpuesta de la España de Felipe II, España se autodestruyó destruyendo lo que habían sido sus propios recursos en el territorio que intentaba seguir gobernando, estupidez que condujo a la decadencia y la ruina de la propia España. La misma estupidez trágica respecto a las cuestiones políticas y logísticas de la estrategia condenaron a las fuerzas contendientes en la efectiva manipulación por parte de Venecia de la banda de estúpidos que llevó a Europa central a la Guerra de los Treinta Años (1618-1648 dC).

Apoyado en gran medida en la obra de Schiller, von Wolzogen ideó la estrategia para derrotar a Napoleón en Rusia. Von Wolzogen se ganó el apoyo para esto no sólo de los reformadores prusianos encabezados por Freiherr vom Stein y Guillermo de Humboldt, amigo de Schiller, sino el del zar Alejandro I. Napoleón rechazó la firme advertencia del genio militar más grande de la época, Lázaro Carnot, el "Autor de la Victoria" de Francia, y llevó adelante su estúpida invasión de Rusia, con lo que quedó condenado exactamente según diseñó la trampa von Wolzogen.

Hasta la fecha, algunos personajes de alto rango de las fuerzas armadas de los EU siguen sin asimilar las enseñanzas de esas notables experiencias de la historia moderna. Semejantes dirigentes militares, como el jefe de Estado Mayor Henry Hugh Shelton, el secretario de Defensa William Cohen y el vicepresidente Gore, si siguen imponiendo su criterio en estos asuntos, sólo conseguirán destruir a los Estados Unidos y a sí mismos, como la trágica estupidez del rey Felipe II destruyó a España y como Napoleón se autodestruyó en la campaña rusa de 1812.

El principio general de composición de la tragedia clásica es la advertencia que es el tema central del célebre poema de Solón de Atenas. El tema de Solón es una advertencia a los atenienses futuros del peligro de que sus propias tonterías po-

pulares los hagan retroceder a la condición miserable de la que las reformas de Solón los habían rescatado poco antes. A este respecto, los mejores pensadores entre los fundadores de la república estadounidense y su Constitución Federal consideraban el poema de Solón un modelo para definir el derecho constitucional. *Como se los advirtió Solón a los atenienses de su época, la gran cuestión del estadismo es cómo evitar que un pueblo se autodestruya con sus estupideces acostumbradas, con sus opiniones de costumbre.*

El principio correspondiente de derecho constitucional es que, cuando un pueblo ha efectuado un gran cambio revolucionario en el manejo de sus propios asuntos, como la revolución que encabezó Solón en Atenas, y como nosotros, en los recién liberados Estados Unidos, debe reflexionar en los hábitos que concluyó necesario desechar y debe prohibirle a su posteridad repetir errores axiomáticos del género que expresaban esos viejos hábitos. Los revolucionarios deben descubrir cuáles fueron esos axiomas y erradicarlos y prohibir su futura adopción práctica, sea franca o solapada.

Esa consideración aconseja que dichos revolucionarios adopten una precaución más. Debemos pensar también en el surgimiento de circunstancias futuras diferentes a las de la época en que se hizo el cambio revolucionario. Deben prever que en lo futuro, en circunstancias nuevas, el mismo problema general de la influencia de supuestos axiomáticos defectuosos pueda aparecer con nuevos ropajes y hasta en una forma mortífera.

El principio de la tragedia, ya en el teatro clásico ya en la vida real, se define, primero, considerando el caso de un pueblo entero que se autocondena a la ruina por sus hábitos arraigados de formación de creencias y orientación de su práctica. *El asunto de la tragedia no son las maldades que ciertas celebridades le infligen a una masa de gente buena; el asunto de la tragedia es lo que todo un pueblo puede hacer para arruinarse.* Es por derivación como la personalidad individual puede convertirse en portadora del desenlace trágico. La arrogación de poderes de gobierno, real o virtual, o de otra influencia equivalente sobre el bienestar de la nación, puede definir la autoridad institucional entregada a semejante personaje o personajes destacados en tanto instrumento con el cual todo un pueblo aniente provoca su propia ruina, por lo demás eludible.

Alemania no escogió a Adolfo Hitler. A Hitler se lo escogió para que gobernara a Alemania en un golpe de Estado parlamentario dirigido desde Londres por los banqueros británicos y sus socios de Wall Street que eran los amos de Hjalmar Schacht. No obstante, una vez que Hitler se le impuso a Alemania por la serie de golpes de Estado ejecutados entre el 28 de enero de 1933 y mediados de 1934, la estupidez de Hitler devino la tragedia de Alemania. De modo semejante, la deposición del presidente Clinton para hacer presidente temporalmente al vicepresidente Gore devendría la condena trágica de los EU. Son las tonterías de la mayoría del pueblo de una nación, que llevan a personajes semejantes a posiciones destacadas de poder, las que se expresan en el subsiguiente desenlace trágico para la nación misma. Tal es la lógica de la tragedia.

Por eso, en realidad, España se autodestruyó por consentir la estupidez encarnada en Felipe II. Tanto en la realidad como en el *Don Carlos* de Schiller, los personajes de don Carlos y el marqués de Posa están en posición de evitar el desastre que la estupidez de Felipe II (el de la vida real) le viene provocando a España y a la civilización europea en general. En la obra teatral, don Carlos y Posa, dos de los tres personajes que podrían salvar a España de su propia estupidez, fallan, de manera diferente, y así España se autocondena a la ruina resultante.<sup>27</sup>

Así, pues, sería idiotez o algo peor considerar el *Don Carlos* de Schiller mera ficción. Semejante persona demostraría así una burda ignorancia tanto en cosas de arte como de historia real. El ejemplo de los buenos resultados que obtuvo von Wolzogen usando la obra de Schiller sobre la tragedia revela que el principio histórico demostrado por *Don Carlos* es un principio genuino de la historia, incluida la historia de la política prácticamente suicida de España en los Países Bajos. No hay un solo caso, en ninguna de las grandes tragedias a que me he referido aquí, implícitamente o no, en que el principio demostrado en el escenario no sea un principio verdadero de la historia real.

Pensemos en esas obras teatrales como experimentos científicos decisivos, según lo prueban del modo más contundente las composiciones de Schiller. Se demuestra en el escenario un principio histórico, la demostración se elabora como un científico elabora un experimento decisivo, y el principio que

27. Lyndon H. LaRouche, "La substancia de la moralidad", *op. cit.*

se demuestra en el escenario tiene aplicación universal en la vida real. En el arte clásico en general, las mismas implicaciones son la esencia de las composiciones artísticas.

La naturaleza de los nexos entre las composiciones clásicas y el estadismo pueden resumirse del modo siguiente. Describiré, primero, la naturaleza de principios de esos nexos. Segundo, en la sección siguiente de mi declaración, aplicaré este principio a un caso que ilustra el estadismo en la vida real: cómo opera este principio en el dominio de las deliberaciones de los líderes políticos con representantes de lo que he denominado sectores populares genuinos.

La cualidad esencial de acción que implícitamente define todas las relaciones sociales y, por tanto, la sustancia del estadismo, es el papel de la transmisión de ideas, según las he definido aquí, por medio de la reescenificación noética del descubrimiento de principios artísticos clásicos y científicos. La esencia de esa cualidad de acción se puede localizar, de primer intento, examinando las implicaciones de la relación entre dos estudiantes en la situación en que el que ha hecho una reescenificación razonablemente válida del descubrimiento de algún principio universal físico le expone al otro estudiante los hechos que lo llevarán a efectuar una reescenificación probablemente venturosa del mismo descubrimiento.

El significado de ese tipo de relación entre los dos estudiantes se torna aún más nítido cuando se la contrasta con la relación que se establece entre los dos estudiantes cuando ambos se dedican a transmitir mera "información", cosa opuesta a su participación en la transmisión de ideas.

En el primer caso, la transmisión de la llamada "información", tenemos la clase de relaciones sociales aversivas (por ejemplo, hobbesianas) definidas por los conductistas y otros impíos domadores de animales que aplican sus habilidades en víctimas humanas. En otras palabras, la educación se convierte en algo que unos domadores de animales, expertos pero mal calificados, llamados maestros y profesores, le infligen a quienes tratan real o prácticamente como ganado humano. No enseñan conocimiento, sino "información". Están bien representados por los doctrinarios racistas ligados a los conductistas de la escuela de educación de la Universidad de Harvard.

En el segundo caso, se educa a cada niño del modo en que debemos educar a un genio creador en ciernes. Preparamos al



*En una representación de Don Carlos de Schiller, aparecen el rey Felipe II de España (a la derecha) y su hijo Carlos. España se autodestruyó por tolerar la estupidez encarnada en el rey Felipe. Aunque estaban en condiciones de evitar del desastre, Carlos y el marqués de Posa no lo hicieron, lo que provocó un desastre para España y para la civilización europea en general.*

alumno y le demandamos aprender los grandes descubrimientos de principio universal reproduciendo, con la mayor fidelidad posible, los requisitos y el acto de descubrimiento original comprobable de principios físicos y artísticos universales.

Las dos pautas opuestas de educación se reflejan en formas paralelas de diferencias en las relaciones sociales entre la población en general. Los resultados contrastantes de los dos métodos opuestos se ven en los efectos medibles en la agricultura, las manufacturas y los trabajadores en cuanto a las aptitudes tecnológicas, en especial entre trabajadores del diseño de máquinas herramienta, y en la ciencia y la ingeniería, entre otros campos. Los contrastes más agudos entre los resultados de los métodos opuestos de educación, o falta de ella, se ven en condiciones de ritmos relativamente elevados de introducción del progreso técnico al diseño tanto de productos como de procesos productivos. Indicios semejantes se ven en la capacidad de los componentes de los hogares para usar, instalar, mantener y reparar las herramientas y el equipo hogareños, en un ambiente de progreso técnico.

Como lo afirmó Heráclito y lo ilustró Platón en el *Parménides*, la esencia de la materia es la primacía ontológica del *cambio*. En los términos matemáticos de lo que se conoce como multiplicidades multiconexas de Gauss y Riemann, el cambio hacia algo mejor se mide por el efecto de los principios físicos válidos para el mejoramiento de los efectos característicos del comportamiento humano productivo y actividades conexas en condiciones en que se introducen nuevos descubrimientos de principio físico. O sea, conforme aumenta el número de principios físicos en aplicación,  $n$ , la entropía relativa de las actividades humanas productivas y similares aumenta en correspondencia. Lo mismo es cierto para el número de principios artísticos y similares,  $m$ , introducidos a la práctica.

Así, el ritmo de generación y reescenificación de principios físicos y artísticos comprobados, que ocurre en la relación por parejas entre estudiantes y otros, junto con el cambio correspondiente en la práctica productiva y actividades conexas, es el factor de *cambio* del que depende el mantenimiento y la mejora del bienestar general de la sociedad.

En el caso de los principios físicos, las relaciones funcionales entre  $n$  principios son relativamente más obvias. Lo que no se entiende tan fácilmente, y cuyo dominio representa a fin de

cuentas una tarea más importante, es el papel de *m* principios de tipo artístico clásico. Como lo subrayaron Solón y Platón, es de la tendencia de los integrantes de la sociedad a aferrarse a sus varios tipos de prejuicios sociales inducidos de donde brotan las grandes dificultades del estadismo. La madre de las peores y más mortíferas variedades de semejantes prejuicios sociales es el no reconocer o negarse a aceptar la noción de que, por virtud de las facultades y funciones cognoscitivas a las que hemos prestado relativamente mucha atención en esta segunda parte de mi declaración, todos los hombres y mujeres estamos hechos a imagen del Creador, y que esas funciones cognoscitivas (noéticas), su cultivo y empleo deben ser el valor primario en el derecho natural por el que se autogobiernen el derecho y la práctica socioeconómica del Estado y la sociedad.

La composición artística clásica y su práctica son el dominio en el que este aspecto de principios de las relaciones sociales se examina por medio de los mismos procesos cognoscitivos (noéticos) que son fuente de generación del conocimiento de principios físicos. La expresión políticamente más significativa de este empleo de la composición artística es la tragedia clásica, pero cada aspecto de la composición artística clásica, por el hecho de que nos capacita para explorar las capacidades y rasgos problemáticos de nuestras propias naturalezas individuales de un modo siempre más rico, es también implícitamente político en su efecto moral final.

La forma primaria inmediata de la relación social entre dos elementos pone de manifiesto el papel de los principios soberanos individuales cognoscitivos (noéticos) en la generación y el empleo de descubrimientos comprobados de principios físicos. Las relaciones sociales definidas por la reproducción de un descubrimiento particular semejante en la mente de otra persona, y el compartir el hecho de esa hazaña, define la relación primaria gobernante de cooperación en la determinación del poder per cápita de la humanidad dentro y sobre el universo. No obstante, esta relación física del hombre con la naturaleza depende del ordenamiento de las relaciones sociales como tales. El descubrimiento de los principios universales comprobables de las relaciones sociales es el autoexamen de las relaciones entre los procesos cognoscitivos de las mentes individuales en tanto tales. Este examen es el dominio de la composición artística, el dominio del examen de las relaciones entre las

facultades individuales cognoscitivas del hombre, estudio conducido por las facultades cognoscitivas del hombre.

Cuando perdemos esa idea de los principios artísticos, perdemos la capacidad de reconocer y refrenar esas estupideces con las que las sociedades tienden a autodestruirse. Sin embargo, estas relaciones que son el asunto del arte clásico se sitúan dentro de las relaciones físicas del hombre con el universo en general. A menos que el modo de comportamiento social que se adopte coincida con el mejoramiento de la condición física del hombre, el arte degenera en expresiones de pesimismo cultural. Así que, cuando el propósito no es sólo fomentar el mejoramiento de la calidad de las relaciones sociales, sino hacerlo con el reconocimiento de que, si ese esfuerzo artístico no se integra con el propósito práctico de aumentar el poder per cápita del hombre en y sobre el universo, la sociedad es un fracaso, y, si persiste en eso, quedará condenada a sufrir la pena de tornarse moralmente inepta para sobrevivir.

Una cultura se autocondena como el Hamlet de Shakespeare cuando la sociedad y sus líderes pertinentes padecen una falla trágica. Esta falla se da siempre en la forma de un conjunto de hábitos de pensamiento y comportamiento axiomáticos o cuasiaxiomáticos, que tuercen el efecto acumulativo neto de sus respuestas a las condiciones cambiantes de tal manera que su trayectoria la lleva a la ruina que ella misma se busca de ese modo. En los últimos treinta años y pico, la tolerancia general del monetarismo furioso y las ideologías de la "Nueva Era" ha introducido en las culturas de Europa occidental y los EU, en particular, semejante factor de trayectoria autoinducida hacia la ruina, que asegura que, bajo el influjo de las pautas de respuesta que prevalecen actualmente, esas porciones del planeta, y mucho más del mismo, queden más o menos condenadas a una pronta destrucción.

La función principal de la tragedia clásica es alertarnos de ese peligro que bien puede residir, en lo principal, dentro de nosotros y nuestras tercas opiniones oficiales y populares actuales. Esta función de la tragedia es un reflejo concentrado de los principios y actividades artísticos clásicos más en general. El objeto de esta función es impulsarnos a ver, entender y corregir la paradoja potencialmente fatal en nosotros mismos y en nuestra noción axiomática de relaciones sociales apropiadas. Para conseguirlo, aplicamos, en la forma de composición

artística clásica, las mismas facultades cognoscitivas para resolver paradojas que empleamos para generar el descubrimiento comprobado de principios físicos.

Examinemos, pues, a esta luz las implicaciones de la manera en que el posible candidato presidencial del Partido Demócrata debe conducir su trato con los sectores populares básicos de un partido al estilo de Franklin Roosevelt.

**Aranceles y  
regulación:  
los sectores  
populares  
básicos**

Casi veinte años después del gozoso "Día de la Victoria", los ciudadanos estadounidenses y su nación habían acumulado tales ventajas dentro de su nación y del mundo en general que a casi todos nos parecía aún que no se podía destruir a los Estados Unidos, a no ser que la mayoría consintiese acciones que pudiesen destruir a la nación y a nosotros por igual. Ahora, a sólo un poco más de treinticinco años desde que el presidente Kennedy fuera asesinado, queda claro que en estas últimas décadas hemos sido nosotros, al menos una mayoría de nosotros, quienes con nuestra anuencia hemos arruinado a nuestra otrora gran nación, y, en ese proceso, a la abrumadora mayoría entre nosotros también.

Uno de los ejemplos más simples y trillados de esa galopante inmoralidad autodestructiva que nos ha destruido es una enfermedad conocida ordinariamente como "defensa del consumidor". En su forma presente, esta moda, a veces fanática, ha durado ya unos treinta años; corre parejas con cierto número de tipos específicos diferentes de modas que reflejan el mismo tipo de corrupción moral y desorientación mental de la mayoría de nuestra población.

Por ejemplo, si el agricultor se va a la ruina porque los precios del mercado caen muy por debajo del costo real de la producción agrícola, el "defensor del consumidor" se siente encantado: "¡El precio es justo!" Si ejércitos enteros de nuestra fuerza laboral se quedan sin empleo decente merced a formas de "globalización" como el TLC, y se ven arrojados a los dizque "empleos en servicios", con salarios de maquiladora, el "defensor del consumidor" grita triunfante: "¿Y qué? Si me sale más barato con la mano de obra baratísima de las cárceles o de un país extranjero, ¿qué tiene? ¡Para mí, el precio justo es el precio mas bajo!" El autoengañado pero militante "defensor del consumidor" insiste: "¡Yo no tengo que preocuparme del granjero; yo compro mi leche en el supermercado!"

El "defensor del consumidor" se parece al drogadicto que trajeron ayer al hospital y llegó muerto. Su adoración lasciva a su propia codicia mezquina lo lleva a volver, una y otra vez, más y más, a su hábito autrodestructivo.

El "defensor del consumidor" debiera recordarnos el modo en que, según fuentes británicas, el granjero malayo acostumbraba cazar monos, con un dispositivo diabólicamente sencillo,

llamado "trampa monera malaya". Consiste en una jarra de cuello estrecho. La jarra se fija a un poste o a un árbol, y se pone una nuez dentro de la jarra. La nuez debe ser lo bastante pequeña para poder pasar, pero muy apenas, por el cuello de la jarra. El codicioso mono encuentra la nuez, y mete la mano a la jarra para agarrarla. Como no quiere soltar la nuez, no puede sacar la mano de la jarra. Se niega a soltar la nuez. Esa noche, la familia del granjero come mono. Los "defensores del consumidor" son como ese mono, al igual que muchos ilusos inversionistas en fondos mutualistas, en derivados financieros y pirámides financieras semejantes. El propio Satanás no podría haber sido más listo que el inventor de dichas trampas de monos.

La simple codicia no es la única forma de fetichismo que funciona como la moda de la "defensa del consumidor". Nada más fíjense en cuánto del comportamiento de la población estadounidense, incluido el político, se dirige mediante el diseño calculado de horóscopos de amplia difusión; la astrología, como la adoración concomitante de la pagana diosa Fortuna, las apuestas, ha devenido otra vez un peligroso culto pagano, una amenaza importante a la seguridad nacional de los Estados Unidos. Mucho de la influencia que tienen los "Elmer Gantry" que roban a la gente en nuestros días es obra de televangelistas que incitan al odio, como Pat Robertson y Jerry Falwell, cuyas sectas operan basadas en la misma mezcla de supersticiones paganas y embaucamiento que el culto a los horóscopos, o como esas peligrosas modas de la salud como la de bajar de peso. Igualmente, la difusión epidémica de las sectas ecológicas es una de las modas pseudocientíficas más influyentes de nuestros días. Los hombres y mujeres intoxicados con su conversión a la locura asesina del "ecoterrorismo" ilustran el modo en que la seguridad interna de nuestra nación se ve amenazada por pobres trastornados, capaces de quemar sus propias casas o participar en formas semejantes de suicidio en masa organizado, todo en nombre de algún éxtasis astrológico, religioso, etc.

Así, los "defensores del consumidor", al igual que los narcómanos y variedades parecidas de fanáticos autodestructivos, rebosan lascivia, excitados por acciones con las cuales, lo sepan o no, destruyen a nuestra nación y a sí mismos.

Esa es nuestra tragedia nacional. Así, las opiniones prevalentes entre nuestro pueblo resultan a menudo nuestro mayor enemigo, el enemigo interno.

Muchos de ustedes han perdido su empleo, o su finca, su pensión, o su seguro médico, todo porque alguien, digamos un tiburón de Wall Street, los han saqueado, con tal de mantener "justo" el precio de que existan ustedes. Y aun así, cuando a ustedes se les cae la baba por los ventajosos precios "justos" que obtienen a costa de otros, no parecen darse cuenta de que su propio sufrimiento es producto de algo lascivo y lunático que ustedes, vueltos fanáticos, se han hecho a sí mismos. ¿Es "el precio más bajo" el modo en que, ahora o mañana, quebrados y en ruinas, midieron los pasos con los que ustedes mismos, supuestamente en su propio interés, se llevaron a la ruina? Veán en esa moda lunática conocida como "defensa del consumidor" un ejemplo del modo en que parecemos contruibuir, como por costumbre, a destruir a nuestra nación y a nosotros mismos. ¿No podrán decirse a sí mismos, contemplando toda esta ruina a su alrededor: "Seguro que había una vía mejor"?

Hay una vía mejor. Se llama cordura. Es tiempo de una buena dosis de acción política cuerda, para que nuestra nación y su pueblo recuperen la razón. Empezando con el ejemplo del debate que sobre los "precios agrícolas de garantía" hubo entre los agricultores y algunos sindicalistas despistados, examinemos el modo en que unir a los sectores populares básicos, como los agricultores y los sindicalistas, pudiese indicar el camino de regreso a la cordura política para muchos de la tradición de Franklin Roosevelt de basar a nuestro partido en los sectores populares. Esto podría devolverle la razón a nuestra nación en su conjunto.

### **3.1 La cuestión del precio agrícola de garantía**

Uno de los ejemplos más acongojantes de la pura demencia que difunde la ideología de la "defensa del consumidor" es la forma de ese conflicto pueril entre algunos sectores agrícolas y sindicales que se reactivó en los años setentas, conflicto en el que los sindicalistas no obtuvieron ni ganancia material ni honor, y a raíz del cual prácticamente desapareció cualquier

organización eficaz de los agricultores en los Estados Unidos. Menciono esto como ejemplo clínico apropiado y exacto de cómo *no* se deben tratar las relaciones entre las bases populares del Partido Demócrata.

Piensen en los años del breve gobierno de Carter de 1977 a 1981. En 1977, las dosis de aceite de culebra monetarista del profesor Milton Friedman, Arthur Burns y Henry Kissinger que se le administraron al gobierno de Richard Nixon —los efectos a largo plazo de las necesidades económicas y monetarias de Nixon de 1970 a 1972, bajo la influencia de Burns, y la farsa de los precios del petróleo de mediados de los setentas, orquestada por el secretario de Estado Henry A. Kissinger— produjeron su efecto combinado: el desastre del otrora espléndido sistema agrícola estadounidense. Los desesperados agricultores llevaron sus tractores a Washington, para exigirle justicia al presidente Carter, sin éxito. En sí mismo, eso no fue lo que ocasionó la derrota de la campaña por la reelección del presidente Carter en noviembre de 1980; pero fue uno en la serie de acontecimientos que terminaron por sacar a Carter de la Casa Blanca.

En esos mismos años, lo que surgió como mi campaña de 1979 a 1980 por la candidatura presidencial del Partido Demócrata en 1980, se convirtió en un aspecto significativo de las alianzas “contra la Comisión Trilateral” que ya habían surgido entre grupos importantes de agricultores, sindicalistas, etc. a mediados de los setentas. Aunque durante los ochentas persistieron los ecos de estos acontecimientos de 1977–1980, y más allá en cierta medida, para principios de 1981 la intervención de las organizaciones agrícolas y laborales en dichos esfuerzos estaba en retirada, y para mediados de ese año había terminado en lo esencial. Por ejemplo, el Movimiento Agrícola estadounidense (AAM), que fue un aliado importante en mi campaña de 1980 por la candidatura presidencial demócrata, se deshizo casi por completo muy a principios de 1981; para la primavera de 1983, prácticamente se había unido a las que habían sido las fuerzas del enemigo de 1977 a 1980, y nos hacía señas, a mi entre otros, de que ya hacía rato que necesitaba un funeral político, decente y muy discreto.

Ese lamentable resultado no era lo que se proponían los granjeros o sindicalistas honestos de uno y otro bando. Simplemente fueron manipulados por intereses políticos y financieros

siniestros que intervinieron tras bambalinas en ambos bandos, lo cual incluyó amenazas políticas muy sucias a los granjeros, luego de las elecciones de 1980, provenientes de lo que en ese entonces era el entorno íntimo de la Casa Blanca, al servicio de los intereses especiales del vicepresidente George Bush y de James Baker III. Una parte importante del problema en ese entonces, fue ese grupo del Partido Demócrata, la mentada "facción de los gorgojos algodonereros", que ya en 1980-1981 se estaba pasando a la esquina de la extrema derecha del Partido Republicano, bajo el bando de George Bush. Estos son los antecedentes del asunto; y ahora limitaré mi discusión del mismo a dos puntos significativos para la actualidad: 1) el modo en que funcionó la manipulación; y 2) lo que debió haber hecho el Partido Demócrata y no hizo.

Consideren el asunto según lo planteaban las organizaciones agrícolas. Así como la Organización Nacional de Agricultores (NFO) se creó en respuesta a la capitulación del Buró Agrícola ante el monetarismo, la AAM se había creado para llenar el vacío político ocasionado por el entrampamiento judicial que se le armó, por motivos políticos, a los principales dirigentes de la Organización Nacional de Agricultores (NFO), fraude judicial que se condujo con ayuda de la corrupción gubernamental a favor de los intereses de ciertas instituciones financieras.

El granjero estadounidense, cuyo mejor ejemplo era el que mantenía una explotación agrícola familiar técnicamente bastante avanzada, de unas 100 a 200 hectáreas, o de una escala económicamente comparable en la cría de ganado, era el empresario que trabajaba más duro, con excepción de algunos empresarios excepcionalmente dedicados en el campo de las máquinas herramienta. Ese granjero era un líder en cuanto a tecnología, tanto del producto como de su producción, y gozaba de instrucción excelente en destrezas productivas y en el aspecto físico de la administración agrícola. La mayoría de los líderes nacionales y locales de todas las organizaciones agrícolas importantes con los que me reuní, y me reuní con una muy buena representación de todos ellos, a pesar de lo que percibía entre mis amigos de este estrato como una franca inclinación vergonzosa a la marrullería del vendedor de caballos, eran ciudadanos excepcionalmente inteligentes y competentes en lo que hacían como granjeros.

Las corrientes principales entre los granjeros, representadas por los dirigentes de todas las organizaciones agrícolas importantes que yo conocí o de los que tuve conocimiento, eran todos de cualidades relativamente sobresalientes, con una moralidad profundamente arraigada en cuanto a producir bienes de alta calidad, contra viento y marea, heladas, sequías o enfermedades. Su ética de trabajo era legendaria; y tenía que ser, en las condiciones económicas adversas a las que tenían sujeta a la agricultura estadounidense, en general, los esfuerzos conjuntos de nuestro gobierno federal y los intereses financieros. De modo típico, nunca abandonaban el trabajo a medio terminar, mientras les quedara una gota de tarea.

En los setentas y los ochentas, la agricultura estadounidense y sus granjeros estuvieron constantemente amenazados por tres circunstancias. Primero, la granja estadounidense típica era un negocio pequeño, económica y políticamente, que luchaba por sobrevivir en mercados dominados por algunos de los sindicatos financieros más poderosos y más despiadados del mundo. Segundo, el granjero estaba enfrentado a la corrupción gubernamental, tanto federal como estatal. Muy a menudo, como lo confirma la biografía de hombres de Minnesota como el aviador Charles Lindbergh y su heroico padre, o las biografías del ex vicepresidente Mondale y de su padre, los representantes electos de ese estado agrícola eran empujados a la posición en que era más probable que representasen los intereses del lado de la agricultura representado por esos intereses financieros, que los del productor agrícola. Los mismos intereses financieros, representados ahora por los agentes de Wall Street en el Ejecutivo nacional y en el Congreso, eran por lo común enemigos del agricultor. Tercero, desde los días de la derogación de las Leyes del Maíz en Inglaterra, el interés que el típico parásito financiero cree tener en promover el empleo industrial barato le había afilado la habilidad política para utilizar el asunto de la comida barata, a costillas del agricultor, como truco para embaucar al trabajador, organizado o no, para aliarse con los intereses financieros en contra del agricultor. En esto último es donde entra el papel de la "defensa del consumidor" después de 1965.

Los asuntos conexos de la política agrícola estadounidense ocupan muchas páginas de una larga historia, que se remonta a las raíces del sistema americano de economía política en la

Colonia de la Bahía de Massachusetts de mediados del siglo 17. Aquí, basta esbozar los aspectos más importantes del desarrollo de la noción de precios de garantía agrícolas desde la elección del presidente Abraham Lincoln. Para eso, basta con subrayar que todos los elementos importantes de este nicho de la historia social y de la economía política de los Estados Unidos, desde antes de la fundación de nuestra república, giran en torno al conflicto entre el sistema americano de economía política, axiomáticamente proteccionista, y su principal adversario, el interés oligárquico financiero de la monarquía británica, el mentado "libre cambio". En ocasiones, el gobierno de los Estados Unidos fue patriota y tomó el lado de los intereses legítimos de los agricultores *y de los propios Estados Unidos*; la mayor de las veces, el gobierno de los Estados Unidos no fue precisamente patriota, y a menudo, contra los intereses vitales del agricultor estadounidense, tomó el lado de Londres y de un Wall Street que con frecuencia más parecía un puesto de avanzada de la monarquía británica que una porción del territorio de los Estados Unidos.

En asuntos agrícolas, la línea divisoria entre los patriotas y los cipayos fue siempre lo que se ha conocido, durante la mayor parte del siglo 20, como el asunto de los *precios de garantía agrícolas*. Reducido a lo esencial, *el propósito estratégico nacional* del precio de garantía se cumple en la medida en que satisface tres requisitos generales.

1. Que la calidad y la cantidad del suministro de alimentos y productos agrícolas afines de la nación satisfagan las necesidades estratégicas tanto nacionales como extranjeras de producción agrícola y de productividad per cápita y por kilómetro cuadrado tanto cualitativa como cuantitativamente.

2. Que el precio que se pague al sector agrícola para este fin exceda ligeramente, con un margen justo de ganancia operativa estimada en promedio, los costos directos e indirectos reales del sector agrícola para satisfacer esas necesidades.

3. Que este cálculo se base no sólo en las necesidades actuales, sino también en las que se calculen para el futuro,

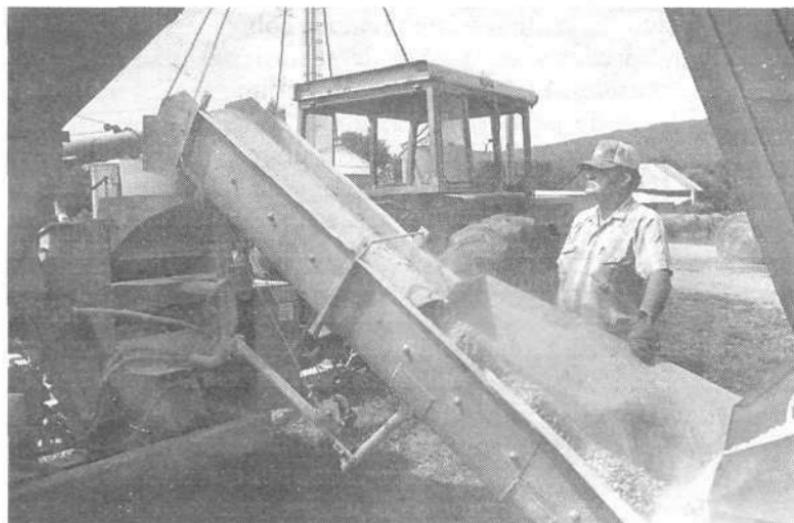
tomando en cuenta las mejoras de capital en que tienen que invertir los agricultores y las agencias gubernamentales en la actualidad para cumplir con los objetivos presentes y futuros.

Es justo decir que cuando se toman en cuenta todas estas consideraciones estratégicas pertinentes, incluido el número de agricultores necesarios y la cantidad de hectáreas necesarias para estos fines, lo que se define y se calcula como "precio de garantía" ha sido una estimación justa del precio que se debe pagar al agricultor *promedio*. Es decir, cuando el precio promedio cae por debajo del 90 por ciento del precio de garantía durante varios años sucesivos, es justo decir que el capital físico de la producción de algunos de estos agricultores, necesario para satisfacer nuestras necesidades nacionales calculadas apropiadamente, se menoscaba con los precios inferiores.

Cuando el precio cae a entre 60 y 70 por ciento del precio de garantía durante varios años sucesivos, es justo decir que nuestro gobierno está permitiendo, y aun alentando el robo del capital productivo y los ahorros de un grupo que constituye la mayoría de los granjeros. Por ese motivo, desde hace tiempo yo he considerado a los granjeros que apoyaban a George Bush granjeros de segunda, y a los que apoyaban al fugitivo "gorgojo algodónero" Phil Gramm, políticos enanos. Si permitimos que los precios caigan sustancialmente por debajo de eso, por un número suficiente de años sucesivos, estaremos destruyendo la magnitud de los abastos disponibles del futuro, irreversiblemente, al grado en que estaremos en verdad asesinando a un creciente número de comensales futuros en alguna parte del mundo, incluido un número significativo en los propios Estados Unidos.

Son estos cálculos justos respecto a las tareas mínimas de la política de abastos de nuestra nación, en general. De manera resumida, la prehistoria de la concepción del precio de garantía en los Estados Unidos es la siguiente.

La idea del precio agrícola de garantía en los Estados Unidos tuvo sus raíces en la transformación del obstinado monte norteamericano en un territorio fértil gracias a sus habitantes, comenzando con la fundación de la minirrepública de la mancomunidad de Massachusetts en el siglo 17. Las directrices de los Winthrop y los Mather, en los siglos 17 y 18, son ejemplares.



*Un granjero de Virginia muele maíz para alimentar a sus reses, pues la sequía arruinó las pastizales. "La línea divisoria entre los patriotas y los cipayos, en cuestiones agrícolas, fue siempre lo que se ha conocido, durante la mayor parte del siglo 20, como la cuestión de los precios agrícolas de garantía."*

Para principios del siglo 18, la idea fundamental de los colonos era la de avanzar al oeste, para convertir a todo el continente en el cimiento de una nueva república basada en los principios de economía política de Cotton Mather y del joven Benjamín Franklin, influido por Mather. Caminos y vías de navegación que cruzaron los montes Apalaches y penetraron en las tierras del oeste: en eso consistía la política económica y de seguridad nacional de los autogobiernos de las colonias en la primera mitad del siglo 18, cuando Benjamín Franklin, y George Washington luego, surgían como los sucesores de los Winthrop, Mather, James Logan, Hunter y Spotswood.

En los siglos 17, 18 y 19, hasta que se introdujeron directrices contrarias bajo el presidente Teddy Roosevelt, rabioso anglófilo, la piedra angular de la política económica, militar y de seguridad nacional de nuestra joven nación fue la expansión occidental de vías de navegación, caminos y ferrocarriles, junto con la difusión del desarrollo agrícola a lo largo de las rutas abiertas por estos medios.

El desarrollo de la infraestructura combinado con el pro-

greso técnico. Esta directriz constante cobró una forma enriquecida con predecesores y guías del futuro presidente Lincoln, como los presidentes James Monroe y John Quincy Adams, y colaboradores de primera línea como Mathew Carey, Henry Clay y el germano-estadounidense Federico List.<sup>28</sup> La creación de esa gran escuela de ingeniería conocida como la Academia Militar de West Point de los Estados Unidos, bajo el comandante Sylvanus Thayer, fue parte de esto. El papel de Federico List en la conformación del desarrollo ferroviario inicial tanto en los Estados Unidos como en el continente europeo fue parte de esto. Más tarde, adelantos como la máquina cosechadora McCormick y la influencia de la química de Justus Liebig llevaron a la fundación interrelacionada del sistema de colegios agrícolas, el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, el enlace exitoso, con eje en Filadelfia, del Atlántico y el Pacífico mediante los ferrocarriles transcontinentales, y a la expansión agrícola hacia el oeste, con los ferrocarriles.

A partir de esta experiencia, nuestros patriotas principales llegaron a entender con claridad que los costos globales que representan el desarrollo y el mantenimiento de ese tipo de mejoras públicas en la infraestructura económica básica, el costo de convertir el monte en tierra agrícola fértil, y el costo del progreso tecnológico necesario para hacer que todo esto funcione, incluido el costo de la educación pública y los niveles cada vez mayores del consumo familiar de los productores de un producto constantemente mejorado tecnológicamente en cantidad y en calidad, representan los verdaderos costos globales del producto agrícola. El programa de electrificación rural de la era de Franklin Roosevelt, al igual que el papel anterior del Cuerpo de Ingenieros de los Estados Unidos en la administración de los recursos hidráulicos, expresó este entendimiento de la naturaleza de los verdaderos costos que representa la alimentación. Se entendió que el costo de los alimentos no es

28. No hay que olvidar que el primer papel importante de Lincoln en el gobierno estadounidense fue como destacado opositor de la guerra contra México, orquestada desde Londres y librada por el presidente Polk; esa guerra montó el escenario del conflicto que luego degeneraría en Guerra Civil. En esa pelea contra el rufanesco Polk, Lincoln se alió con el entonces diputado John Quincy Adams, el líder *whig* Henry Clay, y el hijo de Mathew Carey, Henry C. Carey, quien emergiese luego, durante la presidencia de Lincoln, como formulador decisivo de su política económica.

la suma total de los costos individuales de las fincas y ranchos, sino más bien, el costo de desarrollar y mantener toda el territorio de los Estados Unidos en su conjunto como una superficie fértil, tecnológicamente progresista, de la cual dependen nuestras necesidades estratégicas de abastos.

Esta realidad se reflejó en este siglo con el surgimiento del asunto del precio agrícola de garantía. Las necesidades militares y afines de las dos guerras mundiales de este ahora menguante siglo le dieron impulso a esa noción del gobierno nacional del precio de garantía agrícola como algo esencial para nuestra seguridad nacional tanto en el mundo en general como el mantenimiento y desarrollo de nuestras fuerzas armadas. Dicho sea de paso, esto lo entendían muy bien nuestros profesionales militares adiestrados en West Point, pero no lo entienden, y quizá nunca lo entenderán, esos tontos chambones del Comité de Directores como el secretario de la Defensa Cohen, el general Henry H. Shelton y la secretaria de Estado Madeleine Albright, o el vicepresidente Al Gore.

Sólo una persona lastimosamente ignorante o moralmente depravada podría alegar racionalmente que se haya estafado al consumidor obligándolo a pagar los "precios elevados" que supuestamente causó el que se fijaran precios de garantía de casi el 100 por ciento, o hasta menos, para la canasta de consumo familiar.

Tomemos como índice no el precio de una hogaza de pan o un saco de papas de la Gran Depresión de los años treinta, sino el ingreso familiar promedio, medido en bienes físicos (no en precios) de la canasta de consumo básica de los trabajadores industriales en una época como 1966-1967. Consideremos el costo de los alimentos (a precio nominal) de esa familia como porcentaje del costo nominal (en precio) de la canasta básica total. Comparemos el pago que reciben los agricultores por ese producto agrícola consumido por la familia del trabajador, con el precio que la familia del trabajador paga por el mismo producto agrícola en la tienda.

Hagamos luego otra comparación, de la calidad del contenido físico del consumo alimenticio de la misma familia. Haciendo a un lado cuestiones como los excesos poco saludables de ciertos tipos de grasas, y cosas por el estilo, en los hábitos dietéticos del consumidor, ¿cuáles han sido los cambios relativos en el consumo familiar de alimentos?

Analicemos ahora la brecha entre el precio pagado a los agricultores y el precio de venta que paga la familia del trabajador industrial en la tienda donde compró los víveres. Examinemos la estructura de los costos intermedios. Observemos los componentes de los costos y los precios desde el punto de vista del vendedor al menudeo: midámoslo en relación con el espacio lineal que ocupan los anaqueles de la tienda, y los costos y gastos del trabajador de la tienda por cada metro de estantería. ¿Dónde reside la diferencia entre el precio pagado al agricultor y el precio que paga el consumidor?

Hagamos estas comparaciones primero para el intervalo 1946-1967.

Consideremos luego ciertos cambios desagradables de los períodos posteriores a 1967. Incluyamos los efectos de los disparates financieros y monetarios del presidente Nixon y Arthur Burns en 1971, los efectos de la orquestación de la farsa de Londres de los precios del petróleo de mediados de los setentas por parte del secretario de Estado Henry Kissinger, y, luego, los disparates financieros y monetarios del gobierno de Carter y la tonta decisión del presidente Reagan, en la primavera de 1981, de continuar con el respaldo que le dio Carter al presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos, Paul Volcker, y a la lúnatica política de aumento de los tipos de interés que impusiera en nombre de la Comisión Trilateral.

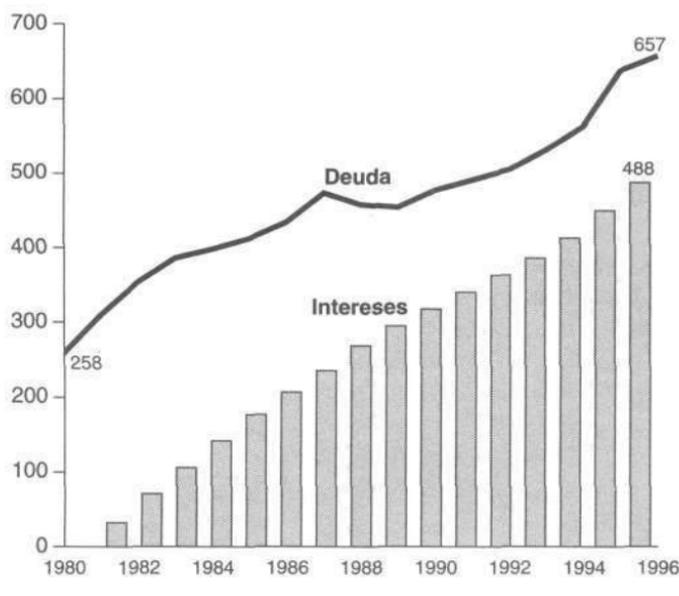
El estudio de las tendencias del endeudamiento de las naciones de Iberoamérica en los setentas y después ilustran del modo más sencillo el mismo tipo de problemas que devastaron a la agricultura estadounidense de 1971 a 1981.

1. Comparemos la suma total de la deuda de todas las naciones de Iberoamérica más todas las transferencias efectivas, por préstamos, que se le hicieron a esas naciones en su conjunto. Añadamos a esa suma los pagos de intereses debidos únicamente por esas deudas, adquiridas de ese modo, en cualquier intervalo que se escoja entre 1971 y 1988. Restemos luego de ese monto la suma de los pagos del principal e intereses por parte de esas naciones en el intervalo escogido. Dichos cálculos prueban que las naciones de Iberoamérica, en conjunto, le deben hoy a sus acreedores extranjeros menos, mucho menos que nada. *Sin embargo, la deuda externa de esas naciones es hoy en día, ¡muchísimo*

GRAFICA 2A

**Iberoamérica: aritmética de los banqueros**

(miles de millones de dólares)



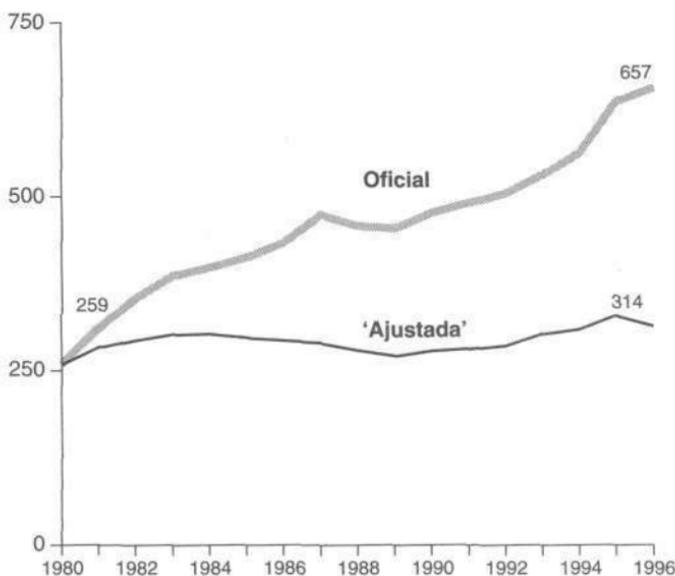
A lo largo de 1980-96, las naciones de Iberoamérica desembolsaron un total acumulado de 488.000 millones de dólares en pago de intereses de su deuda externa. A pesar de eso, la deuda externa oficial creció de 259.000 millones de dólares en 1980 a 657.000 millones de dólares en 1996. Aunque esta gráfica no considera los pagos de amortización del principal y los nuevos préstamos a la región, si estos dos elementos se tomaran en cuenta (véase **Gráfica 2B**), para 1996 la deuda tendría que haberse “desinflado” a 314.000 millones de dólares.

mayor de la que tenían a comienzos de los setentas! ¡Eureka!  
 ¡He aquí la gran estafa de la deuda del FMI de 1971-1998!  
 (**Gráficas 2A y 2B.**) Todo se hizo con “espejitos”, merced a la manera en que se manejó el sistema de tipos de cambio flotantes del FMI, que se inició con el disparate de Nixon de agosto de 1971. Al agricultor estadounidense se le hicieron cosas semejantes a las que han perpetrado compinches financieros del presidente George Bush y el vicepresidente Al

GRAFICA 2B

**Iberoamérica: deuda externa**

(miles de millones de dólares)



*Para hacer un cálculo completo de a cuánto asciende la deuda externa legítima de la región, hay que incluir el deterioro de los términos de comercio de Iberoamérica (disminución del precio de sus exportaciones, aumento del precio de sus importaciones), la fuga de capitales y los efectos de las devaluaciones forzadas de las monedas de la región, todo lo cual, junto, reduciría la deuda total legítima a menos de cero.*

Gore, como George Soros o sus semejantes, con la estafa de la deuda de Rusia de 1990 a 1998.

2. En sus últimos años como secretario de Estado de los Estados Unidos, Henry A. Kissinger, quien más tarde se jactaría públicamente de que a menudo había actuado en el interés del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, a espaldas de los presidentes a los que formalmente servía, actuó en el interés de las "Siete Hermanas" de Londres

—el cartel petrolero— para contribuir en parte esencial en la orquestación de la pasmosa farsa de los precios del petróleo. Esa alza estratosférica del precio de la energía sirvió de punto de partida del crecimiento explosivo de la deuda de las naciones no exportadoras de petróleo y aún de algunas exportadoras de petróleo.

Esos dos ejemplos retrotraen nuestra atención a la situación que golpeó al granjero estadounidense de 1975 a 1991.

Hagan a un lado todos los costos no agrícolas escondidos en el precio de los alimentos; las espectaculares mejoras técnicas en la productividad agrícola estadounidense desde que terminó la Segunda Guerra Mundial y hasta mediados de los setentas, que redujeron el costo neto real de la agricultura para el consumidor estadounidense, dependieron de muchos factores. El más decisivo de estos factores, en la cuenta de capital, fue el rápido aumento en la intensidad del uso de capital y en la intensidad del uso de energía en la producción agrícola. Grandes volúmenes de acero, por ejemplo, entraron a las fincas y granjas estadounidenses, en la forma de cañería de acero y de maquinaria agrícola. El consumo de energía para la producción agrícola (y demás) se elevó con rapidez. El crecimiento acelerado de la intensidad del uso de capital hizo a la agricultura muy sensible al costo de los créditos. La densidad energética hizo a la agricultura aún más sensible al aumento del costo de la energía. Igual que a las instituciones de ahorro y préstamo, al granjero estadounidense nunca se le permitió recuperarse, hasta la fecha, de los golpes de marro, que todavía retumban, del aumento acelerado de los precios de la energía y las estratosféricas, arbitrarias y lunáticas tasas de interés del presidente de la Reserva Federal Paul Volcker, impuestas por el gobierno de Carter.

Para garantizar que el granjero no tuviera oportunidad de recuperarse, la Comisión Trilateral le echó encima otra aplanadora: los efectos multiplicados de la juerga desreguladora del gobierno de Carter, junto con los ataques al sistema de precios de garantía para la agricultura. No hubo alivio con el presidente Reagan; aunque Reagan, haciendo campaña contra la Comisión Trilateral, ganó la candidatura republicana de 1980 contra el que parecía el aspirante más seguro, George Bush, y venció

a Carter en las elecciones generales sobre la misma base, hubo más agentes de la Comisión Trilateral en los gobiernos de Reagan, incluido George Bush, que en el gobierno de Carter. La Ley Garn-St. Germain le entregó efectivamente las arruinadas instituciones de ahorros al saqueo de los compinches del vicepresidente Bush entre los buitres de los bonos chatarra. La legislación Kemp-Roth convirtió la permanente crisis de la deuda, que se había iniciado en la administración Carter, en un monstruo alimentado por Wall Street que amenazaba con devorar al propio gobierno federal.

Así que, para 1982 y 1983, el movimiento agrícola estadounidense estaba efectivamente muerto como movimiento político, muerte que mis amigos y yo tratamos de impedir, y que se pudo haber evitado si hubiésemos encontrado una respuesta más favorable del movimiento obrero organizado, así como de otros sectores populares. Esta experiencia forma parte de los antecedentes que se tienen que estudiar ahora, para entender cómo se tiene que reconstruir al Partido Demócrata basado en los sectores populares, como el de Franklin Roosevelt, precisamente cuando nuestra nación más lo necesita. Ya que hemos tocado algunos aspectos históricos decisivos y otros elementos pertinentes de la cuestión de los precios de garantía para la agricultura, estamos en condiciones de considerar las relaciones políticas entre los agricultores y los trabajadores en general, como paradigma de la organización de los sectores populares en general.

### 3.2 Agricultores y trabajadores

Cuando menos desde principios del siglo 19, además de enemigos foráneos tradicionales de nuestra república como la monarquía británica de Bentham, Castlereagh y Palmerston, y la Santa Alianza del príncipe Metternich, nuestra nación ha sufrido la carga adicional de cuatro enemigos internos principales.

Tres de estos enemigos internos ha sido un conjunto de traidores perennes, instrumentos concientes de los esfuerzos de la monarquía británica, ininterrumpidos hasta el presente, por destruir a nuestra república y ponerla de nuevo bajo la

férula de la monarquía británica.<sup>29</sup> El primer grupo de los tres es un concierto de familias poderosas, conocidas por su papel central en la traicionera jugada de la "Convención de Hartford" de 1814, conocidas también como los "aristócratas" de Nueva Inglaterra que continúan el legado de los traficantes de opio de la Compañía de las Indias Orientales británica. El segundo, es un fenómeno similar de Wall Street. Este se creó con la fundación del Banco de Manhattan de Aaron Burr, instrumento del entonces jefe del Ministerio de Relaciones Exteriores británico, Jeremy Bentham, el amo de Burr. Burr, Martin van Buren, J. P. Morgan y el traidor August Belmont representan los intereses de Wall Street controlados desde Londres. El tercero han sido los esclavistas de los estados sureños y sus lacayos racistas, incluidos, hasta la fecha, la tradición del Ku Klux Klan de Albert Pike y sus semejantes Robert Penn Warren y William Yandell Elliot de los "Agrarios de Nashville".

Desde las secuelas del complot traicionero de la "Convención de Hartford" de 1814 hasta 1865, los tres tienen fama de haber trabajado, bajo la dirección de Londres, para desmembrar a los Estados Unidos dividiendo la Unión entre los estados esclavistas y los antiesclavistas. Esta fue la política del general George McClellan, agente de August Belmont, en la campaña del Partido Demócrata para llevar a McClellan a la presidencia de los Estados Unidos en 1864.

El cuarto enemigo interno es de una variedad más ingenua. Este cuarto enemigo se expresa en la falta de resistencia de la mayoría de los ciudadanos estadounidenses a dejarse manipular unos contra otros, como esos tipos generalmente inconcientes a los que el ex secretario de Estado Henry A. Kissinger calificaba de corruptos por la brutal receta de Thomas Hobbes de "todos contra todos".<sup>30</sup> Este es el mentado "principio hedo-

29. Véase: Anton Chaitkin, *Treason in America*, segunda edición (Washington, DC: Executive Intelligence Review, 1999). So capa de ampliar el TLC, el vicepresidente Al Gore, rabiosamente anglófilo compinche del duque de Edinburgo y del príncipe Carlos, y enemigo, también, según parece, de la princesa Diana, ha apoyado públicamente esta política de asimilación al Imperio Británico que hoy conocemos como la mismísima Mancomunidad Británica de la reina.

30. Henry Kissinger, jactándose de su papel como agente político de la Cancillería británica, obraba a espaldas de los presidentes Richard Nixon y Gerald Ford. Consta su discurso del 10 de mayo de 1982, en la Chatham House,

nista" de Hobbes, Locke, Adam Smith y Jeremy Bentham, el juego de "rey de la colina", que podemos llamar también la "política de comerse al prójimo". A este respecto, como hubiera dicho el presidente Lincoln, la mayoría de nuestros sectores populares fueron engañados casi todo el tiempo, por estar demasiado ocupados en sus pequeñas rivalidades voraces con otros sectores populares como para preocuparse en defender a la nación, ya sea de la decadencia cada vez mayor y la pobreza galopante, o de los principales enemigos tradicionales de nuestra república tanto internos como externos. Esta ha sido la pauta general, como lo ilustra el referido enfrentamiento ocasional de los granjeros y los sindicalistas con motivo de la presunta "defensa del consumidor" contra los precios de paridad de la agricultura.

La contraproducente manera en que el Partido Demócrata ha abordado la cuestión de los precios de garantía agrícola en las últimas décadas, con la tontería del "trabajo barato", es un ejemplo típico. Esa práctica repugnante ejemplifica el modo en que el partido muy a menudo se autoderrota en las urnas. Ahí está el ejemplo de la doctrina del trabajo barato "globalizado" que ha impulsado el vicepresidente Al Gore, so capa de "reinventar el gobierno". Consideremos el modo en que utilizó su campaña antilaboral en pro del TLC, a fin de forzar a los mexicanos a trabajar prácticamente como esclavos, lo cual sirvió de palanca para privar de empleos decentes a muchos votantes del Partido Demócrata estadounidense.

Lo que el hijo político ilegítimo del vicepresidente Al Gore, el TLC,<sup>31</sup> le hizo a la fuerza de trabajo industrial estadounidense fue similar a lo que los sindicatos, con el necio respaldo o la tolerancia del Partido Demócrata, le hicieron al agricultor estadounidense con sus posturas en pro de los alimentos baratos y contra los precios de garantía, sumadas a otras medidas de dizque "desregulación". En esto de los precios de garantía, sé lo que digo, porque me tocó verlo.

---

cuando se jactaba de esto, identificándose a sí mismo y a sus correligionarios como seguidores de la mentalidad hobbesiana de la monarquía, contraria a la tradición intelectual estadounidense del presidente Franklin Roosevelt y otros. Ver Henry A. Kissinger, "Reflections on a Partnership: British and American Attitudes to Postwar Foreign Policy" (Londres, Real Instituto de Asuntos Internacionales, 10 de mayo de 1982).

31. Es decir, nacido de madre republicana.

La misma variedad de dolencia populista que se observa en la división que incluso algunos líderes del Partido Demócrata alentaron entre agricultores y trabajadores en torno a los precios de garantía agrícolas, se expresa en formas similares en muchos lugares. Esa fue la corrupción esencial del "programa contra la pobreza" que se introdujo durante la presidencia de Lyndon Johnson y que, con las dizque "reformas a la asistencia pública" del gobierno de Nixon, se convirtió en una campaña de disputas por raciones cada vez menores de los bienes disponibles entre lo que se clasificó como los pobres y el trabajador organizado. El principio de "igualdad de oportunidades" se substituyó con una farsa cruel, la variante orwelliana de la noción de Hobbes de "todos contra todos"; "unos cerdos son más iguales que otros".

En las salas de espera de los hospitales, oímos con horror al clasediedero de la generación de posguerra que se queja *sotto voce*: "Es que ella no entiende cuánto de nuestra herencia nos está costando esto". Se refiere a los gastos crecientes que representa la atención médica de su anciana madre. Nuestros pensamientos se vuelven al mismo tiempo al caso de los Países Bajos, donde se instauró y está en vigor una forma de asesinato legalizado llamado "suicidio involuntario con ayuda", y a las memorias de los programas parecidos de eliminación de "comensales inútiles" que aplicaron los nazis a partir de los años treinta. Lo que oímos es la voz del cuarto "enemigo interno" de nuestra república, la misma voz que dice: "No me importan los granjeros; yo compro mi leche en el supermercado".

La solución veraz a tales conflictos fratricidas descansa implícitamente en las realidades de lo que los economistas llaman "la división del trabajo", que el secretario de Hacienda Alexander Hamilton describe en su informe al Congreso de los Estados Unidos de diciembre de 1791, *Sobre las manufacturas*, o lo que los pensadores católicos definen por su parte como "solidaridad". La descripción que hace Hamilton de la interdependencia funcional, la dependencia mutua de la promoción de las manufacturas y la agricultura, o la vida urbana y la rural, tiene una cualidad profética cuando se leen esas páginas desde la retrospectiva de nuestros días. El cuadro de Hamilton se puede generalizar correctamente como "toda la gente provechosa se necesita mutuamente y en buenas condiciones de funcionamiento".

Esto es válido para las naciones y para los pueblos de esas naciones. La interdependencia funcional de todas esas formas de trabajo que se han de considerar provechosas desde el punto de vista de la ciencia de la economía física expresan un interés común del modo más sencillo. Cuando a lo que reconocemos como trabajo, le añadimos la producción de esa clase de ideas que corresponden a un acervo creciente de principios comprobables, físicos o de otra índole, nuestra noción de interdependencia común, y por lo tanto de interés común, se amplía en conformidad. En este sentido, implícitamente, la división del trabajo en tales ideas se extiende, en la economía física y de otro modo, hasta alcanzar la eternidad sin tiempo.

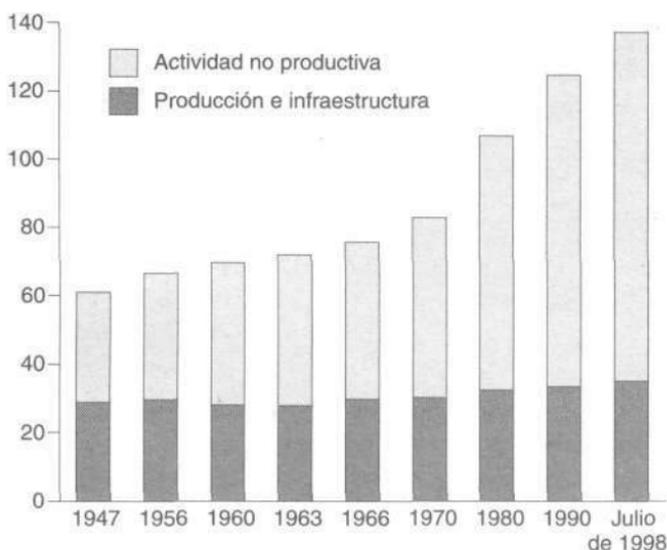
Contra las incultas mentes encogidas de algunos patronos, entre otros, la naturaleza del verdadero salario no es el pago por el trabajo pasado, sino más bien, como los gastos en la educación de nuestra fuerza de trabajo futura, una forma de inversión de capital en el futuro de la economía y, por ende, de la sociedad. Como la transformación del monte en granjas fértiles, como la inversión en nuevas fábricas, en mejores máquinas herramienta, o en investigación científica y técnica, el contenido necesario del salario no es lo que la persona empleada hizo la semana pasada, sino lo que estará en capacidad de hacer, mediante la mejora en su educación, experiencia y condiciones de trabajo, el año próximo, y en la próxima generación también. La idea misma de una ganancia operativa debería inspirar atención a este hecho elemental; la única fuente verdadera de la ganancia operativa, con excepción de los equivalentes morales a la estafa salarial y robos similares, son los aumentos de la productividad neta en el período siguiente, generados mediante las mejoras hechas durante el desempeño económico físico del período anterior. A quienquiera que no comprenda este punto todavía le falta asimilar los rudimentos de una visión racional de los procesos económicos.

Es justo suponer que los admiradores de Adam Smith entre los republicanos del actual Congreso de los Estados Unidos, sobre todo los de la extrema, extrema derecha, al igual que la boba de la ex primera ministra británica Margaret Thatcher de la Sociedad Mont Pelerin, y el fracasado "monstruo de Frankenstein" de la monarquía británica, el primer ministro Tony Blair, todavía tienen que aprender esa lección sencilla, elemental, de competencia económica. Los republicanos de veras inte-

GRAFICA 3

### Fuerza laboral de los EU, 1947-98: aumenta la actividad no productiva

(millones de trabajadores)



Fuente: Oficina de Estadísticas Laborales del Departamento de Trabajo de los EU.

ligentes, y los demócratas, por ejemplo, no deberían ser tan tontos.

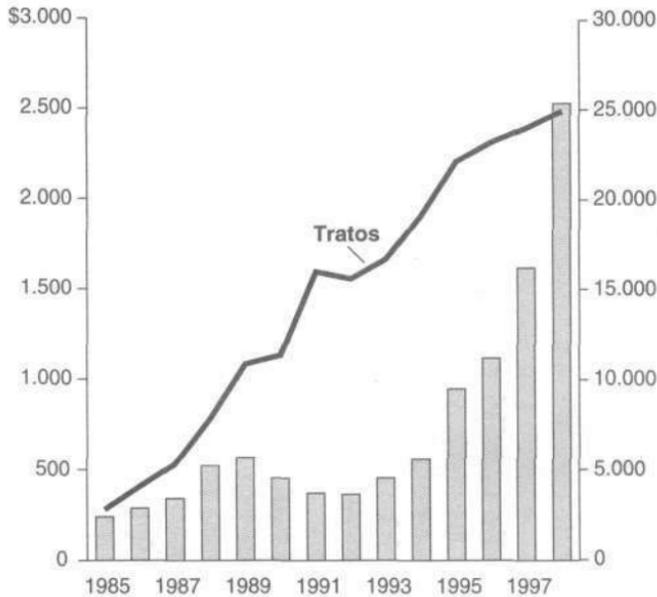
Uno de los principales obstáculos políticos para comprender esos hechos económicos elementales es el cambio en la composición social de la fuerza de trabajo empleada, en la que se ha reducido el porcentaje empleado en la producción de bienes físicos, mientras que han aumentado las porciones empleadas en servicios, muchos de ellos hasta parasitarios, algunos con salarios excesivos, pero también muchos de carácter servil y muy mal pagados. (**Gráfica 3.**) La realidad de la experiencia económica de los ocupados en la producción de productos físicos, como en la agricultura y las formas de las manufacturas que hacen uso intenso del capital, contribuye a la cordura en asuntos económicos; el empleo creciente en servicios de baja

GRAFICA 4

**Anuncios de fusiones y compras de compañías**

(miles de millones de dólares)

(tratos)



Fuente: Securities Data Corp.

estofa tiende a fomentar una tremenda reducción en la cordura de las opiniones de la población sobre economía, en comparación con hace treinta años o más. No quiero alentar ilusiones color de rosa sobre nuestra fuerza laboral de hace treinta años y pico; no las tuve entonces, ni las tengo ahora, en retrospectiva. Sólo pongo de relieve lo catastrófico de los efectos de la caída en la cordura económica relativa en las últimas tres décadas.

En los procesos de producción física, la experiencia de la gerencia empresarial, de los ingenieros y de los trabajadores empleados, incluidos los empleados administrativos de la fábrica, se reconocía como la transformación de los materiales y productos semielaborados despachados por "nuestros proveedores" en el producto elaborado que "nosotros" despachábamos a la siguiente fase de la cadena que conducía hacia el punto de consumo final del célebre "producto final". La imagen

prevaleciente que teníamos de nosotros mismos, como nación y como pueblo, era la de una economía agrícola e industrial altamente productiva. En los últimos treinta años y pico de crecimiento del mito lunático de la "sociedad posindustrial", eso ha cambiado trágicamente. Nos hemos convertido demasiado, en demasiadas formas, en una "economía posindustrial"; ése es el origen de nuestra pobreza, nuestra lasitud de mentes estrechas, como nación, en comparación con hace treinta y pico de años.

Piensen en lo que implica el furor de fusiones, adquisiciones y tomas hostiles de los últimos veinte años (**Gráfica 4.**) Nos hemos convertido en una economía de tracaleros de Wall Street, de caníbales. ¿Resultado? Bajo el reinado de los tracaleros de los "bonos chatarra" y bandidos semejantes, se le han arrancado a nuestra economía, otrora altamente productiva, grandes segmentos de nuestra fuerza laboral y renglones enteros de capacidades productivas aún esenciales, al grado de que las pérdidas por ese motivo son acumulativamente irremplazables. La cadena de fusiones, adquisiciones y tomas hostiles representan —en los Estados Unidos, así como en Europa— un empresariado que se alimenta la barriga comiéndose sus propios brazos y piernas.<sup>32</sup>

32. Tan desbocadas epidemias de adquisiciones forzosas, de la variedad de los "bonos chatarra", nunca debieron haberse alentado, o tan siquiera permitido. Debieron haberse impuesto mayores restricciones a todas las fusiones y adquisiciones realizadas por los motivos rentistas y financieros de Wall Street, en vez de por motivos económicos. Existe una clara razón de principio para insistir en tales reformas de las transacciones de propiedad en acciones. El accionista de una sociedad anónima es sólo uno de los intereses —y de ninguna manera el más importante— de aquéllos cuya participación implícita en una empresa productiva debe gozar del amparo de la ley. La empresa, en tanto entidad productiva, arraigada en una o más comunidades, y con empleados tanto administrativos como laborales, tiene importantes derechos que ameritan consideración. Es también del interés de la nación, y por tanto del gobierno federal, brindar protección a los recursos económicos de los estados y la nación. Si una empresa tiene una clara razón físico-económica para fusionarse, trasladarse o vender sus operaciones, debieramos esperar que goce de libertad para llevar a cabo esa decisión en forma razonable y ordenada, causando a sus vecinos un mínimo de efectos secundarios desagradables. La autoridad de propiedad debe residir principalmente en aquéllos que tengan el mayor interés por el bienestar de la empresa y lo que ésta representa. Pero lo que no puede alentarse son las prácticas demenciales que prevalecen desde 1982, aproximadamente, de permitirle a los especuladores de Wall Street y a otros artistas

Piensen en el aumento en la cantidad de horas semanales de trabajo, más las horas que toma transportarse al trabajo, que se tienen que dedicar ahora a tratar de mantener hoy en día, sin lograrlo, el mismo nivel de vida de hace treinta, veinte, diez o hasta cinco años. Descuenten eso de esas porciones marginales de consumo familiar que constituyen de momento un provecho simplemente temporal para algunos ingresos familiares. Esto último es la porción del ingreso familiar total que es un subproducto del suministro hiperinflacionario de dinero y crédito del Sistema de la Reserva Federal a nuestra economía de burbuja y de cabezas de chorlito. Parte de las ganancias del capital generadas en esos mercados especulativos aparecen como pagos sobre las cuentas de los fondos mutualistas o en ventas al menudeo u otras; de ahí, una porción de esas ganancias del capital, convertidas en crédito, se escurre a gotas al consumo familiar. Mientras ese chorrillo de la hiperinflación de Wall Street siga escurriendo como apoyo al empleo de mano de obra barata u otro tipo de ingreso familiar, retrasará un poco el que se haga visible el ritmo subyacente al que se desenvuelven los efectos de una depresión plena entre la población, en lo que hace a los efectos combinados de hoy y de mañana sobre las ventas al menudeo, la expansión del desempleo y los ingresos familiares.

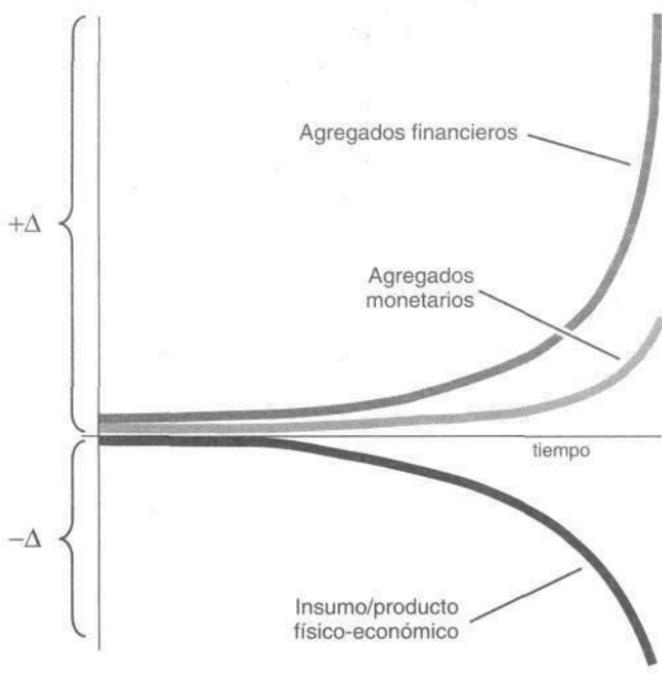
Observen el diagrama de mi "triple curva", que puse en circulación pública desde mi intervención en dos conferencias celebradas en Europa a fines de 1995. (Gráfica 5.) Esta gráfica describe los valores más críticos de los cambios que ocurrieron en la economía de los Estados Unidos y del mundo desde el cambio de tendencias que comenzó entre 1966 y 1967.

Se representan tres magnitudes variables, cada una medida per cápita de la población. La empinada curva superior representa los agregados financieros, entre ellos lo que se llama "derivados". La curva de enmedio, menos empinada, corresponde a los agregados monetarios, aproximadamente equivalente al M3 de los Estados Unidos. La curva inferior, descen-

---

financieros tratar a las empresas productivas y buenas como si la gente vinculada a ellas fuesen meros embarques de repollo, cuyas facturas de carga se pueden vender libremente cuantas veces se quiera camino de California a Chicago. En las condiciones actuales ningún gobierno responsable puede darse el lujo de tolerar semejantes tendencias.

GRAFICA 5

**Función típica de desplome**

*La bien conocida triple curva de LaRouche, que ilustra el derrumbe, muestra la subida de los agregados financieros por encima de los agregados monetarios, mientras que la economía física se va por el caño.*

dente, corresponde a la magnitud de los bienes físicos. La gráfica describe la tendencia subyacente, principalmente en las economías de los Estados Unidos, Europa occidental y Japón, tomadas en conjunto desde 1966-1967, punto de inicio que confluye con la devaluación de la libra esterlina en noviembre de 1967, y las consecuentes acciones de crisis del FMI en marzo de 1968, que fueron el prefacio de la ruptura del viejo sistema de Bretton Woods en agosto de 1971. El lado derecho de la gráfica representa la agonía final del actual sistema monetario internacional, que comenzó en octubre de 1997. La elevación

casi vertical de la curva superior, "agregados financieros", en el lado derecho de la gráfica, anuncia el proceso de desintegración hiperinflacionaria que irrumpió en agosto de 1998, que se ha agigantado desde entonces y que nos lleva en el futuro próximo a la depresión económica más profunda del siglo 20 o a una desintegración hiperinflacionaria mundial o casi mundial tipo Weimar del dólar estadounidense, la libra esterlina, el yen japonés y el euro, que nació prácticamente muerto, a menos que se ponga en pie, en el futuro inmediato, el nuevo tipo de sistema monetario y financiero que yo he propuesto.

Lo que esta gráfica representa no es la reunión de tres factores mutuamente independientes o semindependientes. Las tres magnitudes constituyen elementos integrales de la misma multiplicidad interconexa. Las principales interconexiones funcionales son las siguientes.

1. En su estado reciente y actual, el que el sistema financiero globalizado siga existiendo depende no de las ganancias operativas derivadas del ya acelerado derrumbe de la producción de riqueza real, sino de las ganancias de capital financiero generadas mediante el apalancamiento creciente de flujos monetarios hacia el sistema financiero. Estas ganancias del capital, incluso las que se vislumbran con anhelo (como la subida lunática de los precios de las acciones sin valor de las compañías de la internet), son la fuente principal de ganancia financiera del sistema en su conjunto, y la base del apalancamiento de la expansión continua de los agregados financieros. En breve, el sistema financiero en su conjunto representa, en lo principal, una burbuja financiera al estilo de la de "John Law". En cuanto deja de inflarse, hace implosión. ¡Pum!

2. La expansión de los agregados financieros al ritmo necesario para impedir que reviente la burbuja financiera exige un flujo de pagos a las instituciones monetarias que alimentan el crecimiento apalancado de la burbuja financiera. Dado que la economía real en su totalidad viene operando con pérdidas netas desde el punto de vista económico físico, la magnitud creciente de los pagos necesarios para sostener la expansión monetaria se obtiene únicamente mediante métodos caníbales, métodos de austeridad contra la

economía real. Lo cual, a su vez, acelera la contracción de la economía real.

La drástica caída reciente del comercio internacional, así como del empleo industrial y conexo en los Estados Unidos y Europa occidental, y la inminente caída aún más profunda del comercio internacional, así como en los niveles concomitantes de empleo, son reflejo de dichas medidas de austeridad. Los aumentos significativos del gasto militar que se proponen para "cebar la bomba" de una economía deprimida, so capa de "nueva postura de guerra fría" de los republicanos estadounidenses y del vicepresidente Gore, pudieren añadirle un piquito a la curva, pero no cambiarían lo esencial. Mientras tanto, la velocidad de expansión de la burbuja financiera y del flujo monetario para sostener su existencia ha alcanzado una condición tal que cualquier intento de mantener con vida a la burbuja financiera resulta en un efecto de onda de choque, como cuando se rompe la llamada "barrera del sonido". El sistema está casi en el punto en que cualquier otro intento de mantenerlo con vida sólo puede llevar a que truene.

Por desgracia, como hemos visto en lo que ha ocurrido desde mediados de septiembre de 1998, no hay ningún signo actual de cordura en la política económica, ya sea de Wall Street o de Washington. Wall Street y Washington, y la mayoría de Europa occidental y Japón además, por ahora, están dispuestos a responder como lo hizo Alemania y como sus asesores extranjeros la presionaron a responder, en el período del crecimiento de la burbuja hiperinflacionaria de Weimar de 1931 a 1923, la burbuja le dio a Adolfo Hitler y sus nazis a una posición significativa en la política de Alemania. Por lo menos desde octubre de 1998 y hasta el momento de escribir estas líneas, los gobiernos del Grupo de los Siete (G-7) y el presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, han actuado como lunáticos desesperados en sus decisiones de adoptar una "solución temporal de manejo de crisis": hiperinflación.

La crisis financiera global ya se ha empeorado enormemente, para mediados de enero de 1999, como resultado de las lunáticas decisiones adoptadas por el G-7, Alan Greenspan, etc, en octubre de 1998; pero, hasta ahora, esos malhechores se han negado a sacar cualquier enseñanza de la experiencia. En estos momentos, todo indica que esos banqueros centrales y gobier-

nos están dispuestos a responder, de nuevo, en las semanas venideras, tan dementemente como en octubre de 1998. El resultado de tal comportamiento por su parte sería inimaginablemente peor de lo que casi todos mis lectores podrían prever en este momento. Si el sistema no estalla como resultado de tales intentos de "rescate", la próxima vez, si pudieren, el mismo G-7 y demás casi seguro que responderían a la siguiente crisis, con demencia aún mayor que en octubre de 1998, o que la que han mostrado hasta ahora a principios de enero de 1999.

Esa es la forma en que los grandes imperios se hunden en el polvo, como el del fabuloso Ozymandias del poeta, cuando esos imperios condenados decaen al extremo en que pierden completamente la aptitud moral para sobrevivir. Hacen lo que hacen y se autodestruyen porque su locura no les permite siquiera imaginar la posibilidad de que haya vida después de la muerte de su ya condenado sistema financiero global.

Ese cuadro de la situación nos lleva al punto decisivo de la organización de los sectores populares fundamentales. Esto nos lleva a examinar las implicaciones más amplias que plantea la división entre los agricultores y algunos grupos sindicales en torno el asunto de los precios de garantía agrícolas.

En semejante situación, nuestra tarea, la mía y la del Partido Demócrata en particular, es adoptar y conducir las medidas que aseguren que nuestra república y su pueblo sí sobrevivan, sin importar lo que ocurra con este sistema financiero y monetario mundial. Se debe recordar el espíritu y la resolución con los que respondió el presidente Franklin Roosevelt a la Gran Depresión de Andrew Mellon, y hacerlos en nuestro grito de batalla.

La clave del éxito es la conducción política. La mayoría de nuestra población, los sectores populares fundamentales, en particular, está dispuesta a sobrevivir a una depresión mucho peor aún que la que le heredaron el presidente Coolidge y Andrew Mellon a los años treinta. Pero sin líderes políticos que asuman en la economía una responsabilidad del mismo género que la que asumen los líderes militares calificados en los riesgos de la guerra, y sin conductores políticos calificados, en general, la generalidad de nuestros ciudadanos no será capaz de movilizarse como el ejército republicano necesario para la victoria contra las fuerzas de la condenación económica. Así como siguieron el liderazgo del presidente Roosevelt en la causa de

“los olvidados” durante los años treinta y principios de los cuarentas, están a la espera de que surjan ahora nuevos líderes nacionales y líderes intermedios que los apoyen, y a que surja, en el tejido local de las bases populares, el liderazgo orgánico necesario para un momento de crisis.

Hay algo que ya deberíamos haber aprendido de la ascendente popularidad del presidente Clinton —a niveles de casi 80 por ciento según se informa— en respuesta a los ataques cada vez más salvajes de los caníbales dirigidos por Londres de la extrema derecha del Congreso estadounidense. Cada vez que el presidente responde a la embestida, contraatacando, su popularidad asciende de inmediato. ¿Por qué? No porque el electorado confíe en el presidente Clinton, no la mayoría; responden a su propia idea de que este presidente —con todo y sus vacilaciones y su servilismo antilaboral hacia su “Uriah Heep”— Al Gore, es el último obstáculo a la toma de la nación por la extrema derecha. Una mayoría abrumadora de los electores respalda a Clinton esencialmente por la razón de que tienen un tremendo pavor, completamente justificado, del resultado que tendría *para ellos* que el presidente pierda la pelea.

Sin siquiera la cualidad de mando a menudo vacilante que ha mostrado el presidente hasta ahora, su valor frente a los ataques representa una calidad de conducción de la que carecen por completo capos del Comité de Directores como el secretario de Defensa William Cohen, el general Henry H. Shelton, y el vicepresidente Al Gore. Volvamos a 1948. El presidente Harry S. Truman nunca fue “gran cosa”, pero su postura combativa en su extensa campaña electoral de 1948, aplastó al supuesto seguro ganador de la temporada, el candidato presidencial derrotado Tom Dewey. Los republicanos lloraron copiosas lágrimas de derrota a su regreso a casa el día siguiente. Truman fue atroz como dirigente, pero manifestó una calidad de conductor que sacó votos para su elección de rincones y escondrijos de los que la narcisista campaña de Dewey nunca creyó que saldría nada. De manera similar, fue la voz de Edward R. Murrow, de la CBS, en un célebre documental de televisión, lo que inició la avalancha que condujo a la derrota aplastante de la extrema derecha de esa época, el equipo supuestamente imbatible del senador Joe McCarthy y del también asqueroso primo de “Dick” Morris, el notorio Roy Marcus Cohn. Sin conductores que unifiquen, ni aun una fuerza de combate vasta-

mente superior puede movilizarse para vencer a una pequeña fuerza minoritaria bien organizada, como la facción del Congreso y de los órganos de información que armó el juicio político contra Clinton.

Los líderes vienen en todas las formas, tamaños y colores, pero para movilizar a una población por determinada causa en medio de la tensión de una crisis, sólo la capacidad de conducción puede impedir la derrota. Sin la capacidad, aunque sea limitada, que como conductor ha manifestado el presidente Clinton, a pesar del liderazgo predominantemente blandengue del Partido Demócrata —y del blandengue Gore— el presidente ya estaría terminado y probablemente, esta república también. Dejen ya de depender de los encuestadores de la calaña de "Dick" Morris; no esperen la votación, construyan la votación, mediante la calidad de conducción a la que los ciudadanos están a la espera de responder. A eso, los sectores populares fundamentales responderían como lo han manifestado recientemente con la popularidad ascendente de este acosado presidente.

En una crisis de gran profundidad y escala, la victoria depende absolutamente de reunir las fuerzas y mantenerlas unidas. El factor de moral que ello demanda, descansa en ciertas consideraciones elementales de moralidad. No se puede degradar a los sectores populares básicos a la obcenidad moral característica de esos "caciques" locales que luchan unos contra otros como bandoleros por un presunto botín que cada vez se achica más. Para reunir a nuestras fuerzas de base en una fuerza efectiva, deben confiar unas en otras. La propaganda vacua, como la sofistería típica del político artificial de nuestros días, troquelado por las encuestas, no cumplirá y no puede cumplir la tarea. La conducción política genuina empieza en un nivel más profundo que el de la llamada "opinión pública". La conducción de la cualidad requerida nace de esa veracidad, en el sentido en que Platón y el apóstol Pablo utilizan el término ágape, que transforma a la opinión pública, rápida y radicalmente.

¿De qué otro modo podría ser? Si hemos llegado al momento en que los supuestos prevalecientes han llevado sistemáticamente a la nación a su propia ruina, ¿quién será tan tonto de depositar su confianza en la opinión pública prevaleciente? La mayoría de la población sabe que ése es el estado de cosas,

pero se encoge de hombros y pregunta: "¿Quién va a cambiar al gobierno?" "¿Quién va a cambiar la opinión pública establecida?" Si uno no puede cambiar la opinión pública prevaliente, entonces la causa de la nación no tiene esperanza. Por lo tanto, los dirigentes para un momento de crisis como éste tienen que satisfacer dos requisitos especiales: 1) tienen que demostrar que la opinión popular se puede cambiar; 2) tienen que demostrar que las creencias alternativas que propone tienen sus raíces en la veracidad, y que las creencias que se eliminan son de veras falsas.

Una de las verdades más decisivas que los conductores eficaces tienen que demostrar es que todos y cada uno de los sectores populares fundamentales del Partido Demócrata en la tradición de la experiencia de nuestra nación con la conducción del presidente Franklin Roosevelt, tienen un claro interés común. Es típico de este interés común que las corrientes principales de los granjeros, los sindicalistas, las llamadas "minorías étnicas" ejemplificadas más conspicuamente por los negros y los hispanoamericanos, tengan un interés fundamental en común, interés común que supera toda diferencia incidental. La insensatez de los agricultores y sindicalistas que permiten que se les enfrente unos a otros con asuntos como el de los precios de garantía agrícolas es una muestra decisiva de aquello en contra de lo cual se tiene que defender el verdadero interés común general.

Se debe incluir aquí una nota de advertencia. Hay dos problemas que se han de abordar en el intento por definir un verdadero "interés común", según he explicado esta necesidad. Primero, tal empresa como la que estoy bosquejando aquí y ahora no se puede realizar en cualquier momento o en cualquier circunstancia. Segundo, la mayoría de los que afirman haber definido un "interés común", sencillamente no son veraces, ya sea porque no desean ser veraces o porque no saben serlo.

Siempre que se apela a la frase "interés común", hay un alboroto instantáneo entre los proclamados campeones de todas las virtudes hipócritas, los charlatanes de la derecha política y religiosa, como el notorio encuestador mamacallos "Dick" Morris y otros merolicos de feria. Esos estafadores elevan la mirada al cielo, proclamando que son ellos los que están a punto de revelar el único "interés común". Algunos de esos estafadores utilizan gráficos de encuestas. Otros usan otras

cosas. De la polifonía de las voces de esos merolicos, que se elevan de entre las carpas, se puede oír el canon: "Si pudiésemos unirnos en torno a . . .".

Hay una nota pedal dominante que subyace a toda esa cacófona especie de polifonía de los merolicos. Todos y cada uno de esos aspirantes a Phineas T. Barnums concuerdan que para timar a una gran masa del pueblo, "hay que plantear cosas concretas y sencillas. Sí, señora, por ahí va la cosa". Un malévol y perverso destello de franqueza, que no de honradez, se cuele en las palabras del merolico, cuando trata de imitar al actor W.C. Fields. Con un guiño, le explica a su compinche a *sotto voce*: "Simplezas, pues. Tú me entiendes ¿No?".

La introducción de cualquier principio nuevo para una población, como el principio del interés común, exige el mismo tipo de circunstancias que rodea el descubrimiento válido de cualquier principio físico universal por parte de un científico. Primero, tiene que haber una crisis de creencias, una paradoja que desacredite las creencias preexistentes. Segundo, tiene que brotar ese interés apasionado y la concentración concomitante, que van unidos al descubrimiento original exitoso del científico de un principio que supera esa crisis, o a la reproducción del descubrimiento por parte del estudiante.

Tomemos el ejemplo de un ciudadano pensionado, que se ha acostumbrado a lo que parecen ser los altos rendimientos de las cuentas en los fondos mutualistas. Este ciudadano ha llegado a depender de esos rendimientos hasta para satisfacer las necesidades simples de la vida mes tras mes y a lo mejor hasta pueda apartar un poco para las vacaciones especiales o las emergencias. Mientras ese ciudadano pueda aceptar la ilusión que le ofrecen los órganos de información y el representante de los fondos mutualistas, se aferrará contra viento y marea. Rara vez se comportará racionalmente en lo tocante a ese tema; más bien, se le verá, como el Willy Loman de *La muerte de un viajante* o el Hickey de la pieza de O'Neill *The Iceman Cometh*, agarrado desesperadamente a alguna pizca de fé en alguna creencia habitual, aún cuando ya no quede de qué agarrarse.<sup>33</sup> Los que tenemos edad suficiente, recordamos

33. Hay una frase en *The Iceman Cometh* que expresa muy singularmente la esencia de la situación de la vida real que vengo describiendo. Cuando Hickey se desenmascara, para revelar lo que de veras venía ocurriendo, uno

muchas de esas situaciones personales que se vivieron en la Gran Depresión de los treinta y los años que le siguieron.

Ese es el tipo de crisis personal que golpea a una buena parte del electorado, más o menos simultáneamente, preludio de esos cambios súbitos y profundos que ningún encuestador político ordinario querrá pronosticar, si pudiere, ni es probable que descubra o esté dispuesto a descubrir, ni siquiera para sí mismo. La historia se hace principalmente con la súbita llegada de lo que deberían haber sido acontecimientos previsibles, pero los cuales toman por sorpresa a la mayoría de sus víctimas, incluidos los dizque principales expertos.

Tales crisis, libradas a su propio curso, crean desesperación y pesimismo muy rápidamente. Los nazis de Adolfo Hitler pasaron de la oscuridad a la prominencia en el *putsch* de la cervecería de Munich, en 1923, cuando la hiperinflación de Weimar ya había barrido con los ahorros de la mayoría de los hogares alemanes ordinarios. Y en el momento en que Hitler y los nazis declinaban, en las elecciones de finales de 1932, el golpe de Estado del 28 de enero de 1933 dirigido, por Londres contra el gobierno alemán de von Schleicher, y la subida de Hitler al poder el 30 de enero, gracias al Hjalmar Schacht de Londres, desató un repentino y profundo pesimismo en la población alemana, que, para el momento del incendio del Reichstag, un mes después del golpe de Estado contra von Schleicher, dominaba la vida política de Alemania.

Debiera reconocerse como norma general que el intento por eludir una grave crisis financiera y económica con tácticas de "administración de crisis" como las que apoya el gobierno de Clinton desde mediados de septiembre de 1998, es precisamente la clase de estupidez que tiende a llevar a los golpes de Estado subsecuentes en contra de los mismos gobiernos que introdujeron las tácticas de administración de crisis, y da paso a regímenes fascistas o tipos afines de regímenes represivos. Así que el que el presidente Clinton se haya rendido a la "administración de crisis" financiera a raíz de la debacle del LTCM

---

de los clientes alcohólicos del bar se queda sentado mirando la copa de wiski que en todo el rato anterior no había tocado. Cuando le preguntan por qué no se lo toma, responde: "Hickey, le quitaste la chispa al trago". Algo así le ocurrirá a los que se vean de repente ante el desplome de sus cuentas en fondos mutualistas; para ellos, el trago de Wall Street habrá perdido su chispa.

en septiembre y de la subsecuente reunión del G-7 en octubre, prácticamente garantizó el renovado impulso al intento de destituirlo que hubo tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado luego de las elecciones de noviembre.

En los momentos en que mucha gente percibe una crisis generalizada como la que he descrito, la población se torna súbitamente susceptible a cambiar radicalmente de opinión. Antes, es muy raro; después, es generalmente demasiado tarde para toda esa etapa de la historia política moderna. Cualquier cambio bueno ocurrirá en la forma de un descubrimiento radicalmente innovador de un principio, un descubrimiento que congrega desde dentro a los sectores pertinentes de la población, el mismo tipo de cambio creador que, en busca de la verdad, se opera en nuestra perspectiva cuando hacemos el descubrimiento comprobable de un nuevo principio físico del universo.

Esto no debe volverse un intento de "eliminar las diferencias de opinión" con las repugnantes tácticas habituales de sesiones maratónicas de arbitraje o los métodos tavisstockianos o lewinistas semejantes de trabajo social. No se debe intentar ninguna componenda; ya hay demasiadas componendas en el Partido Demócrata. Sólo se debe buscar la verdad. Cualquier percepción del "interés común" que no se base en la veracidad y la justicia, en el sentido que le dan Platón y el apóstol Pablo al término griego *ágape*, es peor que inútil.

Por lo tanto, para este fin, repasemos los detalles técnicos del caso de los agricultores y los sindicalistas, como ejemplo del principio general que sustenta la manera veraz de definir el interés común de nuestros sectores populares fundamentales.

### 3.3 Cuestión de método

El primer hecho puro y sencillo que debe quedar claro es la siguiente regla básica de las deliberaciones entre agricultores, sindicalistas y otros sectores populares fundamentales.

El dinero no es un interés material. No es físico, como los alimentos y otras mercancías físicas. Tampoco representa un servicio —como la atención médica o la educación en materias de ciencia e ingeniería— que se desempeña para producir un efecto físico provechoso; en este sentido, estos servicios equiva-

len al consumo de mercancías físicas. *El dinero es una ficción*. Se crea imprimiendo un pedazo de papel o acuñando monedas, sean de metal u otro material, y a eso se le llama "dinero". El dinero cobra la cualidad de ser dinero cuando se emite en forma de crédito contra la agencia emisora, que generalmente es un gobierno o un banco privado, como el Sistema de la Reserva Federal, por ejemplo. Sigue gozando del curiosamente bendito rango de ser dinero sólo mientras la gente parezca creer que es dinero. Por eso a los acreedores se los llama "acreedores". A veces, como en la Alemania de Weimar en 1923, esa creencia, y el rango de "acreedor", se evapora súbita y rápidamente.

Luego, así como hay cuasicerveza, también hay cuasidinero, llamado así porque su contenido tiene sustentos más débiles que el dizque dinero real. Generalmente, en los Estados Unidos de hoy en día, decimos que el M3 lo forman, juntas, esas variedades de dinero y cuasidinero que ciertos funcionarios importantes y responsables, al igual que ciertas agencias estadísticas, consideran formas de crédito y, por tanto, moneda respetable.

La importancia de reconocer que el dinero es una ficción, en vez de valor económico intrínseco, está en el hecho de que el precio en dinero que se le asigna a los productos y a los servicios que se compran y venden a menudo tiene poca o ninguna relación con el valor intrínseco de la unidad de la canasta básica, medida per cápita o por kilómetro cuadrado, de productos o servicios comprados y vendidos. De hecho, con frecuencia se paga dinero, o se recibe, por productos o servicios inexistentes o que no tienen ningún valor económico intrínseco, o hasta un valor negativo. El cuento de hadas que cuentan duendes como Bernard de Mandeville y los economistas de la Escuela Haileybury de la Compañía de las Indias Orientales británica, de que el proceso de "libre competencia" converge, como lo balbucea el rabioso ideólogo Al Gore, "democráticamente" —es decir, "estadísticamente"— en "el precio justo", es una forma de espejismo esotérico, si no una total mentira. Tal como lo definió Gottfried Leibniz en los primeros principios de la ciencia económica, en 1671, el valor económico intrínseco se mide con una canasta básica, la cual determina por el modo en que su contenido se produce y se distribuye, y por el efecto físico relativo que tiene sobre el consumidor intermedio y el consumidor final.

Los efectos de la canasta básica real incluyen cambios relativos en la esperanza de vida y otras características demográficas de las personas y las poblaciones, y cambios relativos en las capacidades productivas del trabajo. La idea de que alguna agencia misteriosa, irracional, como un mercado financiero, determina el verdadero precio en dinero de una mercancía de alguna manera esotérica, estadística, es pura ficción política en la mente del creyente supersticioso, si no es también un fraude intencional de la persona que promueve tales supersticiones.

Por ejemplo, ¿cómo se crea un dizque "terreno nivelado (competitivo)" entre un agricultor que opera de 100 a 200 hectáreas, y un cartel internacional de alimentos con recursos para comprar y vender sectores completos de la casta financiera y política dominante? En realidad, lo que vendría a "nivelar el terreno" sería la reglamentación del precio de garantía agrícola, un arancel protector, la reglamentación del transporte público, la regulación de las entidades encargadas del suministro público de energía, etcétera. Lo que nivela las cosas entre un matón de 120 kilos y un muchacho de 70 kilos es, a veces, una escopeta o, si no, una fuerza policial confiable. Así que la próxima vez que oigan a un torvo aspirante a privatizador, de esos que navegan en los altos mares del comercio mundial, proclamar que su versión de la "globalización" es un nivelador del terreno, recuerden al muchacho de 70 kilos con la escopeta; cada vez más y más naciones arruinadas por depredadores de la "globalización" como el compinche de Al Gore, George Soros, están pensando en "escopetas" proteccionistas.

Además de nivelar el terreno de juego, hay cosas que todo gobierno sensato hace para inclinar la balanza a favor de los intereses tanto del gobierno como de la población en general. Las inversiones provechosas, como las que aumentan la productividad física de la nación en la utilización del progreso científico y técnico en el uso intenso de capital y en el uso intenso de energía, que crean empleos en esas áreas, etc, se deben gravar con impuestos mucho menores que las ganancias del capital puramente financiero. Las instituciones de beneficencia y otros bienhechores públicos que ayudan con parte de las cargas que de otra manera recaen en los gobiernos, deben recibir un trato especial en las leyes impositivas. Los aranceles deben proteger y promover las industrias que son de interés

nacional. Los gravámenes que —como la estafa de los “impuestos parejos” — le cargan el mismo peso a los ingresos menores, que corresponden a lo que una nación orgullosa y sensata debiera considerar el mínimo aceptable para sus hogares, son moral y económicamente erróneos.

En resumen. Es función del Estado nacional soberano inclinar la balanza de los mercados financieros a fin de introducir los diferenciales de reglamentación explícita y reglas del juego que alienten a los mercados a comportarse de modo que corresponda al interés soberano de la nación, su pueblo y su posteridad, lo cual satisface el bienestar general, como lo exige la Constitución de los Estados Unidos. Al que no le guste, es libre de emigrar al Reino Unido (si la monarquía lo tolera), en donde, como nuestros antepasados de 1776, 1789, 1812 y de 1861 a 1865, podrá hacer una comparación mejor informada de las diferencias entre el sistema americano de Alexander Hamilton y el sistema de la Compañía de las Indias Orientales británica de Adam Smith y demás.

Observemos el conflicto aparente entre los agricultores y los sindicalistas en dicho marco de referencia.

Preguntémosle al sindicalista: “¿Crees en la protección al salario mínimo? ¿Crees en los derechos de los sindicalistas a negociar salarios justos? ¿Crees en el seguro de desempleo y otras formas de seguridad social? ¿Crees en la compensación al trabajador? ¿Crees en el seguro médico? ¿Crees en las normas de seguridad en el trabajo? ¿No te das cuenta de la barbaridad que la desreglamentación del transporte le impuso al transporte carretero y a los conductores de camiones? ¿No te das cuenta de la ruina económica de muchas localidades de los Estados Unidos, que ya no pueden competir por industrias ni sitios de trabajo, luego de las desigualdades impuestas por la desreglamentación del servicio y las tarifas de carga? ¿No crees que todos merecen la clase de justicia que aportan estas medidas regulatorias y proteccionistas, para lo cual son indispensables?” Llamémosle a dichas medidas protección empresarial al precio de garantía del trabajo. ¿Por qué no ha de gozar el agricultor del mismo tipo de protección?

¿No creen que sectores populares como los negros y los hispanoamericanos tienen derecho al mismo tipo de protección regulatoria? Entonces, ¿qué es toda esa cháchara sobre el derecho a bajar el precio de los alimentos a costillas de los agriculto-

res? Entonces, ¿por qué se tiene que degradar a nuestros sectores populares a que riñan entre sí como ganado de corral por las sobras que les tiran al piso? ¿Cuál es el principio implícito aquí? ¡Piensen . . . piensen . . . piensen! ¿Cuál es el principio universal implícito aquí, un principio igualmente provechoso y necesario para todos los sectores populares por igual?

*La solución al conflicto aparente de intereses entre los sectores populares radica en postergar para consideración posterior —una revisión breve al final de la agenda— todos los conflictos aparentes entre los intereses inmediatos que ciertos charlatanes diabólicos utilizan para enfrenar a unos sectores del pueblo contra otros. La solución radica en definir el principio del interés común como el tema principal de la agenda, y definir luego los derechos especiales de cada sector según ese principio del interés común. La noción del interés común es otra manera de declarar lo que los principales fundadores de la independencia de nuestra república reconocían como el bienestar general. Ese es el método que utilizarán en esta campaña todos y cada uno de los líderes útiles del Partido Demócrata.*

Para replantear el principio del bienestar general en un marco de referencia actualizado, comencemos con el asunto de la semana laboral de cuarenta horas que se estableció en los años treinta.<sup>34</sup>

34. La norma mía, hasta un reciente período de convalecencia, era de unas setenta a ochenta horas de trabajo por semana: de doce a catorce horas seis días de la semana, más otras cuatro o cinco los domingos. Creo que pronto podré regresar a ese horario, o uno parecido, menos unas cuantas horas al día de ejercicios terapéuticos y breves pausas de reposo. La naturaleza de mi trabajo, al igual que el de cualquier científico serio, requiere largos períodos de concentración sostenida; pero es un tipo de trabajo intelectual que acarrea casi todos los beneficios que otros ciudadanos buscan obtener mediante distintas formas de recreación. Es una gran fortuna —el mejor de todos los mundos posibles, en cierto sentido— que mi esposa y yo compartamos estas áreas de trabajo, de naturaleza principalmente colaborativa. Casi todas las demás personas, con sus niños, requieren una rutina de asueto que les dé la oportunidad de derivar los mismos beneficios intelectuales y de otra índole que yo derivo del trabajo mismo. Mis colaboradores trabajan en condiciones parecidas a las mías; así que para nosotros, que hemos elegido trabajar y vivir así, por los motivos morales que hemos adoptado como profesión, la semana de trabajo se define en forma diferente a lo que debe ser para otros. Para los demás, en las actuales condiciones económicas y sociales de los Estados Unidos, la semana laboral de cuarenta horas, sin un segundo o tercer empleo en el tiempo de ocio, es la norma que debe reconocerse como un derecho dictado por los

Hay que reconocer que la semana de cuarenta horas y sus aproximaciones son hoy en día una reliquia del pasado. La cedimos temporalmente durante la Segunda Guerra Mundial, lo cual era moralmente correcto, mientras persistieran las circunstancias especiales. Debimos haber vuelto a ella al final de la guerra, lo cual no hicimos precisamente, por las condiciones que el régimen posterior a Roosevelt introdujo erróneamente en los asuntos nacionales y mundiales. La semana de cuarenta horas se cumplió en la brecha que se abrió entre los años cincuentas de Eisenhower y mediados de los años sesenta. A partir de los crecientes recortes salvajes que desde 1966 y 1967 se le hicieron al programa espacial estadounidense y a otros programas altamente estimulantes económicamente, la semana de cuarenta horas se desvaneció en un espacio diferente, del cual no ha regresado desde entonces.

El principio económico que se expresa en la norma de la semana de cuarenta horas es que para garantizar una fuerza laboral capaz de alcanzar un cierto nivel de productividad económica física neta, se deben definir y satisfacer dos requisitos generales prácticos:

1. Que la población *en su conjunto* goce de las condiciones hogareñas de existencia físicas normales, incluidas las demográficas, indispensables para generar y sostener una población cuya fuerza laboral activa tenga las capacidades *físicas* y *cognoscitivas* inherentes a tales niveles de capacidad tecnológica y productividad.

2. Que un mínimo de aproximadamente sesenta por ciento de la fuerza laboral activa se emplee como trabajadores, técnicos o profesionales, ya sea en modos de producción agroindustrial o en el desarrollo y mantenimiento de las distintas formas de infraestructura económica básica de la cual dependen las condiciones necesarias para la producción y los potenciales productivos de los hogares de esa fuerza laboral. Si se reduce esa porción, debido al desempleo en gran escala o al crecimiento excesivo del empleo en ventas u otras formas de empleo administrativo o de servicios, la

---

requisitos de educación y recreación que impone la vida en las condiciones demográficas necesarias de la tecnología moderna.

productividad de la fuerza laboral en su conjunto se desgastará peligrosamente, como ha sucedido en los últimos treinta años y pico de tendencia degenerativa al confuso mundo de la llamada economía "posindustrial" o de la "información".

La capacidad productiva de esa fuerza laboral depende del papel decisivo que desempeña el filo cognoscitivo de la división del trabajo. Ese filo reside en el papel fundamental de esas formas de la actividad científica que generan descubrimientos comprobados y el desarrollo de principios físicos y artísticos, en conjunción con programas educativos y culturales concentrados en la realización de esos objetivos primarios. A partir de este elemento central de toda la división del trabajo, el avance científico y técnico se irradia a través del sector de diseño de máquinas herramienta de la división del trabajo, hacia el campo de las máquinas herramienta en general, y de ahí al desarrollo general de tipos de productos mejorados, en modos de desarrollo de la infraestructura y la capacidad productiva que hacen uso intenso del capital y la energía, y en la labor de los ingenieros y técnicos de transmitir esos adelantos técnicos a los procesos productivos y distributivos en general.

La cualidad de la fuerza laboral contemporánea de la cual depende la satisfacción de dichos requisitos exige en la vida del individuo y del hogar el tiempo de ocio implícito en la norma de la semana de cuarenta horas, apróximadamente. Esta no es necesariamente la norma para casos especiales, como el de los empresarios o los profesionistas. La vida intelectual implícita como oportunidad en la norma de la semana laboral de cuarenta horas para el obrero, forma parte integral por lo menos de una parte sustancial de la agenda de trabajo del empresario o del profesionista.<sup>35</sup>

35. Aunque muchos empresarios ponen negocios como una posible vía de escape de la pobreza absoluta o relativa, como frecuentemente lo vemos en los llamados estratos minoritarios, la regla general debiera ser que cualquier empresario o ejecutivo animado por la avaricia es persona sandia, que en condiciones de tensión puede convertirse en un peligro para sí mismo o para los demás. El motivo sano para aspirar a ser empresario es vivir como profesional, como alguien para quien el éxito es una mezcla de ciencia y arte, y lo hacen ¡porque les encanta! El aspecto de la solución de problemas, el desafío y la dificultad de hacerlo es lo que hace divertida una carrera profesional o empresarial. El desafío de cuadrar los libros del negocio simplemente es un

En todo esto, la meta más importante de las medidas de empleo y de ingreso familiar es el destino que, por haber vivido, le deja uno a la posteridad. Quienes no vean las cosas de esta manera están muy poco calificados para ser padres; las almas prudentes por nacer, antes de ser concebidas, desearían que les prometiesen el tipo de protección laboral justa que garantice que nacerán de padres que no carezcan de esa resolución.<sup>36</sup> Estas son las cosas que tocan el significado más profundo de la expresión "bienestar general", según la definieron los principales fundadores de nuestra república.

Por lo tanto, luego de hacer estas y otras reflexiones sobre el interés común, el representante de un sector popular le dice al de otro: "Bueno, Pepe, dínos qué condiciones necesitan tú y tu familia para desempeñar tu trabajo". Cuando todos los sectores representados hayan hecho sus preguntas y hayan dicho lo que tengan que decir sobre esos temas, queda más o menos bien definida una concepción práctica justa del interés común.

### 3.4 Aranceles protectores

En la sección precedente, destacué el hecho de que el dinero es simplemente una ficción administrativa conveniente, no una medida de los valores económicos intrínsecos. El dinero, por sí mismo, no funciona bien ni como simple instrumento de la administración de la producción y el comercio. El dinero tiene

---

gaje inevitable del oficio, lo mismo que el reto de "hacer que funcione", en el caso de un científico o ingeniero. Si no se están divirtiendo, entonces han elegido una carrera que no es la suya. Esta debe ser también la motivación del empresario agrícola. Esta calidad profesional del trabajo de un empresario o profesional proporciona buena parte del estímulo cognoscitivo que la mayor parte de los empleados laborales deben derivar de actividades recreativas.

36. Hace poco más de un año murió, a los 92 años de edad, una de las más renombradas artistas de la canción clásica en lo que llevo de vida. Nos habíamos hecho amigos. No mucho tiempo antes de su muerte, mi mujer y yo, y otras dos personas, pasamos un par de horas con ella, recitando, mi esposa, poesía clásica alemana que nuestra anfitriona le escogía para que leyese, y ella tocando las secciones correspondientes de sus propias grabaciones de *Lieder*, hechas años antes. Al concluir esta excelente visita de dos horas, nuestra anfitriona habló de su vida con las siguientes palabras: "Estas canciones las canté en mi momento", ubicando así su vida, por consiguiente, en la simultaneidad de la eternidad.

que ser encauzado con otros instrumentos administrativos, como aranceles protectores, medidas crediticias, medidas fiscales y medidas regulatorias formales, que tengan el efecto de dirigir al dinero, que es inherentemente tonto, en la dirección deseada por las sociedades inteligentes.

Hay otras dificultades que se tienen que considerar. Ya antes subrayé que los valores intrínsecos en los procesos económicos no tienen una medida escalar (o sea, lineal), ninguna vara de medir simple. Todo lo que tenga que ver con la vida humana en este universo se ha de medir con un criterio específicamente no lineal, un criterio *antientrópico* de cambio, en el sentido en que el antiguo Heráclito y Platón definían el cambio como criterio de medida. El único criterio de medida racional en los procesos económicos son las formas económico-físicas de crecimiento antientrópico. Como ya dije, todo crecimiento económico real es resultado del equivalente a una combinación de progreso científico y tecnológico, y de avance en el desarrollo y la aplicación de esos tipos de principios inherentes a los modos estrictamente clásicos de desarrollo de las formas de composición artística relacionados que incluyen la práctica de la historia universal como ciencia.

Por razones implícitas en esas consideraciones, la administración exitosa de los procesos económicos nacionales y globales, los trata como procesos económico-físicos, cuyos aspectos gobernantes son el progreso científico y tecnológico y las expresiones de formas clásicas de composición artística. La tarea que se le plantea al estadismo reside en las implicaciones de la noción de series ordenadas de multiplicidades multiconexas de Gauss-Riemann, procesos para los cuales no se podría prescribir competentemente ningún modelo lineal, ni especificar ninguna solución desde el punto de vista de la lógica deductiva-inductiva. Podemos describir el efecto de los procesos económicos en términos deductivos-inductivos, pero nunca podríamos en dichos términos describir los procesos que producen tales efectos. Esta consideración de método siempre ha sido decisiva en el fracaso absoluto en los intentos de todos mis ostensibles competidores profesionales de hacer pronósticos económicos de largo plazo, frente al éxito más o menos sistemático de mis propios pronósticos.

En toda serie de multiplicidades multiconexas ordenada antientrópicamente, del tipo Gauss-Riemann, incluidos los proce-

esos económicos reales, el elemento de cambio gobernante en el paso de una multiplicidad a su sucesora es la adición de nuevos principios y sus aplicaciones. En la economía como ciencia, y en los procesos económicos en la práctica del estadismo, esos nuevos principios representan una combinación de principios físicos recién descubiertos (o recién aplicados), mezclados con principios universales de cualidad artística clásica. De ahí que las transiciones notables a un estadio nuevo, superior, invariablemente reflejan el efecto de la aplicación de principios previamente desconocidos, no especificados. En este campo de discusión radica, por ejemplo, la manera de remediar el absurdo pueril, y aun fraude, de proponer que tales transiciones se entiendan desde el punto de vista de las aberrantes nociones de procesos aleatorios axiomáticamente lineales del positivista radical, como, por ejemplo, la trágicamente fracasada aberración ganadora del premio Nobel conocida como la fórmula Morton-Scholes, y demás.

Los asuntos planteados no son meramente académicos, ni en ningún sentido tan abstractos como para mantenerse distantes de la práctica diaria de la producción y la distribución de las empresas. En la práctica del agricultor progresista estadounidense a quien nuestros orates ideológicos de Wall Street y Washington han hecho tanto para arruinar, así como en la ruina similar de muchos de nuestros otrora exitosos intereses industriales, está precisamente el tipo de cambio no lineal al cual me he referido aquí, el cual es absolutamente determinante para definir la diferencia entre una gestión exitosa de la normativa económica y una implícitamente quebrada, incluso al nivel de la práctica diaria en el microcosmos relativo de la empresa particular.

En tales microcosmos, la esencia del aspecto no lineal, o antientrópico, de la práctica se localiza en los discernimientos que se generan en lo que he descrito aquí anteriormente como los procesos cognoscitivos antientrópicos de la mente individual, y en esos aspectos de las relaciones sociales entre los individuos que definen las relaciones entre los procesos cognoscitivos de esos individuos.

Curiosamente, cuando se toman en cuenta esos aspectos más finos de la administración de una empresa, en la actividad de dicha empresa, tales actividades alineales de los procesos normativos se clasifican bajo la categoría intrínsecamente en-

gañosa de "sugerencias prácticas". Estos aspectos más finos y decisivos del desarrollo de los planes y la práctica de la empresa, con frecuencia se consideran "prácticos", precisamente porque residen al margen de cualquier concepción definida por la proyección deductiva-inductiva preexistente del contador —o el que sea— de las implicaciones de los modelos establecidos para la práctica de la empresa. En la mente del formalista, no hay otro término, aparte de "prácticas", para calificar normas fuera de su comprensión, si son exitosas. Hasta que "el jefe" las adopte como regla, el burócrata las llamará "poco profesionales" y aun "traídas de los cabellos"; en cuanto "el jefe" las asuma como regla, el formalista burócrata las calificará diplomáticamente de "prácticas", para distinguirlas de la "doctrina normal existente" o "profesional".

El modo en que se administra racionalmente una economía política nacional, para reflejar las implicaciones de tales cambios en los principios incorporados, cae bajo el rubro general de "medidas regulatorias", el tipo de medidas que pone a los anarquistas fanáticos a patear y rabiar como el Rumpelstiltskin del cuento, chillando contra las medidas de "economía centralizada". Para condicionar una economía y sus relaciones económicas con el exterior a la importación de cambios dentro de los parámetros determinantes del medio ambiente económico, se le imponen a las inversiones y al comercio barreras arancelarias y otras medidas regulatorias, también conocidas como "restricciones" (una combinación de límites y coeficientes). Estas medidas se introducen y se mantienen para impedir que las economías hagan las locuras que de otro modo tenderían a hacer, si tales regulaciones ("restricciones") no existieran.

Por lo tanto, típicamente, los aranceles y medidas similares se han introducido por lo general para reflejar la necesidad de que la economía le dé la vuelta a un probable efecto indeseable, en respuesta al efecto de una nueva tecnología o de alguna otra condición recién reconocida. Esto ilustra las fases de los procesos económicos en los que se necesita dirección con urgencia, pero que ningún sistema lineal de reglas sería capaz de guiar entre los arrecifes amenazantes. Incidentalmente, ésta es una de las razones por las que cualquier intento de administrar una economía, o una empresa según un modelo de computadora es inherentemente la vía hacia la ruina. Ningún modelo



*El verdadero rostro del "libre cambio": un garito en Convent Garden, Londres, representado en la obra de William Hogarth La carrera de un libertino.*

congruente con métodos deductivo-inductivos podría representar competentemente un proceso económico de la vida real.

Lo que hacen las medidas regulatorias es fijar topes, como los salarios mínimos, la semana laboral y demás, en tanto medidas que impidan que los procesos económicos se desorganicen, como ocurriría sin el establecimiento de dichos límites.

Para aclarar más la importancia de esas precauciones regulatorias, consideremos el caso de un hombre que fue, literalmente, el abogado del diablo, Bernard de Mandeville, más conocido como el héroe popular de la Sociedad Mont Pelerin de Friedrich von Hayek, Milton Friedman y el aya más cruel de la Gran Bretaña, la ex primera ministra Margaret Thatcher (esa sociedad es la madriguera de la Heritage Foundation y de muchas otras manadas en la que los encapuchados y otros brutos de la extrema derecha se reúnen a gemir).

Mandeville no difiere en ningún principio del hedonismo axiomático del implícitamente satánico Paolo Sarpi de Venecia,

Thomas Hobbes, John Locke, Adam Smith y Jeremy Bentham de la Gran Bretaña, o de la doctrina radicalmente feudalista del *laissez-faire* del fisiócrata francés François Quesnay. La diferencia es de estilo; Mandeville, uno de los principales ideólogos británicos del movimiento de Aaron Burr y otros, los Clubes del Fuego Infernal del siglo 18, como algún personaje de las ilustraciones de Hogarth, "se pronunció" abiertamente por Satanás. Quizás es por eso que el finado Friedrich von Hayek le dio tanta importancia. Mandeville, en su célebre *Fábula de las abejas*, condonó las más atroces inmoralidades como parte del sector popular de la lascivia, al que se le debe dar libre expresión para llegar a lo que Mandeville decía que evolucionaría, estadísticamente, como el sustituto liberal más consumado de la verdad y la moralidad. La obra *El progreso de un libertino*, de Hogarth, muestra lo que los seguidores de Mandeville consideraban como los beneficios más notables del "libre cambio".

El logro común de los filósofos típicos de la Gran Bretaña, Hobbes, Locke, Mandeville, Hume, Smith y Bentham, es que fueron modelos de congruencia, los propios lógicos del diablo. Se equivocaron congruentemente y fueron moralmente depravados, cuando produjeron resultados congruentemente desastrosos para las partes de la humanidad que fueron presa de sus doctrinas. Precisamente las restricciones que tales liberales aborrecen son esenciales para un estado tolerable de la sociedad, esenciales para esa sociedad decente hacia la que dejamos de avanzar, bajo los últimos treinta y pico de años de influencia de los radicales del "libre comercio".

Sugiero que todo esto ya está implícito en el célebre capítulo 13 de la Primera Epístola a los Corintios del apóstol Pablo. La moralidad no es un código; es un método, un método coherente con la naturaleza de la persona, hecha a imagen del Creador, persona cuya naturaleza humana se expresa esencialmente en esos procesos cognoscitivos perfectamente soberanos por medio de los cuales se crean cosas tan buenas como los descubrimientos comprobables de principios físicos, los cuales se hacen parte de la práctica mejorada de la sociedad.

4

# **El fin de la Nueva Era**

**E**n capítulos anteriores de este documento se ha puesto de relieve el hecho de que la sobrevivencia misma de los Estados Unidos como república depende ahora no sólo de abandonar gran parte de lo que se ha convertido en la opinión pública establecida a lo largo de los últimos treintitantos años; debemos regresar a lo que muchas veces tenderá a rechazarse, aunque sólo inicialmente, como una manera de pensar que se ha condicionado a buena parte de las actuales generaciones de la "Nueva Era" a considerar penosamente arcaica, mas al mismo tiempo intolerablemente novedosa. Resulta típico que una gran parte de los televidentes adultos más o menos jóvenes reaccionen negativamente, aún hoy, cuando ven la película de media hora "La mujer en Marte", preparada como parte de mi campaña por la candidatura presidencial del Partido Demócrata en las elecciones de 1988. En ese documental esboqué un programa de progreso científico a largo plazo, que había elaborado y publicado en detalle años antes, programa que constituiría un importante estímulo al crecimiento de nuestra economía.<sup>37</sup> En ese cortometraje hablé de un proyecto que cumple óptimamente dicho requisito, en la forma del compromiso de establecer una primera colonia de trabajo en Marte dentro de unos cuarenta años. La reacción típica de muchos televidentes de las generaciones de la "Nueva Era", aún hoy, es rechazar la propuesta en tanto "cuento viejo",

37. El veterano científico espacial Krafft Ehrlicke, uno de los principales diseñadores de los planes de colonización industrial de la Luna, y quien había colaborado con nosotros, murió a fines de 1984. En su honor, mi esposa Helga Zepp LaRouche, organizó una conferencia científica internacional que se celebró en Reston, Virginia, a mediados de 1985. Cuando preparaba el discurso que di en la conferencia, y de ahí al año siguiente, elaboré el diseño de un programa, con bases económicas y cuyo eje era la reactivación del programa Sängner, cuyo siguiente paso Krafft consideraba que debía ser la colonización de Marte, a realizarse mediante la construcción de una base espacial en la Luna. El programa Sängner preveía transportar un avión cohete en el lomo de un avión Scramjet, capaz de volar entre seis y ocho veces la velocidad del sonido, forma económica sensata de llevar carga y pasajeros de un aeropuerto terrestre a una órbita circunterrestre. El avión cohete y el avión Scramjet regresarían a la superficie terrestre. El Scramjet representó la primera posibilidad de volar sin parar entre puntos antípodas. Elaboré mis proposiciones para el programa de colonización de Marte en colaboración con científicos de varias naciones. Fue sobre todo mi trabajo en ese asunto, en 1985-1986, lo que dio el sustento para la película "La mujer en Marte", de 1988.

rezago de los años sesenta, y al mismo tiempo algo "demasiado audaz" para el mundo de hoy.<sup>38</sup>

Entonces, como lo he destacado en la parte anterior de este documento, muchas de las extraordinariamente novedosas ideas sobre economía y cultura que se han popularizado en décadas recientes van quedando cada vez más desacreditadas por los acontecimientos del momento. El descrédito tanto de las ideas monetaristas como las de la Nueva Era define una oportunidad propicia para recordarle a estas generaciones relativamente jóvenes lo mejor de las opiniones que llegaron a prevalecer entre los líderes y votantes del Partido Demócrata cuando el país se recuperaba de la Gran Depresión de los años treinta, originada en Wall Street. Es hora de volver a las ideas que nos levantaron del fango de aquella depresión y de la Segunda Guerra Mundial, hasta la venturosa movilización nacional emprendida por el presidente John F. Kennedy para poner pie en la Luna en cierto plazo. Debemos regresar a medidas fíncadas en los conceptos del bienestar común y las bases populares, típicas del legado de aquel presidente Franklin Delano Roosevelt que hasta hace unos treinta años aún prevalecían entre nosotros.

Para volver ahora a esa tradición de Roosevelt, que nos ha servido mucho más que cualquier otra cosa, debemos darnos cuenta del proceso con el que nos hemos ido corrompiendo, hasta adoptar los cambios que arruinaron nuestra economía: la transición a un paradigma "posindustrial", actualmente he-

38. Los jóvenes que hacen semejantes objeciones no son tan incongruentes como pudiera parecer. Preguntémosle a un físico matemático:

—¿Hay algún lugar en el mapa que coincida con semejante objeción?

El físico matemático frunce el ceño y repone:

—¿Cómo llegó esa persona, de ayer al sitio presente de su perspectiva?

Respuesta:

—No sabe. Nada más llegó.

El geómetra sonrío:

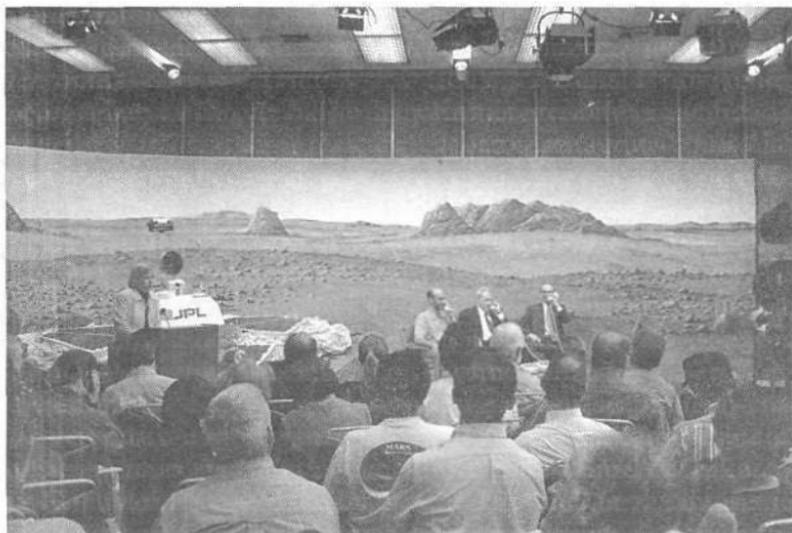
—Entonces, no ha de ser tan tonto como parece; pero no es incongruente. En geometría física existe exactamente un lugar lógico en el universo que satisface precisamente esos requisitos?

—¿Dónde?

—No dónde. En ninguna parte —replica el geómetra.

Tras cavilar un momento, asentimos con la cabeza:

—Creo que tiene usted razón. Conociéndolo como lo conozco, creo que es exactamente ahí donde está su mente en este momento.



*Conferencia de prensa en el Laboratorio de Propulsión de la misión Pathfinder a Marte en julio de 1997, en donde se muestran paisajes de Marte al fondo. En un programa de campaña en 1988, titulado "La mujer en Marte", Lyndon LaRouche explicaba que un proyecto orientado a establecer una colonia en Marte en 40 años proveería el estímulo esencial para la economía de los Estados Unidos. En aquel momento, muchos adultos jóvenes rechazaron la idea por "demasiado futurista"; ahora, la sobrevivencia de la nación depende de abandonar esas opiniones simplistas.*

gemónico. Tenemos que examinar las influencias culturales que nos trajeron, treinta años después, a nuestro actual estancamiento en la trillada "Nueva Era". Tenemos que darnos cuenta de la forma en que se introdujeron estas opiniones implícitamente suicidas, señalando lo que debieran ser las consecuencias obvias de su introducción y difusión. En breve, debemos terminar de hacerle el epitafio a esta "Nueva Era" ya caduca y moribunda.

Volvamos a aquel viejo adagio optimista del presidente Abraham Lincoln, que vale la pena repetir una y otra vez cada que veamos arruinada nuestra nación por la necesidad de su propia población: "Se puede engañar a una parte del pueblo todo el tiempo, y a todo el pueblo parte del tiempo; pero no se puede engañar a todo el pueblo todo el tiempo".

Hoy debemos recordar ese dicho de Lincoln a la luz de su

posterior referencia al período semejante de demencia popular, en su último pronunciamiento público, poco antes de que lo mataran esos sicarios de la monarquía británica. La política expresada por Lincoln en esa ocasión, de que los estados de la recién derrotada Confederación debían reingresar a la Unión como si nunca la hubiesen dejado, no sólo es modelo de la política misericordiosa de un gran estadista, sino el acto de reconocimiento de que las grandes necesidades de una nación ocurren muchas veces porque entonces, como ahora, una buena parte de la población, al menos en un importante sector de la república, han hecho el papel de idiotas. Si no fuera así, ni la Guerra de Secesión, ni la Gran Depresión, ni la crisis actual que descuartiza el sistema financiero mundial hubiesen estallado como estallaron.<sup>39</sup>

A menos que la mayoría de la población estadounidense renuncie ahora a las costumbres que la han llevado a causarse esta crisis global, nuestra nación no podrá sobrevivir la crisis, al menos no en forma reconocible.

En toda la historia conocida, o al menos las más de las veces, la conducta de lo que describimos a grandes rasgos como los imperios o naciones perdidas del pasado, culturas condenadas, y la mayoría de sus habitantes, fueron presa de creencias dominantes que eran falsas. Esas creencias dominantes, del tipo cuyo nombre técnico correcto es "ideología", acabaron por destruir a aquellas naciones, imperios o culturas, las cuales, como el poético Ozymandias, se condenaron a languidecer en ruinas, en las arenas abandonadas de un desierto creado por ellas mismas. Solamente con el rechazo perentorio del tipo de ideología imperialista rentista financiera de la monarquía británica, mediante revoluciones sucesivas tales como nuestra Guerra de Independencia de 1776 a 1783, la adopción de nuestra Constitución Federal, y nuestra Guerra de Secesión (1861-1865), pudo nuestra nación liberarse tres veces, al menos temporalmente, del dominio de ideologías que de otra forma hubiesen asegurado su extinción, las tres veces.<sup>40</sup>

39. Las peores tiranías, como, por ejemplo, la dictadura de Hitler en Alemania, se posibilitan induciendo a la mayoría de la gente a autoengañarse para aceptarlas. Así, con "pan y circo", el cesarismo llegó al poder en Roma.

40. Pudiéramos añadir la revolución de los sesentas, que vino a encabezar el reverendo Martin Luther King. King, verdadero mártir de nuestra república, estuvo, como el presidente Abraham Lincoln, muy por encima del montón,

Tomemos, por ejemplo, la ideología fracasada, ya vieja —calva, panzona, achacosa—, de la “Nueva Era”. Esta es, para los estadounidenses, una ideología importada, basada en creencias seudocientíficas, mitos destructivos sobre “ecología” y “control demográfico”. Estos mitos fueron importados en su forma actual por colaboradores del duque de Edimburgo, de Gran Bretaña, y su hijo curiosamente torcido, el príncipe Carlos. A partir de 1972 saturaron a la llamada “nueva izquierda” distintas variedades de esta mitología importada. Aún hoy ésta sigue engañando incautos en los Estados Unidos y otros lugares, de una forma u otra, en muchos grados diferentes.

No obstante, como lo he dicho repetidamente, ya comenzó a erosionarse la popularidad del culto a la “Nueva Era”. Tras los embates de una depresión económica mundial y el renovado ímpetu de guerras y amenazas de guerra por todo el mundo, de cualquier manera esta mitología ya está caduca. O nos deshacemos de ella, en tanto enfermedad foránea que nos infecta, o la enfermedad acabará por destruirse a sí misma al destruir al huésped del que se nutre: los Estados Unidos, entre otras víctimas. La pregunta del momento, que todos ustedes deben hacerse, es si vamos a arrojarnos de esta embarcación perdida, de la Nueva Era, o a hundirnos con ella.

Lo diabólicamente astuto de la mayoría de las ideologías que están en boga por un tiempo, como las modas ambientistas de la “Nueva Era”, es que tienen, al igual que las drogas “recreativas”, su propia anestesia, para ocultar por un tiempo la dolorosa destrucción que se infligen a sí mismos y a los demás los creyentes necios. La mayoría de las veces, hasta cierto punto, la ideología lleva incorporadas sus propias ilusiones, que le ocultan a la víctima el hecho de que es una ideología, una serie de creencias que en últimas destruirán a las personas que sigan obrando sobre esa base.

Veamos, por ejemplo, el caso del actual desplome del sistema

---

no simplemente como opositor del legado de las leyes racistas. Hubo muchos opositores de la discriminación racial, lo cual, a su modo, fue bueno. Pero Martín fue otra cosa; su propósito no era nada más oponerse a la discriminación racial, sino superarla en todo lo que representaba. Martín obró muy por encima del montón, como un gran estadista que reconoció que liberar a esta república de la *estupidez* potencialmente fatal de la discriminación racial era urgente para asegurar que la nación sobreviviera para todo su pueblo, incluida su posteridad. La justicia verdadera existe sólo cuando existe para todos.

financiero mundial. De todos los ejemplos del efecto de una ideología realmente lunática, éste se pasa de la raya; se lleva el premio gordo.

Cuando se escriba, en un futuro no muy distante, la historia de esta crisis, trazarán los orígenes de la actual precipitación a una nueva depresión mundial *casi inevitable*, en gran escala, a lo que fue un reciente crac financiero en Wall Street. Los hechos demostrarán que el crac que condujo al umbral de esta nueva depresión mundial surgió con la bancarrota del fondo financiero Long Term Capital Management (LTCM), de Wall Street, el 23 de septiembre de 1998. El LTCM es una cofradía de intereses financieros neoyorquinos e internacionales, que figura entre los elementos claves del consorcio de compinches de nuestro corrupto vicepresidente Al Gore, tanto entre la banca de Wall Street como la mafia saqueadora de Rusia.

Para entender cómo la ideología ayudó a producir la nueva depresión mundial hay que señalar, una vez más, que en 1997 le otorgaron el premio Nobel de economía a Robert C. Merton y Myron Scholes, por la llamada fórmula Black-Scholes; fue esta fórmula (que en inglés podríamos llamar *Black Holes*, "agujeros negros") la que hundió al LTCM, así como a buena parte de la banca estadounidense y del mundo, en un foso de derivados financieros cuyo fondo no aparece aún ahora, más de tres meses después.

Lo que es peor, no sólo el jefe de la Reserva Federal estadounidense, Alan Greenspan, sino éste mismo, en concierto con los bancos centrales de Europa occidental y Japón, y con los gobiernos de los países del Grupo de los Siete (G-7) miembros del Fondo Monetario Internacional (FMI), respondieron a la crisis de derivados del LTCM con la mayor infusión financiera, hiperinflacionaria, de la historia, desde comienzos de octubre de 1998 hasta el momento de escribir estas líneas. Y peor todavía, desde principios del Año Nuevo el mundo se precipita a un derrumbe financiero mucho más extenso y profundo que el de octubre de 1997, o el que brotó de nuevo en agosto y septiembre de 1998. Incluso ahora mismo Greenspan y el Grupo de los Siete responden con una orgía aún más desenfrenada de infusión hiperinflacionaria, que se encamina, si no son detenidos, a una repetición global de la desintegración hiperinflacionaria del marco alemán en 1923.

Esto no es por obra y gracia de los fondos que usted tenga

depositados en Citibank o Chase Manhattan; esto es efecto de la *ideología*. Es decir, los bancos centrales y hasta los gobiernos del Grupo de los Siete se han vuelto colectivamente locos. ¿Qué indicio más apropiado que el hecho de que sean las llamadas acciones de la Internet, del club de *fans* de la "sociedad de la información", de Al Gore, llamado LTCM, las que encabecen el actual desbocamiento de demencia hiperinflacionaria en Wall Street. Si examinamos detenidamente la manera en que se pergeñó la fórmula Merton-Scholes, la quiebra del LTCM, el 23 de septiembre, y sus consecuencias posteriores pueden identificarse como fruto del fraude ideológico llamado "sociedad de la información"; por tanto el actual derrumbe financiero global es síntoma de la muerte autoimpuesta por la utopía "posindustrial" de los adeptos de la "Nueva Era".<sup>41</sup>

A consecuencia de cambios introducidos en el intervalo de 1964 a 1972, los Estados Unidos fueron subvertidos desde Europa por una ideología dizque teosofista, llamada a veces la "Era de Acuario", o "Nueva Era", o "contracultura juvenil del *rock*, las drogas y el libertinaje sexual".<sup>42</sup> Este llamado "cambio de paradigma cultural" de 1964 a 1972, puede reconocerse a veces con otros seudónimos, tales como "sociedad de la infor-

41. En este caso, la "sociedad de la información" significa el trabajo combinado y estrechamente entrelazado de dos de los acólitos más famosos de Bertrand Russell: el profesor Norbert Wiener, de la "teoría de la información", y John von Neumann, del "análisis de sistemas". La quiebra del LTCM bajo la influencia de la fórmula Black-Scholes desacredita directamente tanto la esotérica y charlatanesca definición positivista lógica de "información" que da Wiener como el lunático supuesto positivista lógico de Von Neumann, planteado por vez primera en público en 1938, de que los procesos económicos se pueden representar bastante bien con soluciones a desigualdades lineales simultáneas. En defensa del comité del Premio Nobel por el fiasco de la fórmula Merton-Scholes, alguien exclamó: pero la fórmula no tiene la culpa de que el LTCM no tuviera en cuenta el hecho obvio de que no hay correspondencia entre la fórmula y el universo real.

42. En la simbología astrológica, la "Era de Acuario" quiere decir el triunfo de Dioniso-Satanás-Lucifer sobre "Piscis" (Jesucristo). Los orígenes mejor conocidos de ese dogma explícito son Friedrich Nietzsche y el teósofo británico Aleister Crowley. "Nueva Era" vino a usarse como una especie de abreviatura de "Era de Acuario". El papel de la teosofía de la señora Blavatsky, Friedrich Nietzsche y Aleister Crowley se expone más adelante.

mación" y "utopismo postindustrial".<sup>43</sup> La ideología de la "Nueva Era", con sus variadas rúbricas, marchó al poder entre las instituciones dominantes de los Estados Unidos y otras naciones, hasta convertirse en la corriente principal de la "política normal" de 1976 a 1978. Esta transición virtualmente ha quebrado nuestra economía nacional, la de Europa occidental y, contando en dólares, a casi todo el mundo. Los apóstoles de la "Era de Acuario" se ufanaban de que el advenimiento de Acuario pondría fin a la tiranía de Piscis (es decir, Cristo). Ahora esta ideología caduca de la "Nueva Era" llega, a su vez, al fin de sus días.

Repasemos abreviadamente el transcurso de esos treintaitantos años de cambios, que han llevado a nuestra nación al borde del actual desastre.

Desde los asesinatos sucesivos del presidente John F. Kennedy, Malcolm X, el reverendo Martin Luther King y el ex procurador general Robert Kennedy, las instituciones políticas y económicas de los Estados Unidos, y de muchas partes del mundo, han transitado un ruinoso y tortuoso camino cuesta abajo. En los propios Estados Unidos parece haber una reducida minoría superrica, mientras que los empresarios productivos, profesionales y operarios diestros, que solían ganar un salario decente por su trabajo, se han convertido en la nueva clase pobre y endeudada, al mismo tiempo que ha aumentado

43. La fusión de las nociones, de otro modo separadas, de "sociedad de la información" y "sociedad posindustrial" recibió amplia difusión entre la entonces floreciente "nueva izquierda" en 1964, el mismo año en que se propagó la peste de los Beatles. Esas nociones se propagaron a la sazón en una publicación titulada *La revolución triple*, de Robert Theobald y otros, cuya difusión se costó con fondos de la Fundación Ford canalizados por conducto de Robert Hutchins. En ese entonces, era un escrito relativamente influyente entre la misma población de estudiantes que inició la organización Estudiantes por una Sociedad Democrática. De modo que, aun cuando la publicación original cayó casi en el olvido, sus tesis se difundieron como el conjunto característico de ideas básicas que empapaban al conjunto de la floreciente "nueva izquierda" de 1964-1972. Para cuando se lanzó el "movimiento ecologista" mundial de Al Gore y compañía, en 1972, la tesis de la "revolución triple" se había establecido ya, en el marco del movimiento ecologista, como idea común de colaboradores estrechos de los setentas como Al Gore, Newt Gingrich y el pintoresco matrimonio Toffler.

enormemente la proporción de la población total que vive en angustiada miseria. Estos cambios se reflejan en un creciente aislamiento de los partidos políticos y el gobierno electo en relación con la mayoría de los ciudadanos, particularmente desde comienzos de los años ochenta.

Todos estos cambios negativos han sido innecesarios. Nunca debimos haber andado ese camino. Ahora hemos llegado al final de esa carretera llena de baches, y se cayó el puente que iba al otro lado. Sólo tenemos dos opciones: arrojarnos al abismo, o desandar lo andado. Las nuevas costumbres adquiridas por nuestros partidos políticos y el gobierno en los últimos treinta y tantos años quedan en clara evidencia como causantes de la catástrofe económica, social y política que enfrenta el mundo en la actualidad.

Ya es hora de cambiar, de organizarnos. El lugar donde debe comenzar la limpieza es donde empezó a acumularse todo este desorden, poco después del asesinato del presidente John F. Kennedy. Comenzó con lo que se llama la "Nueva Era".

En 1964 comenzó lo que sería una epidemia de Beatles invasores, de Gran Bretaña, que aparecieron en el escenario del programa de televisión de Ed Sullivan. De entonces en adelante, de 1964 a 1972, en los años después de Kennedy, siguió difundándose rápidamente una transformación radical de las costumbres mentales y demás de nuestra población. Dicha transición, llamada ya "Nueva Era", "revolución sexual", "contracultura del *rock*, las drogas y el libertinaje sexual", se propagó cual cepa nueva de enfermedad venérea, de un estudiante universitario a otro, y de ahí a estratos más amplios de adolescentes y jóvenes adultos. Conforme iban egresando los estudiantes de las universidades, marchando más o menos inevitablemente hacia las instituciones públicas y privadas del poder, la influencia de esta "Nueva Era" aseguró su dominio en el replanteamiento de la política cultural y económica de la nación. De mediados a fines de los setenta la política de la "Nueva Era" había clavado sus colmillos, como Drácula, en los respectivos cuellos de nuestros principales partidos políticos e instituciones de gobierno.

Para las bases tradicionales de los partidos políticos, dicho cambio fue no sólo un *shock*, sino también un desastre económico y cultural. Todos los estratos de la población que habían



*En 1964 comenzó "lo que sería una epidemia de Beatles invasores, de Gran Bretaña", desde entonces "se difundió rápidamente una transformación radical de las costumbres mentales y demás de nuestra población".*

derivado su seguridad económica y nivel de vida de participar en primera línea del progreso tecnológico y el aumento de la productividad en agricultura, industria e infraestructura económica básica, estaban sufriendo graves deficiencias en su nivel de vida y seguridad general. A partir del 15 de agosto de 1971 se sintió más agudamente este cambio en los Estados Unidos, cuando el presidente Nixon emprendió el malaconsejado paquete de brutal austeridad económica conocido como "Fase I" y "Fase II". De ese mal día en adelante empezó la precipitación del nivel de vida y la seguridad económica de la fuerza laboral estadounidense hacia el abismo de la desesperación. Ese 15 de agosto de 1971 fue destruido el viejo sistema de Bretton Woods, ocupando su lugar un "sistema monetario de tasas de cambio flotantes" cada vez más caótico y dañino. Para 1975-1977 los impactos económicos sufridos por nuestros sectores más productivos eran ya peores que simplemente penosos.

Las medidas adoptadas a partir de octubre de 1979, combi-

nadas con una serie de medidas de liberalización adoptadas durante los últimos años del gobierno de Jimmy Carter, resquebrajaron hasta sus cimientos nuestra economía nacional. Desde entonces han empeorado continuamente las condiciones de vida y de trabajo de las bases tradicionales del Partido Demócrata del presidente Franklin Delano Roosevelt. El resultado es la actual condición desesperada no sólo de los que ya eran relativamente pobres, sino también de otrora exitosos agricultores, operarios industriales, pequeños empresarios, científicos y profesionales y gente de edad. En la mayoría de los domicilios los miembros adultos de la familia se han visto forzados a tomar hasta dos y tres empleos, tan sólo para asegurar un nivel de empleo muy inferior, en realidad, al del ingreso real de una familia parecida de hace veinticinco, diez o aun seis años.

La actual crisis global causa justamente los efectos que en tiempos anteriores siempre han movido a las naciones relativamente más afortunadas, y a una mayoría de sus poblaciones, a liberarse de los mitos populares, aceptados como tradición, que hubiesen podido llevarlas al ocaso. Pero no basta simplemente reaccionar a las malas ideologías del pasado reciente, no sea que caigamos en futuras ideologías aún peores. No olvidemos que el ascenso de Adolfo Hitler al poder, y su consolidación del mismo, le fueron impuestos a Alemania durante una serie de sucesos relativamente vecinos, del golpe de Estado parlamentario del 28 al 30 de enero de 1933 y el incendio del Reichstag, del 28 de febrero, hasta la "Noche de los Cuchillos Largos", del 30 de junio de 1934, el asesinato de Dollfuss, de Austria, el 25 de julio, y la muerte del presidente Hindenburg, el siguiente 2 de agosto. Para no caer en una nueva variedad de la reacción que ejemplifica el caso de Hitler, no debemos caer ciegamente en el emocionalismo de taberna de las pasiones populistas descabezadas.

Hay que pensar. Debemos darnos cuenta de qué nos han hecho, qué nos hemos hecho nosotros mismos, y cómo se hizo. Si no, no podremos liberarnos de veras de los efectos mortales que son el fruto de cualquier ideología popular sostenida por demasiado tiempo. Pasemos ahora a abordar esos dos temas en el siguiente orden: ¿quién hizo qué, con qué motivo, y cómo lo hizo?

## 4.1 La Nueva Era en tanto asunto estratégico

Desde la misión de Cristo y sus principales apóstoles, hasta la fecha, el tema estratégico central de toda la civilización europea ampliada ha sido un estado continuo de guerra irregular, y ocasionalmente regular, entre dos conceptos diametralmente opuestos de la naturaleza, los derechos y las obligaciones naturales del ser humano. Esta cuestión estratégica se puede resumir en su aspecto más sencillo y esencial, de la siguiente manera. Por una parte está el significado universal que el cristianismo le dio a la definición del profeta Moisés, de que todos los hombres y mujeres son hechos a imagen del Creador. Del lado contrario está el nefasto legado de Babilonia, manifiesto en el Imperio Romano, horrible concepto que aún hoy defiende militantemente el vicepresidente Al Gore.<sup>44</sup>

Al igual que el notorio John Locke y el magistrado Taney de la Corte Suprema estadounidense, seguidor de Locke, su correligionario Al Gore se ha aliado con los peores enemigos tanto de nuestra república como de nuestra civilización en general, propagando algo que, de hecho, es la misma propaganda anticristiana sobre la naturaleza humana adoptada anteriormente, y aplicada, respectivamente, por Taney y por Hitler. Gore, bajo influencia de la monarquía de la Mancomunidad Británica, el duque de Edimburgo y sus congéneres, se ha convertido en fanático exponente de la idea de que el hombre es, por naturaleza, tan solo otro animal, sujeto, implícitamente, a una condición virtual o real de ganado humano. Al igual que

44. La definición de "guerra irregular" o de lo que el profesor Friedrich von der Heyde llama en alemán la *Kleinkrieg* moderna, no tiene nada en común con la babosada de la guerra con "fuerzas especiales" que han adoptado incompetentes como el actual secretario de Defensa de los EU, William Cohen, el jefe del Estado Mayor Conjunto, Henry Hugh Shelton. Con "guerra irregular", cosa en la que el ahora difunto profesor Von der Heyde y yo vinimos a coincidir públicamente, nos referimos a los rasgos jurídicos específicos de esas formas de conflicto político, incluida la guerra de guerrillas, huelgas políticas, etc, análogas a la guerra en propósito pero situadas al margen de la guerra regular estricta. Según ejemplifican el apóstol Pablo y San Agustín esta idea del asunto, el cristianismo mismo fue una forma constante de guerra irregular en contra de la maldad inherente a la cultura y el gobierno del Imperio Romano.

La monarquía británica siempre ha sido enemiga de este principio cristiano de derecho natural.<sup>45</sup> Esa hostilidad se expresaba en la política y la práctica del usurpador y carnicero Guillermo de Orange, y en la propia monarquía con el ascenso de Guillermo I de Hanover, protegido de Orange, al trono del Reino Unido. Este fue el motivo del conflicto irreconciliable entre los republicanos estadounidenses y esa monarquía desde la supresión de los derechos de la Colonia de la Bahía de Massachusetts, en 1688-1689, conflicto que cobró dimensiones globales con la coronación del primer monarca británico, Jorge I, súbdito de la oligarquía financiera veneciana. Desde que Francia fue destruida en 1815, con la imposición de Luis XIII, títere de Fouche y del duque de Wellington, las fuerzas caracterizadas entonces por la alianza temporal entre lord Castlereagh, de Gran Bretaña, y la Santa Alianza, del príncipe Metternich, siempre han visto a los Estados Unidos como su principal blanco a subvertir y destruir. Para ellos la existencia misma de unos Estados Unidos soberanos es el "adversario permanente" de la actual monarquía británica.

Tras la derrota de la Confederación y el surgimiento de los Estados Unidos, de 1861 a 1876, como la manifestación más poderosa y tecnológicamente más avanzada de una economía moderna de Estado nacional, los esfuerzos de la monarquía británica por destruir a los Estados Unidos han cambiado de táctica, pasando de la guerra abierta a la subversión. En este último empeño la monarquía ha dependido de una combinación implícitamente traidora de aristócratas, Wall Street y la tradición confederada, como elementos centrales de una nueva forma del Imperio Británico bajo la égida de la actual Mancomunidad Británica. Fue como parte de esa transición en la posición estratégica de Gran Bretaña ante los Estados Unidos que se fabricó la secta neoveneciana de la "Nueva Era", inmediatamente a partir de la victoria estadounidense en 1865. Se trataba de una secta aglutinada en torno a conspiradores confe-

45. Este defecto moral en las nociones jurídicas británicas se extiende aun en las enseñanzas gnósticas de influyentes organismos formalmente cristianos, donde se refleja como la terca negación del concepto de que el individuo humano nace dotado de una "chispa divina de razón". El supuesto es esencialmente hobbesiano o lockeano: que el hombre es esencialmente una bestia depravada, idea que la monarquía británica ha logrado satisfacer con bastante buen éxito por generaciones, desde Jorge I.

sos tales como John Ruskin, de la Universidad de Oxford, el movimiento teosófico, el plan genocida de Cecil Rhodes para el Africa,<sup>46</sup> y los ideólogos de la Sociedad Fabiana y la Mesa Redonda, organizaciones de comienzos del Siglo 20 controladas por la mafia académica de Oxford y Cambridge.

El movimiento teosófico de Madame Blavatsky, Aleister Crowley y Axel Múnthe expresa en esencia la forma en que se formó este movimiento de la "Nueva Era". Productos típicos de este movimiento son los existencialistas de Friedrich Nietzsche, el compositor Richard Wagner, Adolfo Hitler, Martin Heidegger, y la llamada "Escuela de Francfort" asociada con Georg Lukacs, Theodor Adorno y Hannah Arendt. El núcleo de este movimiento teosófico ha tenido una estructura ideológica explícitamente satánica. La Isla de Capri fue por un tiempo el centro organizativo de este movimiento satánico, anticristiano, internacional. El proyecto de "religiones del mundo" del duque de Edimburgo, compinche del vicepresidente Gore en la monarquía británica, es la continuación de ese movimiento teosófico en nuestros días. El tema tanto de entonces como de hoy ha sido una hostilidad de tipo babilonio al énfasis cristiano en el principio mosaico de que los hombres y mujeres todos son hechos a imagen del Creador.

Aunque la monarquía británica ha sido la principal entidad tras el despliegue actual del movimiento de la Nueva Era, en sus comienzos ese movimiento tienen raíces que se remontan a la desmoralización de lo que podría describirse como los "Miniver Cheevy" de la aristocracia terrateniente y sus lacayos, tras la disolución de la Santa Alianza del príncipe Metternich. Estos frustrados aspirantes al retorno de los viejos tiempos en que reinaban los aristócratas feudales formaron el núcleo de lo que pasó a conocerse como la Revolución Conservadora, de la que surgieron fenómenos tan patológicos como Richard

46. El famoso Plan Rhodes de someter al genocidio a los negros africanos, plan desvergonzadamente suscrito por el mariscal de campo Montgomery, se viene ejecutando ahora por medio de Susan Rice, instrumento británico que ejerce el cargo de subsecretaria de Asuntos Africanos en el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Entre otras cosas, más de seis millones de africanos de Africa Central han sido víctimas de genuino Holocausto que ejecutan la monarquía británica con la cooperación de Susan Rice y de elementos corruptos entre los militares estadounidenses que operan en Africa.

Wagner, Friedrich Nietzsche y Adolfo Hitler, entre otros especímenes. En los Estados Unidos, la derrotada "aristocracia" esclavista de la Confederación, manifiesta en patologías tales como los "Agrarios de Nashville" (Tennessee), de Robert Penn Warren y William Yandell Elliott, representan la misma propensión al nazismo que la chusma "neconfederada" del actual Congreso estadounidense.<sup>47</sup> Es muy importante que el ciudadano estadounidense que se prepara para las próximas elecciones tenga bien entendida esta mentalidad, y su contraparte estadounidense.

Algo típico de ésta es que esta Revolución Conservadora se expresara con en el mismo odio implícitamente antisemita de Richard Wagner por J.S. Bach, así como también por la música de Wolfgang Mozart y de Ludwig van Beethoven.<sup>48</sup> La ira de estos románticos neokantianos y poskantianos del siglo 19 era una rabia parecida a la de nuestros legendarios esclavistas confederados irredentos, caricaturizados en la ridícula figura del "senador Klaghorn", del viejo programa de radio de Fred Allen. La saya era la ira de una clase que se ve en peligro de extinción,

47. A muchas personas inteligentes, la imagen del sonriente diputado McCollum les recordará la del célebre "Alfred E. Newman" de la revista *Mad*. Al historiador europeo moderno, la completa falta de lógica de las palabras de ese diputado sobre el enjuiciamiento político del presidente Clinton le sugiere una caricatura del famoso diplomático nazi Von Ribbentrop. De modo semejante, la iniciativa de reforma de la asistencia pública que presentó en 1996 el congresista Gingrich —cuya promulgación despedazó ese año la moral y el dominio del timón del gobierno de Clinton— expresa la idea nazistoide de que los pobres son una especie de "comensales inútiles" que deben liberarse de la pobreza en algún campamento de trabajos forzados.

48. Pronto se publicarán trabajos de colaboradores míos que documentarán que la familia de Moses Mendelssohn tuvo un papel central en la conservación del conocimiento y las composiciones de J. S. Bach. Sin esa labor de la familia Mendelssohn, no hubieran podido darse los progresos posteriores a 1781 de la música de Wolfgang Mozart, Beethoven, etc. La obra de Moses Mendelssohn, el gran colaborador de Gotthold Lessing en la defensa de Leibniz y Bach, y en la iniciación del clasicismo alemán, se refleja en el viejo dicho de que el judío alemán es el más alemán de los alemanes. Fue la revolución de Mendelssohn en el judaísmo la que le dio al artista y científico alemán un papel decisivo en la reunificación cultural de Alemania, en la reunificación de los demás alemanes en torno a sí mismos. Ese era el judío alemán y polaco (por ejemplo, el renacimiento *yiddish*) que Hitler estaba resuelto a erradicar, antes de pasar, según prometía, a eliminar también a los cristianos, una vez que ganara la guerra en Europa.

y ha resuelto recuperar su poder en la forma más vengativa que pueda imaginar.<sup>49</sup>

Para entender la tipología de la revolución conservadora en Europa, debemos entender la ira existencialista del aristócrata terrateniente europeo y sus lacayos, rebosantes de la rabia legendaria de una especie en peligro de extinción. Así puede uno darse un atisbo de una mentalidad de lacayo como la de Adolfo Hitler.

Para otro lacayo de la oligarquía, Henry A. Kissinger, lo mismo que el príncipe Metternich que Kissinger describe con admiración, la amenazada aristocracia terrateniente de Europa representaba una cualidad de aquella porción de la aristocracia terrateniente de Europa central que odiaba a la Revolución Americana y todo lo que ella representaba.<sup>50</sup> Así es que los acólitos de la Santa Alianza culpaban de su odiada enfermedad, el Estado nacional agroindustrial, al modelo estadounidense. Pocas cosas deseaba con más pasión Metternich, con una ira loca y desbocada que uno pudiera atribuirle al último espécimen de una especie a punto de extinguirse, que como deseaba que América nunca se hubiera descubierto. El aristócrata real o virtualmente desclasado deseaba darle vuelta atrás al reloj de la historia moderna, y arrancar de cuajo todo aquello que había conducido a aquel infeliz suceso, la victoria estadounidense no sólo en su lucha por la independencia sino en la formación de la primera verdadera república, el primer Estado nacional soberano.

Estaban aquéllos que habían perdido su antigua gloria, lo suficientemente cultos para darse cuenta de que el Renacimiento Dorado del siglo 15, con su proyecto de la república moderna, el Estado nacional soberano, era el fruto específico de la insistencia cristiana en la universalidad del hombre y la mujer, hechos a imagen del Creador. Nietzsche era típico de aquellos rabiosos lacayos románticos lo suficientemente cultos para entender tales nexos.

Su grito de sátiro era "¡Maten a Cristo! ¡Crucifiquenlo!" Su

49. Es como el miembro no muy secreto del KKK, quizá un admirador de Hickman Ewing de Tennessee, que alza su escopeta y le advierte al negro en tono "amable": "Ya saben cómo me pongo cuando no se cumplen mis deseos. La matanza no más no tiene para cuándo parar."

50. Henry A. Kissinger, *Un mundo restaurado*, y "Reflexiones sobre una alianza".

pasión era por erradicarlo todo, incluido el legado de Moisés, que había contribuido a hacer posible la propagación del cristianismo. Es así como Nietzsche se proclamó, a voz en pecho, el Anticristo; fue así también como los románticos de después de 1848, tales como el compositor Richard Wagner, y su seguidor Adolfo Hitler, enarbolaban el programa teosófico. Decían, en efecto: con el fin de la era astrológica de Piscis acaecerá nuestro retorno al redil de los dioses paganos, los furiosos Gea, Pitón y Dioniso, en la "Era de Acuario".

Una vez que se siente en la nariz el hedor de este mal, de la Revolución Conservadora, empieza uno a entender la naturaleza del mal que representan estas almas descarriadas. Esta putrefacción fue lo que adoptó la monarquía británica, no como miembro de la familia, sino como mercenario desechable, como fuerza a su disposición para emplearla en la destrucción de la influencia de la Revolución Americana, antes de que esas fuerzas antiamericanas de la Revolución Conservadora, como Hitler en el bunker, se destruyeran a sí mismas.

Para comienzos del siglo 20, pues, los correligionarios del existencialista anticristiano Friedrich Nietzsche eligieron como sede espiritual la isla de Capri, donde había tenido su palacio el emperador romano Tiberio, adorador de Mitra. En algún momento Hitler intentó otorgarse el título de auténtica reencarnación de Tiberio el Anticristo, pero el dueño del lugar rechazó la oferta de Hitler, comunicada por Hermann Goering, de comprárselo. El hecho histórico en que se basaba esta truculenta tramoya era que el yerno de Tiberio, Poncio Pilato, había matado a Jesucristo supuestamente por orden de Tiberio, desde Capri.

El personaje central de esta obscenidad centrada en Capri era Aleister Crowley, líder mundial de la teosofía, el mismo Crowley que reclutó a estas actividades a los hermanos Julian y Aldous Huxley; el mismo Crowley que, junto con sus dos apéndices Huxley, fue íntimo colaborador político y cultural tanto de H.G. Wells como de Bertrand Russell. La influencia seminal de Julian Huxley en la promoción de la eugenesia reencauchada de nuestros días, o el llamado movimiento ecologista, y el de Aldous Huxley en la creación de la contracultura del *rock*, las drogas y el libertinaje sexual, son elementos notorios y, como ya veremos, muy relevantes de su asociación tanto con Wells como con Russell.

El concepto de "sociedad de la información", de la "Nueva Era", es producto directo de estos mismos medios. El profesor Norbert Wiener, fundador putativo de esa secta esotérica seudocientífica, formaba parte de los mismos círculos patrocinados por la Fundación Josiah Macy, Jr. en que figuraban la autocondenada dama Margaret Mead y su marido ocasional Gregory Bateson. Estos círculos, establecidos en 1938 con la colaboración de Mead y Bateson y el copatrocinio de Bertrand Russell y Robert Hutchins, de la "Nueva Era", estaban unidos de raíz, ideológicamente, con el RLE de la posguerra en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, y por otra parte guardaban muy estrecha relación con la catedral (episcopalista) de San Juan Evangelista, institución abanderada de la monarquía británica en los Estados Unidos, y posterior antro de compinches del vicepresidente Al Gore. Junto con Gregory Bateson y la secta Lindisfarne, controlada desde allí, esta catedral jugó un papel destacado en el lanzamiento público de la secta ecologista en los Estados Unidos, en 1972, papel que sigue jugando hasta la fecha.

La obra del doctor Marvin Minsky y el profesor Noam Chomsky, colaboradores en la propalación del fraude seudocientífico de la "inteligencia artificial" en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, también fue producto directo de los vínculos con Norbert Wiener, alguna vez discípulo de Bertrand Russell, así como Mead, Bateson, Hutchins, el mismo Russell, etc., desde cuando fue fundada, en 1938, la asociación Unidad de las Ciencias, para disimular bajo un solo manto muchas de estas operaciones de la "Nueva Era".

El proceso de acumulación de influencias de la secta de la Nueva Era en los Estados Unidos se remonta a muchos antecedentes del siglo 19 y raíces aún anteriores, tales como la fundación del Museo de Historia Natural de Nueva York, y la llamada "Escuela Americana" de antropología donde estaba enquistada Margaret Mead.<sup>51</sup> Pero las raíces más pertinentes a

51. Un canal notable de penetración en los jóvenes Estados Unidos es lo que se conoce ahora como Universidad de Princeton, donde Aaron Burr fue miembro del Club del Fuego Infernal, sucursal de los Clubes del Fuego Infernal británicos que se remontan a la época de Walpole del liberalismo británico. *A Rake's Progress*, de Hogarth, ofrece una versión más o menos acicalada de la encarnación del siglo 18 del movimiento británico del Club del Fuego Infernal. Entre los promotores de porquerías estilo Nueva Era en el siglo 19 destaca el

nuestro actual examen, por motivos que pronto se verán, son las derivadas de los principales colaboradores del presidente Teodoro Roosevelt, rabiosamente anglófilo.

Entre estos colaboradores de Teddy Roosevelt se destacaban los aglutinados en torno al campamento de entrenamiento de Plattsburgh, tras la Primera Guerra Mundial, donde consolidó su presencia en los Estados Unidos la asociación británico-estadounidense-canadiense (BEC) dedicada a devolverle los Estados Unidos a la monarquía británica. El principal componente de inteligencia de esa asociación, aún hoy, es el llamado "*establishment*" de abogados y banqueros de Wall Street, con apellidos característicos tales como Stimson, Harriman, Rockefeller, Dulles, Bundy y McCloy. Esta camarilla de Wall Street, parecida a la camarilla secreta de la Restauración Estuardo en Inglaterra, abarca tanto a los enemigos más enconados del presidente Clinton en Wall Street, como los principales compinches del vicepresidente Al Gore en el mismo lugar. La influencia de esta camarilla se manifiesta, por ejemplo, en el Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York, establecido en los años veinte para fungir como fachada estadounidense del Real Instituto de Asuntos Internacionales (RIAI), de Londres. Esta última institución es la que detenta lo que viene a ser el título de propiedad del ex secretario de Estado, charlatán itinerante y rabioso irredento Henry A. Kissinger.

Estas dos conexiones con las actividades del *establishment* estadounidense de Wall Street —la de la Nueva Era, por conducto de las sectas teosóficas, y la BEC— son la clave para entender la mayor amenaza estratégica que enfrenta actualmente nuestra república. La consigna de todo este montón, tomado en su conjunto, es "gobierno mundial", alias "globalización", alias "reinención del gobierno".

El rasgo más destacado de la parte de Wall Street de esta camarilla de la BEC ha sido el papel que tuvo en introducir a los Estados Unidos la campaña británica por destruir la soberanía estadounidense, proscribiendo la existencia de *todos* los Estados nacionales soberanos, menos, claro, la Corona británica

---

mismo Albert Gallatin que cumplió una función traicionera en los gobiernos de los presidentes Jefferson y Madison; en sus últimos años, Gallatin fue uno de los promotores principales de lo que vino a ser la escuela estadounidense de antropología.

en su capacidad de emperador *de jure* de la Mancomunidad Británica.<sup>52</sup> Este plan se conoce también como "federalismo mundial" o "gobierno mundial". También se le conoce, como le acabamos de identificar, como el plan de "reinvención del gobierno" que viene formulando el vicepresidente Al Gore, bajo la tutela de la organización Transparencia Internacional, del duque de Edimburgo.<sup>53</sup>

El plan de establecer dicho gobierno mundial es un proyecto británico que se conoce desde principios de este siglo, esfuerzo emprendido con gente como H. G. Wells, lord Lothian y Bertrand Russell. Fue Wells quien, escribiendo poco antes de la Segunda Guerra Mundial, identificó el truco que decidieron para hacer realidad el gobierno mundial. Y el mismo Bertrand Russell de las peripecias esotéricas de la "Nueva Era" tuvo un destacado papel, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, en llevar ese plan mundialista casi a la realización. De hecho, como resumiré los hechos esenciales, la versión de gobierno mundial de Russell, con armas nucleares, y su impulso a la ideología de la "Nueva Era", son rasgos interdependientes de una misma empresa. Esta combinación de planes de gobierno mundial, con ojivas nucleares, e ideología de la "Nueva Era", es el rasgo más saliente de todos los conflictos y peligros estratégicos que enfrenta el mundo en la actualidad.

Todo esto lo he expuesto en detalle en otras publicaciones; a continuación nada más lo resumo.

## 4.2 Las armas nucleares, Henry Kissinger y el gobierno mundial

El primero en plantear seriamente en público la guerra nuclear fue el hiperactivo sexual H.G. Wells, desafortunado utopista y

52. Esto se expresa también en la simpatía que el vicepresidente Gore ha expresado en público por la proposición de incorporar al Reino Unido al Tratado Libre Comercio, medida que degradaría a los Estados Unidos, funcionalmente, a la calidad de miembro y víctima de la Mancomunidad Británica de la reina, como Canadá, Australia y la arruinada Nueva Zelanda.

53. En Italia, se sabe que Transparencia Internacional está representada por la conspiración "Manos Limpias" de la monarquía británica, empresa vergonzosa lanzada contra Italia desde el yate privado de la desvergonzada reina Isabel II. La versión más reciente de este complot de "gobierno mundial"

escritor de "ficción científica", líder de la Sociedad Fabiana. Dicho planteamiento se publicó inicialmente poco después del brote de la Primera Guerra Mundial, cuando Wells fungió, muy significativamente, como ministro de propaganda internacional de la monarquía británica. Desde un principio Wells propuso el desarrollo y empleo de las armas nucleares como mecanismo para forzar a las naciones a renunciar a su soberanía e hincarse ante la autoridad imperial de un gobierno único mundial. Más adelante, a fines de los años veinte, tras la reconciliación pública orquestada entre Wells y Bertrand Russell, en torno al plan esbozado por Wells en *The Open Conspiracy* (*La conspiración abierta*), Russell pasó a su posterior papel exitoso induciendo a los Estados Unidos a perfeccionar las armas nucleares. Un poco después, con ayuda del bombardero loco e impulsivo Winston Churchill, dichas armas fueron arrojadas, en efecto, sin ningún motivo, militarmente justificable, en Hiroshima y Nagasaki.

Como lo declara públicamente en la edición de septiembre de 1946 del *Bulletin of the Atomic Scientists*, Russell decía que su apoyo a las armas nucleares no tenía otro motivo que la instauración de un gobierno mundial. Tanto entonces como después, Russell insistió en que los Estados Unidos y Gran Bretaña se dispusieran a bombardear a la Unión Soviética con armas nucleares, en caso de que el secretario general soviético José Stalin se negara a transformar la ONU en un verdadero gobierno mundial para eliminar la soberanía de todos los Estados nacionales del mundo. Con su defensa permanente de la vía nuclear a la imposición de un gobierno único mundial, Russell no sólo le dio una especie de segundo nacimiento a Henry A. Kissinger, sino que por poco consigue lo que ni siquiera Hitler había logrado: erigirse en virtual reencarnación del Anticristo Tiberio.

No culpemos de ello a lord Ernest Rutherford, científico principal del Imperio Británico, pero con él comienza la historia política de las armas nucleares. Fueron los escritos y confe-

---

es la proposición de poner al mundo entero bajo la dictadura de un Grupo de los Tres, una dictadura mundial de facto que, se propone, actuaría como un comité directivo del FMI compuesto de los EU, el Reino Unido (por ejemplo, la Mancomunidad Británica) y esa asociación monetaria que prácticamente nació muerta y que se conoce como "Eurolandia" o "el euro".

rencias públicas del químico canadiense Frederick Sody, colaborador de Rutherford, apenas iniciado el siglo 20, los que alertaron al público de que ciertos principios físicos recién descubiertos, y en los que venía trabajando Rutherford, hacían factible construir, como se planeaba, armas tanto de fisión como de fusión nuclear. La idea de la fisión nuclear del uranio vino después, poco a poco, a partir de los veintes, pero la obra de Sody convenció a muchos medios pertinentes, entre los que figuraba H. G. Wells, de la naturaleza general de dichos principios físicos.

Pese a su arraigada charlatanería, Wells recibió asesoría suficiente sobre la factibilidad científica de usar la fisión nuclear, como para reconocer la importancia del proceso de fisión en tanto fuente de una densidad de flujo energético varios órdenes magnitud superior a las posibilidades de cualquier reacción química. Sody le informó lo suficiente de las implicaciones análogas de las explosiones que producirían las reacciones de fisión en cadena. Ya antes de la Primera Guerra Mundial, Wells veía en las armas de fisión los instrumentos de guerra más terribles jamás concebidos. Todas sus apocalípticas novelas de ficción científica escritas a partir de entonces reflejan, explícitamente o no, su pasión declarada, nada imaginaria, por usar las armas nucleares como un instrumento bélico tan aterrador que las naciones se someterían al gobierno mundial antes que arriesgarse a la guerra.

Las primeras ideas y proposiciones de Wells en este campo se basaron en la densidad relativamente alta de radiación del radio. El uranio, con una fisión de densidad mucho menor, todavía no se consideraba una posibilidad importante para eso.

Las sesiones de los veintes de la conferencia científica internacional de Solvay, en las que Russell tuvo un papel de bastante importancia, se usaron para persuadir a ciertos científicos de aceptar un acuerdo general de que la posibilidad de la fisión nuclear controlada implicaba hechos que deberían negarse y callarse para cumplir con las directrices fijadas en los círculos políticos y financieros superiores de los que pasaban entonces por dioses del Olimpo.<sup>54</sup> Entre los que fueron inducidos a entrar

54. El doctor Jonathan Tennenbaum, colaborador mío, ha señalado que el hecho de que no se incluyera a "simples mujeres" en ese encubrimiento del asunto de la fisión creó una situación donde quienes tomaron las iniciativas

a ese pacto de silencio estuvo un personaje que desempeñaría un papel central en el perfeccionamiento efectivo de las armas nucleares y contribuiría al dominio de los procesos de fisión controlada, Enrico Fermi. Pero cuando Russell, por medio de su espía Niels Bohr, se enteró de que, en Berlín, Otto Hahn y compañía habían conseguido, en 1938, probar la factibilidad de una reacción de fisión con uranio, se acabó el secreto. Russell se puso en acción, por medio de instrumentos suyos como los refugiados húngaros Leo Szilard y Eugene Wigner, para inducir a Albert Einstein a firmar la carta al presidente Franklin Roosevelt que puso en marcha el Programa Manhattan.

La información que los británicos le canalizaron al presidente por ese y otros medios incluía un embuste. En contra del informe deliberadamente engañoso de Russell, la Alemania de Hitler no iba a construir armas de fisión. Las discusiones que a lo largo de los tres últimos decenios hemos sostenido yo y mis colegas con algunos de los científicos más importantes de Alemania de aquellos tiempos en el campo nuclear y de la coherencia, nos han demostrado, a mí y a otros, que *tal vez* los científicos alemanes hubieran emprendido ese rumbo y que a lo mejor el ministro de propaganda Josef Goebbels, adiestrado por los jesuitas, haya tenido sus propias ideas en ese sentido. Pero Alemania, gobernada por un tipo como Adolfo Hitler, que detestaba fanáticamente la ciencia, no lo haría, y, en las condiciones de entonces, probablemente carecía de los medios para ello, con o sin Hitler.

En verdad, todo el trasiego de "armas milagrosas" en los últimos y desesperados meses de la guerra en Europa, al igual que las fantasmales legiones militares de Goebbels, era el echar mano de recursos científico-industriales alemanes ya existentes y que se habían engavetado prácticamente, como el de Peenemünde, que el régimen nazi antes había bloqueado de hecho, en virtud de la conocida aversión de Hitler, prácticamente "ecologista", a la ciencia, a los científicos y a la razón en general.

Russell no promovía la creación de armas nucleares porque previera que Alemania de veras haría dichas armas; estaba bien al tanto de lo opuesto. Como lo atestigua su declaración aparecida en el número de septiembre de 1946 del *Bulletin of*

---

que llevaron a que se revelara la fisión del uranio fueron las importantes investigadoras científicas de los veintes y los treintas.

*the Atomic Scientists*, de Leo Szilard, el propósito de Russell era usar las armas de fisión después de la guerra para aterrorizar al mundo y hacerlo arrodillarse ante la autoridad imperial de un gobierno mundial.

Los dizque motivos del bombardeo nuclear de Hiroshima y Nagasaki, de agosto de 1945, nunca fueron cosa digna de discusión entre autoridades militares y políticas competentes. Ni había necesidad *militar* de que los EU invadieran al Japón con fuerzas terrestres en ese entonces. MacArthur, con ayuda del efficacísimo bloqueo naval y aéreo de las importaciones de Japón, ya había ganado la guerra. Era cosa de esperar a que los militares de Japón se dieran cuenta de que no les quedaba otra alternativa que aceptar el acuerdo del emperador Hirohito, a través de los canales del Vaticano del que sería luego el Papa Paulo VI, de aceptar términos de rendición honorables. Fueron, de hecho, los términos impuestos bajo la ocupación de MacArthur. El bombardeo nuclear no ocurrió por razones militares, sino porque los británicos se lo exigieron al presidente Truman. Se tiraron dos bombas porque eso era todo lo que había en el arsenal en ese entonces; de haber más, seguro que tiraban más.

Enseguida del bombardeo nuclear de Japón, Russell se dispuso a hacer pública su proposición de 1946 de desatar la guerra nuclear "preventiva" contra la Unión Soviética. No tan curiosamente, grupos vinculados a las redes de Russell le pasaron a la Unión Soviética información sobre las armas nucleares estadounidenses. Eso aseguró que la inminencia de una guerra nuclear entre los EU y la Unión Soviética pudiera llevarse hacia el punto de ebullición estratégico mundial que exigían los planes de Russell de instaurar un gobierno mundial.<sup>55</sup> En verdad, mucho del papel de la asociación británico-estadounidense-canadiense (BEC) en la orquestación de lo que vino a conocerse como la "Guerra Fría", se diseñó íntegramente con la finalidad de hacer realidad el plan de Russell de seguir el sendero nuclear hacia el gobierno mundial.

El siguiente viraje en esta serie de acontecimientos fue la

55. Después de los sucesos de 1989-1991, fuentes dignas de crédito han revelado que, aunque los científicos soviéticos habían desarrollado su propia versión competente de la tecnología de las armas de fisión merced al programa Atom que Vernadsky creó para Stalin en 1940, el gobierno soviético prefirió usar en sus pruebas iniciales información que recibió de canales de la BEC. Más adelante, como pude descubrir a fines de 1958 y principios de 1959, el

muerte de Stalin. Entre los sucesores de Stalin hubo algunos que, como N. Jruschov, estaban dispuestos a aceptar la opción de Russell. La cacareada misión del candidato presidencial estadounidense Dwight Eisenhower a Corea, y el que el gobierno de éste mandara al loco del senador Joe McCarthy a espulgar galgos, allanaron el camino para que los soviéticos cambiaran de opinión sobre Russell. Un suceso complementario, del lado estadounidense, fue que el gobierno de Eisenhower guardara en el armario, supuestamente por motivos presupuestarios, el programa de cohetes de Huntsville, del general Medaris.<sup>56</sup> Estos sucesos enfriaron la caldeadísima situación estratégica mundial lo bastante para que, cuando Jruschov se consolidó en el poder, en 1955, cuatro representantes suyos dieran la cara para elogiar a Russell y sus ideas en la conferencia de Londres de la organización Parlamentarios del Mundo en Pro del Gobierno Mundial de éste. La mera realización de esta reunión tuvo repercusiones inmediatas e históricamente profundas a ambos lados del Atlántico.

Una de esas repercusiones fue la activación del papel central de John J. McCloy en la Agencia de Control de Arsenales y Desarme (ACAD). En ésta figuraron, en papeles estelares, McGeorge Bundy, ex acólito de Stimson, y, rezongando bajo la mesa como gnomo cascarrabias, Henry A. Kissinger, protegido de Bundy. La cosa se condujo como un programa del Consejo de Relaciones Exteriores (CRE) de Nueva York, grupo de la asociación BEC al que se despachó a Kissinger, recién llegado de Londres, adiestrado por William Yandell Elliott y apadrinado por Rockefeller y Bundy, para que trabajara bajo las órdenes de George Franklin. Como reflejo del patrocinio de Bundy, el nombre de Kissinger se le puso al libro *Nuclear*

---

programa soviético de armas de fusión fue obra, enteramente, de científicos soviéticos de las tradiciones de Riemann y Vernadsky.

56. La evaluación de Medaris, von Braun, etc, era que Huntsville tuvo la capacidad de lanzar algo parecido al Sputnik mucho antes de que se lanzara éste. Cuando el programa de Huntsville se reactivó, después de los fracasos sucesivos de los programas de la Fuerza Aérea y la Armada, el buen éxito de Huntsville demostró que estuvo ya listo más o menos en la época en que el programa se suspendió temporalmente. Del anticonstitucional juicio político montado por la BEC en contra del presidente Clinton y conducido por canales del Partido Republicano en el Congreso pudiera decirse: nunca pasemos por alto el factor de la política sucia, incluida la de nuestro propio gobierno, en la formación de la historia moderna.

*Weapons and Foreign Policy*, del CRE relativo a la ACAD.<sup>57</sup> Así le dio Bertrand Russell su renacimiento más curioso al colérico agente de influencia del servicio exterior británico Henry Kissinger: ¡como futuro diplomático!

Mientras tanto, los acontecimientos más importantes tenían lugar en una ramificación directa de la conferencia de Londres de 1955 de los Parlamentarios del Mundo en Pro del Gobierno Mundial, de Russell: la serie de las llamadas Conferencias Pugwash.

La más importante de estas conferencias fue la Segunda Conferencia Pugwash, celebrada en Quebec en 1958. El orador principal fue el mismo subordinado de Russell, Leo Szilard, que, junto con Eugene Wigner, había sido uno de los autores principales de la carta de Albert Einstein a Franklin Delano Roosevelt. Los lectores mejor informados recordarán que fue el papel de Szilard en la Segunda Conferencia Pugwash lo que le ganó el que lo representaran con el nombre de "doctor Insólito" en la célebre película del mismo nombre. La política de "destrucción general" que planteó Szilard en ese discurso es la clave para entender virajes de la historia moderna como el resultado de la crisis de los cohetes de Cuba de 1962, las circunstancias estratégicas del asesinato del presidente John F. Kennedy, y esa secuela del mismo asesinato, la Comisión Warren. Aquel discurso de Szilard es la clave para leer y entender lo que vino a conocerse, con el secretario de Estado Henry Kissinger, como el Tratado de Limitación de Armas Estratégicas I (SALT I) y el tratado de 1972 sobre defensa contra proyectiles estratégicos (ABM).

Dos rasgos de la proposición que hizo Szilard en la conferencia de Quebec son de trascendencia histórica. Primero, Szilard esperaba que pronto se emplazaran grandes flotillas de proyectiles balísticos estratégicos con ojivas termonucleares. Segundo, Szilard exigió que ninguna nación creara defensa eficaz alguna en contra de esos proyectiles balísticos termonucleares. ¡Un guión perfecto de destrucción general! Ahí estaban todos los elementos esenciales de los tratados arriba citados. Así se orquestó el "gobierno mundial" por medio del terror nuclear;

57. Henry Kissinger, *Nuclear Weapons and Foreign Policy* (Nueva York, W.W. Norton & Co., Inc., 1957; publicado por acuerdo con el Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York).

comparado con terroristas nucleares como Wells, Russell y Szilard, el diplomático nazi Ribbentrop fue casi escrupuloso.

El lacayo Szilard, como su amo Bertrand Russell y como H. G. Wells, era un loco criminal, un utopista. Como su amo Russell y como el fanático mundialista de nuestros días Al Gore, no vivía en el universo real, sino en un mundo imaginario de guiones de ficción científica. A diferencia de Gore, completamente dominado por sus fantasías, Szilard sí sabía algo de ciencia; pero era una ciencia enfermiza. En la deteriorada condición mental de Szilard, los trozos de ciencia genuina se revolvián sistemáticamente, más y más al paso del tiempo, con elementos de los cuentos de hechiceros. No era muy diferente de lo que hacen los escritores más populares de ficción científica, como los de *Star Trek*; sólo que los productores de *Star Trek* no tiran bombas nucleares de verdad. En la cabeza de Szilard y los de su ralea, la ciencia y la hechicería se mezclaban sin distinción para hacer que el cuento tomara el rumbo que deseara el soñador. Cuando ese estado mental cargado de fantasías se lleva a sitios como el cajón de arena estratégico de la Corporación RAND en el que jugaban James R. Schlesinger y compañía, el mundo puede reventar en añicos de repente, nada más por una fantasía lunática, compartida en grupo, como la que presentó Szilard en esa conferencia de Quebec.

El Comité de Directores que opera en la vida real de nuestros días, armado en torno al vicepresidente Gore, es así también. Los guiones que proponen juntos el secretario de Defensa William Cohen; ese personaje digno del *Doctor Insólito* al que se conoce como general Henry H. Shelton; Madeleine Albright, y el malvado topo de Gore, Leon Fuerth, tienen todas las características de un grupo de chiquillos con problemas mentales, enojones y no muy listos, jugando a la guerrita en el cajón de arena del Oriente Medio, nada más que con armas nucleares y químicas de verdad. Un ejemplo paralelo de la misma clase de locura utópica es el modo en que la fórmula de Black-Scholes casi hizo que el sistema financiero mundial actual saliera volando del Sistema Solar el pasado 23 de septiembre. En esos casos, el desastre inminente resulta de combinar la falta de competencia, incluso el desprecio prácticamente total por el mundo real en el que juegan sus juegos infantiles, con el género utópico positivista radical de desprecio por la realidad. El resultado se ejemplifica en la difusión de patologías de nuestros días

como la "sociedad de la información", la "teoría del caos" y el "análisis de sistemas", que se expresan de modo combinado en el ejemplo de la fórmula Black-Scholes.

Un chistoso dijo: "Paren el mundo, que me quiero bajar". La camarilla de Gore del Comité de Directores dice, como el Unabomber: "Paren el mundo o lo vuelo". Así era la camarilla mundialista de Wall Street que encabezaban John J. McCloy, McGeorge Bundy y Henry A. Kissinger, camarilla que ha venido a definirse por su demencial letanía hiperventilada, repetida hasta el cansancio, de las "armas de destrucción en gran escala". Las tareas coordinadas de McCloy, Bundy y Bertrand Russell en la crisis de los proyectiles de Cuba (1962) y sus secuelas produjeron varios resultados directos que desde entonces le han dado forma a las líneas principales de la historia mundial. Dichos resultados incluyen: la guerra oficial de los EU en Indochina (1964-1972); las directrices que han fomentado y siguen fomentando la propagación de la Nueva Era; y las directrices relacionadas con la Nueva Era y la ACAD que han configurado axiomáticamente el proceso que ha conducido desde ahí a la desintegración ya inminente del sistema financiero mundial actual.

El presidente Lincoln lo hubiera entendido. Cierta gente bastante poderosa y aparentemente bien informada fue engañada tanto por la crisis del Muro de Berlín como por la crisis de los proyectiles de Cuba de 1962. Muchos, por desgracia, siguen engañados hasta la fecha. Los engañaron con el principio básico del truco que el mago profesional le juega a su público. Estaban tan atentos observando lo que los indujeron a creer que eran las verdaderas grandes cuestiones del momento que no vieron cómo funcionaba el truco.

Simplemente no entendieron —y muchos siguen sin entender— lo que ocurrió. Estaban tan aturridos tratando de descubrir quién iba ganando la competencia arreglada que se escenificaba frente a ellos que pasaron por alto el hecho de que los magos pertinentes no intentaban ganar ese juego; más bien, como los dueños de un garito, estaban atareados en cambiar las reglas con que juegan los tontos competidores.

El juego verdadero, el juego del mago, oculto tras lo que aparece en el escenario, era, desde la muerte del presidente Franklin Roosevelt, que el Imperio Británico y sus cómplices recobraren el poder de la monarquía británica en contra de lo

que habían sido los victoriosos Estados Unidos de Franklin Roosevelt enfrentando entre sí a los EU y a la Unión Soviética en lo que se convirtió en una competencia nuclear de estas dos naciones entre sí. El verdadero juego, que los magos de la BEC jugaban en contra de las dos potencias, fue cambiar las reglas de combate para asegurar el debilitamiento y la ruina de las instituciones esenciales del Estado nacional soberano moderno, a fin de que tanto la república estadounidense como la Unión Soviética fuesen destruidas *por el gobierno mundial*. Se intentaba que el gobierno mundial, bajo el dominio de la monarquía británica (por ejemplo, de la BEC), brotara con hegemonía mundial.

Desde entonces y hasta la fecha, al igual que lo hicieran H. G. Wells y Bertrand Russell, esos círculos de la BEC han procurado un cambio que produzca tal efecto que la institución del Estado nacional soberano quede eliminada para siempre de este planeta. Esa fue la finalidad consciente de John McCloy, elemento de la BEC, y sus socios de la ACAD en todos los acontecimientos en los participó en ese lapso de su vida, y es todavía hoy la de Henry Kissinger, ex quitamotas de McCloy y Bundy.

La intervención de los abogados del gobierno mundial McCloy, Bundy, Russell, etc, en las negociaciones relativas a la crisis de los cohetes de 1962 y en las de los meses siguientes marcó el fin del sistema de Estados nacionales soberanos, por lo menos para los intereses de la BEC. Pero no para el presidente John Kennedy, como lo hubiera dejado claro el discurso que se disponía a leer en Dallas.

Por el mismo conflicto entre soberanía nacional y gobierno mundial por medio del control de arsenales, Henry Kissinger, echado de su puesto de asesor de la Casa Blanca de Kennedy, dijo que la adhesión del presidente asesinado a la soberanía nacional de los EU era un riesgo de seguridad, en términos muy semejantes a los que usaría el mismo Kissinger para amenazar a Aldo Moro, de Italia, antes de que éste fuera asesinado. De modo semejante, Kissinger se movilizó en contra mía, personalmente, de agosto de 1982 a enero de 1983, por tres motivos combinados: a) el que haya puesto yo al descubierto su corruptísima participación, junto con Ariel Sharon, de Israel, en una estafa inmobiliaria en Palestina; b) la crisis de 1982 de la deuda de México; y c) lo que el presidente Ronald Reagan denominaría

Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) y que expuse en mi proposición sobre defensa contra proyectiles balísticos publicada en marzo de 1982, proposición que devino la versión inicial de la IDE poco más de un año después. Fue mi ataque explícito al plan de gobierno mundial de Kissinger, en esa proposición de marzo de 1982, lo que desató la operación clandestina enderezada al amparo de la orden presidencial 12333 en contra mía y de mis compañeros de 1983 a 1989 y cuyas repercusiones todavía se sienten. Personas con mayor poder que yo cayeron asesinadas, de lo cual me vi amenazado a principios de octubre de 1986, o enfrentaron repetidas amenazas de asesinato y, más adelante, acusaciones penales fraudulentas, merced a las mismas cuestiones estratégicas de mi contienda con el lacayo Kissinger en relación con la defensa contra proyectiles balísticos estratégicos.

Sin embargo, para echar abajo al Estado nacional soberano mismo no bastaba con guiones de destrucción nuclear general como el SALT I y el tratado sobre defensa contra proyectiles balísticos (ABM). Para McCloy, Kissinger y compañía, era indispensable eliminar la adhesión de la sociedad al fomento de la inversión en el progreso científico. Mientras los pueblos entendieran que el bienestar de la nación y su pueblo dependen de los aumentos de la productividad físico-económica del trabajo que pueden obtenerse solamente por medio de formas de inversión con uso intenso del capital y la energía en el progreso científico y técnico, las naciones y sus pueblos defenderían como tigres la institución del Estado nacional, tal como un tigre malasio de nuestros días defiende a sus retoños de predadores como George Soros y Al Gore.

Por eso, los acuerdos de control de arsenales que se iniciaron con las negociaciones de la crisis de los cohetes de 1962 se combinaron con el uso de la ideología de la Nueva Era para arrastrar a porciones crecientes de nuestra población a la locura de la ideología de la Nueva Era.

Con este fin, al mismo tiempo que un núcleo de los estudiantes universitarios de 1964-1972 fueron acorralados en el "cambio de paradigma cultural" de la Nueva Era, también Wall Street sufrió cambios. La BEC y las fundaciones que domina se convirtieron en el organizador principal entre bastidores del movimiento de la Nueva Era.

Por una parte, la camarilla de banqueros y abogados de

la BEC, mediante las medidas del gobierno de Carter (de la Comisión Trilateral) y la facción republicana de Bush, trabajaron para destruir la influencia de los sectores empresariales ejemplificados por los granjeros y la industria sobre la política económica estadounidense. Si no, esos intereses empresariales orientados a la producción física pelearían contra Wall Street, mientras pudieran, para defender el tecnológicamente progresista sistema americano de economía política orientada a la producción, del cual depende el bienestar de la agricultura y la industria básica. Al mismo tiempo, la misma BEC y sus fundaciones trabajaron para destruir la moralidad y la mente de los jóvenes universitarios, cuyo ascenso en las instituciones los llevaría a la edad adulta y a puestos de enorme influencia sumada en la política. Esa ofensiva sobre las universidades fue el desencadenamiento de la Nueva Era.

### 4.3 Economía y moralidad

Para los que éramos adultos cuando la Segunda Guerra Mundial y, por lo mismo, tuvimos la experiencia previa de la Gran Depresión de los treintas, la generación que llegó a la mayoría de edad a mediados de los sesentas, en especial el sector de esa generación al que podríamos calificar de "clasesmediero", rara vez tenía idea alguna de la verdadera perspectiva moral que era bastante común entre nosotros a partir de los años de la guerra, cuando gobernaba Franklin Roosevelt. Nosotros, la generación de sus padres, llegamos al fin de esa guerra con cierta de idea de lo que es participar en hacer historia para bien. Nuestros hijos y nietos, hablando en general, nunca se dieron cuenta de esa idea de participación moral en la historia. Parte de la razón de esa discrepancia: para principios de los cincuentas, la mayoría de mi generación había perdido esa chispa.

El declive de posguerra empezó con mi generación, al menos con la mayor parte. La sacudida de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945; la sacudida de volver a una ominosa recesión económica profunda en 1946-1948; la repentina andanada de amenazas de lo que vino a conocerse como la "Guerra Fría"; la experiencia corruptora (para la mayoría de esa generación) de capitular ante el macar-

tismo; y el ascenso, en los cincuentas, del culto enfermizo a las "carreras profesionales", en especial entre los flamantes clasemedieros, tuvieron efectos combinados semejantes a los del existencialismo que se propagó en la Europa de los veinte y los treinta, después del Tratado de Versalles. De modo que, para mediados de los sesentas, la tendencia a una generación egoísta, quejumbrosa, en busca desesperada del placer, era ya epidémica, tanto entre una fracción importante de esos profesionistas serviles recién llegados a la clase media, producto de la generación de la Segunda Guerra Mundial, como, sobre todo, entre sus mimados vástagos adolescentes.

Para esa porción de la generación de adolescentes y jóvenes de mediados de los sesentas, los efectos sucesivos de la crisis de los proyectiles de Cuba (1962), el asesinato del presidente Kennedy, la entrada en la guerra oficial de Indochina, el terror entre los jóvenes de clase media (en especial) a ser reclutados para prestar servicio en esa guerra, y los asesinatos de Malcolm X, Martin Luther King y Robert Kennedy —cada uno de estos sucesos, bastante literalmente, un efecto de choque en sí mismo— fueron moralmente desgarradores. El reclutamiento acelerado de estudiantes universitarios a la nueva izquierda, a través del movimiento contra la guerra, fue el resultado más temprano y conspicuo.

No hay por qué degradar estas observaciones a una mera especie de generalización vaga. El "mecanismo" de esos cambios de personalidad inducidos es bien definida y específica, como lo resumiré a continuación.

Como ya lo subrayé arriba, el desarrollo moral de la personalidad individual se puede representar, todavía ahora, como lo describió Platón hace más de 2.000 años. En el nivel moral supremo están aquéllos de entre nosotros que gozan de un sentido funcional de identidad en la simultaneidad de la eternidad o que pueden verse inspirados a elevarse a esa perspectiva, al menos en circunstancias especiales. En el nivel moral ínfimo están los cínicos, los puros hedonistas y existencialistas. En medio están aquéllos cuya conciencia se limita por costumbre a la idea de hacer buenas obras y eludir acciones u omisiones vergonzosas.

Estas tres mismas cualidades morales pueden expresarse de otra manera, en relación con la idea práctica del individuo de su participación en la sociedad inmediata, en un sentido

estrecho, o en la historia, más en general. En el nivel supremo, la idea de sí misma que tiene la persona se localiza en las ideas y prácticas relacionadas que la ubican como participante eficiente en la verdadera simultaneidad de la eternidad. En el nivel ínfimo está el desvergonzado hobbesiano confeso, depravación militante que Henry A. Kissinger no ha tenido empacho en proclamar, o, si no, el seguidor tácito de Hobbes, Locke, Adam Smith o Bentham. De ésta, la ínfima de las tres clases, el extremo existencialista, ejemplificado por los seguidores de Nietzsche, Martin Heidegger, Karl Jaspers, Jean-Paul Sartre y la llamada "Escuela de Francfort" de Hannah Arendt y Theodor Adorno, es el más degradado moralmente.

La ventaja específica de observar esta división moral de la población desde el punto de vista de la participación es que pone de relieve las formas en que los cambios en las características funcionales de las relaciones sociales pueden afectar el nivel moral del individuo, sea para elevarlo o para rebajarlo. Todo lo que he descrito como la experiencia acumulada de posguerra del adolescente o joven de mediados de los sesentas, y de los adoradores del placer de la era del profesionista servil entre sus padres clasemedieros, produjo efectos combinados tendientes a rebajar el nivel moral de los jóvenes universitarios más o menos echados a perder por los privilegios y el placer.

Entre esas víctimas de la decadencia de la nueva clase media, los corruptores de menores de la variedad de Herbert Marcuse de las tradiciones existencialistas tipo Escuela de Francfort encontraron sujetos que eludieron hábilmente el servicio militar y que serían los amos neoizquierdistas de las parrandas del cambio de paradigma cultural de 1964-1972. Los estados mentales resultantes entre ese sector de los estudiantes universitarios corresponden a una locura (ojalá temporal) denominada, por eufemismo, "adolescencia prolongada". "Estoy alienado. Rescátame. Llévame a tu cuarto o ven al mío. Me las veo difíciles para pasar la noche. ¿Tienes algo para mi cabeza?" Fue el auge de la contracultura juvenil del *rock*, las drogas y el libertinaje sexual.

La sociedad no los había rechazado. Ellos habían resuelto rechazar a la sociedad. En esta decisión residía su cacareada "alienación". Cuando la puerta de la celda se cierra tras el asesino convicto, éste proclama: "¡No me pueden hacer esto! ¡De niño sufrí muchos abusos!" Lo que les hizo la sociedad, en

realidad, fue inducirlos a abandonar *voluntariamente* la responsabilidad moral de participar en la sociedad, abandonar —sin más pretexto que su propia furia— el responsabilizarse moralmente de las consecuencias que sus actos impulsivos le acarrearán a la sociedad y aun a sí mismos. Después de eso, a pesar de sus protestas de que “¡ustedes me hicieron que lo hiciera!”, mucho y tal vez la mayor parte de las repercusiones de esos actos recaerían, tarde o temprano, sobre sí mismos.

La mayoría de las sectas que se formaron en el padrón de la “nueva izquierda” expresaron una cualidad común: la del berrinche pueril de esa perversión existencialista: “Puesto que insistes en que coma, me niego a comer”.

Recuerden lo que dije arriba sobre la diferencia entre los procesos cognoscitivos y el mero aprendizaje. Ahí está la clave de la superficialidad moral e intelectual de la nueva izquierda, su proclividad a las variedades existencialistas de modas utópicas. Su cualidad lineal de preferencia apasionada de la fantasía sobre la razón.<sup>58</sup>

Como ya lo expuse en una sección anterior, el saberse *humano* se localiza de manera única en esos procesos cognoscitivos soberanos a través de los cuales las capacidades cognoscitivas del individuo responden a una paradoja ontológica válida generando el descubrimiento comprobable de un principio universal, sea físico o de otra índole. Según lo expliqué, la noción de una identidad personal humana de la individualidad cognoscitiva soberana se localiza en la capacidad de compartir esa experiencia cognoscitiva del descubrimiento de dichos principios con al menos otra persona. Es que el joven adquiera la destreza de reproducir esos actos originales comprobables de descubrimiento de principios universales no sólo entre las personas que lo rodean. Reproduciendo la experiencia cognosci-

58. El veterano de la OSS y la CIA Herbert Marcuse, seguidor de la Escuela de Francfort, escribió una obra que se convirtió en la Biblia de Satanás de la “nueva izquierda” de fines de los sesentas, *El hombre unidimensional*. Entre los seguidores típicos de Marcuse figuraban los autollamados “locos” de SDS, que, entre otras cosas, recibían fondos de la Fundación Ford por medio de un canal creado con la participación activa de Marcuse. Los “locos” formaron el grupo inicial de la organización posterior llamada Weatherman. De estos “locos”, como John “J.J.” Jacobs y Mark Rudd, productos de la nueva clase media, cabe decir que eran “tridimensionales”. Sus dimensiones, tan lineales como las de un cartesiano francés, eran *para atrás, de lado y con furia*.

tiva soberana interna de la mente de un descubridor original, aun de miles de años atrás, la mente cultivada del educando puede formarse la idea de su participación en la totalidad de la especie humana.<sup>59</sup>

Así pues, los modos de educación humanistas clásicos fomentan en el educando un sentido moral, mientras que los modos de educación que se practican por lo general en nuestros días tienden a matar ese sentido moral. La idea misma de "teoría de la información", o cualquier otro intento de introducir el mero "aprendizaje" —digamos, el aprendizaje de "libro de texto" o el de "diccionario"—, tiende a fomentar un carácter específicamente inmoral de desarrollo intelectual del individuo que acepta las relaciones asociales que implican axiomáticamente la idea misma de una "sociedad de la información".

Examinemos esta patología de la "sociedad de la información" desde el punto de vista de las circunstancias sociales en las que cobró prominencia ya en los cincuentas. Ciertos fenómenos sociales que los observadores descuidados desdeñan como cosa sin importancia pueden revelar procesos profundamente significativos a la mente más alerta, más responsable moralmente.

Para dejar el asunto lo más claro posible, pero con la máxima economía de espacio, reuniré ahora los elementos principales del estudio clínico pertinente de las características más generales del problema social que acabo de señalar.

## El estudio clínico pertinente

Empecemos este estudio clínico con el caso del genio de Henry Ford, expresado en el diseño y la producción del modelo T.

59. Este mismo método cultivado tiene enorme importancia para combatir la difundida corrupción de la opinión nominalmente cristiana de nuestros días. El cristianismo, en su realidad autenticable, se expresa por la aplicación de los procesos cognoscitivos soberanos del individuo a la lectura del contenido del Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento se debe leer como cualquier obra científica clásica de descubrimiento, reproduciendo dentro de las facultades cognoscitivas de la mente propia, las circunstancias históricas reales en las que ocurrieron los acontecimientos de que informa ese escrito. Uno debe tener un sentido de *participación*, como en la simultaneidad de la eternidad, en los sucesos de los que informan los apóstoles. Es notable que la mayoría de las interpretaciones fraudulentas que se presentan como cristianismo, cuando no son meras invenciones sin base, dependen, para parecer verosímiles, de una

Henry Ford, por ejemplo, tuvo una idea mejor. Su norma fue que el usuario del modelo T, digamos sus clientes granjeros de los primeros años, debían estar calificados para las tareas de mantenimiento rutinario y reparación del automóvil, pero debían también estar calificados para administrar dichos mantenimientos y reparaciones, y para innovar soluciones eficaces a problemas de ese género relacionados pero inusitados.

Todavía en la actualidad, debemos entender las herramientas y productos que usamos, y dichos productos se deben diseñar para nuestro entendimiento y uso; pero, para obtener este resultado, el usuario debe estar calificado para usarlos de ese modo. De modo semejante, el trabajador fabril que participa en la hechura del producto debe entender sus principios de operación pertinentes. De manera que, en cualquier economía organizada racionalmente, debe haber una expresión racional, desde el punto de vista cognoscitivo, de la congruencia entre el diseño y la construcción de un producto, por un lado, y del mantenimiento y el uso de ese producto, por el otro lado. De manera que, la educación, el diseño de productos, la producción y el uso de los productos deben estar unificados mediante el cultivo del desarrollo cognoscitivo de la mente del individuo. Esto quiere decir el cultivo de la mente del diseñador, el productor y el usuario por igual. Todo lo cual está lejísimo de la locura que se ha apoderado de la producción y sus productos en esta época absurda de "producción con fuentes externas".

Pasemos del ejemplo de Ford como tal a examinar la misma cuestión del producto, la producción, el uso y la educación comparándolo con la llamada paradoja de las "dos culturas", según la describió el autor británico C. P. Snow. Comparemos la imagen que da Snow de esa paradoja con la realidad del surgimiento de patologías sociales como los síndromes sociopatológicos del empleado de fidelidad ciega a la empresa o la obsesión con las carreras profesionales, ambos surgidos en los años de Eisenhower. Podemos aprender de eso cómo se fomentaron las patologías características del típico estudiante universitario neoizquierdista del segundo lustro de los sesentas, qué condiciones contribuyeron en forma decisiva a esas susceptibilidades patológicas. Tomemos como referencia un incidente

---

representación explícita o implícitamente falsa de la historia de la región Mediterránea en los siglos anteriores y posteriores al ministerio de Cristo.

del Berlín de principios del siglo 19, que ilustra muy bien nuestro asunto.

Las condiciones de la vida política e intelectual se volvieron terribles en Europa con las victorias de los reaccionarios Castle-reagh y Metternich en el Congreso de Viena. Pero fueron dos sucesos de gran peso que ocurrieron en las secuelas de dicho Congreso los que amenazaron con destruir la ciencia en toda Europa en esa época, lo cual, por fortuna, no se materializó.

El primero de esos dos sucesos fue que el duque de Wellington consiguió evitar, en 1815, que los militares prusianos hicieran al "autor de la victoria" de Francia, Lázaro Carnot, presidente de este país. En vez de eso, se instaló a Luis XVIII, corrupto protegido de Wellington y Fouche. Bajo el gobierno de Luis XVIII, la Escuela Politécnica de Francia fue tomada y en gran medida desmantelada; su fundador y científico principal, el genio matemático Gaspard Monge, enviado a morir (en 1818) en el retiro; y el genio científico y militar Lázaro Carnot fue enviado al exilio, primero a Polonia y luego a Magdeburg, Prusia.

El segundo de los dos sucesos, posibilitado por el primero, fueron los ultrarreaccionarios decretos de "quema de libros" de Carlsbad de 1819. La posición de los reformadores prusianos encabezados por Freiherr vom Stein y los hermanos Humboldt, que habían sido los arquitectos de la derrota de Napoleón Bonaparte, se vio muy debilitada con la derrota del intento de hacer a Carnot presidente de Francia. Estos acontecimientos inclinaron la balanza, en los medios de la corte real prusiana, a favor de las facciones más reaccionarias de Prusia, incluidos los bribones G. W. F. Hegel, de hecho espía de Metternich, y K. F. Savigny, compinche de Hegel en la Universidad de Berlín.

Con el telón de fondo de estos acontecimientos de 1815-1819, tuvo lugar el siguiente incidente típico. Describiré las circunstancias inmediatas y luego el incidente mismo.

Con el despido de Gaspard Monge de la que había sido, bajo su dirección, la principal institución científica del mundo, la vanguardia del progreso científico en Europa recayó en un miembro de la Escuela Politécnica, Alejandro de Humboldt, hermano del también célebre reformador prusiano Guillermo. Alejandro integró a los mejores sobrevivientes de la ciencia de Francia y a los mejores de Alemania, como Carl F. Gauss, en una red mundial que llegaría a centros decisivos del papel de

los EU en el trabajo científico más avanzado del mundo, como Joseph Henry y Alexander Dallas Bache, biznieto de Benjamín Franklin que vivía en Filadelfia y relacionado con West Point. A partir de mediados de la década de 1820, la labor de coordinación de Alejandro de Humboldt en la ciencia mundial giró en torno al *Crelle's Journal*, eco del antiguo *Acta Eruditorum* de Gottfried Leibniz.

En Alemania, la guerra respecto a la política científica y educativa giró en torno a los hermanos Humboldt y a las fuerzas opositoras que representaban los intereses e influencias ya de Metternich ya de los británicos. Después de 1815, la corte real prusiana devino un nido de corrupción británica, y el "filósofo del Estado" designado por la corte real, G. W. F. Hegel, le servía de agente a Metternich, como lo confirma el desentierro reciente de su correspondencia personal. Hegel, ejecutor intelectual de facto de los decretos de Carlsbad, en conjunción con el profesor positivista de derecho romántico, Savigny, funcionaba como la "Gestapo" intelectual. Hegel mismo vino a ser, en la Universidad de Berlín de la década de 1820, copia virtual de un charlatán de mediados del siglo 18, Maupertius. Así que ese par de pícaros, Hegel y Savigny, trataron de cerrarle el paso a cualquier intento de llevar la ciencia moderna a esa institución.

Hasta que un cambio en la composición de la monarquía de Prusia mejoró la situación, Alejandro de Humboldt ejerció de varias maneras la influencia política que le quedaba. Cuando se encontró con que Hegel y Savigny obstaculizaban todos los intentos de llevar a los principales científicos de Europa a enseñar a la Universidad de Berlín, Alejandro se valió de subterfugios: el respaldo de los militares prusianos, que habilitaban a los candidatos de Alejandro en la escuela militar, desde donde podían disfrutar de la condición de profesores de la Universidad de Berlín, y la Facultad de Filología de la universidad, que, a pesar de las acciones estilo "Gestapo" de Hegel y Savigny, seguía bajo la influencia del hermano de Alejandro, Guillermo. Queda situado así el incidente siguiente: así se introdujo la enseñanza de las matemáticas modernas a la Universidad de Berlín, ¡en la Facultad de Filología!

En su momento, el director de dicha facultad le informó a uno de sus profesores: hacia el fin del año, va usted a enseñar cálculo en nuestra facultad. Asombrado, el filólogo respondió: pero yo carezco de adiestramiento matemático en ese campo.

Eso no es problema, replicó su superior; usted está ya plenamente calificado para la enseñanza del griego clásico; por tanto, está usted plenamente calificado para dar clases de cálculo. Para el fin de año, el profesor dio el curso de cálculo, con bastante buen éxito, y terminó por convertirse en uno de los matemáticos más consumados y creadores del siglo 19.

Para seguir con este estudio clínico de los antecedentes de la patología de la nueva izquierda, juntemos el incidente que acabo de relatar con el problema que aborda C. P. Snow. Veamos las observaciones de Snow a la luz de la genuina tragedia nacional que, para la educación estadounidense de fines de los cuarentas y de los cincuentas, tuvo lugar con la "carta de derechos de los veteranos", así como con los efectos coincidentes de una filosofía patológica de la educación, arraigada en la influencia combinada de las enseñanzas de los empiristas británicos del siglo 17, los cartesianos, el romántico Emmanuel Kant y los pragmáticos estadounidenses, como William James y John Dewey.

Para apreciar en qué se desarrolló la falla decisiva de la "carta de derechos de los veteranos", hay que entender las circunstancias de la educación de la generación de posguerra y la de sus padres. Es notable que, a comienzos del siglo 20, muchísima gente, aun en las regiones más industrializadas de la nación, consideraba que, para la mayoría de los jóvenes estadounidenses, bastaba una instrucción primaria de seis a ocho años. De hecho, los procesos precedentes y concomitantes a la Gran Depresión de los treinta redujeron la norma de la vida intelectual media de los estudiantes respecto a ciertas mejoras que se habían dado entre tanto. La movilización para la Segunda Guerra Mundial, tanto en el frente militar como en el de la vida social, exigió medidas de urgencia para poner al día la instrucción general y dar adiestramiento especial. Esa política de mejorar el nivel general de instrucción, que encontró ayuda en los subsidios para la educación superior de los veteranos, le planteó pesadas exigencias al sistema ampliado de educación superior.

Hubo otros dos factores negativos en la aplicación de los subsidios para la educación superior de los veteranos. Uno fue la escasez de instructores con una formación humanista clásica de la calidad que los hubiera calificado para afrontar las verdaderas necesidades del aula. El otro fueron los propios veteranos,

que, por lo general, estaban más preocupados de obtener cuanto antes el diploma y las oportunidades de empleo implícitamente aseguradas, que de lo que sabían en realidad. El resultado de todo eso fue que el mero aprendizaje —memorización y cosas así— vino a sustituir en gran parte el desarrollo cognoscitivo de los futuros profesionistas.

Todos estos males de la educación posterior de posguerra se complicaron en grande con las consecuencias, semejantes a los Decretos de Carlsbad, de lo que por lo general vino a considerarse que representa el "macartismo". Pensar cognoscitivamente, por definición, es poner en tela de juicio y, por lo mismo, dudar.

La antesala de las funciones cognoscitivas humanas y, por ende, de todo el pensamiento creador es la disposición juguetona. He subrayado lo que plantea Federico Schiller; esta disposición juguetona, como de cachorrito retozón, le es común a las mascotas que reciben buen trato; pero, entre los seres humanos, se expresa en una actitud juguetona mezclada con dudas e incredulidad, que tiene rasgos específicos ausentes en cualquier animal. En el ser humano, se combina con las funciones cognoscitivas para fomentar el cultivo posible tanto de la creatividad artística genuina como de los descubrimientos comprobables de principios físicos originales (o la reescenificación del descubrimiento original).

En circunstancias asfixiantes como las de los Decretos de Carlsbad o el "macartismo", esa disposición juguetona es arriesgada. En una época de preocupación histérica, para cubrirse con el velo político protector de la conformidad en todas las materias hay que dar la impresión de que *no* pone uno en duda lo que las autoridades enseñan. Atreverse a dudar o meramente a hacerse preguntas hace sentir que a lo mejor va uno a poner en riesgo su carrera y tal vez más.

Un célebre profesor de siquiatría de Yale, el doctor Lawrence S. Kubie, por cierto, irónicamente, ligado a los programas de ese entonces de la Fundación Josiah Macy, Jr., se percató de los efectos de estas malas condiciones de la educación de fines de los cuarentas y de los cincuentas. Kubie, quien —como le dijo a uno de mis compañeros— llegó a reconocer que la creatividad es "un bien en sí y de por sí", se alarmó por la pérdida de creatividad científica que se hizo norma entre muchos profesionistas que, de estudiantes o al comienzo de sus

carreras, se habían distinguido por sus contribuciones válidas y originales. Los escritos de Kubie de fines de los cincuentas y de los sesentas documentaron los perniciosos efectos de los métodos de repetición y memorización en este respecto.

A fines de los cuarentas y en los cincuentas, era frecuente que el estudiante universitario le cobrara miedo a sufrir el estigma político y las pérdidas económicas inherentes a caer en la condición de miembro de un sindicato industrial. Para empezar, era frecuente que los trabajadores industriales se vieran despedidos. Si uno era miembro de un sindicato, ello despertaba las sospechas de ciertas agencias de seguridad oficiales, que se ponían a ver si tenía uno ligas o posibles simpatías izquierdistas. Para muchos veteranos de la Segunda Guerra Mundial, seguridad económica y familiar quería decir un empleo en el gobierno o una carrera profesional. Esta difundida paranoia de la época llevó directamente al síndrome de las "carreras profesionales" común entre los elementos de la nueva clase media de fines de los cuarentas y los cincuentas; millones de ex "izquierdistas" pasaron al "clandestinaje" en esta forma intelectualmente degradada. Una fuga semejante de la responsabilidad moral definió las bases axiomáticas del fenómeno del empleado servil de los años de Eisenhower.

Estas circunstancias afectaron agudamente la instrucción que se impartía y la calidad de la que se procuraba. Esos efectos confluyeron en el resultado que aborda la tesis de las "dos culturas" de C. P. Snow. Estos resultados incluyeron una actitud patológica que se ha expresado por lo común como una enemistad recíproca, casi racista, entre los estudiantes de ingeniería y los de "humanidades": la preocupación de Snow. Hubo otros efectos secundarios importantes.

Todas las cuestiones de educación y profesionalismo se aclaran mejor a la luz del citado episodio de la facultad de filología de Berlín. ¿Cuál es el principio que informó correctamente al director de la facultad de que la enseñanza venturosa del griego clásico en esa facultad de filología lo calificaba a uno para enseñar cálculo en el año escolar siguiente? Cuando se conoce la historia del principio de Schiller y Humboldt de los modos humanistas clásicos de educación, se sabe la respuesta a esa pregunta, al menos implícitamente.

Pongamos los verbos conocer y aprender en oposición mutua. Recuerden que Alexander Pope, con todas sus limitaciones,

no fue tan zafio como para decir que "*conocer un poco puede resultar peligroso*"; dijo que "*aprender un poco puede resultar peligroso*". Tal es la distinción entre el individuo que repara un aparato eléctrico con cierto conocimiento, y el peligroso estado de cosas que representa la persona que coge el aparato habiendo aprendido un poquito.

Es la idea de participar en la sociedad, incluso la conciencia de participar en la historia como proceso cognoscible, lo que define las premisas del carácter moral del individuo y sus colegas. En su expresión más rudimentaria, nos encontramos con el individuo cuyo sentido de identidad social lo impulsa a hacer buenas obras, a asumir responsabilidad, cualidades que se expresan en actos concretos. En el nivel superior, esta cualidad moral se expresa en función de aquellas ideas que corresponden a la comprensión eficiente de descubrimientos comprobables de principios universales. En el conocimiento de la historia de esas ideas, la idea que tiene uno de sí mismo no hace distinción entre las propias relaciones activas, simultáneas, tanto con los vivos como con los muertos, y, del mismo modo, con los ciudadanos del futuro. En esa comprensión superior de la historia de las ideas reside la pasión que califica a una persona para volverse dirigente de la sociedad, para volverse lo que Platón ilustra con su mención del "rey filósofo". El papel que desempeña la mente del "rey filósofo", mejor cultivada, entre las personas buenas más ordinarias y menos cultivadas, es que pueda existir una sociedad buena y feliz.

Pongamos, pues, sobre la misma mesa dos fenómenos patológicos. De un lado de la mesa, pongamos las "dos culturas" que describe Snow. Junto a ellas, pongamos el caso clínico de la degeneración sucesiva del empleado servil y sus vástagos adolescentes de los sesentas, que llevó a que estos últimos se vieran arrastrados al fenómeno de la "nueva izquierda" por las circunstancias de las universidades, etc, de 1964-1972. Contrastemos los rasgos comunes de los dos fenómenos patológicos con el ejemplo saludable de la facultad de filología de Berlín que mencioné arriba. ¿Qué hay en el ejemplo saludable que llama nuestra atención a la naturaleza de la enfermedad que vemos en los dos ejemplos patológicos, distintos entre sí, pero convergentes?

Para encontrar una pista clínica para responder a esa pregunta, retrocedamos otro paso en la historia. Vayamos a la

fuente de la orientación que se expresa en el ejemplo de la Facultad de Filología. Vayamos al origen de la política educativa elaborada bajo la dirección de Guillermo de Humboldt. Volvamos a Federico Schiller, cuyos ataques a la inmoralidad de la doctrina de Emmanuel Kant educaron a Guillermo de Humboldt y a otros líderes del movimiento de reforma prusiano de 1807-1813, más o menos. Veamos el núcleo de la doctrina patológica de Kant, en el que Schiller concentró su ataque.

Kant, otrora seguidor empirista radical de David Hume, se distanció de los últimos escritos de éste. De los intentos de Kant de defender los resultados del empirismo anterior de Hume desde el punto de vista de Aristóteles, salió la célebre serie de las *Críticas* de Kant, publicadas en los últimos veinte años de su vida. Esa fue la fundación de la llamada "filosofía crítica alemana" de Schelling, Fichte, Hegel, etc, del intento del siglo 19 de racionalizar lo que vino a conocerse como romanticismo filosófico. El rasgo común de las doctrinas de los empiristas y Kant es el supuesto de que la verdad, según la definieron Platón, Gottfried Leibniz, etc, por ejemplo, es incognoscible. El intento de Kant de parecer probar ese supuesto es el asunto constante de sus últimos escritos, y el rasgo de la obra escrita de Kant de cuyo carácter pernicioso advirtió Schiller.

El argumento de Kant, que sentó las bases para las falsas definiciones patológicas que del derecho y el arte darían los románticos alemanes, fue, con la ayuda de todos los representantes tanto del empirismo como de la filosofía crítica alemana, la premisa sobre la que se erigió un muro de irracionalismo entre la ciencia y el arte en la Alemania del siglo 19, así como en otras partes. Esa fue la base de lo que C. P. Snow observó como "dos culturas". Da un esquema para entender el proceso social que, como he descrito, ocurrió entre los estudiantes universitarios a fines de los cuarentas y en los cincuentas.

La pura maldad incrustada en la obra de Kant y contra la que advirtió Schiller fue que la afirmación de irracionalismo puro de Kant tuvo efectos sociales y políticos devastadores.

Para Schiller, esto no era una mera formalidad académica. Prácticamente todos los pensadores de peso de la Alemania de fines del siglo 18 fueron partidarios apasionados de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Al comienzo, todos ellos, incluidos personajes destacadísimos entre los militares de Prusia, en especial de las secciones de artillería e ingeniería,

acogieron la Revolución Francesa de 1789 con la esperanza de que ésta hiciera de las consecuencias de la Revolución Estadounidense el anhelado golpe contra la oligarquía y por la libertad en Europa. El Terror jacobino los llenó de horror. "¿Dónde estuvo el problema?"

Schiller reconoció cuál había sido el problema y reconoció, como lo haría Heinrich Heine más tarde,<sup>60</sup> que el peligro que se tenía que enfrentar era un rasgo axiomático de la doctrina de Kant: su apología fanática del irracionalismo.

La influencia de Kant tiene un papel muy significativo entre las raíces del fascismo en Alemania y otras partes de Europa. Incluye el producir a fascistas como Martín Heidegger y Karl Jaspers, a variedades satánicas de existencialistas, como Theodor Adorno y Hannah Arendt, de la Escuela de Francfort, y a Jean-Paul Sartre y compañía en Francia. La raíz kantiana o kantianoide de todas las corrientes fascistas y otras semejantes es la doctrina de esa separación entre la enseñanza de las "ciencias" y la de las "humanidades" que se volvió lugar común en las universidades estadounidenses de fines de los cuarentas y de los cincuentas, y cuyos efectos en Inglaterra observó C. P. Snow.

Cuando juzgamos en retrospectiva la experiencia de las universidades estadounidenses, entre otras, de fines de los cuarentas y de los cincuentas, es difícil sopesar con precisión cuál de los dos bandos era el más loco, el de las "humanidades" o el de la "ingeniería". Del lado de la ingeniería, para nada se tenía en cuenta el papel de la facultad creadora de los procesos cognoscitivos del individuo soberano en la generación y reproducción del descubrimiento de principios universales comprobables. De los ingenieros que cojeaban de esta pata es justo decir que, en su tendencia prevaleciente, eran, a sabiendas o no, cartesianos. Para ellos, no podía existir nada verdadero que no fuese implícitamente derivable de una multiplicidad espacio-temporal lineal gobernada por la acción a distancia. Los estudiantes y profesores del lado de las "humanidades" de esas guerras académicas tendían a ser tan sistemática y arrogantemente irracionales como lo hubiera deseado el propio Kant. Ejemplo típico de los peores elementos de las "humanidades" eran los que seguían a Kant y Savigny, lo supieran o no,

60. H. Heine, *Religión y filosofía en Alemania*, primera edición.

en su llamada "teoría de la estética": el supuesto de que en ninguna rama del arte hay otro principio que la evolución de las costumbres de los artistas y su público. Un irracionalismo análogo, descuidada pero militantemente esotérico, a menudo un fetichismo de extremos radicales de preciosidad apasionada, empapaba casi todas las escuelas de "humanidades".

C. P. Snow abordó este fenómeno de las "dos culturas" desde un punto de vista formal; yo he explicado su papel de fines de los cuarenta y de los cincuenta desde un punto de vista clínico. Los dos procesos confluyen prácticamente en el mismo efecto pernicioso.

¿Cómo arroja luz en el problema el ejemplo de la facultad de filología de Berlín? El nexa con los ataques de Schiller sobre la influencia de Kant es directo. Los dirigentes de los reformadores prusianos, muy notablemente Guillermo de Humboldt, fueron discípulos de Schiller en este asunto. La preocupación central de Lázaro Carnot, lo mismo en Francia que más tarde en Prusia, y del maestro y colaborador de Carnot, Gaspard Monge, fundador de la Escuela Politécnica, es congruente con la manera de ver las cosas de Schiller y de los hermanos Humboldt. Fue la suya la reafirmación del método educativo que los maestros del joven Carnot, los oratorianos, heredaron de los Hermanos de la Vida Común, que contribuyeron de manera decisiva a posibilitar el Renacimiento del siglo 15.

## El legado de Leibniz y Bach

Como ya le he mencionado de paso en puntos previos, el surgimiento de lo que se conoce como cultura clásica alemana fue en gran medida fruto de los efectos catalíticos y enormemente influyentes de la estrecha colaboración de dos amigos: Gotthold Ephraim Lessing y el Moses Mendelssohn al que Lessing lamentó en su obra *El sabio Nathan*. Estos colaboradores unieron esfuerzos para combatir a las fuerzas antileibnizianas anidadas a la sazón en la Academia de Berlín y reunidas en torno al charlatán Maupertius y su cómplice antileibniziano Leonhard Euler. Maupertius y Euler eran seguidores de un agente de Venecia domiciliado en París, el abad Antonio Conti, creador del mito de Newton y coordinador europeo de la campaña para destruir la influencia de Leibniz. Maupertius y Euler fueron los blancos principales de la campaña de Lessing y Mendelssohn.

Lessing fue hecho miembro de dicha academia; más tarde, se propuso la candidatura de Mendelssohn, pero fue vetada.

Aunque los oratorianos defendieron y llevaron adelante en Francia la obra de Leibniz, Lessing y Mendelssohn fueron los principales defensores de la obra de Leibniz y Juan Sebastián Bach en Alemania. Merced al efecto de los métodos que usaron Lessing y Mendelssohn para ese fin, se puso en marcha el movimiento clásico alemán del siglo 18, lo cual representa una de las deudas más grandes de Alemania con el judío alemán, hasta la fecha. Fue la infusión de la tradición de la cultura griega clásica —la de la épica homérica, la de Solón de Atenas, la de personajes de la edad de oro de Atenas como Escopas, Praxiteles, Sófocles y Esquilo, y la de Platón— lo que creó la famosa cultura clásica alemana de fines del siglo 18 y del 19. En el resultado de todo esto, la obra de Goethe fue notable, pero la de Haydn, Mozart, Schiller, Beethoven y los Humboldt fue decisiva.

La filología clásica alemana fue uno de los mayores beneficios de esa campaña por afianzar el principio clásico. La filología alemana, en oposición a las dudosas variedades británicas, llenas de fraudes, aportó una influencia central al buen éxito del programa de instrucción humanista clásica fundado por Guillermo de Humboldt, basado en los principios de creatividad elaborados por el historiador, poeta y dramaturgo Federico Schiller en contra de la destructiva influencia de Kant.

El significado de ese desarrollo de la filología clásica alemana se ilustra a extremo científico con las realizaciones de Heinrich Schliemann en Micenas y Troya, en particular. De joven, Schliemann se empapó en la épica homérica; dedicó los decenios siguientes de su vida a ganar dinero suficiente para poder emprender el proyecto de sus años posteriores. Por sus estudios de los griegos clásicos, sabía dónde estaba Troya. Tuvo éxito. ¡He ahí una pasión científica genuina! Sus éxitos fueron uno de los grandes triunfos del método científico clásico en ese siglo. Aquí se refleja la fuente del éxito y la importancia de la enseñanza que hay que sacar del mencionado ejemplo de la historia de la facultad de filología de Berlín.

Los métodos encarnados en la filología clásica alemana de la época de los hermanos Humboldt expresan, de un modo muy inmediato y explícito, los métodos del trabajo científico

creador. La comprensión de la lengua que nos hereda la fase ascendente de una gran época de cultura de la lengua, en tanto contiene las huellas del ordenamiento del trabajo creador, es la clave para dominar el pensamiento físico-matemático expresado por un Platón, un Kepler, un Leibniz, un Gauss, o un Riemann.

Las posibilidades encarnadas en los períodos más fructíferos del desarrollo del uso de una lengua —como lo describe, por ejemplo, el célebre Panini de la antigüedad en el caso del sánscrito, o Percy Shelley en su "Defensa de la poesía"— son las raíces de las que ha de derivarse una verdadera física matemática, como la de Gauss o la de Riemann. La expresión más significativa de semejante período de mucha riqueza en el uso de una lengua es su gran poesía. Viene al caso considerar la incapacidad de los escritores modernos de crear poesía como ésta, o las enormes dificultades que sufren los estudiantes modernos de escuelas superiores, predominantemente incultos, para comprender esa poesía heredada del pasado. El uso de reglas estrictas de composición para la vocalización de la poesía clásica es la condición para transmitirle al oyente las metáforas que son la esencia de toda composición artística clásica. La lectura de Schliemann de las épicas homéricas de varios miles de años de antigüedad es una demostración convincente y decisiva de este principio de la composición artística.

La obra de Schliemann refleja así el método de la citada facultad de filología de Berlín, donde los enemigos de Hegel y Savigny montaron su defensa de la ciencia moderna en contra del irracionalismo tanto del empirismo como de la filosofía crítica alemana. Cabe subrayar aquí, una vez más, que la composición artística clásica, así comprendida, es la fuente del verdadero descubrimiento científico, y la base apropiada para promover la formación del carácter moral del estudiante.

De manera que el asunto de la educación es la tarea, como lo planteó la reforma de Schiller y Humboldt, de construir el carácter moral del niño por medio de una forma humanista clásica de instrucción secundaria, etc, en la que el niño viene a saber, más bien que a aprender, cómo generar conceptos, en vez de aprenderlos como mera "información". Haciéndose eco de los empiristas británicos y los cartesianos que lo precedieron, Kant trató de impedir esa educación. La generación de

posguerra de los estudiantes universitarios de los cuarentas y los cincuentas cayó en hábitos que coincidieron con los efectos perniciosos de los dogmas empiristas, cartesianos y kantianos.

Si el niño adquiere el conocimiento de principios universales tanto en la ciencia como en las formas clásicas de composición artística, y si adquiere ese conocimiento en la forma en que lo he descrito repetidamente en este trabajo, el resultado tiende a ser el desarrollo del carácter moral del estudiante que he indicado. Si el niño aprende estos principios por una mezcla de descripción y estilos cartesianos de sofisterías matemáticas que supuestamente explican "lo que funciona", el resultado no es meramente la falta de desarrollo del carácter moral del estudiante, sino probablemente algo peor.

Con tales influencias, no importa cómo se arreglen, la persona que se ha vuelto supuestamente ilustrada en esas formas adquiere cierta dureza contra cualquier forma diferente de pensar. Cuando una población echada a perder de ese modo se ve sujeta a sacudidas como las que sufrieron los adolescentes y jóvenes en las universidades en la segunda mitad de los sesentas, es probable que se induzca un desagradable deterioro en la sociedad. La víctima de esas malas influencias educativas carece de la capacidad de la personalidad saludable para responder al despedazamiento de sus axiomas. La personalidad saludable se apoya en el hábito de considerar eso una nueva paradoja, una nueva metáfora, que hay que dominar del modo que le corresponde a una persona bien instruida. Para la víctima del aprendizaje de forma kantiana o análoga, dichas soluciones no parecen estar a la mano, y tiende a rechazarlas cuando se le ofrecen. La tendencia de la víctima de sacudidas como las que sufrió la generación de posguerra en las universidades en el segundo lustro de los sesentas es simplemente "volverse loco", como los amigos de John Jacobs y Mark Rudd. Su mundo imaginario, sus ensueños clasemedieros, sufrieron el duro golpe de la realidad, y ellos se volvieron prácticamente tan locos como el Marat y el Sade de Peter Weiss juntos.

## **Aplicamos la enseñanza clínica**

Desde el punto de vista del historiador, los neoizquierdistas de mediados de los sesentas equivalen a las hordas de flagelantes de la era tenebrosa de la Europa del siglo 14. Eran los persona-

jes de la *Opera de los tres centavos*, de Bertold Brecht, pero escenificada con un elenco multitudinario de Jennys de todos los sexos concebibles y aun inconcebibles.

Hay otro precedente histórico, que viene muy al caso: las chusmas de París creadas, pagadas, armadas y usadas por el duque de Orléans conocido como Felipe *Egalité* y por terroristas jacobinos como Robespierre, Saint-Just, Danton y Marat. El rasgo distintivo político y moral de la nueva izquierda es su volubilidad. Es, de hecho, una chusma de paga, como las chusmas de espectadores del circo romano, prolongación de las chusmas pagadas del antiguo proletariado romano usadas para destruir a la República Romana. Eran los feroces hijos de Satanás, los dionisiacos, con todo y gorros frigios. Eran la chusma de París que votó por decapitar a Lavoisier gritando: "¡La Revolución no necesita científicos!" De tener la ocasión, gritarían contra Jesucristo: "¡Crucifícalo!"

Especialmente notable para entender el efecto social e ideológico del cambio de paradigma cultural de 1964-1972, que dura hasta nuestros días, es la febril pasión que contra los trabajadores organizados expresó la mayoría de las corrientes neoizquierdistas políticamente activas de esa época. El modo en que la Fundación Ford de McGeorge Bundy y su dinero, con la ayuda del Buró Federal de Investigaciones (FBI), orquestaron la huelga de los maestros de Nueva York de fines de 1968 ilustra la fiebre antisindical que hervía entre la mayoría de los sectores universitarios de la nueva izquierda de entonces. El odio mortal que los neoizquierdistas clasemedieros sentían por los trabajadores industriales fue una consideración importante en el lanzamiento, en 1972, del "movimiento ecologista", como la "causa" de reemplazo en torno a la cual reagrupar a la nueva izquierda, ya orgánicamente enemiga del sindicalismo industrial. Esta es la raíz de la ferviente política antiobrera de los líderes actuales del Consejo de Dirección Demócrata, así como del vicepresidente Gore y del primo del "Leporello" del difunto senador Joe McCarthy, Roy M. Cohn. Me refiero, por supuesto, al encuestador de la "tercera vía" Dick Morris.

No hay otro remedio para esas enfermedades morales y emocionales que el que va implícito en lo que he resumido hasta aquí. El remedio general es restaurar un sentido de participación en el trabajo físicamente útil, junto con la reinstrucción en las materias que despiertan en el educando sus facultades

innatas de cognición. Las víctimas del legado ideológico de la nueva izquierda necesitan sentir que participan en la realidad y, para eso, necesitan ese sentido cognoscitivo de la realidad que nunca tuvieron o que perdieron en el camino de la universidad a la casa.

#### 4.4 Las armas nucleares y la Nueva Era

A estas alturas, el ciudadano ya debería haber aprendido la dura lección de elegir un presidente, comandante en jefe de nuestras fuerzas armadas, sin enterarse primero de sus doctrinas militares y las de sus principales asesores. La locura que embarga la mente de la mayoría del Comité de Directores de la Casa Blanca, penetrado por los israelíes y dominado por la red británico-estadounidense-mancomunitaria (BEM), pone en estos momentos al mundo al borde de un estado de guerra generalizada por la mayor parte del planeta.

En Africa, la conflagración que extienden al alimón, en lo principal, los traficantes de armas británicos, israelíes y estadounidenses tipo "Irán-contras", abarca ya la mayor parte de la región africana al sur del Sahara, y, como lo mencioné antes, las bajas que estas guerras han causado entre los negros africanos exceden los seis millones de judíos que se informa murieron a manos de los nazis. Cuba se ha visto arrastrada una vez más a la continuación, arreciada a últimas fechas, de las guerras africanas que siguen orquestando, en lo principal, los intereses conjuntos británicos e israelíes. También entran ya a la escena armas provenientes del territorio del antiguo Pacto de Varsovia.

Por toda América del Sur se extiende una situación casi de guerra generalizada, irregular o no. Hay una alianza no muy secreta de Tony Blair, el primer ministro israelí Netanyahu y el Comité de Directores que conduce Al Gore, alianza que lleva al mundo a la posibilidad cercana de una guerra en el Oriente Medio, esta vez con la implicación de armas nucleares. Asia central es ya un gran blanco de la orquestación británica de la guerra y el terrorismo que se extienden desde Afganistán. Los Balcanes arden todavía con lo que desataron Thatcher, Mitterrand e Israel bajo el estandarte de la campaña del gobierno de Thatcher contra el "Cuarto Reich", dirigida a destruir a

Alemania y, al mismo tiempo, a ponerle a Rusia una futura trampa mortal en los Balcanes.

Hace poco, el Comité de Directores sacó a relucir lo que importantes estrategias de Europa y otras partes reconocen ya que es un engaño: ciertas presuntas amenazas bioquímicas con "armas de destrucción en gran escala". El fraude es que la fuente del verdadero peligro se ejemplifica con la posibilidad de que un factor perenne de la cucaracha en la alacena, también conocido como "ciertos servicios secretos occidentales e israelíes", pudieren utilizar a algún nuevo grupo de admiradores del Dalai Lama, en calidad de posible sucesor de la embestida de la secta de Aum en Japón, en una provocación que, en ese caso, daría una coartada "plausible" para tales ataques en contra de China como blanco político.<sup>61</sup>

Dado el rápido empeoramiento de la situación militar mundial, es urgente que se le dé aquí, en este momento, cierta atención especial a las cuestiones de la guerra. Abordaré el

61. Hay ciertas personas cuya mención entusiasta y repetida de un aparatito nuevo que encontraron es a menudo señal de su deseo de crear un pretexto para probarlo. Por ejemplo, un ataque de verdad, ejecutado en realidad por "los servicios secretos pertinentes", con la finalidad de hacer creíble lo que el Comité de Directores jura que es el peligro de las "armas de destrucción en grande". La ahora célebre carta del rey de Jordania al príncipe Hassan corresponde a una circunstancia en la que se prepara semejante operación de los "servicios secretos pertinentes". Mucho de la desvergonzada sofistería que secretan Cohen y compañía desde el Comité de Directores imita la personalidad —o falta de personalidad— del vicepresidente Gore. Sería útil a este respecto revisar una grabación del famoso "debate" entre Gore y Ross Perot. Perot perdió por tratar de limitar el debate al examen racional de ciertos hechos, los cuales Gore se negó a discutir. Gore se entregó a un incontinente monólogo de loco, prácticamente sin darle a Perot oportunidad de hablar. Si Perot hubiera entendido correctamente la situación, se hubiera dado cuenta de que hay sólo una manera de debatir con Gore: decirle en su cara lo embustero y lunático que es, y disponerse a respaldar *eso* con los hechos correspondientes. Perot sabía que éste sería el verdadero problema que tendría que enfrentar en el debate, pero parece que le faltaron los tamaños para ello. De modo que Perot, el hombre que le pudo haber dado forma a las elecciones generales de 1992, perdió prácticamente cualquier significación futura en la vida política de los EU merced al truco de merolico de feria del que se valió Gore. Quedó eliminado por un embustero y lunático literalmente delirante, desechado abruptamente de cualquier papel político significativo ulterior. A veces, el secretario Cohen recurre al mismo estilo de embustes peculiar de Gore, como en la cuestión de las armas bioquímicas.

asunto, primero, en esta conclusión de la sección presente, y, más tarde, en un contexto diferente, en el resumen de mi política económica y exterior, en la sección que sigue, la final.

Observen el cambio que se ha hecho norma en la definición de la guerra, merced a las consecuencias combinadas de las negociaciones de la crisis de los cohetes de 1962 y el asesinato del presidente Kennedy. Dense cuenta de la enormidad de ese cambio de política, y vean el modo en que el derechista y ex neoizquierdista Al Gore<sup>62</sup> figura en los intentos presentes de desatar fórmulas estratégicas perversas que no tendrían otro efecto que agravar las ya terribles amenazas de guerra y terrorismo. Es particularmente peligroso el papel de Gore en la promoción de esa estúpida doctrina de las "fuerzas especiales" introducida hace más de un decenio, con el respaldo del entonces senador Cohen, ahora secretario de Defensa, en concierto, entonces y ahora, con el actual jefe del Estado Mayor Conjunto, Henry H. Shelton.

Resumamos primero el antecedente, la doctrina militar anterior de los Estados Unidos.

Desde el comienzo, la transición de las formas feudales de guerra a las modernas reflejó un cambio fundamental en los principios constitucionales de la sociedad. Para entender este cambio con precisión razonable, basta concentrarse en las interconexiones de tres aspectos principales del cambio inicial.

1. El cambio empezó, como ya dije, con un cambio al principio sutil, pero revolucionario, en la forma de gobierno, como en la reconstrucción de Francia que realizó Luis XI y, también, en las reformas imitativas que se ejecutaron en Inglaterra en el reinado de Enrique VII. Este cambio introdujo en la práctica un principio evolutivo a hacer converger varias reformas de gobierno sucesivas en conformidad con la definición cristiana de naturaleza humana: que cada persona está hecha a imagen del Creador. Para este propósito, la naturaleza humana se define bajo el derecho natural, por la naturaleza de las facultades cognoscitivas

62. "Derechista y ex neoizquierdista" equivale a "tercera vía". Así, durante la famosa y prolongada huelga de tranvías que precedió el ascenso de Adolfo Hitler al poder, los partidos comunista y nazi de Alemania intercambiaron una y otra vez grandes grupos de adeptos, prácticamente cada semana.

únicas de la especie humana. La forma humanista de educación de los huérfanos, entre otros, con los métodos de los Hermanos de la Vida Común, o congruentes con ellos, ilustra esta elevación de la condición jurídica y social de toda la población.

2. Como ya lo dije también, hubo un cambio revolucionario concurrente en los principios del derecho mismo. Como lo ha definido el profesor von der Heydte, el efecto fue poner todas las facetas de la sociedad política en conformidad con esa noción cristiana de la naturaleza humana individual.

3. Hubo un cambio correlacionado en la noción de la economía, que la apartó de la regla de crecimiento tecnológico nulo que el feudalismo había heredado del Código de Diocleciano. Este cambio puso en primer plano una forma de economía política cuyo punto de partida es fomentar el aumento de la productividad del trabajo por medio del progreso científico y técnico.

El efecto de este cambio en la forma de conducir la guerra se demuestra más nítidamente en las reformas que instituyera Luis XI de Francia. Luis XI se vio obligado a librar guerras en varios frentes, en el esfuerzo por asegurar la reconstrucción de Francia a pesar de sus enemigos. Sus métodos fueron una ruptura cualitativa, y notablemente exitosa, con las tradiciones militares feudales. Con esto, le ganó la delantera a esos adversarios, tomándolos por sorpresa por medio de reformas que éstos hubieran considerado inconcebibles para sus propias normas de conducta. Por eso, los enemigos de Francia, burlados, lo llamaron el "Rey Araña". Esta conquista de Luis XI se apoyó en la obra de Leonardo da Vinci y Nicolás Maquiavelo sobre todo respecto a las implicaciones estratégicas y de otra índole de la adhesión al progreso científico y técnico, y en su comprensión de los efectos de ello en las instituciones políticas nacientes del Estado soberano moderno, además de su efecto revolucionario en la conducción de la guerra.

La tendencia, dispareja pero evidente, en los cambios en la conducción de lo que venimos a llamar guerra regular le abrió paso a la influencia de los cardenales Richelieu y Mazarino, así como los también franceses Jean-Baptiste Colbert y Vauban.

Esto continuó con la bien definida revolución que en el arte de la guerra introdujo Lázaro Carnot durante su victorioso comando de las fuerzas de Francia en 1792-1794. Después de la derrota de Prusia en las batallas gemelas de Jena y Auerstadt, los reformadores prusianos, como Gerhard Scharnhorst, quedaron en condiciones de asumir la dirección de la resistencia alemana a la tiranía de Napoleón. Las reformas prusianas coincidieron con las que había hecho Carnot en Francia o las complementaron.

Precedió a estos dos últimos acontecimientos la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, que influyó en las reformas militares subsecuentes tanto de Francia como de Prusia, seguidas de la evolución de la doctrina militar estadounidense en formas nuevas, cambio en la doctrina estadounidense en la que influyó mucho la obra de Carnot y Scharnhorst, y realizada subsecuentemente bajo la presidencia de Abraham Lincoln. La guerra franco-prusiana de 1870-1871, bajo el mando de Helmuth von Moltke, reunió la mayoría de las enseñanzas de la Revolución Estadounidense, Carnot y Scharnhorst, así como de Grant y Sherman bajo Lincoln. En las dos guerras mundiales de este siglo, esa herencia de desarrollo del lado militar del estadismo definió en general las reglas básicas de la guerra moderna que conocieron y practicaron los mejores comandantes estadounidenses, como el general Douglas MacArthur.

Para resumir las enseñanzas que hay que sacar de la experiencia de la ruptura de Europa con las formas feudales de la guerra y otros aspectos del estadismo, se debe reconocer el principio de que, en lo sucesivo, la guerra nunca debe volver a ser imitación de los juegos deportivos profesionales. Tampoco se deben librar las guerras por venganza, ni con esas finalidades de dizque "modificación aversiva de la conducta" que han utilizado en época reciente bribones estadounidenses completamente inmorales, entre otros. Ejemplo de esta última estupidez es la serie de crímenes de guerra que se han perpetrado, por ejemplo, en la participación del gobierno de Clinton y Gore en los bombardeos estilo guerra psicológica británica ("modificación de la conducta") contra Irak.

Las prácticas que propongo se proscriban fueron características de la guerra feudal, legado de una tradición repugnante que escurrió hasta los tiempos modernos en la forma de lo que

vino a conocerse como "guerra de gabinete del siglo 18". En la tradición de la "guerra de gabinete" en la que han degenerado la doctrina y práctica militares de los Estados Unidos en los decenios recientes, la rama militar se ha convertido en un matón al que se despacha o se llama de regreso a capricho de diplomáticos depravados del corte de Henry Kissinger. Lo más caritativo que puede decirse de los gobiernos que degraden a sus fuerzas armadas a cumplir faenas semejantes es que son evidentemente incivilizados. A los comandantes militares y otros funcionarios responsables que aprueben ese empleo incivilizado de las fuerzas militares se los debe echar sumariamente por causa justificada, sólo por eso, y reemplazar con oficiales que hayan escogido para sus carreras modelos más aproximados a William Tecumseh Sherman y Douglas MacArthur.

Como lo implica el principio agustino de la *guerra justa*, en la era moderna el único propósito legítimo de la guerra es promover la paz civilizada, pero sólo para ese propósito militar y sólo en condiciones en que dichos fines se puedan alcanzar sólo por medios militares, con exclusión de otros. Eso quiere decir que la manera de conducir todas y cada una de las guerras debe ser congruente con ese principio. Quiere decir que las condiciones que el vencedor le imponga al vencido deben ser, a partir de ese momento, de beneficio para el vencido, permitiéndole acceder a una soberanía tan perfecta como la que disfrutó antes, o aún mejor, y una perspectiva, igual o mejor que antes, de bienestar general para su pueblo. Son esos beneficios, no la amenaza hobbesiana de represalias, lo que echa los cimientos de una paz civilizada y duradera, esencial para consolidar la victoria.

Nada de lo que he esbozado hasta aquí es retórica ociosa de mi parte. Esta fue mi política hacia la Unión Soviética cuando propuse por vez primera lo que vino a ser la IDE, y fue mi postura el 12 de octubre de 1988, en Berlín, cuando le planteé los términos de cooperación pacífica que yo proponía a una Unión Soviética que yo sabía, como lo dije entonces, que estaba condenada al desmoronamiento económico en el curso del año venidero, más o menos.

Consideremos tres elementos centrales de mi política estratégica militar anterior para ilustrar la cuestión que tratamos aquí. Después de eso volveré a las cuestiones de la guerra mo-

derna en general. Sin embargo, antes de entrar en esos dos subtemas, haré una breve referencia pertinente al papel del misionero cristiano.

El misionero cristiano sabe que el mundo está lleno de paganos. La monarquía británica de Isabel II, por ejemplo, pertenece a esos paganos que no simplemente se tocan con las sectas abiertamente satánicas, sino que son parte integral y destacada de esas sectas. Por otra parte, hay paganos como esos apóstoles del odio, el reverendo Pat Robertson y el reverendo Jerry Falwell, a quienes un Jonás moderno preferiría aborrecer, y que dan ejemplo de las tareas que tienen que resolver a veces la habilidad y la devoción del misionero. Sin embargo, sea o no odioso el cliente, una vez que Jonás tiene clara la autoridad de la que vienen sus órdenes, llevará a cabo su misión.

La orden de matar herejes nunca vino del Creador. La misión no es matar a los incrédulos, sino salvarlos, si no por el sermón de la palabra, por el sermón de los hechos. ¿Nunca mata el misionero o aprueba matar? Sólo cuando no queda otra alternativa y sólo cuando ese acto mismo no es un gesto fútil que sólo atizará la propagación inútil de los fuegos de la muerte. Pero, guerrero o no, nunca abandona su misión primaria, salvar a los paganos, en cumplimiento del principio de que todos los hombres y mujeres están hechos a imagen del Creador y, por tanto, son sujeto de redención.

La conciencia del guerrero debe estar informada por el misionero. Cuando se tiene que librar la guerra, debe hacerse como el general Douglas MacArthur condujo a las fuerzas bajo su mando en la guerra del Pacífico. MacArthur condujo su parte en esa guerra con un sentido excelente de los principios de la guerra justa, cualidad en la que superó con mucho a otros comandantes aliados en la Segunda Guerra Mundial. Hubo otros excelentes comandantes, diestros y honorables, pero MacArthur se distingue por el modo en que condujo la guerra, con la mayor economía posible de tiempo y de vidas, tanto del vencedor como del vencido, en su búsqueda de la victoria.

Sobre todo, procedió con justicia hacia el vencido. La guerra era necesaria; la victoria, posible; y el resultado, a pesar del criminal error de juicio del presidente Truman de bombardear Hiroshima y Nagasaki, fue una paz duradera. Fue una paz que se buscó con la sana intención de restaurar, lo antes posible,

la soberanía del vencido, y con beneficios duraderos para la población derrotada y sus instituciones.

Cuando yo era joven, se decía, medio en broma, que lo mejor que le podía pasar a una nación era que las fuerzas armadas de los Estados Unidos la derrotaran y la ocuparan. Ya no es así. No lo ha sido por más de treinta años. Otrora, nuestros líderes militares y políticos sabían que ganar la guerra era ganar la paz que venía después. Ya no; no últimamente. En eso, diríamos, radica la tragedia.<sup>63</sup>

Antes de reanudar la discusión de las normas de la guerra moderna en general, ilustraré las cuestiones a tratar refiriéndome a tres notables circunstancias distintas en las que me he visto calificado para definir o tomar decisiones respecto a la guerra y la paz, sea como posible asesor de un presidente o como candidato calificado a la presidencia.

- La primera ocasión fue en el segundo lustro de los sesentas, cuando el asunto era la guerra en Indochina; en esa época resumí mi política en un trabajo que se tituló "El segundo frente contra la guerra de Vietnam".
- La segunda ocasión fue en varios momentos entre la campaña electoral de 1976 y la de 1983, cuando mi política como candidato calificado a la presidencia —de hecho el mejor calificado en ese momento— vino a resultar en el programa expresado por el presidente Reagan en su discurso del 23 de marzo de 1983 en el que habló, entre otras cosas, de la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE).
- La tercera ocasión fue, como ya dije, el discurso televisado que di en Berlín el 12 de octubre de 1988, en el que esboqué las circunstancias probables de la posible reunificación a corto plazo de Alemania en torno a su capital histórica, Berlín.

Consideremos, pues, en primer lugar, mi orientación de fines de los sesentas respecto a las implicaciones de la guerra en Indochina.

Cuando se repase mi orientación militar de fines de los sesen-

63. Ya han visto —como lo vieron Ross Perot y su teleauditorio— cómo se pone Al Gore cuando no se sale con la suya.

tas, se debe tener en cuenta que las ideas sobre la situación estratégica mundial que devinieron mi política de fines de los setentas se derivaron de lo que descubrí mediante mis investigaciones en los cambios estremecedores que ocurrieron en los sesentas. Durante el primer lustro de los sesentas mi orientación hacia cuestiones como la guerra de Indochina cobró forma, en primer lugar, por ideas que ya había adoptado a fines de la Segunda Guerra Mundial, sobre la erradicación del colonialismo y sus vestigios de este planeta, por mi investigación del derrocamiento rabiosamente colonialista y el asesinato del presidente Patricio Lumumba y también por mi ya entonces experta previsión respecto al rumbo que había tomado la economía de los Estados Unidos y del mundo tanto antes como después del breve gobierno de Kennedy. En ese conocimiento limitado pero no magro de la situación estratégica mundial se basó mi política militar de fines de los sesentas.

Le reconocí cierto grado de sinceridad a las medidas de los Estados Unidos, entre otros, para garantizarle verdadera independencia y derechos de desarrollo económico a las antiguas entidades coloniales; pero, como enseñé y escribí en los sesentas, esas reformas, aunque alivio valioso del problema, habían avanzado muy poco hacia lo que el presidente Franklin Roosevelt trataba de hacer: eliminar la raíz rentista-financiera de los sistemas coloniales británico, holandés, portugués y francés. Por lo menos, la tiranía de los préstamos financieros internacionales continuó, y, de esa raíz, el sistema colonial siempre amenazó con volver a crecer, tal vez incluso en una expresión más salvaje que antes, como lo ha hecho desde el cambio estratégico de 1989-1992.

Yo sabía, en parte por consideraciones que vinieron a mi atención por primera vez cuando prestaba servicio en Asia, durante la Segunda Guerra Mundial y enseguida de ésta, que la guerra en Indochina, desde su comienzo, en el momento en que los británicos habían ordenado que las fuerzas militares japonesas derrotadas reocuparan Indochina, fue el fruto de una política probritánica y procolonialista arraigada en nuestro Departamento de Estado y otras instituciones pertinentes. Ese fue el carácter de todo el conflicto en Indochina,<sup>64</sup> desde fines

64. Las fuerzas japonesas recibieron instrucciones de reocupar Indochina y de esperar a que las relevaran tropas británicas, todo ello para preparar el

de 1945 hasta las operaciones militares estadounidenses de 1964-1975.

También sabía que lo que se puede llamar el "impulso objetivo" de la guerra de Indochina fue un subproducto de las directrices económicas estratégicas moralmente podridas que cobraron fuerza en el gobierno después de Kennedy y en los círculos de los medios financieros ligados a McGeorge Bundy y Robert Strange McNamara.<sup>65</sup> Así, pues, concluí que la acción política que meramente se concentrara en la guerra misma era inútil, probablemente un mero gesto de autosatisfacción de los activistas antibélicos, sin efecto significativo en lo tocante a las causas continuas de la guerra misma.

Esa guerra, como la de nuestro corrupto presidente Polk en contra de México y como muchas otras guerras de diferentes grupos en otros momentos y lugares, era más el síntoma de la infección que la infección misma. La guerra de Polk se planeó para que fuera lo que resultó: un preparativo de lo que vino a ser la Guerra de Secesión. Fue, para ser específicos, un preparativo de la operación de los títeres británicos de la Confederación, para que la monarquía británica destruyera y reconquistara a los Estados Unidos dividiéndolos en dos o más miniestados, algunos de los cuales serían tiranías de esclavistas, y otros, formalmente antiesclavistas. El nexo entre la guerra de Polk y los traicioneros preparativos que se realizaron durante las presidencias de Pearce y Buchanan, cómplices de Polk, es bien clara. También lo es la colaboración entre John Quincy Adams, Abraham Lincoln, etc, en contra de la guerra de Polk. Y también lo es el nexo entre esos acontecimientos previos y la defensa que hizo Lincoln de la Unión en contra de los traidores tanto esclavistas como antiesclavistas. El ejemplo de la guerra de Polk ilustra, pues, la importancia de nunca caer presa de la prestidigitación de los magos, nunca subestimar

---

que Francia reclamara y ocupara la antigua colonia. En el momento en que los británicos pusieron en marcha esta reocupación, ¡Ho Chi Minh había sido un fiel aliado político y militar de los Estados Unidos! La actitud traicionera que los EU demostraron hacia Indochina, una y otra vez, a partir de 1946, por instrucciones británicas y en interés del Imperio Británico, tuvo mucho que ver con el carácter posterior de las fases de 1965-1975 de la guerra.

65. Como el doctor Edward Teller lo pusiera de relieve en cierta ocasión, el segundo nombre del secretario McNamara había sido, bastante literalmente, 'Strange' (Insólito). Uno diría que, "a veces, Dios trabaja de modo misterioso".

que la guerra se puede desencadenar con los estratagemas de magos astutos. Que los magos crean y orquestan la guerra y sus reglas de combate tal como el emperador romano jugaba con los gladiadores a los que ponía a matarse en la arena, como instrumento para producir la destrucción mutua de las partes contendientes lanzadas a la arena de conflicto.

Tal fue, de hecho, el truco de mago conocido comúnmente como guerra de Vietnam. Lo que había que diagnosticar era la verdadera infección y eliminarla a fin de curar de veras la enfermedad.

Por lo tanto, mi punto de ataque fue que, con la aguda caída de las tendencias económicas estadounidenses, que empezó con el viraje de política económica del gobierno de Johnson, en 1966-1967, el flanco pertinente de la situación estratégica era la necesidad de un programa de recuperación económica de fuerza tremenda, un programa de recuperación económica basado en la exportación de capital de los Estados Unidos y Europa occidental para acelerar el desarrollo económico general de lo que entonces se llamaba "el Tercer Mundo".

En lo tocante al efecto de la guerra en los asuntos internos, los Estados Unidos necesitaban cumplir las promesas de las reformas en favor de los derechos civiles con la sustancia de oportunidades económicas más amplias para las antiguas víctimas de la política de discriminación racial. Se necesitaba ampliar la fuerza de trabajo estadounidense y mejorar las oportunidades de empleo para darle marcha atrás a los efectos de las tendencias económicas descendentes que ya se dejaban sentir. A fines de los sesentas se necesitaba aplicar los programas económicos que Franklin Delano Roosevelt había previsto para el antiguo mundo colonial antes de su inoportuna muerte. La forma necesaria de acción era aplicar los exitosos métodos económicos de la época de la guerra a satisfacer las urgentes necesidades comunes tanto de los Estados Unidos como de las poblaciones del Tercer Mundo en los sesentas y con los beneficios de los métodos de "programas de urgencia" para expandir la economía y su productividad per cápita.<sup>66</sup>

66. En vez de eso, el gobierno de Johnson fue inducido a dar la peor respuesta posible, diametralmente opuesta a la que se necesitaba. En vez de usar el programa impulsor existente, el más fructífero de la historia moderna, el

De ese modo, argumenté, debemos cambiar los temas del debate político para concentrarnos en los verdaderos asuntos estratégicos, las cuestiones ocultas detrás de los engañosos trucos sangrientos de los magos; debemos abordar esos asuntos de fondo en vez de volvernos estúpidos gladiadores condenados en el circo romano. Si no lo hacíamos, como yo entendía que debíamos hacerlo, le pondríamos fin a la guerra pero sólo después de haber perdido *nuestra guerra*; habríamos caído en la trampa de los magos. El propósito verdadero de emprender y arreciar esa guerra, la autodestrucción de los Estados Unidos, fue la consecuencia, el terrible castigo que sufrimos todos por permitir que nuestra nación se viera arrastrada tan estúpidamente en esa guerra innecesaria y completamente injustificada.

Así que, el propio movimiento antibélico terminó por ser, para los EU y para el mundo en general, una aflicción mayor que la guerra misma. Y, en el lado opuesto del debate político de entonces, parecía que el mando de los EU no había aprendido nada del resultado monstruosamente costoso de la guerra de Polk contra México, la Guerra de Secesión.

El interés común de los pueblos del Sudeste asiático de y los Estados Unidos hubiera sido que se cambiara por completo la política que se siguió en Indochina después de 1964 y se adoptara una línea de paz por medio del desarrollo con uso intenso del capital. Así, cambiando las premisas estratégicas subyacentes de la guerra de Indochina, se podía haber creado la posibilidad de un fin justo de la guerra. Si los Estados Unidos o por lo menos el propio movimiento antibélico hubieran tenido el buen sentido de adoptar esa política, los Estados Unidos hubieran ganado la guerra más amplia gracias a esa manera de ponerle fin a la guerra de Indochina. Por desgracia, eso no sucedió.

Pasemos ahora al segundo ejemplo, las circunstancias de los sucesos estratégicos de los setentas.

En 1971, cuando los viejos acuerdos de Bretton Wood se

---

programa espacial, para estimular el aumento de las oportunidades de empleo productivo y el crecimiento económico neto de las actividades generadoras de ingresos fiscales, el gobierno usó 1966-1967 para destripar los aspectos más estimulantes del motor tecnológico aeroespacial y sustituirlos con la lastimosa tontería de la "Gran Sociedad".

vinieron abajo, la médula de la situación estratégica que surgió entonces se definió en lo principal por la confluencia de dos sucesos desastrosos:

1. Como escribí en agosto y septiembre de 1971, el abrazar de sopetón orientaciones cuyos resultados serían sin falta futuras catástrofes económicas mundiales, desatadas con la adopción, en 1971-1972, de tendencias de austeridad prácticamente caníbales, inherentes al lunático orden monetario de los tipos de cambio flotantes;

2. Las catastróficas implicaciones inherentes al primer Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT I) y al acuerdo sobre defensa contra proyectiles balísticos (ABM). Mi preocupación y las investigaciones relativas a la interconexión de estos factores me llevó a definir, poco a poco, lo que terminó por conocerse brevemente, a partir de marzo de 1983, como la IDE. Para la época de las elecciones generales de 1976, los peligros correspondientes se habían hecho patentes.

En la época del gobierno de Carter, los siguientes fueron los principales factores evidentes de la situación estratégica.

La realidad de las secuelas del asesinato del presidente Kennedy fue el uso de los acuerdos de la alianza británico-estadounidense-mancomunitaria (BEM) con el gobierno de Jruschov, en las condiciones de la crisis de los cohetes de 1962, para pasar a aplicar la política de destrucción general que propuso Szilard en la reunión de Quebec de 1978 de la Conferencia Pugwash, al mismo tiempo que ese acuerdo estratégico servía de pretexto para eliminar de las doctrinas estratégicas de los Estados Unidos y Europa occidental, paso a paso, el elemento impulsor científico.

El primer paso importante en este sentido fue la orquestación por parte de la monarquía británica de un escándalo sexual parlamentario en contra de un importante funcionario del gobierno del primer ministro británico McMillan —el “escándalo Profumo”— para echar abajo a ese gobierno y, así, tras un brevísimo intervalo de decencia, meter al gobierno laborista del primer ministro Harold Wilson para llevar a cabo el programa ludista de éste de aplastar gran parte de la capacidad industrial

del Reino Unido. La estrategia de la monarquía británica era destruir buena parte de las economías nacionales de la propia Gran Bretaña y sus aliados pegándole fuego al vecindario empujando por la casa propia.

Los intentos de asesinar al presidente francés Charles de Gaulle, el apresurado despido del canciller alemán Konrad Adenauer, el subsecuente golpe parlamentario que echó abajo al gobierno de Ludwig Erhard, y acciones similares arrojaron a buena parte de la economía mundial a la condición baldada propia de las crisis de la libra esterlina y del dólar de 1967-1968, y a la subsecuente quiebra de los acuerdos de Bretton Woods, en agosto de 1971. El despido de MacMillan, el asesinato del presidente Kennedy, los despidos sucesivos de Adenauer y Erhard y el creciente aislamiento estratégico del presidente Charles de Gaulle, blanco de intentos británicos de asesinato, eliminó efectivamente o neutralizó cualquier intento político significativo de llevar adelante los programas económicos estratégicos apoyados en la ciencia que, con altos y bajos caracterizaron en general el período que va desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial hasta las negociaciones de la crisis de los cohetes.

Desde 1966-1967 empezó un proceso cada vez más acelerado de desmantelamiento de elementos económicos esenciales para cualquier programa de crecimiento físico económico neto de la producción, el ingreso real y la productividad físico-económica per cápita, de lo cual fueron síntomas los bárbaros recortes que sufrió el programa aeroespacial que Kennedy usó con éxito brillante como motor científico de la economía estadounidense. Se eliminó cualquier mejora significativa de la productividad per cápita en la economía física. La creación de una crisis permanente de deuda nacional por parte del gobierno de Carter fue síntoma de un proceso acelerado de decadencia económica general de los Estados Unidos que no se ha interrumpido desde mediados de los setentas hasta nuestros días.

### **Lo que se debe aprender de la IDE**

Así que nos vimos atrapados entre una economía en decadencia y la combinación del SALT I y el tratado de defensa contra proyectiles balísticos (ABM). La situación estratégica se volvió, pues, cada vez más peligrosa. Por una parte, con los acuerdos

de reducción de arsenales, las superpotencias se habían atrapado en los confines de situaciones que conducían a la destrucción general; por otro lado, le habíamos arrancado a la economía los elementos indispensables para construir la vía que nos permitiese escapar de esa trampa. Quienes tenemos la capacidad intelectual y el conocimiento para darnos cuenta de lo que se desenvuelve ahora con ominosa rapidez, vemos con claridad que aún estamos en esa trampa estratégica, trampa que se empeora casi de una semana a otra. Cierto, la posibilidad de que los bloques de las superpotencias intercambien andanadas colosales de proyectiles es cosa del pasado, pero esto ha hecho más desesperada la situación y las alternativas.

Para mediados de la década de 1970, 1975-1977, esta trampa estratégica se había vuelto mi preocupación central. Por eso, elaboré el programa estratégico que vino a conocerse como la forma de la IDE que presentó el presidente Ronald Regan en la parte pertinente de su discurso televisado del 23 de marzo de 1983. Varios aspectos críticos de esa iniciativa original se cambiaron después, lo que dio como resultado un diseño cuya concepción sigue siendo impracticable hasta nuestros días. El esquema que planteó el presidente el 23 de marzo hubiera funcionado y, en todos sus rasgos de principio, todavía serviría hoy. Lo que el Pentágono ofrece públicamente como defensa contra proyectiles balísticos en nuestros días es, en lo esencial, una quimera dirigida a confundir la mente de los niños, no a derrotar los peligros de destrucción general que se nos presentan en la vida real.

El primer rasgo decisivo de la versión original de la IDE lo representa el hecho de que el presidente ofreció compartir la tecnología pertinente con la Unión Soviética. El segundo rasgo decisivo, aunque no precisado en el discurso del presidente del 23 de marzo, es que la factibilidad de esa defensa contra proyectiles balísticos dependía y todavía depende absolutamente del desarrollo de armas basadas en lo que se denominó "nuevos principios físicos", y no —*absolutamente no*— en el uso intrínsecamente incompetente de cohetes interceptores de alta velocidad, los llamados sistemas "cinéticos". El tercer principio decisivo fue y sigue siendo que todos y cada uno de los recursos técnicos necesarios para la defensa contra proyectiles balísticos estratégicos y tácticos ofrecen poderosas posibilidades para el sector no militar de la economía. Por eso, en cuanto

a ese tercer aspecto, el programa que le esboqué con anterioridad al gobierno soviético y que se reflejó en el discurso del presidente, exigía la decisión de cooperar de esta manera en el emplazamiento de una defensa contra proyectiles balísticos estratégicos del mismo modo que los Estados Unidos habían aprendido a usar el programa aeroespacial de Kennedy como motor científico de la economía mundial.

En pocas palabras, la misión que le asigné a la creación de lo que vino a conocerse brevemente como la IDE fue romper el estancamiento mortal de los setentas, definido por el desmoronamiento cada vez más grave de la economía con la cual se podía crear la defensa contra proyectiles balísticos estratégicos, y los guiones de destrucción general que surgirían probablemente si no lo hacíamos.

El rechazo decisivo de la IDE vino de cuatro fuentes principales, en el siguiente orden de aparición. Un par de protegidos de Armand Hammer: el secretario general soviético Yuri Andropov y su protegido M. Gorbachov (e implícitamente, al menos, también Al Gore, otro protegido de Armand Hammer); grupos ligados al vicepresidente George Bush dentro del gobierno; la primera ministra británica Margaret Thatcher; y, no el presidente Reagan, pero sí los comités de campaña tanto del Partido Demócrata como del Partido Republicano para las elecciones generales de 1984. De no ser por eso, hubiera funcionado, técnica y económicamente. Hay muchos que, si entendieran las implicaciones, se pondrían ahora de rodillas para rezar porque se hubiera adoptado como se propuso originalmente. El número de los que quizá las crisis cada vez más graves inclinen a arrodillarse probablemente aumente cada semana, cuando el Sol salga cada día para revelar lo que la noche ha producido.

Hay una implicación subyacente, más profunda y completamente decisiva para el programa que elaboré, de cooperación estadounidense-soviético en la defensa contra proyectiles balísticos estratégicos. Para todas las naciones civilizadas y sus gobiernos, la preocupación primaria que despierta cualquier cosa que se vea como una amenaza, en especial una amenaza militar, es cómo eliminar o, cuando menos, disminuir significativamente la relación conflictiva. Hoy en día, considerando en retrospectiva los sucesos de los setentas y los ochentas, viendo cuán fácilmente se desmoronó el sistema soviético a

fines de los ochentas, cualquier observador reflexivo deberá preguntarse: "Siendo así, ¿por qué fuimos potencias termonucleares adversarias? ¿Qué tan graves habían sido los problemas en los decenios precedentes? Si la postura de enemistad se deshizo tan rápidamente a fines de los ochentas, ¿no indica eso que se deshizo entonces porque ya estaba madura para ese cambio desde hacía años? ¿No se hubiera deshecho antes si se hubiera descubierto y adoptado el método apropiado?" ¿No era mi plan de defensa contra proyectiles balísticos estratégicos precisamente el método que debió aplicarse?

Veamos este aspecto del asunto tal como lo abordé públicamente en mi discurso del 12 de octubre de 1988.

En febrero de 1982, la última vez que me entrevisté, en Washington, con el representante soviético pertinente, éste me informó que su gobierno rechazaría lo que había yo esbozado como cooperación económica y científica para poner en pie una defensa contra proyectiles balísticos estratégicos como alternativa a los guiones de aniquilación general de la doctrina de "destrucción mutua asegurada" (MAD) de McCloy, Bundy y Kissinger. En vista de los acontecimientos de las semanas subsiguientes y del lapso 1983-1989 en su conjunto, los elementos siguientes de mi respuesta a ese aviso siguen siendo de importancia estratégica hasta la fecha.

Respondí: si el presidente Reagan le ofreciere públicamente a su gobierno lo que yo le he esbozado a usted, y su gobierno rechazare esa oferta y se empeñare en rechazarla, el resultado sería la ruina de la economía soviética en cosa de unos cinco años. El presidente hizo la oferta, públicamente. El gobierno soviético la rechazó y se empeñó en rechazarla, con palabras de violencia extraordinaria en contra del presidente Reagan y todavía mucho más violentas en contra mía.

Esta respuesta continuó en la reunión de Reykiavik de octubre de 1986, que tuvo lugar apenas unos días después de que una facción del gobierno de los EU había planeado usar una operación conducida por William Weld, funcionario del Departamento de Justicia de los EU, para eliminarme a mí y a otros en un tiroteo de tipo militar. El Pacto de Varsovia procedió a desintegrarse, por razones económicas, no exactamente a los cinco años, sino a mediados y fines de 1989, empezando con Polonia y Alemania oriental.

Subsecuentemente, incorporé ese pronóstico —"en cosa de

unos cinco años" — en escritos que circularon con bastante amplitud.

¿Cómo supe que ése sería el resultado? En lo esencial, como lo prueban muchos otros hechos, soy muy buen economista, tal vez el pronosticador económico de largo plazo más exitoso vivo.

La economía civil del sistema soviético era una porquería, en tanto que el llamado complejo científico-militar-industrial contenía una de las mayores concentraciones mundiales de competencia científica. El problema decisivo eran los obstáculos que impedían una transferencia eficaz al sector civil como la que realizamos en repetidas ocasiones en los EU, durante la presidencia de Franklin Roosevelt y, más notablemente, con la transferencia de recursos técnicos del programa aeroespacial a nuestro sector industrial civil. En las condiciones de que compartieran las aplicaciones civiles de los productos de un programa intensivo como el que he propuesto para la defensa contra proyectiles balísticos, la cooperación entre los EU, la URSS, Europa occidental y Japón pudo engendrar un auge económico mundial que, como subproducto, hubiera dado un modo natural de reconstruir los enfermos sectores agroindustriales de la URSS en su conjunto.

De no aprovecharse esa opción, el factor capital dentro de la pudredumbre de los enfermizos sectores económicos de la URSS producirían efectos económicos y sociales combinados que tenderían a alcanzar su punto crítico en unos cinco años.

En el segundo semestre de 1988, los hechos que confirmaron mi pronóstico de 1983 en el plazo ya dicho me revelaron claramente que ya estaba en marcha la descomposición inminente, en cadena, de todo el sistema del Pacto de Varsovia, a lo que seguiría el desgajamiento de la propia Unión Soviética. Así que pronuncié el discurso del 12 de octubre de 1988, en el que advertí de los acontecimientos que estallarían en cosa de unos doce meses. Propuse que se usara la crisis de abastos como premisa para emprender, con las naciones del antiguo Pacto de Varsovia, el mismo género de cooperación que preveía yo con lo que el presidente Reagan denominó IDE.

Por desgracia, mi adversario George Bush fue electo presidente. Se posesionó del cargo; yo fui a la cárcel. Sucedió lo que pronostiqué; George volvió todo un desbarajuste, y ahora el vicepresidente Al Gore desea apasionadamente empeorar todo aún más.

Finalmente, en lo tocante a la IDE misma. En 1977-1986, presenté muchísimas pruebas de que sólo un dispositivo de defensa contra proyectiles balísticos estratégicos basado esencialmente en "nuevos principios físicos" podría funcionar. Lo "bonito" de todo esto era que, para librarse de los variados problemas, ciertos y probables, que abordaba la IDE, los EU, entre otros, tendrían que desencadenar una revolución científico-técnica, un gigantesco programa cuyo motor sería la ciencia, que superase todas las tonterías acumuladas en que se había convertido la política estratégica y de otra índole de los EU desde el asesinato del presidente Kennedy. La enseñanza que hay que sacar de todo esto y asuntos concomitantes es que el diseño competente de la estrategia de una nación no arranca de un plan para hacer la guerra, sino de un plan para hacer historia.

## **Haced historia, no la guerra**

La estrategia militar de un Estado nacional soberano republicano moderno no es un oficio de artesanos; no es una serie distinta de principios relativos a la práctica militar. Es una función integral de la estrategia general de conducción del Estado, y está siempre plenamente sujeta a esa estrategia. La estrategia del estadismo se localiza en las demandas de hacer historia, tarea de la que es ejemplo la lucha por liberar a las instituciones del Estado nacional soberano republicano moderno de las garras de los vestigios oligárquicos de formas previas, moralmente inferiores, de sociedad y derecho.

O sea, que no puede haber una estrategia militar competente que se base simplemente en la cuestión de los conflictos entre los Estados; el conflicto del que debe ocuparse en primer lugar la ejecución competente de la estrategia militar es si defiende eficazmente a la civilización y dicha defensa eleva o no la condición moral de la humanidad en su conjunto. Esta fue la consideración gobernante de mi política hacia la guerra de Indochina, mi elaboración de lo que devino la versión de la IDE que se ofreció originalmente, y la doctrina estratégica que expuse el 12 de octubre de 1988. Es el cimiento de mi doctrina estratégica para la actualidad.

La métrica con la que se definen esas escalas estratégicas es la noción de derecho natural inherente a la naturaleza del

hombre, según he replanteado aquí esa raíz subyacente de todo el derecho propiamente dicho. La existencia misma del Estado nacional soberano republicano moderno tiene sus bases legítimas en esa norma funcional de medición.

Así que, en una aproximación adecuada para nuestros tiempos, el propósito de toda planeación estratégica queda subsumido en el requisito de fundar y defender una comunidad justa y, por lo mismo, equitativa de Estados nacionales republicanos perfectamente soberanos, como la mejor forma posible de organización de toda la humanidad en estos momentos. En contraste, la idea de un gobierno mundial, en cualquier forma, es una abominación que nos trae a la memoria la imagen bíblica de la caída de la Torre de Babel.

En contra de las posiciones que ha planteado a menudo, explícita e implícitamente, el vicepresidente Gore, la guerra no da licencia para desatar nuestros bajos instintos contra determinadas víctimas, sean individuos o naciones. Usar el poder del Estado —sobre todo el poder de un Estado o concierto de Estados poderosísimos— en contra de cualquier persona, gobierno o nación para esa clase de propósitos, es uno de los mayores crímenes de lesa humanidad y así se le debe juzgar tanto en la práctica como en opinión expresa. Siempre, ese derecho moral que Gore desdeña, el derecho natural implícito en la distinción entre la humanidad y todas las especies inferiores, es el único derecho legítimo de las naciones y entre ellas mismas.

Si no adoptamos y hacemos cumplir ese derecho moral, la civilización actual de este planeta, cada vez más hundida en el caos, no sobrevivirá mucho más allá del fin de siglo, si es que sobrevive.

Para asegurar esos principios de derecho natural, el estadista debe encontrar su idea de sí mismo en la simultaneidad de la eternidad, o no estará calificado, en su capacidad de juicio, para gobernar en las peligrosas condiciones que enfrenta el mundo contemporáneo. De modo semejante, el comandante militar calificado, por la naturaleza de su empresa en el dominio de las decisiones de vida o muerte, no debe ser nadie que carezca de algunas de las cualidades de conciencia propias de un santo. Creo firmemente que el desaparecido general Douglas MacArthur hubiera estado de acuerdo en lo esencial. A veces es difícil satisfacer normas semejantes, pero sólo si nos confor-

mamos con menos, es de esperarse que nuestras luchas diarias por mejorar internamente como líderes cierren la brecha, al menos en efecto.

La conciencia del estadista y el comandante militar debe situarse en relación con las obligaciones morales tanto hacia el pasado como hacia el futuro. El estadista y el comandante deben reconocer un principio de progreso en la totalidad de la historia, enraizado y gobernado por el principio de derecho natural que he descrito aquí. Este sentido de obligación no puede ser la mera noción de cierto principio de progreso a secas; debe reflejar una conciencia sumamente cultivada, una conciencia profundamente informada de los elementos esenciales de la historia, en tanto de las ideas que pertenecen a asuntos de descubrimientos comprobables de principios universales, sean físicos o de otro orden. Debe ser la calidad de conciencia cultivada que han abandonado las tendencias recientes de opinión y que ya no enseñan nuestras escuelas y universidades.

Si imaginan ustedes que la necesidad de normas tan estrictas no me preocupa, no me han comprendido para nada. Mi preocupación es grande, más allá de lo que comprende la mayoría de ustedes. Por eso, estoy justamente impaciente en mantener, y así me lo exijo implacablemente, el necesario espíritu arrojado de innovación.

En la medida en que se me concedan los medios para ello, yo nunca haré la guerra por amor a la guerra; sólo historia.

5

**Política  
económica  
y exterior**

**D**esde octubre de 1997, la condición del planeta ha entrado en una extraordinaria y creciente hiperines- tabilidad. En esta condición, la historia mundial ya no cobra forma a la manera en que los gobiernos o los ciudadanos del común se habían acostumbrado. Ya no se puede basar una idea razonable de la historia actual en los métodos de interpretación deductiva e inductiva de cierta se- cuencia lineal de los llamados sucesos principales, tomados individualmente de la superficie del acontecer cotidiano.

En vez de eso, desde octubre de 1997, la historia en curso se ha moldeado una y otra vez, más y más, mes con mes, y aun semana con semana, no en respuesta a sucesos individuales o a series lineales de sucesos como tales, sino más bien en res- puesta a lo que un físico describiría como una multiplicidad compleja de cambios de fase sucesivos, cambios de alcance planetario y de calidad tectónica. La diferencia entre los tiem- pos ordinarios y los actuales va implícita en estas palabras: "La causa del accidente no fue la congestión de tránsito, sino el terremoto".

Estos cambios de fase de los procesos políticos del mundo, que se suceden ahora como sacudidas sísmicas, se centran en las relaciones entre los tres bloques del poder. El factor dominante que moldea la historia en curso es la interacción de estos cambios de fase, y no los "sucesos principales", ni mucho menos lo que los principales órganos de difusión califi- can de "temas de actualidad".

Dedicaré este último capítulo de mi declaración de candidato a tres temas de vital importancia para entender y abordar la alucinante transformación de los sucesos actualmente en mar- cha. Primero definiré, con la mayor brevedad posible, lo que quiero decir con cambios de fase sucesivos en la situación por la que atraviesa actualmente el mundo. Luego lo ilustraré con ciertos sucesos importantes, tanto recientes como actuales. Por último definiré el método que deben adoptar tanto el actual presidente de los Estados Unidos como el que venga después, para hacer frente a las tareas mundiales que describimos.

## 5.1 ¿Qué son los cambios de fase?

Lo más comparable a lo que quiero decir con "cambios de fase" es la transición de hielo a agua, o de agua a vapor, o del vapor

a un estado de plasma. Aunque se supone que la composición química del agua no cambia, es notable que hay una alteración cualitativa de la conducta física del sistema, incluso en sus interacciones con otros sistemas.

Tomemos un frasco de agua destilada, a temperatura ambiente. Si la refrigeramos, su temperatura desciende, pero ninguna otra cosa cambia. La temperatura desciende a cero grados; el agua está más fría, y hasta puede notarse una diferencia mínima de volumen, pero el agua sigue siendo agua. Luego sobreviene el cambio: se forma hielo en la superficie del agua; si la seguimos enfriando, se forma un bloque macizo, y tal vez se rompa el frasco. Tomemos otro frasco. Esta vez, lo calentamos. Pronto el agua comienza a hervir, y se convierte en vapor. Si sobrecalentamos la misma cantidad de vapor, lo mismo, y así sucesivamente. Con cada cambio de estado físico ocurre un cambio cualitativo de las propiedades dinámicas y efectos ambientales de esta misma cantidad de materia; en cada estado exhibe una conducta diferente que en el anterior.

Un cambio de fase ligeramente distinto (al parecer) ocurre cuando se aplica aceleración constante a un objeto disparado por un volumen de aire encerrado en un tubo de longitud indefinida. El cambio de estado físico aparece conforme la velocidad del proyectil se aproxima a la velocidad relativa del sonido para el aire en esas condiciones. Se genera un frente de choque supersónico riemanniano; cambia la relación del proyectil con el medio gaseoso. Algo parecido ocurre cuando se comprime, por ejemplo, la mezcla correcta de isótopos de hidrógeno y litio, de cierta manera específica: resulta una explosión termonuclear.

La naturaleza está llena de ejemplos de cambios de fase en muchos tipos distintos de *sistemas físicos*, como podemos llamarles; sus resultados a menudo sorprenden y maravillan al observador que nunca los ha visto antes. En la clase de transformaciones políticas, económicas, sociales y psicológicas que muchos lectores han empezado a experimentar ya en su entorno inmediato, nos vemos ante una nueva variedad de cambios de fase, distinta de la que ilustré con la serie de ejemplos anterior. No obstante dicha diferencia, los cambios políticos que vivimos siguen siendo cambios de fase, si bien operan bajo otro régimen que el de los llamados sistemas físicos. La diferencia estriba en que los sistemas vivos tienen cualidades

distintas que los no vivos, y la conducta humana es de una cualidad completamente aparte de la de cualquier otro proceso vivo. No se trata aquí de "fuerzas" esotéricas y misteriosas; simplemente es algo que mucha gente no conoce, y que bien vale la pena conocer.

A los cambios de fase discontinuos, de carácter afín a los ejemplos anteriores, llamémoslos "cambios de estado". Imaginemos una variedad de sistemas sociales de gran escala, cada uno de los cuales atraviesa cambios individuales en su propio estado, pero también responden no tanto a los sistemas vecinos, sino a los cambios de estado que atraviesa ese sistema vecino, pero distinto. Ya ha ocurrido en épocas pasadas. Dichos procesos se encuentran presentes en todas las épocas, por más que no se noten sus efectos. Dichos efectos suelen presentarse al observador común, como ocurre ahora, únicamente en períodos de transición turbulenta, que marcan el paso de la sociedad por un doloroso parto que desemboca en el nacimiento (o aborto) de un nuevo estado de cosas, cualitativamente distinto en todo. En la historia real no hay "tiempos normales"; no hay períodos de quietud en que las leyes de la historia operen de otra forma que durante las turbulencias tectónicas de la sociedad; lo que hay son los reposos relativos de la preñez insospechada, cuando el grueso de la población dormita, soñando plácidos sueñitos, y se va gestando el tormentoso parto.

Ya pasó la hora de los sueñitos. La norma de nuestros tiempos son los terremotos. Tales son ahora, hablando *a grosso modo*, los cambios que acaecen en la condición general del mundo, tren de cambios de estado que ha cobrado ímpetu en los últimos quince meses, tanto en los sistemas como entre ellos. La determinante del curso que llevan los sucesos mundiales es este cambio fundamental del carácter de cómo funciona el mundo.

Dichos cambios se expresan en la actualidad, principalmente, como cambios de fase en el marco de la serie de relaciones entre los tres bloques multinacionales. Esta nueva condición del mundo obra a los efectos de que la interacción entre los cambios de fase de las tres regiones se ha convertido en una especie de "triple punto". Ese triple punto, en sí y de por sí, más que cualquiera de los sistemas que interactúan dinámicamente por él, es la determinante del cambio de estado de

nuestro planeta entero. Ese hecho, y sus múltiples repercusiones, se pueden ilustrar de muchas maneras.

El ejemplo más sencillo, tal vez el más repugnante, de este hecho, es la inconciencia del gobierno estadounidense, y también de los de Europa occidental, ante el genocidio que se perpetra actualmente contra el Africa negra. Se trata de un holocausto que aún consume ese continente, irradiando desde la Uganda del sanguinario dictador Yoweri Museveni hacia extensiones cada vez mayores al sur del Sahara. Es un genocidio que continúa instigado principalmente por la monarquía británica, pero con una importante participación de las muy arraigadas operaciones de Israel en Africa, con plena complicidad del Departamento de Estado estadounidense coordinado por su secretaria de Estado, Madeleine Albright, y el "comité de directores" de Al Gore. Estas entidades oficiales son responsables de una matanza de *más de seis millones de africanos negros* hasta la fecha, holocausto que no sólo continúa sino que se acelera gracias a las entidades que acabo de nombrar. ¿Qué pasó con la consigna "nunca más"?

Tan macabras realidades ya ni siquiera perturban la conciencia de los gobiernos o los órganos de difusión. ¿Cuántas decenas de millones de africanos negros tienen que ser masacrados en este grotesco genocidio, antes de que el Departamento de Estado de la señora Albright destituya a Susan Rice y derogue la política de la que sigue siendo personera?

¿Dónde están las hipócritas expresiones del vicepresidente Al Gore, en apasionada defensa de los "derechos humanos"? "¿Cuál es tu problema, Al? ¿Será porque se trata de africanos negros, a los que ves como veías a la ex senadora federal Carol Moseley-Braun, veterana luchadora negra por la justicia en Africa, durante la convención nacional del Partido Demócrata en 1996? ¿Qué nos dice esto de tu actitud hacia los estadounidenses de origen mexicano, Al? ¿Acaso tu indiferencia hacia el apoyo del Departamento de Estado al genocidio en Africa significa que debemos interpretar tu política del Tratado de Libre Comercio en el sentido de que ves a los latinoamericanos como leña para los hornos esclavistas de las maquiladoras?"

Estos son, pues, los tiempos actuales, con sus costumbres. De tal suerte que el futuro de nuestro planeta está determinado

## Los tres bloques principales de poder



*El bloque británico-estadounidense-mancomunitario, ejemplificado por la reina Isabel II y George Bush.*



*El grupo de Eurolandia, reliquias cada vez más desesperadas de naciones otrora orgullosas y soberanas, como la Alemania del canciller Gerhard Schröder.*



*El "bloque de los sobrevivientes", que incluye a China, Rusia, India y otras potencias eurasiáticas. En la foto, el presidente de China, Jiang Zemin, en Novosibirsk, Rusia, en noviembre de 1998, donde subrayó las enormes posibilidades de Rusia para contribuir al progreso científico y técnico de Eurasia.*

por las interacciones entre la recién aparecida configuración de tres bloques de poder.

- El primero es el llamado bloque "angloamericano", un club de banqueros enormemente autoinflado, supuestamente muy rico pero quebrado en realidad. ¿Cómo no van a ser ricos, si imprimen su propio dinero a velocidades hiperinflacionarias? Es una formación británico-estadounidense-mancomunitaria (BEM), basada, no en la unidad de los Estados Unidos con la Mancomunidad Británica, sino en la creciente integración de las élites de abogados y banqueros de Wall Street, y los acólitos y lacayos de éstos, en el imperio de la monarquía británica que llaman "Mancomunidad".
- El segundo bloque, que bien podría llamarse el "club de los pobres", es el grupo eurocéntrico de reliquias cada vez más raquíticas y desesperadas de las otrora soberanas y orgullosas naciones de esa región, ahora víctimas del fraude del Tratado de Maastricht, pergeñado por Thatcher, Bush y Mitterrand en 1989 y 1990.<sup>67</sup>
- El tercer grupo, que comenzó a perfilarse como bloque a partir de octubre de 1997, es el bloque eurasiático posterior a Gore. Podemos llamarle el "club de los sobrevivientes"; es un triángulo cuyos vértices son China, Rusia e India, e incluye porciones de la antigua Unión Soviética y del Asia oriental y sur, atraídas unas a otras por el peso relativo de las potencias de aquella región euroasiática, potencias que ahora tienden a consolidarse en torno a su papel compartido, como acaba de describirlo el primer ministro ruso Yevgueni Primakov, de pilares estratégicos de dicho "club de los sobrevivientes".

Todos los demás lugares del planeta orbitan en el espacio-tiempo estratégico definido por estos tres planetas principales del sistema, los tres grandes "clubes" estratégicos.

67. Naturalmente, la primera ministra Thatcher no condujo al Reino Unido a unirse al euro. Cuando el ganadero manda el ganado al matadero, él, discreta-

Antes de entrar a la discusión de estos bloques, hagamos un pequeño paréntesis.

En lo que vengo a contarles, salvo en los casos en que hago referencia explícita, reconozco al resto del planeta, incluida la verdadera ciudadanía estadounidense, como gente tan ajena a los imaginarios Estados Unidos de Al Gore y de Wall Street, como las naciones y pueblos de Iberoamérica. A usted, el ciudadano, le excluyen de toda influencia en cualquiera de los tres bloques. Esto lo ejemplifica el caso de cerca del ochenta por ciento de la ciudadanía que expresó su apoyo al presidente Clinton ante la pandilla que pretendía enjuiciarlo, ciudadanos cuyos derechos y opiniones no figuran para nada en los planes de la camarilla de Londres y Wall Street. Por tanto el pueblo estadounidense, los verdaderos Estados Unidos, no figuran actualmente en ninguno de los tres bloques.

Para que no quede duda de que el pueblo estadounidense es totalmente ajeno al primer bloque, debemos recalcar que los instigadores del proceso de enjuiciamiento del Ejecutivo, como el "reverendo" Jerry Falwell, dirían "religiosamente", así como Al Gore lo dice "democráticamente": hagamos caso omiso de ese ochenta por ciento de la opinión pública. La campaña de enjuiciamiento refleja, justamente, el temor de que el pueblo estadounidense, ahora en condiciones de un nuevo desplome financiero en Wall Street, pudiese inclinarse a hacer algo que los pueblos de Iberoamérica no han podido, que es regresar al escenario político en los propios Estados Unidos, suceso que sería el fin, quizá, del poder del primer "club", el de los compinches de Al Gore entre los abogados y banqueros de Wall Street. De ahí su impaciencia por meter a la Casa Blanca a Al Gore, el actual favorito de Wall Street para ocupar temporalmente el lugar del presidente.

Es notorio en este sentido que sólo hay dos vías en que Al Gore podría acceder al poder, y ninguna es la electoral: una sería la destitución del presidente actual o, si no, como cuando metieron al vicepresidente Teodoro Roosevelt a lo que Teddy llamaría "la Casa Blanca", mediante el asesinato.

Dicho todo esto, veamos los tres bloques que identifiqué.

---

mente, se queda afuera. Quizá Thatcher sea guaje, pero los que la manejan no son tan bobos.

¿Cómo interactúan, diferenciadamente, ante el actual proceso de mutación y cambio de fase global?

El primer bloque, el "club de los banqueros", es una sarta de lunáticos que detentan mucho más poder que el que les conviene ni a ellos ni a nadie. Al igual que el fanático utopista vicepresidente Al Gore, son presa de la misma demencia que se adueñó de las víctimas de la "locura de los tulipanes" en el siglo 17, o de las burbujas financieras estilo John Law que asolaron a Francia y a Inglaterra a principios del siglo 18. Estos fanáticos del "libre comercio" en Wall Street y otros focos de ese mal, pues, son lunáticos tan dementes, prácticamente, como Adolfo Hitler en su *bunker*, ya perdido, o el teosófico clan Windsor de Isabel II de Inglaterra, de los que decían "después de nosotros, el Apocalipsis". Estos son de los que preferirían mil veces mandar al planeta entero al infierno que renunciar a los cuestionables reclamos de D. E. Shaw, adepto de Gore, al dinero ruso o lo que quiera decir Al en su estilo de *Alicia en el País de las Maravillas* cuando abusa, con satánica perversión, de términos como "libertad", "democracia" y "derechos humanos". ¡Nada más hay que ver a estos miembros y aduladores del club de los banqueros! Ahí están, con las bocotas abiertas (y eso no es todo), completamente concientes de que están inyectando la más gigantesca masa de dinero y deuda inútil, completamente hiperinflacionaria, de toda la historia. Saben bien, como ocasionalmente lo da a entender Alan Greenspan, que empujan al mundo, con irracional exuberancia, al umbral del peor derrumbe de toda la historia. Y aún así persisten en ello, con su pasión lunática, desesperada, hitleresca, por "la única forma de defender nuestro sistema".

El segundo bloque es el triángulo formado por China, Rusia e India, triángulo que comienza a abarcar otras naciones. No es éste un bloque de composición homogénea, pero sus integrantes se dan cuenta de que dependen mutuamente de las condiciones de subsistencia que puedan crear y mantener de común acuerdo. Este es un bloque armado por el propio vicepresidente Al Gore, inconscientemente, con su desvergonzada exhibición del tipo más monstruoso de corrupción financiera en la vida política interna de Rusia, y su sucesión de rabiosas fulminaciones de racismo antiasiático escasamente velado en Kioto, Kuala Lumpur y otras ocasiones más recientes. Este

bloque eurasiático es completamente racional, y constituye el aliado natural de los verdaderos Estados Unidos que representa usted, el ciudadano. Son racionales, de acuerdo a la norma de racionalidad que teníamos en los Estados Unidos cuando nuestros gobiernos eran aún más o menos racionales, en el sentido en que no lo son Al Gore y Wall Street.

El tercer bloque, el "club de los pobres" en el continente europeo, tiene una curiosa mezcla de emociones. Este club, aglutinado en torno a Francia y Alemania, representa a las naciones cuya reciente política económica y demás ha sido entre mala y pésima, en general, pero cuyas conciencias nacionales les recuerdan constantemente el interés económico y demás que comparten en el establecimiento de relaciones mutuamente ventajosas con Rusia y los actuales y futuros aliados de Rusia en el Asia. Son naciones cuyos más vitales intereses son pisoteados a diario por la pestilencia de Gore y Blair.

La guerra de estos dos contra Irak, por ejemplo, les causa horror y conmueve en lo más hondo, porque todos los expertos militares principales y demás de Europa saben sobradamente que el Comité de Directores no es ni competente en cuestiones militares ni del todo cuerdo, y que si estos orates del Comité de Directores se empeñan en su política actual, se gesta una catástrofe estratégica a muy corto plazo.

Europa representa actualmente, por éste y otros motivos, un ámbito de sentimientos encontrados y de medidas revueltas y confusas, pero con una angustiosa intuición de que sus intereses definitivamente no coinciden con el rumbo en que los dirigen conjuntamente Wall Street y el régimen de Blair. El sector europeo sigue, por lo pronto, alineado con Washington, pero no del todo; ni tampoco por mucho tiempo, si las cosas siguen por el derrotero que les están marcando Blair y Gore.

Muy interesante la interacción entre el Reino Unido y las naciones del continente europeo. En el Reino Unido una porción creciente tanto de la llamada "derecha" como de la llamada "izquierda" tiende a recapacitar, al igual que algunos ingleses, sobre las necesidades impuestas por los compadres de Blair y Gore.

Las crasas pavadas teosóficas de los críos de Isabel II y su camada estilo "familia Addams",<sup>68</sup> condimentadas con la fre-

68. Con el duque de Edimburgo en el papel de "Largo".

cuenta y repulsiva exhibición pública de la infeliz Camilla Parker-Bowles, hacen de la mala muerte de la princesa Diana la realidad más monumental, un silencio a gritos que define la totalidad de la actual política del Reino Unido. La imagen de los ojos de lady Diana nunca dejará de escudriñar aquel palacio malhadado; su espectro seguirá apareciéndose a espantar a la reina Isabel II y todos los suyos, de la misma manera que la lady Macbeth, de la obra de Shakespeare sufría tales apariciones, y de la misma forma en que la muerte de Juana de Arco mortificó al padre de Luis XI. Este no es un mero escándalo; cunde la insistente sensación, basada más en la economía política que en los escándalos, a veces sangrientos, de la Corona, que el Reino Unido estaría en mejores condiciones de sobrevivir sin los Windsor que con ellos. Al fin y al cabo, visto desde Londres lo que está por acaecer en Wall Street, podría entrarles la idea de que el universo no fue creado en 1714.

En el resto de la Mancomunidad también hay asomos de tendencias centrífugas.

Por el momento no hay ninguna opción viable, duradera, para que los tres clubes adopten un criterio común de acción; por otra parte hay una grande y creciente discrepancia —fatal, quizás— con el primero.

Los gobiernos de Rusia y China han demostrado, cada uno a su manera, que se dan clara cuenta de que no puede haber nada en común con lo que representan hoy día Al Gore y el FMI. Gore y Wall Street jamás abandonarán voluntariamente su actual demencia, ni antes ni después de irse al Infierno. El continente europeo y quizás incluso algunos en el Reino Unido preferirían estrechar lazos con el club de los sobrevivientes, de Eurasia, pero todavía no lo consideran probable. Por ahora ninguna región ni del continente europeo ni del Reino Unido podría sobrevivir como territorio habitable en las condiciones que les acarrea seguir con la política económica y demás del Grupo de los Siete.

Algo va a tener que cambiar pronto o, si no, todo el planeta, o su gran mayoría, se precipitará a una nueva era de tinieblas, antes de que sus hijos adolescentes sean adultos.

Por lo pronto no hay soluciones comunes que conduzcan a unas relaciones armoniosas entre los tres bloques; no hay soluciones para ninguna parte de nuestro planeta mientras falte en estos bloques, en su actual hiperinestabilidad, el tipo

de resolución racional que Wall Street y Al Gore nunca permitirían por las buenas. Se trata, por tanto, de tiempos muy peligrosos.

Veamos la típica manera en que se generan los cambios de fase.

## 5.2 Cambios de fase: Gore y el LTCM

La reciente erosión acelerada de la malhabida y menguante reputación del vicepresidente Al Gore como persona honrada encierra muchos ejemplos claves de la forma en que se vienen desarrollando e interactuando los cambios de fase en los últimos quince meses. Comencemos con el brote de la crisis que marca la entrada del sistema monetario del planeta en su fase agónica, en octubre de 1997.

Como ya lo he indicado, el vicepresidente Gore ha sido un chico muy malo, muy corrupto, que se ha valido de su influencia como funcionario electo para impulsar transacciones financieras internacionales de calidad peor que dudosa, algunas de las cuales le han reportado beneficio económico personal, de lo cual hay constancia pública. Esa corrupción política, según el *New York Times*,<sup>69</sup> incluye como rasgos muy salientes ciertos intrínquilos financieros feísimos, identificados en parte, según relata ese diario, por los "detectores de minas" de la sección de contrainteligencia de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en 1995.

Se han identificado otras conexiones más profundas de Gore, coincidentes con las revelaciones del *New York Times* sobre estas mismas irregularidades, que se remontan hasta 1995. Tan sórdidos vínculos comenzaron a aflorar para marzo de 1998, más o menos, con la destitución del primer ministro ruso Víktor Chernomirdin, compinche de Gore, despedido por el presidente Yeltsin por esas fechas.<sup>70</sup> Sirva como referencia el resumen de

69. James Risen, "Gore Rejected CIA Evidence of Russian Corruption," *New York Times*, 23 de noviembre de 1998.

70. Ver Michele Steinberg, "Plundering Russia: Time to Open the Gore Impeachment File," *Executive Intelligence Review*, 12 de febrero de 1999. El 23 de marzo de 1998, enseguida de una reunión que celebró la Comisión Gore-Chernomirdin en los Estados Unidos, el presidente Borís Yeltsin despidió al primer ministro Chernomirdin y al primer vicepremier Anatoli Chubais. El fin

los temas programáticos tratados en una conferencia a la que yo asistí en Moscú por las mismas fechas, en compañía de destacados economistas rusos.<sup>71</sup> A la luz de la situación registrada durante el desarrollo de esa conferencia, se aprecia que el vicepresidente Al Gore abusó de su cargo público con el doble efecto de saquear a Rusia y vulnerar vitales intereses estratégicos estadounidenses; y lo hizo, en gran parte, con ánimo de lucro personal. ¿Acaso no huele un poco a delito político, sujeto a enjuiciamiento?

Toda esta podredumbre que rodea a Gore condujo a éste a una racha de actividades históricas, a espaldas del presidente Clinton, en agosto de 1998. Gore logró devolverle brevemente el poder a su compinche, Chernomirdin, en Rusia, como candidato al mismo cargo, de primer ministro, del que le habían despedido en marzo del mismo año; mas todo el negocio saltó a otro nivel con la explosión del escándalo del LTCM, el 23 de septiembre. Como resultado de los tejemanejes de Gore, Chernomirdin salió de nuevo, y la cartera de primer ministro pasó a Yevgueni Primakov, hasta entonces ministro de Relaciones Exteriores. ¡Otro cambio de fase!

Entretanto, el presidente Clinton se había retractado de su promesa de solventar la crisis financiera mundial. En octubre, en la conferencia del Grupo de los Siete en Washington, hubo otro cambio de fase. En respuesta al "destape" implícito de las corruptas conexiones de Gore con el escándalo del LTCM, el

---

repentino del gobierno de Chernomirdin se explica por los detalles que ofrece una fuente europea de alto nivel, ligada a círculos de la nobleza de Europa occidental, que explicó que Yeltsin había recibido informes de un complot de Chernomirdin para reemplazar a Yeltsin en la primera oportunidad. Esto se había discutido en las reuniones de Chernomirdin con Gore, según la fuente. Las grabaciones de las conferencias de prensa que Yeltsin y Chubais dieron el 23 de marzo en Moscú confirman que habían salido ya a relucir problemas de corrupción, de saqueo de los tesoros nacionales rusos por medio de la privatización, y de negocios con información confidencial. Gore ha estado ligado a Chubais y Chernomirdin por medio de una compañía de San Francisco, Golden ADA, que fue cerrada por robar tesoros del gobierno ruso a fines de 1995 o principios de 1996, según el *U.S. News & World Report* del 8 de agosto de 1998.

71. La conferencia tuvo lugar en Moscú el 24 de abril de 1996, patrocinada por el Instituto de Investigación Socio-Política de la Academia de Ciencias de Rusia; la Sociedad Económica Libre de Rusia; y el Instituto Schiller de Ciencia y Cultura (Moscú). Ver "Russia, the U.S.A., and the Global Crisis," *Executive Intelligence Review*, 31 de mayo de 1996.

gobierno estadounidense soltó una explosión hiperinflacionaria, principalmente para encubrir los efectos del megascándalo en que Gore tenía tan céntrico papel.

Ello condujo, a su vez, a una serie de acontecimientos cruciales, entre ellos la presión ejercida por Clinton en la Plantación Wye sobre el primer ministro israelí Benjamín Netanyahu y Ariel Sharon, socio de Henry Kissinger en el fraude de bienes raíces de la Ribera Occidental. En respuesta a los acuerdos de Wye, los agentes israelíes que frecuentan los medios del Comité de Directores de Gore pusieron en circulación un plan de "modificación de la conducta" bombardeando a Irak. El presidente Clinton canceló el bombardeo, pero fue a Israel y no tuvo el menor éxito, lo que le abrió las puertas a Gore y compañía para poner otra vez en marcha, a espaldas del presidente, el bombardeo de Irak. Entretanto el acuerdo obtenido por Clinton en Wye había perdido toda vigencia, por acción unilateral de Netanyahu y Sharon. Al mismo tiempo, con la ayuda de los compinches de Gore en Wall Street, arreció el enjuiciamiento político del presidente Clinton, acercando a centímetros de la presidencia a Gore, quien con todos los escándalos que le rodean sería posible blanco de enjuiciamiento político, amén de ser prácticamente inlegible por mérito propio.

Veamos los mecanismos tras esta sucesión de cambios de fase, con su impacto en la formación del "club de los sobrevivientes" eurasiático.

La causa subyacente de estos sucesos de 1998 fue, como ya lo indiqué, el brote de la actual fase final, a partir de octubre de 1997, de décadas de desplome del actual orden monetario y financiero mundial. El rasgo central de las fases posteriores a 1982 en ese proceso de desplome ha sido la corrupción del sistema entero por una sucesión de innovaciones financieras implícitamente ilegales, tales como los "bonos chatarra" y el mercado de derivados. Las leyes federales Garn-St. Germain y Kemp-Roth tuvieron un papel central en la aparición de esta secuela de la orgía usurera diseñada por la Comisión Trilateral y desatada por Paul Volcker, jefe de la Reserva Federal estadounidense, de 1979 a 1982. Lo que dio pie a la crisis de octubre de 1997 fue que el sistema estaba más que maduro para un reventón de la burbuja mundial de derivados financieros. Las repercusiones del cambio de fase de octubre de 1997 pusieron en aprietos las delicadas negociaciones trilaterales del vicepre-

sidente Gore tanto con Chernomirdin como con sus compinches de Wall Street.

Ello desembocó, a su vez, en la situación de que algunos de los más importantes contribuyentes al fondo de campaña de Gore, protagonistas de la "burbuja" del LTCM, necesitaban desesperadamente la cooperación muy especial de Rusia para rescatarlos a ellos (y a otros) del agujero de los derivados financieros en sus especulaciones contra las obligaciones crediticias externas de Rusia. Fue así como Gore se vio atrapado con los pantalones de Chernomirdin abajo.

Esta concatenación de sucesos, del segundo semestre de 1998, jugó un papel central en el establecimiento de una nueva serie de relaciones trilaterales en Eurasia, centradas en China, Rusia e India. Todo eso le reventó en la cara a Gore y Albright, estrellas del Comité de Directores, en el contexto de la reunión de la Cooperación Económica del Asia y el Pacífico (APEC) en Kuala Lumpur, y condujo a un nuevo bombardeo de Irak, que aún hoy sigue ocurriendo, puesto en marcha conjuntamente por el primer ministro británico Tony Blair y el "presidente interino" Al Gore. Ese bombardeo resultó ser "la gota que derramó el vaso" y dio pie a un cambio de fase en las relaciones de los Estados Unidos con China, Rusia y otras partes del mundo.

Entonces, pues, *los acontecimientos generaron cambios de fase, y los propios cambios de fase interactuaron entre sí a escala mundial*. Veamos de nuevo el proceso cuyos rasgos más salientes acabo de enunciar. Comparemos lo que acabo de describir con los ejemplos de cambios de fase que usé al principio de este capítulo.

En el proceso que conduce del hielo al agua al vapor al plasma, la acción constante que impulsa el proceso por los sucesivos cambios de estado es, para describirlo en términos generales, un aumento paulatino del flujo de densidad energética del recipiente de algo que químicamente es agua. En el caso de los sucesos recién descritos, que van de 1997 a 1999, la fuerza impulsora que ocupa el lugar del aumento paulatino de la densidad de flujo energético es lo que describí anteriormente, en mi "función de triple curva". Tal como lo muestra esa gráfica, el desplazamiento de izquierda a derecha, trazado de 1966 a 1999, cumple la función de forma de acción característica similar al aumento de densidad de flujo energético en el cambio de fase del hielo al agua.

En el caso de la función de triple curva, la forma de acción es, matemáticamente hablando, de un orden de organización superior, según las normas de las hipergeometrías de Gauss y Riemann —o sea, multiplicidades pluriconexas— a la acción representada en el caso de la transición del hielo al agua, empleado aquí como ejemplo del concepto de cambio de fase. Habida cuenta de todas las consideraciones anexas, la comparación de estas dos secuencias deja en claro varias características comunes muy importantes, si bien elementales.

La primera comparación que cabe es la que se invoca aplicando el criterio de Sócrates, en el diálogo *Parménides*, de Platón, a la tarea de dar con una definición de "agua" que se aplique igualmente bien a todos los estados físicos en que pueda aparecer el agua, independientemente de sus variables de presión y flujo de densidad energética. ¿Qué principio de acción, o principio de *cambio*, debemos emplear para labrar una definición inmutable de "agua" que se aplique por igual a todos y cada uno de esos estados físicos, así como a las transiciones entre dichos estados? Según la norma empleada por Leibniz para definir su cálculo, que es también la norma por la que Gauss y Riemann definen sus hipergeometrías, la cualidad de cambio experimental crucial que define con igual acierto todos los estados posibles de un sistema, en cada parte de su trayectoria funcional, debe denominarse una *característica* experimental crucial mensurable de esa hipergeometría.<sup>72</sup>

72. Leibniz elaboró su descubrimiento original del cálculo para resolver una tarea que Johannes Kepler le planteó a los "futuros matemáticos". Cuando Kepler demostró, con mediciones, que la órbita de Marte es elíptica y no circular, ese descubrimiento lo llevó a demostrar que todo el Sistema Solar se basa en el principio que subyace en la determinación de la órbita elíptica de Marte. Lo cual llevó a Kepler a plantear, como un problema de física matemática, la cuestión de cómo determinar la trayectoria orbital total de un proceso a partir de la determinación de una tasa de curvatura no constante en un conjunto observado de unos cuantos intervalos de dicha trayectoria, método que Gauss aplicaría para determinar la órbita del asteroide Ceres. Así, el cálculo de Leibniz se basó en un principio de alinealidad categórica de la derivada, directamente opuesto al intento fallido de Newton y otros de duplicar el descubrimiento de Leibniz del cálculo con simples series infinitas, y contrario al sofisma del intento de Agustín Cauchy de mutilar el cálculo de Leibniz para tratar de hacerlo caber, mediante la "fracción de Cauchy", en la multiplicidad cartesiana linealizada. Este descubrimiento de Leibniz sienta la base de la hipergeometría de multiplicidades multiconexas de Gauss-Riemann o lo que se define correctamente como "funciones alineales". Sobre el uso de *característica*

En el caso de la función de triple curva, la acción característica es la serie de relaciones entre economía física y agregados financieros y monetarios, medida per cápita y por kilómetro cuadrado del área del proceso. Prestemos especial cuidado al hecho de que esta característica de la triple curva es una característica entrópica; representa el rasgo característico de un proceso de degeneración entrópica de las economías estadounidense y mundial a partir de mediados de los años sesenta, contrastado con las características efectivamente *antientrópicas* de la economía estadounidense en tiempos anteriores, y con la característica presumiblemente *antientrópica* del aumento de la densidad de flujo energético del agua.

Esta curva de triple función es la característica de los movimientos recientes y actual de la economía mundial considerada en su conjunto, y especialmente Europa y los Estados Unidos. Ello repercute en todas las regiones del mundo, tanto directamente como a través de los efectos irradiados desde otras regiones. La cualidad específica del cambio entrópico que esta característica le impone a las estructuras de todos los procesos en que incide, resulta en una serie de cambios de fase en tales puntos. Dichos cambios de fase locales, a su vez, interactúan entre sí. De esta manera, las interacciones entre cambios de fase se convierten en factor primario del cambio de las relaciones entre distintas regiones del mundo.

Estos cambios de fase ocurren en forma que se asemeja a las transiciones de hielo a agua, y así sucesivamente. Un ritmo de cambio constante genera una serie de estados físicos diferentes. No existe, entonces, proyección estadística alguna de las que usan actualmente los economistas, que pudiese pronosticar los cambios de estado generados en la totalidad del proceso. El proceso, pues, es completamente alineal, aunque inherentemente comprensible.

Tenemos, entonces, que ha quedado "suspendida hasta nueva orden" la era en que los estrategas pueden fiarse de la planificación estratégica en "cajón de arena". Débiles mentales

---

para satisfacer este requisito de la física experimental, ver la disertación de habilitación de Bernhard Riemann de 1854, *Über die Hypothesen, welche der Geometrie zu Grunde liegen*, en *Bernhard Riemanns Gesammelte Mathematische Werke*, H. Weber, compilador (Nueva York, reimpresión de Dover Publications, 1953).

e incompetentes como Gore, Cohen, Shelton, Albright y demás no tienen idea en qué cajón de arena podrían estar jugando, ni concepto alguno de cómo calcular el efecto real de llevar a la práctica tan pueriles fantasías estratégicas. Entretanto el vicepresidente Gore ha quedado atrapado en un escándalo financiero que tiene todas las señas de algo que pudo ser un caso ejemplar de enjuiciamiento político. Los compinches de Gore en Wall Street, por lo pronto, han convertido este incendio financiero mundial de cuatro alarmas en una pira turboalimentada del sistema económico y financiero.

A la luz de estas consideraciones, veamos de nuevo aquel enredo de Gore y el LTCM, y su relación con los disparates hiperinflacionarios del Sistema de Reserva Federal que preside Alan Greenspan.

Gore es operativo del BEM de la monarquía "Windsor" británica, tal vez no precisamente "reciclable" pero en todo caso "desechable". El pende —quizás de noche, por los pies— de un escalón mucho más bajo en la jerarquía de la Mancomunidad Británica que, por ejemplo, Maurice Strong, de Canadá. Gore es como una bala que se le dispara a alguien; fuera de eso, no tiene la menor importancia. Al igual que el príncipe Carlos, en este sentido, no es el hijo por el que uno pudiese envidiar a su padre, pero ahí está.

En esta función, tanto de agente directo de la monarquía británica de "Lady Macbeth" Isabel II, y como operativo de la camarilla de Wall Street, del BEM, Gore está empotrado en el grupo que manejó el asunto del LTCM, el mismo grupo cuya actitud ante el posible enjuiciamiento político del presidente Clinton se refleja en el *Wall Street Journal* y los emporios periodísticos Murdoch y Hollinger, de la Mancomunidad Británica. Aparte de la propia Isabel II, nada tiene de esotérico que existan tales compadrazgos; simplemente es una versión más adornada del viejo Fagin y sus muchachos, agarrando lo que pueden; así es, no más.

Pues también resulta que no se puede, a estas alturas, ganar dinero honradamente en Wall Street. Por eso, pues, Wall Street gana dinero como puede. No se puede llamar "piratas" a los banqueros de Wall Street; son corsarios con licencia británica. El LTCM es un caso ejemplar de cómo trabajan. El gran fraude de Wall Street y lugares parecidos por todo el mundo son los "derivados financieros". Es así como los banqueros y otros

buitres de la comunidad de Wall Street organizan operaciones llamadas "fondos de garantía", como entidades de inversiones que emplean para explotar y saquear cualquier región del mundo. Uno de los más grandes era el LTCM. Las especulaciones de estos fondos sobre la deuda rusa fueron uno de los mayores fraudes de los que dependía la comunidad de Wall Street. En medio de todo se encontraba el vicepresidente Gore; encargado de recibir de Wall Street el apoyo financiero y de otro tipo a sus ambiciones políticas, a cambio de favores tales como ayudarlo a Wall Street a manipular la situación de la deuda rusa, para ganancia de las pandillas de Wall Street metidas en el negocio del LTCM.

Cuando la realidad golpeó a la puerta de los derivados financieros vinculados a la deuda rusa, Al Gore y sus padrinos de Wall Street se vieron en aprietos. Se había dado un cambio de fase, en respuesta al cual Wall Street movilizó a Gore para tratar de remendar la crisis del LCTM del lado ruso. El remiendo se rompió, y el LCTM reventó. El presidente Clinton perdió la calma. Alan Greenspan se lanzó a una órbita hiperinflacionaria, y en las primeras semanas de 1999 habrían de salpicar el panorama internacional muchas esquirlas de esa explosión financiera.

Tal es el tipo de situación que ahora exige urgentes y nuevos enfoques por parte del liderazgo político estadounidense. Consideremos las principales alternativas estratégicas que tenemos a la mano.

### **5.3 La opción del Nuevo Bretton Woods**

En las circunstancias actuales el presidente de los Estados Unidos no tiene otra salida cuerda que el diseño exacto de un Nuevo Bretton Woods que yo llevo meses planteando. Esta no es simplemente una solución mejor que cualquier otra propuesta; a estas alturas constituye la única alternativa al Infierno en la Tierra. Cualquier rumbo contrario garantizará la peor catástrofe financiera que haya experimentado este planeta desde la "era de tinieblas" del siglo 14.

Desde luego que se han considerado otras alternativas, pero éstas, al igual que la de Wall Street, dan cabida a los mismos elementos axiomáticamente fatales por los cuales ha entrado

en bancarrota el actual sistema internacional. De manera que, hablando en términos de sistemas lógico-formales, tanto el sistema actual como las modificaciones al mismo propuestas por el primer ministro británico Tony Blair y otros, son funcionalmente absurdas. El meollo del asunto es que Wall Street elige permanecer demente, y hasta ahora el gobierno estadounidense carece del coraje y la voluntad para desafiar lo que Wall Street ve como su propia autoridad, superior a la del gobierno mismo. Con estas acciones contrarias, pues, tales como las que ha propuesto hasta ahora el FMI, pretenden imponerle al mundo la misma demencia suicida que Wall Street a demostrado hasta el presente.

El motivo de que mi propuesta es la única alternativa racional que hay contra el caos, es que es la única que podría conducir a la plena recuperación económica en las circunstancias específicas que ya existen. Es decir, que este sistema no está diseñado según algún antojo mío, sino simplemente reconociendo, como no lo ha hecho ningún gobierno, ni, hablando muy literalmente, ningún maldito economista, la naturaleza de la crisis, y las opciones específicas que permite una crisis de este tipo, magnitud y urgencia.

Cotejemos las estadísticas pertinentes con las curvas de nuestro diagrama. Las conclusiones resultantes son elementales y definitivas: el actual sistema financiero mundial está perdido, sin remedio, en su totalidad. El sistema actual está tan desvirtuado como estaba el marco alemán para el otoño de 1923 en Weimar, y por motivos parecidos. A diferencia de entonces, empero, el sistema financiero globalizado del mundo actual ya no cuenta con un dólar todopoderoso como el que había en 1923 y 1924 para rescatar a Alemania con el "Plan Dawes".

La esencia de la actual crisis *política*, potencialmente fatal, de los Estados Unidos, en particular, y generalmente de todo el Grupo de los Siete, es la histórica fantasía de los principales banqueros del G-7, así como del gobierno estadounidense, que les hace ciegos a esta realidad elemental e ineludible. Desde el momento en que el propio gobierno estadounidense aceptase la simple realidad de la situación entre manos, la solución de la crisis sería obvia y elemental: *poner fin a la "globalización" de inmediato; y someter el sistema entero a una reorganización de bancarrota, bajo supervisión de los gobiernos soberanos del caso.*

Cualquier acción contraria arrojará fatales consecuencias

de alcance mundial. La autoridad para formular las medidas necesarias emana del siguiente argumento de fuerza mayor: a menos que se tomen tales medidas de emergencia, cesará de existir la civilización en buena parte o aun la totalidad del planeta, a plazo más o menos inmediato.

La tarea de la reorganización mundial por bancarrota debe abordarse a dos niveles. En el sentido más estricto, esta reorganización compete exclusivamente a cada Estado soberano. En un sentido más amplio, deben establecerse tratados y otros acuerdos entre Estados soberanos, especialmente en lo que atañe al establecimiento de un nuevo orden monetario viable entre los suscriptores de dichos acuerdos u organismos de cualquier tipo que permitan instituir cuanto antes un régimen de medidas arancelarias proteccionistas, urgentemente necesarias, en el comercio internacional. Atendamos primero a asuntos menos complicados, como el de la reorganización por bancarrota de las economías nacionales.

Lo que queremos decir con reorganización por bancarrota es que ninguna obligación financiera, ni los llamados "activos financieros", son de suyo sacrosantos por el mero hecho de haberse contraído antes por obligación contractual, explícita o implícita. Nos vemos ante una bancarrota irremediable, tanto entre la mayoría de las naciones afectadas como en todo el actual sistema financiero internacional. No sólo está en bancarrota este sistema, sino que lo está sin remedio ni remoto; lo que es peor, cualquier intento de evasión de la necesaria organización por bancarrota de este sistema, bajo la debida supervisión de los Estados nacionales soberanos, precipitará una desintegración aún más acelerada, no sólo de dicho sistema, sino también de los propios Estados nacionales. Eso es lo que queremos decir con "bancarrota irremediable".

Todo esfuerzo, pues, por conciliar pasivos y activos hará que tengan que darse por perdidas la mayoría de las deudas. El pretender que algún día pudiese pagarse ese cúmulo de obligaciones, o tan siquiera una parte importante, en las condiciones del actual sistema, sería un simple acto de fraude. Por esta, pues, y razones parecidas, en el momento en que se reconozca la severidad de esta bancarrota prácticamente dejan de existir todas las obligaciones financieras, que sólo podrán reasumirse, todo o en parte, a discreción del Estado nacional soberano.

Tal estado de cosas exige que ofrezca aquí algún indicio de

cómo abordo yo el asunto, ya sea como aspirante presidencial o, en su defecto, persona que pudiere ejercer influencia en las decisiones de un nuevo presidente. Vamos a hacernos a un lado por el momento, para dar una idea de lo que pienso en este respecto.

### **Trámites administrativos**

Algunas obligaciones sobrevivirán más o menos intactas la reorganización de las deudas; otras, sólo en parte, o condicionalmente. Pero la mayoría del total de obligaciones, valuadas en dólares estadounidenses o alguna otra moneda equivalente, anterior a la bancarrota, no sobrevivirán en absoluto. En otras palabras, para poder cumplir algunas obligaciones habrá que eliminar sumariamente casi todas las demás. O el saldo de todas estas obligaciones desaparece, como se evaporaron el marco alemán en 1923 o los dólares de la Confederación, o el Estado tomará medidas para garantizar que sólo desaparezcan *algunas* de esas obligaciones.

Debe tenerse siempre claro en la mente que el dinero no tiene valor intrínseco; es una mera ficción política cuya existencia en los Estados civilizados modernos sólo es posible por consentimiento del Estado nacional soberano. El valor económico intrínseco se ubica en el proceso de generación de riqueza física, no en la simple posesión de objetos. El Estado moderno se vale del dinero como ficción política conveniente, pero siempre debe obrar a fin de que el uso general del dinero surta el efecto para el cual debe haberlo emitido el Estado. Una vez queda claro que el Estado tiene que elegir entre las obligaciones incurridas en nombre de dicha ficción política, y los auténticos intereses del bienestar común, el Estado tiene que intervenir para reducir la cantidad de obligaciones monetarias y defender así el bienestar general.

Algunas dimensiones del asunto se elaboraron en los detalles del secretario de Hacienda de los EU, Alexander Hamilton, al Congreso estadounidense, bajo los rubros de crédito nacional y banca nacional. El gobierno nacional tiene que cumplir sus obligaciones limpiamente contraídas, mediante algún medio razonable para hacerlo. Esto se tiene que hacer, no porque el dinero goce de derechos intrínsecos, sino porque la autoridad

soberana está obligada a mantener su honor; asume esa obligación no sólo por cuenta propia, sino por cuenta de su obligación de servir efectivamente a la nación. Cualquier obligación cuyo origen sean las prácticas ilegítimas o inmorales, carece de validez y puede anularse legítimamente por esa simple razón.

Algunas de las deudas se cancelarán en su totalidad, ya sea mediante el pago inmediato o la emisión de algún nuevo activo descontable, bajo autoridad fiduciaria de bancarrota, delegada por el Estado soberano. Qué parte quedará —y qué no— lo decidirá la regla mágica del “bienestar general” consignada en la Constitución federal.

Los casos obvios de restitución completa, virtualmente automática, de los antiguos activos financieros son los que representan la vía de menor esfuerzo para garantizar, en la medida de lo posible, la autosuficiencia de las economías familiares y la continuidad operativa de la pequeña y mediana empresa esencial y los servicios profesionales. Caben dentro de esta categoría los ahorros personales, los fondos de jubilación, los servicios de salud y otras obligaciones parecidas. Los desalojos residenciales en masa y otras formas de caos potencialmente homicida simplemente no se permitirán, dondequiera que entren en consideración los derechos e intereses de los domicilios familiares para su funcionamiento permanente y autosuficiente, en la forma más normal posible.

En tales clases de caos son preferibles las resoluciones amplias, claras y expeditas, para que los encargados de la reorganización por bancarrota queden libres para dirimir las demandas de mayor cuantía, más intensamente disputadas.

Con relación a dichos reclamos mayores, disputables, hay dos temas ampliamente definidos que servirán de guía a quienes dirijan la reorganización por quiebra bajo autoridad soberana. Se trata de consideraciones de principio, que por consiguiente se extienden automáticamente al ámbito de las correcciones a efectuarse en el marco de las relaciones internacionales.

Al igual que en cualquier enfoque competente para la bancarrota de una institución quebrada, hay dos consideraciones generales, de naturaleza primaria, a las que debemos aludir de nueva cuenta cada vez que el proceso de reorganización amerite auditoría:

1. Se tiene que definir el error axiomático que precipitó la bancarrota del sistema, extirparse su futura influencia en dicho sistema, y erradicarlo completamente del ambiente en que el sistema funciona.

2. Debe impulsarse un rápido y saludable crecimiento de la economía, y devolverle cuanto antes a esa economía nacional, en proceso de reorganización por bancarrota, una condición autónoma y estable de rentabilidad físico-económica.

Al interpretar estos dos principios rectores para todo lo que tenga que ver con los Estados Unidos y sus relaciones con otras entidades soberanas, se debe partir de la norma del "bienestar general" consagrada en la cláusula correspondiente de nuestra Constitución federal, en sus dimensiones ya enunciadas en secciones anteriores de este documento de campaña.

Un análisis informado de la gráfica de la "función de triple curva" revela directamente los rasgos más salientes de la primera de estas dos consideraciones, y apunta, implícitamente, hacia la correcta interpretación de la otra.

Aplicada así, mi función de triple curva sirve para identificar una cierta patología de efecto entrópico, característica de las tendencias a la descomposición de las economías mundial y estadounidense en los últimos treinta y tantos años. Ella ilustra, así, una especie de característica patológica de las acciones políticas y de índole parecida de todos los gobiernos y instituciones privadas prestantes que han introducido y perpetuado las características de conducta reflejadas en dicha función de triple curva. Deben identificarse todas aquellas actividades propias de este elemento patológico del sistema, para erradicarlas y anular cualquier obligación que ellas supongan.

Por otra parte, esa forma entrópica de función de triple curva lleva implícita una forma contraria, antientrópica, de la triple función, en que las relaciones entre las curvas físico-económica, monetaria y financiera son diametralmente opuestas a las que describe la función de transformación patológica. En tal caso la curva de crecimiento de los agregados físico-económicos per cápita y por kilómetro cuadrado se levanta al ritmo más elevado de las tres, con un alza más lenta de la curva financiera, y un ritmo aún menor de aumento de la curva monetaria. En el cumplimiento de las obligaciones y la emisión de

crédito nuevo, así como en la definición de los términos relativos del crédito emitido, el factor antientrópico debe recibir la máxima atención en la recuperación organizada de la economía.

De estas dos consideraciones se desprende que la autoridad soberana deba imponer reglas que no sólo eliminen las prácticas financieras y monetarias características del tipo de función de triple curva de las últimas décadas, sino que encaucen las transacciones al efecto contrario.

Tales son los principios generales de la reorganización financiera que deben servir de guía a la autoridad soberana para administrar la reorganización por bancarrota de toda la economía nacional.

## **5.4 El puente terrestre eurasiático: eco de Federico List**

El infame Código de Diocleciano estableció por regla general el crecimiento tecnológico nulo. Dicho código dominó y arruinó a Bizancio, y fue el rasgo hegemónico, degradante y autodestructivo del feudalismo europeo occidental. Directamente contrapuesto a ese código imperial y a los esfuerzos de la monarquía británica del duque de Edimburgo por hacer volver el mundo al imperio de dicho código, la larga existencia de la civilización moderna se fundamenta implícitamente en el rechazo de todo lo que representa Al Gore, y en la adhesión axiomática y permanente a una política de constante aumento de la capacidad productiva del trabajo. Ello sólo puede conseguirse por medios que incluyan, como rasgo típico, el fomento de las inversiones en el progreso técnico y científico.

En los albores de la civilización europea moderna, el cardenal Nicolás de Cusa ponía acento en el derecho de todos los pueblos a tener acceso a todos los descubrimientos del saber, incluidos los inventos prácticos. De hecho, el identificador más característico de la injusticia en la civilización europea moderna ha sido una práctica imperialista muy difundida, contraria a ese principio de Cusa: el denegarle acceso a ese beneficio, so pretexto de cualquier cosa, a una o muchas naciones o pueblos.

Desde el triunfo parcial de la facción unimundista, tras el

asesinato de Kennedy y los derrocamientos sucesivos de Macmillan, Adenauer, Erhard y De Gaulle en Europa, ha habido un retardamiento más o menos constante del progreso económico en regiones como Iberoamérica, una catástrofe genocida que se propaga por toda el Africa al sur del Sahara y, en tiempos más recientes, una destrucción deliberada de la economía de todo el sudeste asiático. Desde que fue asesinada la primera ministra india Indira Gandhi en 1984, ha habido un empeoramiento de la condición relativa de toda la población de ese subcontinente, no obstante los avances relativos de ciertas porciones de la población urbana. Aunque la Unión Soviética poseía un elemento importante y de muy alto rendimiento del potencial científico e industrial del mundo, la economía soviética se vino abajo por no darle importancia efectiva y suficiente al traslado de esos adelantos tecnológicos a los sectores no militares.

No obstante el catastrófico ritmo de aceleración del derrumbe económico en las Américas, Africa, Europa occidental y otros lados, ha habido cambios de política positivos, en lugares relativamente limitados. Los éxitos de las últimas dos décadas, más o menos, en China, y la reciente cancelación de la catastrófica política liberalizadora que le habían impuesto a la Rusia postsoviética, han causado un viraje político-económico de trascendencia mundial. Dicho viraje podría convertirse en punto de despegue para la recuperación general de la economía de todo el planeta. Esa transición pudiere prevalecer en el mundo entero si ciertas fuerzas estadounidenses y europeas occidentales se abocan a una nueva orientación relativa al potencial de desarrollo de las regiones de Eurasia que he identificado con el "club de los sobrevivientes".

Obviamente la parte del mundo aparejada a China, Rusia e India no es de poca extensión ni población. Aun lo que pudiere parecer un ritmo de crecimiento anual relativamente modesto de las mejoras en la productividad físico-económica y ritmos absolutos de crecimiento per cápita en esa región, redundaría en un enorme mercado de importaciones de tecnología de otras regiones del mundo que tradicionalmente han encabezado las exportaciones de tecnología y diseño de máquinas herramienta. Rusia y Ucrania son grandes zonas de gran potencial tecnológico para abastecer tanto las necesidades internas de tal resucitación económica como las de otras partes de Eurasia. Si adop-

tamos una reorientación económica mundial que impulse la economía mundial con una intensa concentración en el desarrollo y mantenimiento de la infraestructura económica básica, así como un crecimiento acelerado de las tasas de inversión per cápita en las manifestaciones físico-económicas del progreso tecnológico, se obtendrán ciertos efectos estratégico-económicos de importancia mayúscula y trascendental.

Para comenzar, las rutas marítimas de los océanos Índico y Pacífico, juntas, pronto rebasarán con mucho el comercio transatlántico, causando un desplazamiento radical del centro de gravedad del comercio internacional. Las Américas reanudarían entonces la orientación transpacífica que habían adoptado a partir de 1865, que estaba claramente definida como orientación económica estadounidense antes del asesinato del presidente McKinley.

El agua sigue siendo el modo de transporte de carga más barato, especialmente con la introducción de tecnología marítima radicalmente mejorada. Un sistema de canales ancho y de gran capacidad por el istmo de Panamá o por Colombia definiría para países como Panamá y Brasil un comercio tan orientado hacia el Pacífico como los estados y provincias occidentales de Estados Unidos y Canadá. La propia escala y ritmo de crecimiento del desarrollo per cápita en Asia hacen de este mercado el principal foco de crecimiento hasta bien entrado el siglo 21. Entretanto, el aprovechamiento de las capacidades científicas y afines de Rusia para transformar su propia región ártica en zonas de desarrollo de la producción y el transporte convertirá el Artico en una de las grandes fronteras de la expansión económica a lo largo de ese siglo.

Los principios logísticos para el transporte de productos a través de grandes extensiones de tierra son muy distintos a los del transporte naviero. Este último es más barato en toneladas-kilómetro, pero al fin y al cabo es pasivo. En Eurasia las rutas comerciales de preferencia hacia los océanos Índico y Pacífico serán principalmente por tierra, no por mar. Una ruta bien pensada de transporte terrestre sale más costosa que su contraparte marítima, en términos de toneladas-kilómetro, pero no hay que quedarse en eso. De la misma manera en que la extensión de la agricultura y la minería al oeste de los Estados Unidos, mediante el tendido de vías férreas transcontinentales, abrió esa vasta región al comercio e hizo más efectivos esos

mismos ferrocarriles, el transporte terrestre correctamente diseñado, de acuerdo a estos mismos métodos, genera ingreso subsidiario que acaba por abaratar los costos por tonelada-kilómetro de transporte.

El desarrollo, pues, del llamado Puente Terrestre Eurasiático, actualmente en curso, por los caminos de una nueva "Ruta de la Seda", desde el puerto chino de Lianyungang, en el Pacífico, hasta Rotterdam, en los países bajos (**Mapa 1**), define la nueva ruta europea del Atlántico a los océanos Índico y Pacífico: atravesando la masa continental eurasiática. Veamos los varios caminos de esta "Nueva Ruta de la Seda" por Eurasia que aparecen en la gráfica adjunta. Prestemos particular atención a ciertos detalles tecnológicos interesantísimos de esas rutas del Puente Terrestre Eurasiático.

Preguntemos primero: ¿qué clase de red ferroviaria?

Un buen sistema de ferrocarriles rodantes puede bastar en un principio, pero luego hay que superarlo. Las distancias son enormes, y la velocidad es un factor no poco importante en los costos de inventario y demás contingencias causadas por la lentitud en el transporte de bienes. Es aquí donde el *Transrapid* alemán y otros sistemas de levitación magnética muestran en todo su esplendor el inmenso valor económico que representan.<sup>73</sup> Generalmente, como en el caso del *Transrapid*, suele prestarse más atención al transporte de pasajeros. Aunque la levitación magnética, en sí, sí complementa al transporte aéreo de pasajeros, donde vienen a medirse sus más sorprendentes ventajas económicas, tanto en costos como en otros factores, es en materia de sistemas de transporte de carga.<sup>74</sup> Ejemplos de

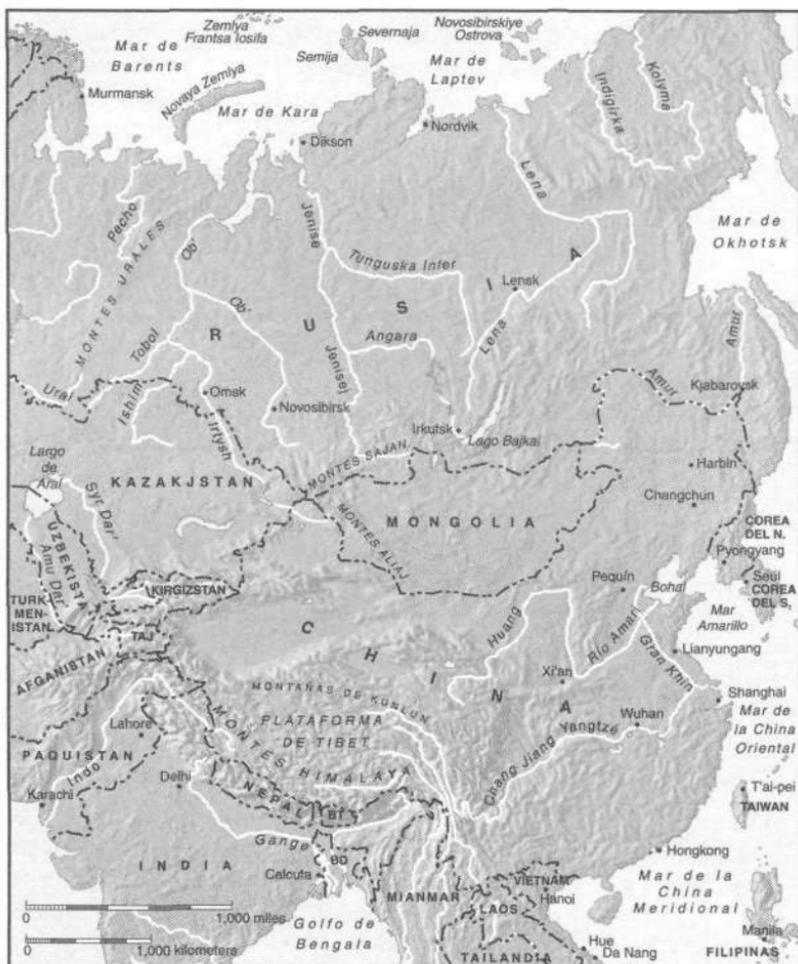
73. También dentro de los Estados Unidos nos urgen esos cambios; pero la gente de espíritu estrecho tiende a ser tacaña a lo tonto cuando se trata de viajar grandes distancias. Los Estados Unidos construían antes redes semejantes, pero las abandonaron, al igual que otras obras. Japón tiene un diseño. Hay un diseño ucraniano realizable.

74. Tal vez la norma de 450 kilómetros por hora suene impresionante, pero, con trenes herméticamente cerrados que corran en túneles subterráneos al vacío, se pueden conseguir velocidades de veras impresionantes, de varias veces la velocidad del sonido, más o menos como las de un *scramjet*. El empleo de tubos al vacío para el transporte será de rigor en la industrialización de la Luna o la colonización de Marte en el siglo venidero. Cada vez más, los recursos técnicos que se apliquen en la conquista del espacio exterior se reflejarán en aplicaciones apropiadas al ambiente de la Tierra.



MAPA 2

## Redes hidráulicas en Asia central y oriental



ello son los radios de curva muchísimo mejores, tanto horizontal como verticalmente, de los sistemas *maglev*.

Luego viene el transporte por agua. Veamos las redes hidráulicas del Asia central. (Mapa 2) En el corazón del Asia, del subcontinente indio hacia el Norte, incluida la región china del Tíbet, hasta la zona delimitada por la cordillera Altai, está el llamado "techo del mundo". Veamos las hoyas hidrográficas

del Asia central en razón de esa función del "techo del mundo". Veamos adónde fluyen esas aguas, especialmente hacia el Ártico, mediante redes fluviales como los de los ríos Ob, Yenisei y Lena: toda esa agua fluye al norte, rodeada de tierras áridas y aun desiertos. Veamos luego la distribución de la densidad demográfica por toda la zona de las rutas centrales del Puente Terrestre Eurasiático. (**Mapa 3**) A todas luces la redistribución hidráulica en gran escala es de importancia capital.

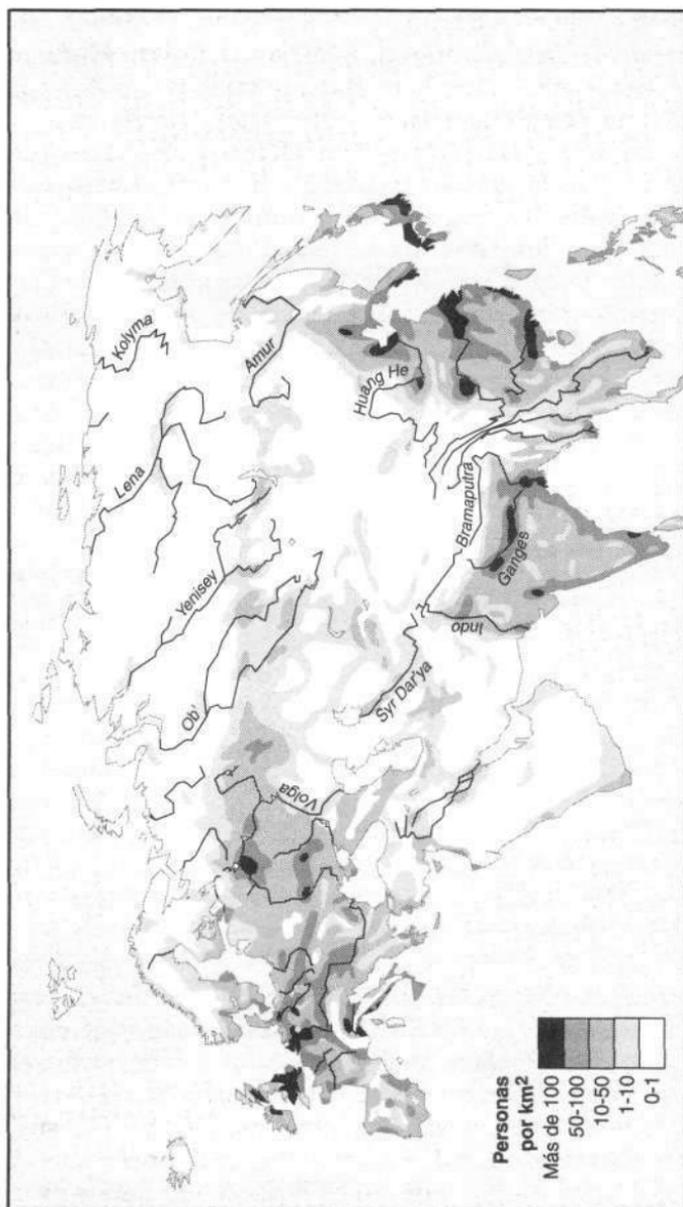
Los "recursos renovables" más típicos del agua necesaria para la región central del Asia son tres: la conservación, la redistribución, y el empleo de la fisión nuclear para la desalación en gran escala. El más avanzado de tales sistemas es el reactor de alta temperatura, de entre cien y doscientos megavatios, desarrollado en Jülich, Alemania, y otros tipos parecidos desarrollados en China y otros países. En Europa la redistribución hidráulica tradicionalmente se ha conseguido mediante el uso múltiple de canales, presas y vías fluviales. En otras palabras, el agua no sólo se transporta, sino que su transporte en grandes volúmenes constituye, a su vez, un medio ultrabarrato de transporte de carga, especialmente de bienes a granel, como los cereales, transportados en barcaza. Veamos algunos de los rasgos indicativos de la vía central de la Ruta de la Seda, del Pacífico a Rotterdam.

Consideremos las proximidades de la boca del sistema fluvial del Río Amarillo, relativamente escaso de recursos hidráulicos que desemboca en la gran Bahía de Bohai, uno de los principales centros industriales de China. Este sistema abarca una zona bordeada, por el sur y el este, de la parte interior, por el antiguo Gran Canal imperial, que cruza el Amarillo; hacia el oeste, desde el puerto de Lianyungang, la zona es cruzada por la vía de transporte de la Ruta de la Seda, que va de Lianyungang, por Xian, hasta Rotterdam.

Es ésta una región natural para concentrar la producción de energía de fisión para usos industriales y urbanos, con las ventajas asociadas del empleo de calor de proceso para la desalación del agua de mar y demás medidas de conservación y salubridad. Si adoptamos el punto de vista que ya ha expresado el gobierno de China, de que la población china debe desplazarse hacia el interior, al occidente, entonces los principales movimientos de las fuentes primarias de agua debe ser también hacia el occidente, a la par con el desplazamiento geográfico

MAPA 3

Densidad de población en Eurasia en 1990, y principales redes fluviales de Asia del norte



de la población. Según esta perspectiva, el reducir río abajo la demanda de las fuentes de agua, que están río arriba, mediante métodos tales como la desalación nuclear, tendría repercusiones que se extenderían al interior del Asia central.

Así, pues, la infraestructura del Puente Terrestre Eurasiático está definida por un tramado compuesto de tres elementos principales —agua, energía y transporte— a los costados y a lo largo de las rutas atravesadas. Estas rutas, de una amplitud funcional de cerca de 160 kilómetros, están dotadas de una estructura interna basada en focos de producción y desarrollo urbano, así como el necesario transporte de energía, bienes y población. En producción incluimos la de alimentos, sin descontar los ambientes sintéticos de gran densidad de energía y rendimiento excepcional. Esto último deviene más o menos obligatorio en ciertas localidades. Esta actividad productiva a orillas de la vía es la que “sufraga” el desarrollo, mantenimiento y operaciones básicas de la ruta misma.

Urge comparar el diseño que acabo de esbozar con la labor pionera del economista Federico List, de principios del siglo 19, adelantado de la construcción de ferrocarriles en los Estados Unidos y en Europa, que fue el primero en proponer el aprovechamiento del desarrollo ferroviario como estrategia para crear un sistema de “puente terrestre” desde Europa occidental hasta el Pacífico. El desarrollo de la primera red ferroviaria transiberiana fue producto de una propuesta de List. La obra de este economista germano-estadounidense, alguna vez ciudadano de Reading, Pensilvania, también tuvo influencia seminal en la extensión hacia el oeste del Ferrocarril de Pensilvania, hasta constituirse en una red ferroviaria continental desarrollada en gran parte a iniciativa del presidente Abraham Lincoln. Los métodos empleados para lanzar las vías férreas *estratégicas* continentales de los Estados Unidos hasta el Pacífico, vinculando al Asia a todos los Estados Unidos, fueron fruto de labores anteriores de List y sus colaboradores. El surgimiento de la agricultura, de nuevas ciudades y pueblos a los costados de las nuevas vías de la red ferroviaria transcontinental, haciendo eco del diseño de List, son un ejemplo de esa época para enfocar el desarrollo del Puente Terrestre Eurasiático en la actualidad.

Las propuestas que yo he adelantado en ese sentido se gestaron en cuatro fases iniciales. En mi diseño de lo que apareció como la primera propuesta pública del presidente Reagan de

la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica, la tecnología de las defensas contra proyectiles basadas en nuevos principios físicos había de repercutir no sólo en las economías civiles de las naciones participantes, sino más ampliamente, al mundo entero.<sup>75</sup> A mediados de los ochenta formulé un programa de desarrollo para la cuenca de los océanos Índico y Pacífico.<sup>76</sup> El tercer paso fue mi propuesta del Día de la Raza, 12 de octubre de 1988, en Berlín, transmitida más tarde ese mes en los Estados Unidos como una alocución televisada de media hora.<sup>77</sup> Esto, como lo he indicado, se dijo con antelación a los sucesos del año siguiente, que desembocaron en la reunificación de Alemania. El cuarto paso fue mi respuesta a la caída del Muro de Berlín, una propuesta de crear un "Triángulo Productivo" París-Viena-Berlín, con "brazos espirales" radiantes de ese centro.<sup>78</sup> Presenté este proyecto a mi esposa y otros colaboradores poco más de un año después, entre 1990 y 1991, y en 1992 ellos reestructuraron la propuesta del "Triángulo Productivo" en la actual propuesta del "Puente Terrestre Eurasiático".<sup>79</sup>

Desde entonces todos mis esfuerzos por formular una política estratégica para los Estados Unidos se han apoyado en

75. A mediados de 1982, en sus declaraciones públicas en apoyo de dicha política, el doctor Edward Teller dijo que ésta se dirigía a realizar "los propósitos comunes de la humanidad". Lo cual sigue siendo válido.

76. Lyndon H. LaRouche, "A Fifty-Year Development Policy for the Indian-Pacific Oceans' Basin," informe especial de *EIR*, agosto de 1983.

77. "El invierno de nuestro descontento", programa de televisión difundido el 31 de octubre de 1988 y que incluyó la conferencia de prensa que sostuvo LaRouche en el hotel Kempinski-Bristol de Berlín. El texto completo se publicó en *Executive Intelligence Review* en 21 de octubre de 1988.

78. Ver "Europe's Triangle of Development," *Executive Intelligence Review*, 5 de enero de 1990; "Paris-Berlin-Vienna Triangle: Locomotive of the World Economy," *Executive Intelligence Review*, 2 de febrero de 1990; "LaRouche Plan for European Economic Boom Advances," *Executive Intelligence Review*, 2 de marzo de 1990. Este último es un informe sobre la conferencia que celebró el Instituto Schiller en París los días 10 y 11 de febrero de 1990 y en la que Helga Zepp-LaRouche expuso cómo el triángulo productivo podría irradiar crecimiento y prosperidad hacia todos los rincones del continente. También en 1990, *EIR* publicó un informe en alemán sobre el triángulo productivo, con el título *Das 'produktive Dreieck' Paris-Berlin-Wien: Ein europäisches Wirtschaftswunder als Motor für die Weltwirtschaft*.

79. Ver Jonathan Tennenbaum, "Eurasian Alliance for Infrastructure: Key to World Peace," *Executive Intelligence Review*, 17 de julio de 1992.

las ramificaciones internacionales de esa versión del Puente Terrestre Eurasiático.

## 5.5 La asociación EU-Eurasia

Hay ciertas personas, a las que por caridad se califica de nada menos que funcionalmente "trastornadas", que insisten en que los Estados Unidos adopten una postura estratégica hostil hacia China. Dado que el gobierno de Primakov no le pagó a los amigos de Al Gore como éste exigía, ahora Rusia también está en la mira. En realidad, no hay razón *sensata* inherente a los intereses vitales de los Estados Unidos o a la naturaleza del *gobierno actual de China* o del gobierno de Rusia que encabeza Primakov que le permita a los Estados Unidos creer que hay una amenaza estratégica presente o potencial sea de China o de Rusia.

Es cierto que por largo tiempo tuvimos un conflicto estratégico con nuestro antiguo aliado de la guerra, la Unión Soviética. Aunque ese conflicto fue en realidad fabricado por criaturas muy extrañas, notoriamente el primer ministro británico Winston Churchill, una vez que había una relación hostil, la había, y estábamos obligados a obrar en consecuencia, hasta que se eliminaran las raíces de la relación hostil. Si alguien se dispone a matarnos, tenemos que darnos cuenta, y prepararnos adecuadamente. La estrategia, como la historia en general, es así. Muchas veces las naciones se han visto forzadas a librar guerras que sus dirigentes más sensatos —sobre todo los que han aprendido a pensar como misioneros cristianos— sabían que nunca debieron suceder.

Lord Palmerston le explicó al Parlamento británico que el gobierno de Su Majestad no tiene aliados permanentes, sólo intereses permanentes. Los Estados Unidos de Franklin, Washington, John Quincy Adams y Abraham Lincoln son diferentes; entre las naciones del mundo, no tenemos enemigos permanentes. Mi programa, como el de todos los héroes patriotas pasados de nuestra nación, es librar al mundo, lo más posible, de esos males que enemistan a diferentes naciones. Los locos, como ciertos tontos distinguibles, si no distinguidos, del Congreso estadounidense, carecen del buen juicio para darse

cuenta de que es su locura la que vuelve enemiga a una gran nación dispuesta a ser nuestra socia. Si queremos una amenaza externa mortal a la seguridad de nuestra nación, no andemos buscando enemigos entre otras naciones que no lo son.

Iré directamente a un hecho decisivo. Hace unos meses me enteré de que ciertos medios de Europa y los Estados Unidos se habían convencido de que iban a arreglar el mundo derribando al presidente Yeltsin, entre otros, para llevar al poder en Moscú a una implacable dictadura de corte militar. Los conspiradores que alentaban esta operación confiaban en su dominio sobre ciertos grupos de rusos enriquecidos y estrechamente ligados a intereses financieros de Wall Street y Londres, entretejidos con los intereses que respaldan al primer ministro británico Tony Blair y con los círculos de Wall Street ligados a la estafa del LTCM. Estaban seguros de poder derribar al gobierno de Primakov, tumbar al presidente Yeltsin, etc. Esas fuerzas todavía están más o menos en su lugar, pero se han debilitado considerablemente, y se las pudiere derrotar políticamente.

De modo que ciertos medios estadounidenses que no hace mucho parecían estar muy allegados a Moscú han cambiado notablemente de opinión desde que el presidente Yeltsin retiró el nombramiento de Chernomirdin, compinche de Al Gore, al premierato de Rusia. Figuran en ellos no sólo ciertos republicanos estadounidenses, sino también destacados personajes del Partido Demócrata, incluidos funcionarios del partido. Si estos payasos desean ahora un rápida probadita de una visita a las orillas del Infierno, ya escogieron la ruta correcta para ese viaje despeñadero abajo.

Observen los sucesos de las semanas venideras. Van a salir a luz otras cosas de lo más revelador en este mismo sentido. La situación está a punto de ponerse extremadamente interesante. Como dijo el otro: "Acuérdense de lo que les dije".

Como ya lo expliqué arriba, el objetivo estratégico esencial de los Estados Unidos desde antes de que existiera nuestra república, ha sido fundar cierto género de orden mundial que el entonces secretario de Estado John Quincy Adams denominó con la fórmula "comunidad de principio". La noción de "comunidad de principio" que emplea Adams es coherente con el argumento que plantearan el cardenal Nicolás de Cusa, en el diálogo *De pace fidei*, y el judío ortodoxo Moses Mendelssohn,

seguidor del siglo 18 de Leibniz y J. S. Bach. Este Mendelssohn, a quien Gotthold Lessing retratará en la figura ecuménica de *Nathan der Weise*, desempeñó un papel decisivo en la creación de la Alemania unificada del siglo 19. Según Adams, entre otros, el método de nuestra república para asegurar este interés estratégico definitivo fue el mismo método ecuménico de Cusa, Leibniz y Mendelssohn.

En el caso de China y su dirección actual, entonces y ahora, ese principio ecuménico encarna en la herencia del doctor Sun Yat Sen, nuestro amigo. Los indicios que poseo son en el sentido de que los dirigentes actuales de China tienen pocas ilusiones, si acaso, respecto a ciertas facciones, personajes e intereses, pero, *no obstante*, China desea una forma equitativa de asociación a largo plazo con los Estados Unidos. No se trata de "amor" de adolescente; se trata de una idea cuidadosamente calculada de los extraordinarios y prolongados beneficios mutuos de los que ninguna de las dos naciones podría disfrutar sin semejante asociación.

Hasta ahora, el presidente Clinton ha manejado bien la cosa, si tenemos en cuenta los estorbos, incluido el costo de su estrecha relación política con el vicepresidente Al Gore, que es el impedimento principal en las relaciones de los Estados Unidos con cierto número de naciones, como Japón, China y muchas otras de variadas regiones del mundo. El esfuerzo personal del presidente Clinton de forjar una asociación con China, así como con la Rusia de Borís Yeltsin y con Alemania (por ejemplo) es actualmente un interés de política exterior de los Estados Unidos más importante que los de todos los funcionarios del Departamento de Estado juntos. Como a casi el ochenta por ciento de los ciudadanos estadounidenses, a muchas naciones les agrada el presidente Bill Clinton, a pesar de lo que puedan considerar sus faltas, lo cual no se puede decir de ninguno de los oponentes estadounidenses del presidente, de dentro o fuera del Partido Demócrata.

Lo mismo es cierto, aunque con rasgos diferentes, en lo tocante a Rusia.

A menudo, el problema del lado estadounidense es que nos sobran unos cuantos herederos irredentos de la Confederación, como Al Gore, que andan sueltos en las alturas del poder. Me refiero específicamente a ese tipo de personalidad defectuoso que uno sabe que está pensando, si es que no lo ha dicho: "Ya

saben cómo me pongo cuando no se me concede lo que quiero; la matanza no más no tiene para cuando acabar". Ese es el vicepresidente Al Gore tratando de sodomizar verbalmente al entonces candidato presidencial estadounidense Ross Perot ante un teleauditorio internacional. Ese es Al Gore, con Madeleine Albright al lado, haciendo el papel de Adolfo Hitler tratando de imitar a su ministro de Relaciones Exteriores Ribbentrop en la cena oficial de Kuala Lumpur. Ese es Al Gore en relación con China, y en China. Ese es Al Gore en Kioto, Japón. Ese es Al Gore siempre y dondequiera que siente que no se le concede lo que quiere, como cuando se puso a hacerles tragar al Partido Demócrata y a la Casa Blanca, a mediados de 1996, la reforma de la beneficencia pública que proponía su viejo compinche Newt Gingrich.

Ese es Al Gore, hecho una furia porque Yeltsin retiró el nombramiento de su compinche Chernomirdin al premierato, después de que Al había dado a entender, repetida y muy claramente, que Yeltsin debía mantener ahí a Chernomirdin. Ese es Al Gore cuando adopta su pose de caballero almidonado: "Mire, amigo, no quiero parecer irrazonable, pero ya le pedí amablemente que me cumpla mi deseo, y usted no lo hizo. Y yo no voy a dejar pasar eso. . ." Mientras tanto, en Irak, en la flatulenta imitación que, con ademanes de caballero sureño, hace Gore del estilo de un jefe mafioso, los cohetes siguen cayendo y las bombas van a seguir cayendo, pues "la matanza no más no tiene para cuando acabar". Se lo puedes hacer con impunidad aparente al pobre, indefenso y bombardeado Irak, Al, pero ése no es el modo de dirigirse al gobierno actual de China o al de Rusia o al de Malasia, por ejemplo.

Los Estados Unidos no necesitamos ayuda como la de Gore en la diplomacia o la planeación estratégica. Ni tampoco la necesitamos del lado republicano.

Instintivamente, el presidente Clinton tuvo razón el procurar la asociación con Alemania, Rusia y China. John Quincy Adams hubiera estado de acuerdo. Por lo menos respecto a Rusia y China, el presidente Franklin Roosevelt hubiera estado de acuerdo. Veamos la importancia de Alemania en estas circunstancias.

Por razones de principio económico que volví a resumir en partes anteriores de esta declaración de campaña, la posibilidad de una recuperación económica general a partir de la desin-

tegración presente del sistema financiero mundial no puede materializarse sin enlazar a las naciones que representan la principal capacidad científica y de diseño de máquinas herramienta del mundo —al menos lo que ha sobrevivido de esa capacidad— con la gran masa de la humanidad que no podría sobrevivir sin enormes aportes de capacidad de diseño de máquinas herramienta, en forma de importaciones.

Hay cuatro regiones del mundo que representan, en la actualidad, las mayores concentraciones de vestigios sobrevivientes de esa capacidad científica y de diseño de máquinas herramienta. Son los Estados Unidos, Alemania, Japón y la antigua Unión Soviética. Hay también elementos de esta capacidad en algunas otras naciones tradicionalmente industrializadas de Europa y las Américas, pero las naciones que acabo de enumerar forman la piedra angular indispensable. El mercado más grande y la necesidad correspondiente de esa capacidad es el grupo de naciones ligadas actualmente a las relaciones tripartitas entre los miembros activos y posibles del "club de los sobrevivientes". Rusia entra, pues, en las dos categorías.

La movilización de una recuperación económica generalizada de la mayor parte de este planeta en torno al principio de ideas representadas por principios científicos y la tecnología derivada representa un cambio de fase en las relaciones entre todos los Estados participantes en semejante asociación en torno a semejante base para reconstruir el comercio mundial. El paso de una forma hobbesiana de relaciones estratégicas a una basada en el interés común en el beneficio económico común de las ideas empleadas así, es un cambio fundamental, axiomático, en la definición aplicable del interés nacional propio de todas y cada una de las naciones participantes.

¿Tiene que seguir la matanza para siempre? ¿"A quién toca matar ahora" tiene que seguir siendo siempre el producto final deseado de la planeación estratégica? ¿No hemos tenido ya bastante destrucción? ¿Acaso las guerras justas ya libradas, con grandes sacrificios muchas veces, no se libraron con otro fin que el de perpetuar nuevas guerras, o formas afines de conflicto en un futuro interminable? ¿No existe un objetivo, un momento en que la guerra ya ganó su guerra, y se establezca la base de una paz ecuménica y duradera, en torno al concepto de comunidad de principio entre repúblicas y Estados nacionales perfectamente soberanos?

En este momento, ante la opción de una asociación entre nuestros Estados Unidos y China y Rusia, contamos con las piedras de toque para cambiar este mundo de manera fundamental para el bien. Aprovechemos la posición alemana para atraer a toda Europa a este empeño. Atraigamos a los estadounidenses y al resto de las Américas a este objetivo. Que nuestro socio Japón encuentre su misión especial en el Asia. Obremos todos juntos para que haya justicia en Africa. Que nuestro propósito colectivo sea, no establecer una utopía, sino juntarnos en todos los sitios de construcción donde los socios se juntan a trabajar, para construir juntos un futuro común. Hagamos a un lado todos esos disparates de "globalización" y "gobierno mundial"; de todas formas nunca fue más que un fraude. Fundemos una comunidad de Estados nacionales perfectamente soberanos, fundamentados en nuestra convicción de que nos necesitamos unos a otros para prevenir la reincidencia de aquellos horrores que tan frecuentemente han afligido este planeta durante el siglo que ahora concluye. Consolidemos una unidad de principio sobre la base de una ley natural inherente a la naturaleza especial de cada ser humano, hombre o mujer, que los distingue en forma absoluta y coloca por encima de las bestias, una ley inherente al principio de la razón.

Lo primero que debe hacer usted, lector, es dejar de reaccionar, y comenzar a pensar, más bien. Para ese fin, yo soy su mejor amigo.

# La desintegración venidera de los mercados financieros

por Lyndon H. LaRouche

**N**o es asombroso que el nombre de Eddie George, directivo del Banco de Inglaterra, se añada a la lista de aquellos de los que dice el dicho: "Los dioses ciegan a los que quieren perder". En la reunión que celebra en Londres la Conferencia Monetaria Internacional, Eddie se incorporó a las filas de los estúpidos, enloquecidos de codicia, que aseguran que ciertos críticos exageran el peligro de la burbuja financiera de la especulación con derivadas, ya cancerosa hasta la metástasis.

Reviste cierta urgencia el que los gobiernos responsables sometan a todos los funcionarios, o posibles funcionarios económicos y de la banca central, a la prueba de salud mental en la que Eddie George hubiera fracasado gloriosamente. De los beneficios probables de ello, el menor sería crear de repente muchas vacantes estimulantes para los desempleados cuerdos. La prueba no contiene más que una pregunta decisiva: *demuestre usted concluyentemente que la desintegración a corto plazo de la hinchada burbuja financiera y monetaria mundial no puede*

*pararse por ningún medio que no sea el que los gobiernos procedan a declarar en reorganización por quiebra a las instituciones correspondientes.*

Los funcionarios sometidos al examen podrían buscar la respuesta, por así decirlo, al final del libro. Aquí mismo la damos. ¿Estarían haciendo trampa? No, en absoluto; sería, por el contrario, recuperar la cordura.

## Los pronósticos de LaRouche

En cuanto a mis calificaciones. En mis cuarenta años y pico de economista, he presentado relativamente pocos pronósticos de acontecimientos críticos (sin contar la repetición de algunas de mis advertencias). Hasta la fecha, cada pronóstico que he hecho sobre la base de mi método LaRouche-Riemann ha quedado confirmado puntualmente por los acontecimientos. Ofrezco ahora, una lista sumaria de esos pronósticos, a fin de identificar mi autoridad para proponer la prueba mencionada de cordura económica.

1. A fines de 1956, en relación con un estudio de mercados, pronostiqué la inminencia de una gran recesión económica en los Estados Unidos, desatada por el estiramiento excesivo de la burbuja de crédito con que se financió a partir de 1954 la compra de automóviles, vivienda y otros bienes de consumo, principalmente. La recesión se manifestó en las estadísticas de febrero de 1957, y en general, se reconoció, aunque a regañadientes, que había ocurrido unos meses después. La espiral de la recesión duró hasta mediados de 1958, y fue seguida de un estancamiento prolongado, hasta que mejoraron las cosas en el gobierno de Kennedy.

2. En 1959-1960, hice mi primer pronóstico de largo plazo: que más o menos a mediados de los años sesenta veríamos la primera de una serie de grandes conmociones monetarias que desembocarían en el desmoronamiento de los acuerdos de Bretton Woods, entonces en vigor. Pronostiqué que ese desmoronamiento traería consigo el aumento del saqueo de lo que se llamaba en ese entonces "naciones en desarrollo", y que la quiebra de los acuerdos de Bretton Woods conduciría rápidamente, en las relaciones economi-

cas internacionales y en la economía nacional de los Estados Unidos, a medidas de austeridad inspiradas en los regímenes fascistas.

Todos mis pronósticos económicos y otras actividades conexas de esa década, hasta mediados de 1971, se basaron en ese juicio. La primera de la serie de grandes conmociones monetarias del período ocurrió con la caída de la libra esterlina en noviembre de 1967, seguida por la crisis del dólar de enero a marzo de 1968. La ruptura de los acuerdos de Bretton Woods ocurrió a partir del 15 de agosto de 1971 y se consolidó en la Conferencia Monetaria de las Azores en 1972. En respuesta inmediata a los sucesos de agosto de 1971, el gobierno de los Estados Unidos instituyó las medidas radicales de austeridad conocidas como *Fase I* y *Fase II*.

3. En noviembre de 1979, durante mi campaña por la candidatura presidencial del Partido Demócrata, advertí que las medidas que acababa de tomar el gobierno de Carter y la Reserva Federal, a instancias de Paul A. Volcker, recién nombrado presidente de la Reserva, conducirían a una recesión devastadora, que se iniciaría a principios de 1980. En todos sus detalles, ese pronóstico y las proyecciones trimestrales que hizo *Executive Intelligence Review (EIR)* hasta 1983 fueron las más exactas que haya publicado cualquier entidad; de hecho, la mayoría, incluidos los del Chase, Wharton, Evans y Data Resources, fueron absurdos en su apreciación de las tendencias.

4. En febrero de 1983, en el curso de una discusión extraoficial exploratoria que llevaba adelante con Moscú en coordinación con el gobierno de Reagan, le informé al gobierno soviético que si rechazaba lo que luego se llamaría la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) del 23 de marzo de 1983, las tensiones que surgirían en la economía del CAME llevarían al derrumbe de ese sistema económico en unos cinco años. El pronóstico se repitió en el Informe Especial de *EIR* "Global Showdown", publicado en julio de 1985. El derrumbe ocurrió en el segundo semestre de 1989.

5. En el segundo trimestre de 1984, en mi renovada campaña por la candidatura presidencial del Partido Demócrata,

en una alocución de media hora teledifundida a todo el país, así como en otras oportunidades, advertí que una gran parte de la banca de los Estados Unidos, sufriría un derrumbe: los bancos de ahorro y sectores conexos.

6. En mayo de 1987, pronostiqué, como se publicó en *EIR* y otras partes, que habría un gran derrumbe en el mercado de valores, más o menos a partir del 10 de octubre de 1987. Este fue mi primer y único pronóstico sobre el mercado de valores.

7. Durante mi renovada campaña por la candidatura presidencial demócrata de 1988, en una alocución teledifundida a todo el país, comparé con el rebote de una pelota el desmoronamiento continuo de la economía de los Estados Unidos y sus fluctuaciones aparentes de corto plazo. Esto ha seguido hasta nuestros días.

8. Durante mi renovada campaña presidencial demócrata de 1992, advertí que estábamos ya en medio de una avalancha financiera global.

Es éste un historial de casi 40 años, al cual no se aproxima el historial público de ningún economista vivo, ni siquiera el de Maurice Allais, el economista francés y articulista de *Le Figaro* que ganó el Premio Nobel de Economía y es notablemente cuerdo.

Con la misma competencia sin rival, les digo ahora, como les informé a varias instituciones científicas de Rusia en la última semana del pasado mes de abril: *el sistema financiero y monetario mundial que existe en la actualidad se desintegrará a corto plazo. La desintegración quizá ocurra a mediados o fines de este año; quizá sobrevenga el año venidero; es casi seguro que ocurra durante el primer período de gobierno del presidente William Clinton; ocurrirá pronto. La desintegración es inevitable porque no se puede parar más que con la decisión, políticamente improbable, de varios gobiernos importantes de declarar en reorganización por quiebra a las instituciones financieras y monetarias del caso. Este es el pronóstico número 9, que se añade a la lista de los ocho mencionados.*

## La norma de creencia racional

Lo que he informado sumariamente sobre los primeros ocho pronósticos muestra que algo le falta a la inteligencia o la moralidad de cualquiera que se niegue a tomar con mucha seriedad el noveno pronóstico. Pero, dicho eso, aunque conste que soy probablemente el mejor pronosticador del mundo que haya vivido en los últimos cuarenta años, ¿garantiza ese historial sin rival que mi noveno pronóstico sea correcto? Cualquier gobierno responsable diría: "Quizá sea el mejor economista del mundo, pero, aún en ese caso, se necesita la demostración de que su último pronóstico es correcto".

Hay que pensar que un economista que asesora a un gobierno está en la misma posición moral que un médico que aconseja a un paciente. ¿Sería congruente con la ética médica recetar una medicina porque resulta que las etiquetas de los productos de la compañía farmacéutica parecen ser atractivas? ¿Cómo debe juzgar el médico? El médico es responsable moralmente de usar el método científico y de trabajar en concierto con otros miembros de la profesión de quienes sabe que lo que dicen se gobierna por la obediencia al método científico (y no por algún funcionario de alguna compañía de seguros controlada por fondos de inversión, por ejemplo). ¿Cuál es el requisito ético equiparable en relación con las recetas económicas?

En contra de lo que cree la mayoría de los iletrados científicos entre los graduados de los colegios de los Estados Unidos en nuestros días, *la ciencia no es una conglomerado de estadísticas*. La ciencia es el método por medio del cual se genera una serie de descubrimientos fundamentales decisivos y exitosos. *La ciencia no es matemáticas; es la restricción que le impone a las matemáticas el método de la ciencia física, exitoso por casi 2.500 años, desde la academia de Platón en Atenas.*

Cualquier gobierno responsable se haría las siguientes tres preguntas acerca del noveno pronóstico de la serie: 1) El método que utilicé para formular los primeros ocho pronósticos ¿es congruente con el método del cual depende el noveno? 2) El método que emplean los que se oponen a este pronóstico ¿es el mismo método fracasado que sus grupos utilizaron sin poder igualar lo certero de todos y cada uno de los ocho primeros pronósticos de mi serie? 3) Si la respuesta a las dos preguntas anteriores es sí, entonces querrán ver las pruebas decisivas

de que mi método se atiene a los principios reales en los cuales se sustenta el crecimiento físico en los procesos económicos.

Eso es lo que cualquier gobierno responsable me exigiría, una vez que reconozca que sería terriblemente inmoral mantener su desastrosa fé ciega en mis fracasados competidores del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, como John von Neumann, Abba Lerner, Milton Freedman, Friedrich von Hayek, Karl Popper, Arthur Burns, Paul Samuelson, George Shultz, Paul Volcker, Margaret Thatcher, Wharton, Evans, Chase, Data Resources y, en el fondo del barril, ese ponzoñoso bicho académico de Harvard, Jeffrey Sachs.

El futuro juzgará a los gobiernos y al electorado de nuestros días por el modo en el que respondan o no a su obligación de plantear esas preguntas respecto a este noveno pronóstico. El futuro exigirá saber: 1. Si hubieran hecho ustedes esas preguntas, pudieran haber previsto el desastre genocida que estaba por azotar a su nación y al resto del mundo. ¿Hicieron estas preguntas? 2. Si se plantearon estas preguntas, ¿recibieron ustedes respuesta? 3. ¿Cuál hubiera sido el resultado si hubieran aceptado esa respuesta? *Esta responsabilidad moral recae sobre los gobiernos; puede determinar si ciertos economistas merecen o no ir al Infierno; mide también la moralidad de la población en edad de votar en general.*

El lector encontrará en muchas publicaciones, incluidos los dos últimos números de la revista trimestral *Fidelio*, todos los rasgos decisivos del método usado en los nueve pronósticos mencionados. El artículo "On LaRouche's Discovery", primavera de 1994, da una relación del trabajo original, de los años 1948-1952, que produjo mi descubrimiento fundamental original en la ciencia de la economía física. Ese trabajo, incluidas las notas, es un informe conciso del descubrimiento. Una exposición más extensa del significado de la economía política en la historia, se encuentra en "The Truth About Temporal Eternity", en el número del verano de 1994.

Si el lector es muy competente en físico-matemáticas y conoce las cuestiones implícitas en asuntos como los fraudulentos ataques de Bertrand Russell a Bernhard Riemann y Georg Cantor, o la prueba aplastante que dio Kurt Gödel de que John von Neumann cometió un disparate decisivo, esos dos artículos dan material suficiente para constituir prueba científica rigurosa. Si

el lector carece de ese adiestramiento avanzado, el contenido de los dos artículos será, sin embargo, sumamente informativo.

Es mi intención que cualquier persona educada, sea que tenga suficiente adiestramiento científico o tan sólo buen sentido moral en estos asuntos, quede informada apropiadamente con la siguiente descripción de la prueba de mi noveno pronóstico.

### ¿Qué es una burbuja financiera?

Como primer paso para entender la burbuja de las derivadas financieras que está a punto de reventar, háganse la pregunta que le hice allá en 1966 a los asistentes a mi clase de economía, entre ellos Nancy Spannaus, actualmente celebridad demócrata de Virginia, y otros graduados universitarios. ¿Por qué a ciertos caseros les resulta tan rentable invertir en viviendas miserables en la ciudad de Nueva York? Nancy Spannaus, junto con otros de esos graduados, emprendió una investigación de campo que le tomó muchas horas en el registro público de la propiedad de Nueva York, para averiguar la historia de esos edificios ruinosos de Nueva York varias generaciones atrás. Nancy y otros miembros del equipo encontraron, y demostraron, la respuesta a mi pregunta.

Tomemos cualquier inversión que produzca rendimientos, sea una fábrica, sea una granja, una tienda o un título de propiedad de un edificio de departamentos miserables. De los rendimientos totales que obtiene anualmente el propietario de la inversión, se extrae cierta porción; es decir, que esta porción no se reinvierte para reproducir o mejorar las operaciones físicas de la inversión misma. En este momento nos interesan sobre todo cuatro elementos de esa porción de los rendimientos totales: la *renta*, los *intereses*, la *ganancia* y una cierta porción de los *impuestos* pagados.

Concentrémonos por un momento en la porción de la renta que no se utiliza ni para pagar impuestos sobre el bien raíz ni para mantener o mejorar la estructura. Supongamos que el actual poseedor del título de ese edificio de departamentos miserables decide vender su propiedad para que otro la rente. ¿Cómo se valúa el edificio para determinar el precio de venta? La valuación no se basará en el costo de construir un edificio

semejante, ni en el costo original depreciado del edificio; se basará en un múltiplo de la porción que se extrae de la renta o alguna consideración análoga.

Así que, en este ejemplo escolar, tenemos dos valores de ese edificio de departamentos miserables. Uno es el valor depreciado de la construcción original, incluido el valor depreciado de las mejoras que se hayan hecho. Y el otro valor es un múltiplo de la porción que el tenedor del título retira del ciclo físico de mantenimiento y reemplazo. Démosle algún nombre a la diferencia entre el valor depreciado de la construcción original y el valor mercantil que se le asigna a la renta que rinde el edificio. En la ciudad de Nueva York, en 1977-1979, esta última valuación era mucho mayor que la primera. La diferencia entre esta última valuación y la primera se llama *capital ficticio*.

El equipo en el que participó Nancy Spannaus encontró que el sistema de los caseros que rentan departamentos miserables era sacarle a esas viviendas, alquiladas por familias muy pobres, tasas de rendimiento mayores que las que obtenían los caseros que le rentaban viviendas decentes a familias de ingresos medianos y altos. Exprimiendo las máximas rentas posibles, con trucos como el de no darle mantenimiento a los edificios, esos caseros sacaban de las miserables viviendas rendimientos más altos que los que podía dar una vivienda decente.

En esos hechos podía uno haber visto una advertencia de la completa degeneración que sobrevendría: la era de los bonos chatarra, las adquisiciones forzadas y las transacciones con derivados, diríamos la era de los grandes admiradores de George Bush y Maggie Thatcher. El casero de moralidad más bajuna y con el mínimo grado de valor para la sociedad era recompensado más ampliamente que el casero decente.

Esa categoría económica, el *capital ficticio*, es una de las claves para entender por qué la burbuja actual de las transacciones derivadas es análoga a un cáncer terminal del sistema financiero y monetario mundial. Describamos la burbuja mundial actual desde ese punto de vista, antes de pasar al análisis de algunos de los puntos decisivos de nuestra demostración.

En vez de las viviendas miserables en renta en Nueva York en la década de los sesenta, tomemos lo que más se le parece en la actualidad: Milton Friedman, Margaret Thatcher, George Bush y la economía estadounidense del senador republicano

Phil Gramm y su esposa Wendy. Son éstos los Estados Unidos "postindustriales" que han reemplazado la economía que giraba en torno a la industria siderúrgica con una economía de robo libre, la economía actual del *Wall Street Journal*, el *American Spectator*, Michael Milken y bandidos neoconservadores semejantes.

Es visible que la inversión física neta en el mantenimiento y la mejora de la capacidad productiva de la infraestructura económica básica, las granjas y las fábricas, han caído desde hace mucho por debajo de cero. La quiebra de las granjas (para mayor gloria de los compinches de George Bush en los carteles cerealeros) y la reducción del número de empleados industriales y de otros puestos de trabajo calificados, demuestran concluyentemente que la economía de los Estados Unidos se encoge con rapidez por el proceso de despojo de activos. Se trata de un proceso mundial. Se inició en el sector subdesarrollado, sobre todo a partir de que se instauró, después de agosto de 1971, el sistema monetario de "tipos de cambios flotantes", que sustituyó al "sistema de reserva de oro" que habían fijado los acuerdos de Bretton Woods. Después de que las medidas tomadas por el presidente de la Reserva Federal Paul Volcker, en octubre de 1979, introdujeron la doctrina de la "desintegración controlada de la economía", planteada en 1975-1976 por el Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York, la enfermedad del saqueo se propagó por la economía de los Estados Unidos, en todos sus sectores.

Para comienzos de la década de 1980, merced al despojo de activos emprendido en la parranda "postindustrial" de la década anterior, la economía de los Estados Unidos había perdido la capacidad técnica de la que habían dependido los exitosos viajes tripulados a la Luna de la década de 1960. Bajo la batuta de George Bush, primero presidente del Senado y luego Presidente de los Estados Unidos, las cosas fueron de mal en peor. Desde fines de 1982, el proceso de despojo de activos azotó salvajemente merced a la desregulación radical de las finanzas que impulsaron Gramm y Bush. Las medidas de desregulación que impulsó este par podrían con toda justicia denominarse la "Ley Travis y Milken de alimentación de bonos chatarra". El "descarrilamiento planeado" que se denominó "iniciativa Gramm-Rudman", supuestamente dirigido a equilibrar el pre-

supuesto, no equilibró nada, sino que más bien desequilibró mucho de lo que quedaba de la economía, así como la mente de sus crédulos partidarios.

Miremos esta degeneración de la economía con los ojos de un casero de ésos que rentaban viviendas miserables en Nueva York en la década de 1960: su admiración sería orgásmica.

Examinemos el ingreso real que se extrae del "ciclo reproductivo" del proceso de producción y distribución de bienes y servicios específicamente indispensables como educación, salubridad y ciencia. Rastremos las ganancias, los intereses y las rentas de esas fuentes. Veamos cómo se vende en el mercado financiero lo que se le arrebató a la reinversión en la mejora física de los procesos cíclicos de producción y distribución de bienes. Se vende tal como los caseros vampíricos venden los títulos de propiedad de los edificios de departamentos en ruinas; no la propiedad física, sino más bien el derecho legal a cobrar la renta.

Generamos así grandes masas de capital ficticio. Ahora, además de los ingresos reales de fuentes primarias de renta, ganancia, interés e impuesto, se ha generado un segundo ingreso: las *ganancias del capital ficticio*.

En cualquier economía de mercado, aun en el trueque rural de ganado, es endémica la presencia del capital ficticio y de ganancias del capital ficticio. En ciertas condiciones, el amontonamiento de ganancias del capital ficticio como una corriente de ingresos a partir de la cual se genera un segundo orden de capital ficticio, pone en movimiento un proceso que se ha hecho célebre en la historia económica moderna con locuras desastrosas como la burbuja de los tulipanes del siglo 17 en los Países Bajos, las burbujas de la Isla del Mar del Sur y Misisipí a principios del siglo 18 y las prácticas de nuestros días de los amigos de Bush que explican la burbuja de los bonos chatarra y las transacciones con derivadas.

En la medida en que el dinero y los activos descontables por dinero tratan esos títulos y contratos de propiedad como activos negociables, el dinero trata los ingresos reales y las ganancias del capital ficticio más o menos en un pie de igualdad. En esas circunstancias, una legión de parásitos más que inútiles de Wall Street, la lonja de Londres y otros lugares del mundo se vuelve inmensamente rica, mientras que las familias de los granjeros, los trabajadores industriales, los empresarios ordi-

narios honestos y la generalidad de la nación se vuelven cada vez más pobres, hasta el grado en el que se ha empobrecido Rusia bajo la influencia de la política de Margaret Thatcher, George Bush y Jeffrey Sachs.

En la medida en la que el posible comprador se incline a actuar en la creencia de que una ganancia nominal sobre un capital ficticio contratado representa un ingreso esperado descontable, a ese nuevo ingreso imaginario se le puede asignar una capitalización ficticia del mismo modo que al título sobre un edificio de departamentos miserables se le asigna una valuación ficticia, basada en la disposición del comprador a pagar un precio por adquirir el título a cobrar la renta. Una vez que la siguiente fase de la espiral de la especulación financiera se convierte en la base de un nuevo mercado de dichos instrumentos, se desencadena un proceso de crecimiento "geométrico" del capital ficticio nominal. Empieza a inflarse una acumulación ficticia. Esa es la distinción entre una verdadera burbuja especulativa y las formas endémicas de actividad especulativa en los mercados.

### ¿Qué es una burbuja cancerosa?

La burbuja financiera y monetaria mundial actual va un paso fatal más allá de la mera inflación de las ganancias del capital ficticio. Tiene una dimensión que le da su carácter fatalmente canceroso para los sistemas financieros y monetarios a los que infecta.

La clave de ello es el *despojo de activos*. Usemos el término "apalancamiento" para identificar el multiplicador implícito que convierte una tasa anual imputable de ingresos en una magnitud correspondiente de capital ficticio nominal. En el caso del casero, saquear a los inquilinos para aumentar los ingresos que obtiene cobrando rentas es el modo de aumentar los ingresos imputables y, así, la capitalización ficticia del título de propiedad. La valuación de las capitalizaciones ficticias secundaria y terciaria que brotan de las ganancias marginales imputables en capitales ficticios se basan ellas mismas en el apalancamiento en contra de los ingresos primarios reales.

La valuación de todo el mercado interconexo en ganancias del capital ficticio depende tanto de las magnitudes relativas como de las absolutas de los ingresos primarios considerados

en su conjunto. Este hecho queda ilustrado de modo espectacular por el caso del despojo de activos que se necesitó para sostener la creación descomunal de capital ficticio en las operaciones de RJR Nabisco. Sin el despojo de activos en gran escala que ha sufrido la economía en su conjunto, la burbuja especulativa hubiera reventado hace más o menos diez años.

Esto se complica por el hecho de que, si no aumenta el flujo de ganancias del capital ficticio en lo alto de la burbuja, ésta ya hubiera reventado. Porque, si no crece de modo continuo la magnitud de las ganancias del capital ficticio, la burbuja en su totalidad hubiera reventado por la presión del apalancamiento inverso.

Derrumbe sería un eufemismo muy engañoso. Desde el punto de vista matemático, el mejor modo de describir el apalancamiento inverso de esta burbuja sería con las ecuaciones de Kolmogorov que se usan para describir una explosión química, de fisión termonuclear, o una tormenta de fuego como las que la Real Fuerza Aérea británica creó en Hamburgo y Dresden en la Segunda Guerra Mundial; en términos físico-matemáticos, hablamos de un frente de choque, ciertamente uno muy potente. En efecto, una tarde, los mercados financieros parecen normales, estables; para la tarde siguiente, poco más o menos, todo está en ruinas; el sistema financiero y monetario construido desde agosto de 1971 se ha desintegrado en un solo día de operaciones, por así decirlo.

Como sucede con el heroinómano o con quien depende de la metadona, el hábito de saquear la base económica real tiene que alimentarse para evitar desplomarse. El vicio destruye las bases de las que se alimenta. Como lo ilustra el trágico destino de las empresas engullidas en la operación de RJR Nabisco, ése es el destino de la economía mundial bajo el dominio de la cancerosa burbuja financiera caracterizada por la especulación con derivados financieros.

Así que, para no reventar, la burbuja tiene que crecer. Para que crezca la burbuja, hay que saquear más salvajemente las bases económicas reales: despojo de activos. Vemos el resultado en la caída del valor (en dólares constantes) del consumo real per cápita y por kilómetro cuadrado de los hogares, las granjas y las empresas industriales. Vemos la caída del valor (también en dólares constantes) de la base de ingresos fiscales per cápita y por kilómetro cuadrado.

Volvamos a 1913, al famoso plan de Paul Warburg, del Sistema de la Reserva Federal. Veamos a Teddy Roosevelt, sobrino del agente confederado Alan Bulloch, y la campaña de su partido independiente, que hizo posible que resultara electo Woodrow Wilson, impulsor del Ku Klux Klan (KKK). Los dos apoyaron las proposiciones de Warburg de crear la Reserva Federal y cargar impuestos federales sobre la renta. Los actos de Roosevelt y el apoyo que le dio después Woodrow Wilson a la reconstitución del Ku Klux Klan aseguraron tres cosas: que las dos leyes se promulgaran y que los Estados Unidos quedaran comprometidos a participar del lado de la Gran Bretaña en la guerra que ésta tenía planeada contra Alemania (si no, Gran Bretaña no hubiera ido a la guerra, y entonces, no hubiera habido Primera Guerra Mundial, ni tampoco su secuela, la Segunda Guerra Mundial). Miremos a la situación presente desde el punto de vista del estado de las propuestas originales de Paul Warburg, alrededor de 1913, de crear la Reserva Federal y el sistema impositivo federal, y echémosle una breve mirada a su precedente, la Ley de Reanudación del Pago en Metálico de 1875-1879. Observemos la relación entre los cargos del servicio de la deuda estadounidense, armada por la Reserva Federal, y los ingresos fiscales federales actuales, y el significado de la burbuja de las transacciones con derivadas queda entonces claramente diagnosticado: ya viene la catástrofe.

Por medio de su agente estadounidense correspondiente, la casa Morgan, Londres llevó a la quiebra al gobierno de los Estados Unidos durante el último cuarto del siglo 19, con una ley del Congreso, llamada Ley de Reanudación del Pago en Metálico. Esta ley, que se aprobó gracias a la corrupción en gran escala de miembros del Congreso, repudió ilegalmente las secciones correspondientes del artículo primero de la Constitución Federal de los Estados Unidos, cuando obligó al gobierno no sólo a abandonar su facultad constitucional soberana de emitir moneda, sino a recoger los billetes de la serie Lincoln que circulaban entonces, en medida acorde con las exigencias del mercado de oro de Londres. Esto hundió a los Estados Unidos en una prolongada crisis social manipulada desde Londres, en cuyas condiciones pudo comprar las mejores partes de la todavía empujante economía de los Estados Unidos. Al inicio del siglo que corre, Londres, que había sido constantemente el principal adversario mortal de los Estados Unidos

desde 1763, se vio de repente promovido en la América anglófila racista como nuestro aliado más cercano. Consecuencia natural de la prolongada crisis provocada por la Ley de Reanudación del Pago en Metálico, fue el sistema de la Reserva Federal, completamente anticonstitucional.

El sistema de la Reserva Federal, es decisivo para la burbuja de las transacciones financieras de nuestros días. Sin la compli- cidad prácticamente traicionera de funcionarios corruptos de la Reserva Federal, la manía especulativa que ha arruinado a nuestra nación y a buena parte del mundo no hubiera sido posible. La Reserva Federal es un banco central privado privile- giado por el gobierno federal, que ha obtenido un poder de extorsión creciente e ilegal sobre nuestro propio gobierno. Es, en lo principal, agente de los grandes bancos comerciales y de las casas bancarias y financieras privadas de la ciudad de Nueva York. En los últimos quince años, las funciones principales de la Reserva Federal han sido manipular al gobierno de los Esta- dos Unidos y usar la autoridad monetaria usurpada que posee para subsidiar a bancos en quiebra, entre otros, y a otros espe- culadores de Nueva York y localidades semejantes.

La Reserva Federal opera en colusión con funcionarios del Departamento de Hacienda para aumentar el endeudamiento del gobierno de los Estados Unidos con los clientes del mercado neoyorquino de billetes y otros valores estadounidenses. Este mecanismo creador de deuda se usa en lo principal para ali- mentar el proceso de emisión, por parte de la Reserva, de sus propios billetes privados anticonstitucionales; esta emisión de billetes se maneja para generar el subsidio de la Reserva Federal a sus verdaderos propietarios privados y, en los últimos doce años, para alimentar la salvaje burbuja especulativa financiera de los amigos de George Bush.

*¿Cuando se concibió originalmente la Reserva Federal, la adop- ción de un impuesto nacional sobre la renta se diseñó para que fuera la fuente legal de fondos presupuestarios para cubrir las obligaciones del servicio de la deuda del Gobierno Federal de los Estados Unidos que crearía la Reserva Federal! Ahora resulta que el pago del servicio de la deuda federal devora cada vez más y más los ingresos que obtiene el gobierno de los Estados Unidos por los impuestos sobre la renta. Como dice el cartel que lleva el señor de barbas y túnica blanca: "Ya viene el fin".*

El valor en dólares constantes de la base de ingresos fiscales

per cápita se encoje en gran medida como resultado del despojo de activos que provocan las prácticas especulativas de los amigos de Bush. Aumentar los impuestos sobre cualquier cosa que no sean los mercados financieros especulativos significaría aumentar lo que se le extrae a la economía real y acelerar la contracción económica y apresurar el desplome. Reducir los servicios sociales, otra propuesta persistente que se hace en favor de los intereses de los piratas especuladores de Wall Street, tendría efectos semejantes.

Esa relación entre el servicio de la deuda federal y la base de ingresos fiscales no es más que uno de los muchos signos de la misma cosa. Como explicó el chofer cuando detuvo el autobús frente al lugar donde estaba el puente que se llevaron las aguas: "Hombre, creo que se nos acabó la carretera".

El cáncer de las transacciones especulativas con derivadas medra: un crecimiento feo. Peor aún: para existir, el cáncer tiene que saquear al tejido saludable, por lo menos en el mismo grado. Así que el monstruo crece chupando al ser humano hasta que muere. Para salvar a la víctima, hay que cortar los tumores, matar al cáncer, sin matar al tejido saludable. La tarea es destruir al parásito.

## Las cuestiones de método

Ya describimos el problema. Así que ahora estamos en condiciones de considerar las posibles objeciones significativas a esa descripción.

Las objeciones conocidas a la descripción anterior caen en tres grandes categorías, de las cuales dos se pueden descartar sumariamente, pues se trata de casos en que el individuo no ofrece argumentos racionales para apoyar sus más vehementes objeciones. Las tres categorías son las siguientes:

1. Lo que podemos denominar con justicia síndrome de Eddie George, el asaltante de la despensa: "Mami, ya estás exagerando otra vez; no hay galletas en la lata".
2. El síndrome del que se guía por habladurías: "Personas cuya opinión yo respeto dicen que está usted equivocado".
3. El punto de vista académico. Cualesquiera de las modas

que se enseñan actualmente en las aulas, los libros de texto y los periódicos económicos y financieros.

Sólo la última categoría ofrece algún interés aquí.

Dentro del tercer grupo de objeciones, las premisas académicas principales son, juntas o por separado: a) los intelectos marginales, los utilitarios que se ofenden profundamente en lo personal ante cualquier intento de distinguir entre ocupaciones productivas y no productivas; b) los *idiotes savants* matemáticos de las sectas de la "teoría del caos"; c) los fieles gnósticos que recitan monótonamente, con la obligatoria elevación de los ojos, "la magia del mercado". Convenientemente, esas tres y otras muchas objeciones profesionales comparten la falla fundamental de los intentos del difunto John von Neumann de derivar de una serie de desigualdades lineales un dogma matemático del utilitarismo marginal radical.

Simplifica mucho la discusión comenzar con un brevísimo relato histórico de la controversia sobre el método apropiado para estudiar los procesos económicos.

Explicemos en pocas palabras la historia interna moderna de la economía política. La economía política moderna empezó a desarrollarse en la Florencia de mediados del siglo 15, la Florencia de Cosimo de Medici, merced a las iniciativas del erudito bizantino Giorgios Gemistos, después conocido como Pletón. Empezó a cobrar forma moderna en el siglo 16, en expresiones como los escritos del francés Jean Bodin y la fundación de la economía política como parte de del arte de gobernar conocido formalmente como *cameralismo*. La primera obra que sentó las bases científicas del estudio de la economía política fue la elaboración que hizo Gottfried Leibniz de una rama de la ciencia física conocida como *economía física*, entre 1672 y 1716.

A fines del siglo 17, los extensos servicios de inteligencia de Venecia emprendieron una vigorosa campaña por toda Europa en procura de destruir a Francia y desacreditar a Leibniz. El personaje principal que dirigió esta operación del siglo 18 en Francia, Gran Bretaña y Alemania fue un encumbradísimo noble veneciano, Antonio Conti (1677-1749), cuya red incluía a agentes venecianos antifranceses tan famosos como Giovanni Casanova (1725-1798), el conde Alessandro Cagliostro (1743-

1795) y el fundador del empirismo radical británico de fines del siglo 18 y del siglo 19, Giammaria Ortes (1713-1790).

Lo que hay que subrayar es que todas las doctrinas por las cuales son célebres Adam Smith, Jeremy Bentham y Thomas Malthus fueron copiadas de los escritos de Giammaria Ortes. Fue merced a la obra de Ortes que Smith obtuvo su dogma de la "mano invisible", y Jeremy Bentham su "cálculo hedonista". La obra de Malthus de 1798, *Sobre la población*, fue plagiada directamente, en lenguaje más sencillo, de las *Reflessioni sulla Popolazione delle Nazioni*", obra de Ortes de 1790.

Para ubicar la discusión, consideremos la difundida mentira que afirma que los Estados Unidos se fundaron sobre la doctrina de Adam Smith del "librecambismo". El hecho es que el motivo económico y social de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos en contra de Gran Bretaña fue que los colonos americanos rechazaron la versión británica del siglo 18 de las "condiciones del Fondo Monetario Internacional" y adoptaron lo que se llamaría después una política económica "proteccionista".

El "librecambismo" se introdujo a los Estados Unidos en 1783, como una condición de paz dictada a Francia y a los Estados Unidos por lord Shelburn, de la Gran Bretaña, en el Tratado de París de 1783. Como consecuencia de esta concesión al "librecambismo" británico, las economías de los Estados Unidos y Francia se fueron a la quiebra para 1789. Los Estados Unidos se pusieron a pensar, elaboraron una Constitución Federal que proscribió el "librecambismo" y recuperaron el crecimiento próspero bajo la dirección del presidente George Washington y el secretario de Hacienda Alexander Hamilton. El rey de Francia obró en forma diferente: por no usar la cabeza, la perdió.

Las disposiciones económicas de la Constitución Federal de los Estados Unidos y del primer gobierno de George Washington, intensamente influidas por Leibniz, se conocieron oficialmente desde entonces como el "sistema americano de economía política" antibritánico.

El "librecambismo" revivió en los Estados Unidos varias veces en el siglo 19. Merced a la influencia del agente británico Albert Gallatin, que operaba desde dentro del segundo gobierno de Jefferson y del gobierno de Madison. Merced a la influencia del banquero neoyorquino Martin van Buren, instrumento de

los británicos, en el segundo gobierno de Jackson, que causó el pánico de 1837. El "librecambismo" fue la doctrina de los traficantes de opio de Nueva Inglaterra y de la facción esclavista del sur a principios del siglo 19. También revivió durante los traicioneros gobiernos de Pierce y Buchanan, con efectos ruinosos. Todas las épocas de recuperación económica hasta 1875, fueron resultado directo de rechazar el "librecambismo" y revivir las medidas del "sistema americano" de Franklin, Hamilton, Henry Clay, Mathew y Henry Carey, y Federico List.

A pesar de Cobden y Brite y sus "leyes cerealeras", a lo largo de los siglos 18 y 19 Gran Bretaña nunca se aplicó a sí misma en general el dogma del "librecambismo", sino sólo a sus competidores y a las colonias que saqueaba para el enriquecimiento de las casas financieras de Londres. Cuando se trataba de defender lo que Gran Bretaña veía como sus intereses económicos o de otra índole, era celosa proteccionista, al extremo de ir a la guerra. Es justo decir que su política era: el libre comercio es para los babosos. La "mano invisible" resulta ser su mano en nuestros bolsillos.

Todas las bases de las presuntas objeciones profesionales a mi descripción del proceso especulativo, incluida la obra de los utilitarios, de Walras, de John Maynard Keynes, de von Neumann, de los teóricos modernos del "caos", etcétera, son meros disfraces diferentes de la misma serie subyacente de supuestos axiomáticos de mediados del siglo 18 introducidos a Gran Bretaña merced a la obra de Giammaria Ortes. Todas las cuestiones que plantea el tercer grupo de críticos mencionado se pueden abordar de manera comprensiva y con la mayor eficiencia examinando las diferencias decisivas de supuestos axiomáticos que separan el método de la influyente ciencia de la economía física de Leibniz de los derivados del cálculo hedonista de Ortes.

La diferencia esencial entre la economía física de Leibniz, por una parte, y los dogmas liberal, marxista y neoconservador, en el lado opuesto, es la diferencia entre quienes, como Leibniz, basan la medida del desempeño económico en el punto de partida de la demografía humana, y aquéllos que, como el economista británico Karl Marx, están obsesos desde el comienzo con cierta acumulación primitiva de "mi dinero". Observemos primero la economía política desde el punto de vista de Leibniz y de mi propia ciencia de la economía física y luego

contrastemos eso con las enseñanzas de una seudociencia matemática como la de John von Neumann y la que expone Oskar Morgenstern en su famoso libro *Teoría de juegos y comportamiento económico*.

## Ciencia demográfica

La ciencia de la economía física se basa en la prueba concluyente de que la especie humana es única en el universo conocido, que se ubica absolutamente aparte y por encima de todas las otras formas conocidas de existencia en el espacio-tiempo físico. La prueba decisiva de esta conclusión se encuentra en los estudios de *los cambios de la densidad relativa potencial de población de la especie humana*: sólo el hombre es manifiestamente capaz de incrementar deliberadamente esta densidad demográfica potencial en órdenes decimales de magnitud.

El estudio de este fenómeno empieza revisando dos grupos de fenómenos, más fácilmente medibles: *los cambios de la demografía y los cambios en la productividad per cápita del trabajo*. Primero, examinemos los cambios en la densidad demográfica relativa; luego, segundo, características demográficas; y luego, tercero, la capacidad productiva del trabajo.

Por razones de rigor científico elemental, este estudio abarca implícitamente muchas diferentes series culturales a lo largo de miles de años y quizá más en el pasado. Por supuesto, también incluye los últimos seiscientos años y pico desde la pandemia europea del siglo 14 conocida como la Peste Negra. *Lo extenso de la investigación indica que la cuestión del dinero se introduce sólo como un rasgo terciario de los estudios. Nos interesa primariamente la relación física entre la sociedad y la naturaleza en su conjunto; los principios involucrados deben desprenderse sin introducir consideración monetaria alguna. Las cuestiones monetarias se estudian posteriormente, contra el telón de fondo de la interacción del sistema monetario con los procesos económicos físicos a los cuales se empalman los sistemas monetarios.*

En demografía, comenzamos con las consideraciones obvias de la fertilidad de las familias, las esperanzas de vida y las condiciones de salud de los integrantes de las familias por intervalos de edad. Consideramos no sólo la familia individual típica y la sociedad inmediata con la cual está ligada esta fami-

lia, sino también, la interacción funcional del individuo y la sociedad y de ambos con la especie en su integridad. Examinamos la capacidad productiva del trabajo desde el punto de vista de un modelo demográfico de reproducción social de la familia, de la sociedad y de toda la humanidad. Medimos esa capacidad productiva desde el punto de vista de los bienes que consumen los hogares y los medios de producción necesarios para mantener los mejoramientos en la demografía per cápita, por familia y por kilómetro cuadrado por encima de un cero conjeturable o el llamado "nivel de equilibrio".

Examinamos los efectos del desarrollo de la infraestructura económica básica (por ejemplo: agua, transporte terrestre general, energía, sanidad y comunicaciones) en la demografía y los factores productivos. Incluimos tres renglones de servicios (educación, salubridad y el desarrollo de la ciencia y sus equivalentes) como una forma de infraestructura, e incluimos también, como infraestructura básica, los medios logísticos necesarios para mantener esos tres renglones esenciales de servicios a las familias y a las instalaciones productivas.

Para acortar la explicación, resumamos una serie de pasos en los términos siguientes:

Definamos el consumo desde el punto de vista de la lista de bienes que se consumen, bien sea en los hogares o en la producción de bienes. *Salvo por los tres renglones de servicios ya mencionados (educación, sanidad y progreso científico), llamamos bienes estrictamente a los bienes físicos. Los bienes se enumeran como componentes de canastas, cada una unida a las categorías correspondientes de la división general del trabajo. Las grandes categorías de canastas son: los bienes de consumo hogareño, los bienes de la infraestructura básica, los bienes de la infraestructura ligera, los bienes necesarios para la producción agrícola, los bienes necesarios para la producción industrial, más cierto margen de gastos sociales generales para el consumo de otros renglones de empleo en su conjunto.*

También definimos la actividad económica por renglones del uso de la tierra. Tenemos tierras sin cultivar, tierras de reserva, tierra empleada para habitación urbana y rural, tierra para funciones administrativas urbanas y usos sociales generales, tierra asignada para los renglones de cada uno de los principales elementos de la división general del trabajo.

En la práctica, en un plan de estudios universitarios bien

concebido, la ciencia económica empieza con el estudio de los cambios en estos renglones y sus proporciones en los últimos 550 años en Europa occidental y en las Américas. Una vez familiarizado con los conceptos que se desprenden del estudio de cinco siglos de cambios en estas regiones, el alumno estará en condiciones de contrastar la situación de la Europa moderna con los casos cualitativamente diferentes de los 2.000 años precedentes de civilización europea y con las civilizaciones más antiguas de Asia y el Africa mediterránea hasta alrededor de 6.000 años a.C. Estos estudios preparan al alumno para estudiar la América precolombina, Oceanía y la parte sur del continente africano. Esto le da al estudiante una imagen global dentro de los límites del período cálido interglacial en el cual nos encontramos. Etc.

La causa confirmada de los cambios en cierto modo correlativos de la densidad demográfica potencial, los perfiles demográficos, la división del trabajo, el uso de la tierra, el contenido de las canastas de consumo, etc., son los cambios en el comportamiento humano de la calidad representada por el progreso científico fundamental válido. Dicho progreso científico ejemplifica meramente la calidad de pensamiento común a la gama de cambios en el arte de gobernar y en las formas clásicas de las bellas artes que, junto con el progreso científico y técnico, producen la mejora en el desempeño demográfico. En otras palabras, *lo que se refleja aquí es el aumento del poderío per cápita del hombre sobre el universo, medido en tanto poder per cápita por kilómetro cuadrado de la superficie habitable del planeta.*

La causa subjetiva del aumento de este poderío no es otra que la facultad creadora de la mente individual. El caso de un descubrimiento fundamental válido dentro del campo que llamamos físico-matemático ilustra este argumento. Para nuestros propósitos bastará aquí meramente con resumir el argumento que dan las fuentes ya mencionadas.

## **La tecnología en tanto creatividad**

En cualquier rama de la ciencia, no hay modo de eludir ciertos problemas conceptuales muy profundos sin hundirse para siempre en las incompetencias incurables del balbucir estúpido. En la economía, ese concepto esencial es el de *creatividad*.

Pedagógicamente, la investigación de este concepto empieza con el asunto de las formas de descubrimiento creador que se representan más fácilmente: la forma matemática de lo que con justicia se llaman cualidades revolucionarias o axiomático-revolucionarias de los descubrimientos científicos fundamentales. La vara de medir que aplicamos al estudio de esos descubrimientos y sus efectos es la norma del progreso técnico, con lo cual queremos decir el aumento en las facultades cualitativas de productividad física del trabajo per cápita, por familia y por kilómetro cuadrado de la tierra utilizable.

Una vez que la idea de creatividad se aleja del dominio de las imágenes vagas y emotivas para pasar a ser un concepto científico inteligible de la práctica deliberada, toda la ciencia económica comienza a aclarársele al alumno. Mientras no se dé ese paso, los profesores de economía no pasarán mucho del nivel de competencia anterior a la Edad de Piedra, repitiendo chabonadas y babosadas sobre todos los conceptos decisivos de los que depende en forma absoluta esta rama de la ciencia. Una vez que la creatividad se torna en concepto inteligible y de aplicación práctica, toda la ciencia económica se le empieza a aclarar con rapidez al estudiante. Desde ese punto de vista se transparenta la incompetencia de todos los críticos de la descripción anterior.

En la medida en que cualquier física matemática se pueda representar de un modo matemáticamente congruente, se podrá representar, aunque sea sólo con propósitos de descripción, con lo que se denomina un reticulado de teoremas. Eso significa que cualquier matemática formal se puede considerar como un reticulado de teoremas cada uno congruente con los demás del mismo grupo. Esta congruencia mutua es representable por una serie de teoremas y postulados interconexos, como los teoremas y postulados de una geometría euclidiana formal.

En consecuencia, podemos pensar, desde el punto de vista de una cierta colección de teoremas interconexos, todos y cada uno de ellos no incongruentes con cualesquier otros de la serie de axiomas y postulados interconexos. Visto de este modo, podemos concebir tanto los teoremas que ya se conocen como los que estén por descubrirse y que satisfagan esas restricciones. Podemos describir esto como todos los teoremas de ese tipo formal físico-matemático.

Con estos antecedentes, consideremos el caso de que se

pueda definir experimentalmente un teorema que, siendo verdadero en la naturaleza, no es congruente con ningún tipo físico-matemático previamente conocido. Cuando se le examina de cerca, resulta que este nuevo teorema exige un cambio muy específico en uno o más de los axiomas de la forma actualmente aceptada de física matemática. Entra Sócrates; empieza la diversión.

La cuestión queda así planteada implícitamente. Supongamos que aceptamos un nuevo grupo de axiomas y postulados interconexos, que se conforma plenamente al nuevo teorema experimental y que introduce sólo las modificaciones absolutamente necesarias en el conjunto anterior de axiomas y postulados. ¿Podemos obtener una versión revisada, experimentalmente válida, de los teoremas del viejo sistema que case con el nuevo conjunto de axiomas y postulados?

En efecto, eso es lo que un descubrimiento revolucionario en la ciencia nos fuerza a hacer. Un teorema experimental decisivo con esas características problemáticas ha introducido un cambio axiomático-revolucionario en la física matemática formal. La sucesión de cambios axiomático-revolucionarios de ese género ha sido la característica tanto de las matemáticas formales mismas como de la ciencia física moderna desde que Nicolás de Cusa escribió su *De docta ignorantia* en 1444. El descubrimiento de la ley periódica de los elementos de Dmitri Mendeleiev, el transfinito de Georg Cantor, el cuanto de acción de Max Planck, la radioactividad y la fisión nuclear ejemplifican los cambios revolucionarios que surgieron al final del siglo pasado y en las tres primeras décadas, más o menos, de éste. Cada uno de ellos exigió un cambio axiomático-revolucionario en nuestras nociones de la física en su totalidad.

En los milenios anteriores a 1400 d.C., las revoluciones se reprodujeron con mayor lentitud y hubo largos períodos de esterilidad y aun de retroceso en demasiados aspectos de la cultura. Con todo, los mismos principios se reflejan en los restos de las culturas prehistóricas más antiguas. Este aumento voluntario del poderío del hombre sobre la naturaleza, per cápita y por kilómetro cuadrado es lo que ubica a la especie humana absolutamente aparte y por encima de todas las otras formas de existencia conocidas del espacio-tiempo físico.

Esto lleva a nuestra investigación a un punto decisivo: ¿por qué debemos equiparar 'axiomático-revolucionario' con 'crea-

dor? El dominio de la ciencia de la economía física depende de que el estudiante comprenda esta relación. Entendido este punto, la incompetencia esencial de los economistas universitarios políticamente puros de nuestro días y de sus libros de texto se demuestra fácilmente. Y viene de inmediato al caso porque implica prueba del carácter fraudulento de las afirmaciones de Norbert Wiener y John Von Neumann, así como de sus seguidores, los *idiotes savants* de la "teoría del caos" en lo que toca a la inteligencia humana y a las matemáticas en general.

### La lógica contra la creatividad

Dados dos reticulados de teoremas, cuya única diferencia es un solo cambio axiomático, no hay congruencia entre ningún teorema de uno de esos reticulados con cualquier teorema del otro. La diferencia entre los dos es, por tanto, desde el punto de vista matemático, una discontinuidad formal. En la vida real, esto significa que, en el caso de cada descubrimiento axiomático-revolucionario válido en matemáticas o en física matemática, una vez descubierto el cambio axiomático que define el reticulado de teoremas subsiguiente, tendremos que ser capaces siempre, en principio, de considerar cada teorema del reticulado anterior como un caso especial del subsiguiente; sin embargo, ningún teorema del segundo reticulado se puede obtener por congruencia con los axiomas del primero.

Este principio le era bien conocido a Platón y sus compañeros. El diálogo *Parménides* de Platón es una demostración del modo en el que el descubrimiento creador debe aparecer desde el punto de vista del eleático puramente formalista (o de las *Critiques*, del aristotélico Immanuel Kant). Al formalista, un descubrimiento semejante le parece un salto inexplicable del intelecto.

La ilustración moderna clásica del argumento de Platón es la solución que le da Nicolás de Cusa a la paradoja de la cuadratura del círculo de Arquímedes. Hasta Cusa, los matemáticos se engañaron por el hecho de que una serie derivada de la construcción de Arquímedes puede calcular el valor de la relación entre la circunferencia y el diámetro,  $\pi$ , hasta cualquier posición decimal que se desee. Cusa demostró (1440-1453 d.C.) que esta convergencia aritmética aparente lleva implícita una

falsedad en la medida en que uno suponga, falsamente, a partir de la convergencia aparente de valores numéricos, que la circunferencia podría construirse de ese modo. Los valores son casi iguales pero nunca congruentes. Cusa definió la acción circular como algo perteneciente a una especie de matemáticas diferente, superior, a la que los griegos habían supuesto que pertenecían todos los inconmensurables. Más adelante (1697), Jean Bernoulli y Gottfried Leibniz demostraron la significación física del descubrimiento de Cusa en cuanto a la radiación de la luz, con lo que pasó a ser la base de lo que ellos llamaron funciones "no algebraicas" o "trascendentales".

Desde 1697, este descubrimiento, conocido con el nombre de *paradoja del continuo*,<sup>1</sup> ha sido el centro de la controversia metodológica principal y motivo de los fraudes más significativos del aula y el libro de texto en la física matemática.<sup>2</sup> Con su exposición de la serie de transfinitos *alef* (1897), Georg Cantor

1. Véase el célebre trabajo de Riemann de 1854 *Über die Hypothesen, welche der Geometrie zu Grunde liegen*, en *Collected Works of Bernhard Riemann*, Heinrich Weber, Dover, Nueva York, 1953, pp. 272-287.

2. La moda sectaria de la "teoría del caos" en economía política es un espejismo de esos *idiotes savants* al estilo Bourbaki, que confunden la realidad con cálculos aritméticos asignados a algoritmos de computadora como las cifras de Mandelbrot. A la influencia del difunto John von Neumann se debe en gran medida la difusión de éstas y otras locuras semejantes en la economía política y otros campos. Norbert Wiener, autor de *Cibernética* y coautor de la "teoría de la información", fue con justicia expulsado de un seminario de la Universidad de Gottinga por el gran David Hilbert, a causa de la misma incompetencia metodológica que demostró Wiener más tarde en sus absurdas nociones de la "negatoentropía", así como en las nociones enfermizas de la mente humana que compartió con John Von Neumann.

Estas y otras patologías semejantes explican algunas de las razones de que haya tantos locos entre los formalistas matemáticos más adiestrados. Si uno intenta definir una teoría matemática formal del "campo general" sobre la base del falso supuesto de Bertrand Russell, John Von Neumann, etc., de que los límites externos de un reticulado de teoremas se pueden derivar como teorema de ese mismo reticulado limitado externamente, la persona que así se engaña debe o abandonar ese supuesto, como hizo Kurt Gödel (por ejemplo), renunciar a las matemáticas, o volverse un lunático habitante de un mundo fantasioso paranoico y completamente místico. Así, en el culto de Delfos de la antigua Grecia, se reconoció que por entre las hendiduras de la mente de Apolo, observaba, oculto, un Friedrich Nietzsche, un Bakunin, un Richard Wagner, un Martin Heidegger, un desafortunado Dioniso-Pitón o, como lo subraya Herodoto, un Satanás, un Osiris, un Siva.

hizo un examen decisivo de esto desde el punto de vista de la obra de Karl Weierstrass; Kurt Gödel expuso en 1931<sup>3</sup> los sofismas axiomáticos del trabajo matemático de toda la vida de Bertrand Russell y, también, del trabajo concomitante de John von Neumann. A pesar de la prueba concluyente de esas y otras fuentes, se sigue negando tercamente la existencia de lo que Riemann llama paradoja del continuo; esa negativa es uno de los rasgos fraudulentos principales del plan de enseñanza común de la física matemática en nuestros días. Como en los casos ejemplares del difundido libro de Norbert Wiener, *Cibernética*, y de la obra de John von Neumann sobre economía y la mente humana, este difundido fraude escolar tiene un papel dominante en las versiones erróneas en boga de la doctrina económica que se enseña y se practica profesionalmente en nuestros días.

Allá en la década de 1940 me divertí algunas veces preguntándole a algunos académicos pomposos si la vida humana es posible desde el punto de vista estadístico. La premisa central en la que se basaron mis descubrimientos de 1948-1952 para refutar a Wiener y Von Neumann fue la posición de que una teoría que no puede demostrar su congruencia con la existencia del que la formula tiene que estar equivocada desde el punto de vista de la física. En los años subsiguientes, unos cuantos pensadores notables han expresado la misma posición o una muy semejante.

La academia de Platón en Atenas demostró que existen magnitudes geométricas que no son congruentes con los números racionales, magnitudes geométricas llamadas inconmensurables. Más tarde, Nicolás de Cusa fue el primero en demostrar-nos que debemos separar estos inconmensurables en dos especies distintas, especies que Leibniz denominó posteriormente algebraicos (la especie inferior) y no algebraicos (la especie superior), estos últimos conocido comúnmente en nuestros días como funciones trascendentales. Se debe reconocer que la paradoja del continuo, tema central de la *Monadología* de Leibniz y aspecto central de la obra posterior de Riemann, nos demuestra que existe todavía otra especie superior de matemá-

3. Kurt Gödel, "On formally undecidable propositions of *Principia Mathematica* and related systems I", en *Kurt Gödel Collected Works*, volumen I, S. Peferman y otros, compiladores, Oxford University Press, pp. 144-195.

ticas. Se trata de un dominio superior en el que se conserva el sentido de cardinalidad, pero no el de ordinalidad, según lo conocemos en las tres especies inferiores de dominios matemáticos. Es este último dominio, el cuarto y superior (del *alef* 1 de Cantor en adelante), el que nos permite representar la creatividad científica y sus efectos, representación imposible desde el punto de vista de los órdenes inferiores de la física matemática.

Así, aunque no podemos representar la creatividad científica con ninguno de los métodos matemáticos que se enseñan en las escuelas de ingeniería, la comprensión adecuada del trabajo de Cantor desde el punto de vista de la *Monadología* de Leibniz y la superficie de Riemann nos muestra cómo abordar este problema formal una vez que hemos identificado la física de representar un proceso demográfico de desarrollo bajo el ímpetu del progreso técnico.

### Mediciones económicas

Este problema se me impuso en el lapso 1948-1951 en mis intentos de definir una refutación rigurosa de los fraudes obvios de Wiener con respecto a la definición de Boltzmann de la "entropía negativa", basada en el teorema H, así como de las concepciones mecanicistas erróneas de los procesos del pensamiento humano que postularon Wiener y Von Neumann. La forma en que abordé ese problema se puede resumir como parte de lo que debiera convertirse en pedagogía normal en cualquier aula universitaria respetable que enseñe economía en la actualidad.

Lo que nos enseña la historia interna de las matemáticas, en especial la de los últimos 550 años de ascenso de la ciencia europea, es que debemos siempre tratar de medir pero que no debemos confiar ciegamente en las cintas de medir que nos dieron en el aula o en los libros de texto cuando éramos estudiantes. Algunas veces, necesitamos inventar una nueva vara de medir, tal como tenemos hoy cuatro especies distintas de matemáticas. Hasta fines de 1951, yo conocía sólo tres especies de matemáticas; estaba a punto de aprender la cuarta, a partir de enero de 1952.

Apliquemos lo que era entonces, alrededor de 1950-1951, el conocimiento ingenieril industrial común de la estructura de

una economía agroindustrial de desarrollo venturoso. Como insumo y producto de la función correspondiente, definamos un conjunto de canastas de consumo hogareño y de consumo productivo que no contengan nada funcionalmente significativo que no sean productos físicos y tres renglones de servicios: educación, sanidad y progreso científico. Tracemos un corte en cualquier punto del proceso continuo de producción y consumo. Midiendo todos los insumos y productos per cápita, por familia y por kilómetro cuadrado, comparemos el insumo (el consumo de los hogares y de la producción) y el producto (los productos de la infraestructura, la agricultura, la minería y la industria, más los servicios de las formas clásicas de educación, los servicios sanitarios y el progreso científico).

Dado que cualquier proceso económico atrapado en un modo de crecimiento tecnológico nulo se derrumba por fuerza "entrópicamente", nuestra primera preocupación es mantener el crecimiento de la capacidad productiva del trabajo. En consecuencia, restemos el insumo del producto y dividamos la diferencia entre el insumo: el resultado debe ser mayor que cero. El margen por el cual esta proporción debe ser mayor que cero será una suma mayor que el ritmo de obsolescencia técnica.

Hasta aquí, no hay problema. Denominemos al insumo "energía del sistema" y a lo que resta "margen de energía libre". El cociente es la "razón de energía libre".

Aquí viene el problema: no sólo debe haber un ritmo de progreso técnico que cubra el crecimiento necesario y los efectos del consumo de recursos, tanto naturales, como mejorados por el hombre; para sostener en aumento relativo la razón de energía libre necesaria, el valor de la energía del sistema debe aumentar per cápita, por familia y por kilómetro cuadrado. No le hace cómo ajustemos la lista de elementos o de componentes de la hoja de materiales y de la carta de proceso, la dificultad permanece. Eso plantea el problema decisivo.

El siguiente paso es refinar el cuadro escribiendo y verificando una serie de desigualdades lineales que correspondan a la dirección de los cambios en la división social del trabajo y la demografía que acompañan la transformación doble ya indicada en la forma funcional aparente de la elevación de la razón de energía libre. Las principales de esas desigualdades que describen el crecimiento venturoso de las economías en los últimos quinientos años se discuten en mi libro de texto de

1984, *Así que quieres aprender economía*. Se demuestra fácilmente que, en esos mismos siglos, todas las economías que violaron esos requisitos entraron en decadencia; que violar esos requisitos es la característica de las economías que se van a pique.

No debe haber nada de asombroso en que investigara, por esos caminos, estas cuestiones en 1948-1952.

A fines de la década de 1940, después de la depresión de los años treinta y después de la guerra, tras pasar por la recesión de 1947-1948 y la recuperación económica de 1949, desatada por el revivir de la Guerra Fría en el conflicto de Corea, todos los veteranos razonablemente sensibles estábamos al tanto del hecho anómalo de que, en lo que iba del siglo 20, los únicos períodos de prosperidad habían sido aquéllos en que se hicieron los gastos de guerra relativamente mayores. En esos días, era frecuente que se acusara al gobierno de los Estados Unidos, entre otros, de buscar la guerra como un modo de organizar la recuperación económica. Reflexionar en lo que explica esa anomalía económica aparente no hacía la guerra menos dispendiosa de vidas y materiales; rastrear unos cuantos hechos económicos aclaró las razones de las apariencias anómalas.

La característica de la guerra regular moderna es el ritmo excepcionalmente rápido de renovación tecnológica. En unos cuantos años de esfuerzo denodado, se perfeccionan técnicas que de otro modo hubieran necesitado decenios. Como me lo explicaron algunos veteranos del Programa Manhattan con cierto detalle, la intensidad de la colaboración científica en esa empresa apretó decenios en alrededor de cinco años de investigación científica y técnica. Si la historia del desarrollo técnico mediante programas de urgencia se rastrea desde sus orígenes en el liderazgo tecnológico que tuvo Francia en 1793-1814 gracias a Lázaro Carnot y Gaspard Monge hasta los programas de urgencia militares y aeroespaciales de los 150 años subsiguientes, lo que salta a la vista es lo que se puede describir como un proceso de cuatro pasos para inyectarle ritmos acelerados de crecimiento próspero a cualquier economía moderna.

Lo principal, es el progreso fundamental (axiomático-revolucionario) de la ciencia. Casi igual de importante es el que los descubrimientos más decisivos se traduzcan en descubrimientos subsidiarios. En ambos niveles, cada hallazgo genera el diseño de experimentos de demostración de principio. Cuando

estos experimentos se refinan, las enseñanzas de los diseños experimentales exitosos se llevan otro paso adelante y se traducen en principios de diseño de máquinas herramienta o sus equivalentes. Luego, del diseño de máquinas herramientas avanzadas se desprende una revolución en el diseño de productos y en las capacidades productivas del trabajo en la producción misma.

Cuando se llevan adelante programas de urgencia, no sólo el más intenso progreso científico y de otra índole, sino todo concepto nuevo, se traduce rápidamente en aplicaciones militares y de otra índole. El sector de máquinas herramienta crece con rapidez para absorber esto. El ritmo de flujo de herramientas probadas en aplicaciones militares y aeroespaciales intensas, por ejemplo, entra con celeridad excepcional a la economía en general.

El modo de pensar en estas experiencias es dejar de chillar y gemir acerca del equilibrio presupuestario y otras obsesiones perrunas semejantes, que baldan la mente, y concentrarse en las enseñanzas decisivas que se tienen que aprender del examen de semejante apariencia anómala. Concentrémonos en el resultado final, el efecto de la generación de un gran número de técnicas nuevas, a ritmo acelerado, tanto para mejorar el diseño de los productos como para aumentar la capacidad productiva del trabajo. La enseñanza es que si usásemos la cabeza en vez de imitar al rey Luis XVI, que no la usó, entre 1783 y 1789, tendríamos siempre el equivalente moral de una movilización bélica. A saber: debemos empeñarnos en que una gran parte de la fuerza de trabajo total participe en el desarrollo, la inversión y la producción mediante ritmos elevados de inyección en gran escala de descubrimientos científicos nuevos y técnicas nuevas a la promoción de diseños mejorados de los productos y en la rápida elevación de las capacidades productivas del trabajo en general.

Esa lección debe reforzar nuestro aprecio de algo que debería estar claro de antemano: la totalidad de las enseñanzas de la historia y la prehistoria para el arte de gobernar es que el progreso creador revolucionario en el conocimiento científico y sus análogos no es algo que ocurra en la periferia de la visión del hombre: es la esencia de la especie humana, es lo que nos distingue como lo especifica el legado mosaico, como seres

hechos a imagen de Dios Creador en virtud de nuestra capacidad individual perfeccionable de razón creadora.

El aspecto anómalo de la imagen matemática de una economía en crecimiento es que la esencia de la economía no es la producción y el consumo de objetos, sino más bien la superación del ciclo de consumo para la producción de los medios de la existencia humana mejorada. Las facultades creadoras de la razón son la fuente, la causa de ese crecimiento del cual depende absolutamente el que se pueda eludir el derrumbe de la sociedad. El aspecto anómalo del proceso económico es que el rasgo característico de una política económica viable es la razón creadora del hombre, ese principio de razón que la doctrina económica del difunto John von Neumann y de los teóricos actuales del caos niegan implícitamente que exista.

### **Adam Smith no tiene moralidad**

Ninguna nación como tal se ha beneficiado nunca del dogma del "librecambismo", salvo empleándolo como truco para saquear a otra nación. La falla técnica del dogma de Adam Smith no se deriva de algún defecto de su ciencia inexistente, sino que se origina pura y simplemente en su carencia total de decencia humana. Basta leer las bases morales de su dogma de la "mano invisible", en su *Teoría de los sentimientos morales*, escrita en 1759. Ortes es la clave.

Desde que Venecia desvió la Cuarta Cruzada para saquear y arruinar el poder competidor de su antiguo amo, el imperio bizantino, en 1204 d.C., hasta el desmoronamiento de la burbuja crediticia lombarda, a mediados del siglo 14, Venecia dominó la usura mediterránea y europea como una potencia marítima imperial. Esta potencia se vio amenazada por el Concilio de Florencia de 1440 d.C., que condujo a una alianza de naciones —la Liga de Cambray— que estuvo a punto de vencer y destruir el poderío veneciano en el primer decenio del siglo 16. En las secuelas de eso, Venecia sobrevivió azuzando a todos y cada uno de sus enemigos uno en contra del otro; el Papado, Francia, España, el imperio alemán, el imperio otomano e Inglaterra, principalmente. Manipulando las susceptibilidades sexuales del rey Enrique VIII de Inglaterra, posiblemente loco, Venecia separó a Inglaterra de su estrecha relación con España

y con el aliado de la Casa Tódor en Francia. Así, para finales del siglo 16, los círculos dirigentes de Inglaterra se habían vuelto títeres venecianos: Walsingham y sus amigos en torno a la reina Isabel, y el malvado Francis Bacon y compañía en torno al desgraciado rey Jacobo I. Aun durante la guerra civil de Inglaterra, Venecia controló a ambos bandos, incluido Oliver Cromwell, ligado a los Palavicini, y a la restauración Estuardo después de que el hijo y heredero de Cromwell fuera derrocado.

Estos puntos son importantísimos para entender el enorme dominio que ejerció Venecia no sólo sobre Adam Smith, Jeremy Bentham y Thomas Malthus, sino sobre todo en lo que vino a conocerse como pensamiento político, social y económico británico desde mediados del siglo 18 hasta que el presidente George Bush se montó como gato enfermo en la cola de la escoba de la primera ministra Margaret Thatcher. A fines del siglo 17 y principios del siglo 18, en Gran Bretaña, el partido liberal del duque de Marlboro, Walpole, el rey Jorge I y los famosos Clubes del Fuego Infernal se conocían ya como el "partido veneciano", según llamaba Disraeli al partido imperial de la Gran Bretaña de mediados del siglo 19.

Venecia se ocupó de que Londres se convirtiera en la "Venecia del norte", una potencia marítima mundial que construiría un imperio mundial y pasaría a establecer un sistema de gobierno mundial congruente con los principios financieros y sociales venecianos. El partido liberal de Londres, a su vez, estaba feliz de seguir la guía de sus mentores venecianos. Aun en el siglo 18, hasta que la ciudad se debilitó algo en su bronca con el instrumento genovés Napoleón Bonaparte, el servicio de inteligencia veneciano era muy amplio, estaba profundamente infiltrado, era de capacidad temible y todavía muy poderoso.

El retrato de la decadencia de Venecia en los siglos 17 y 18 probablemente le daría asco hasta a los ciudadanos de las viejas Sodoma y Gomorra. Criaturas tan viles como Conti, Grandi, Ortes, Casanova, Cagliostro y después Capodistria fueron los instrumentos apropiados para llevar hasta el último extremo la inmoralidad sistemática que Adam Smith y otros copiarían de los escritos de Ortes.

Nada podría estar más alejado de la verdad que los empiristas británicos con su dogma respecto a la "naturaleza humana". Nadie estuvo más inclinado a lo antinatural que esos solterones venecianos que fueron sus maestros. El hombre no es una

criatura de meros apetitos y pasiones sensuales; si el hombre fuera como Bacon, Hobbes, Locke, Hume, Smith y Bentham retratan a los individuos de nuestra especie, ésta nunca hubiera pasado del nivel de simples *yahoos* semejantes a mandriles, que subsistirían precariamente de unas cuantas bayas mezcladas con los residuos que depositara el mar en las costas del Africa.

La *naturaleza humana* es esa característica esencial que ubica a nuestra especie en su conjunto absolutamente aparte y por encima de las bestias. Esa cualidad, la potencialidad de desarrollo de la razón creadora de cada persona, es por la que la tradición del monoteísmo mosaico reconoce que el hombre está hecho a imagen de Dios Creador. La *naturaleza humana* es una criatura cuya mente y moralidad no han sido destruidos todavía por algún jardín de niños al estilo de la Escuela de Francfort, un niño amoroso que le pregunta a sus padres, a otros parientes, vecinos y prácticamente a todo el que se le aproxime: "¿Por qué?"

# ¡Conozca a Lyndon H. LaRouche!



LYNDON H. LAROUche, JR, devino, a lo largo de los setentas y los ochentas, una de las personalidades políticas internacionales más controvertidas de su época. La controversia, que abarca también cuestiones como su lucha por destruir al narcotráfico internacional y su papel iniciador en la formulación del programa que el presidente Ronald Reagan anunciara el 23 de marzo de 1983 y que vino a conocerse como Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), tiene sus raíces en cuestiones político-económicas no sólo internas de los EU, sino mundiales.

La renovada demostración reciente de su calificación excepcional como pronosticador económico de largo plazo lo ha ubicado en el centro de la crisis sistémica general de la economía mundial, que hace erupción en la actualidad. Así que lo que viene al caso, a modo de currículum vitae, es aquello que ubique su carrera en relación con su papel real y potencial en los esfuerzos por resolver la crisis mundial presente.

## **LaRouche como economista**

La posición de LaRouche como economista de renombre internacional y sus éxitos excepcionales como pronosticador de

largo plazo resultan de sus descubrimientos originales de principio físico, que se remontan a un proyecto realizado en 1948-1952. Estos descubrimientos surgieron de su oposición a los intentos del profesor Norbert Wiener, devoto de Bertrand Russell, de aplicar a la comunicación de ideas la llamada "teoría de la información", como lo hizo en su libro de 1948 *Cybernetics*. Como parte del mismo proyecto, se opuso a los intentos de otro devoto de Russell, John von Neumann, de degradar los procesos económicos reales a soluciones de sistemas de desigualdades lineales simultáneas.

Como resultado de ese proyecto, LaRouche introdujo explícitamente nociones axiomáticamente alineales de cognición humana individual a la ciencia de la economía física fundada por la obra correspondiente 1671-1716 de Gottfried Leibniz. La propia obra de LaRouche localizó el factor alineal determinante del aumento de la densidad relativa demográfica potencial de la sociedad en las relaciones de las que es ejemplo el papel del principio de las máquinas herramienta de ligar los experimentos que hacen para demostrar un principio con el perfeccionamiento de diseños tanto de productos como de procesos productivos.

En la búsqueda subsecuente de una norma métrica para este estudio del papel funcional de la cognición, LaRouche adoptó el punto de vista de Leibniz, Gauss y Riemann, según lo expresa la disertación de habilitación de Bernhard Riemann de 1852. Por eso, la aplicación de conceptos riemannianos a los propios descubrimientos de LaRouche vino a conocerse como el método LaRouche-Riemann.

Su obra se conoce sobre todo por el buen éxito de dos pronósticos de largo plazo. El primero fue elaborado en 1959-1960; pronosticaba que, de persistir los supuestos axiomáticos de la política de las presidencias de Truman y Eisenhower, el segundo lustro de los sesentas sufriría una serie de crisis financiero-monetarias internacionales que llevarían a la ruina de los acuerdos de Bretton Woods. Eso fue lo que ocurrió en el intervalo entre la devaluación de la libra esterlina de noviembre de 1967 y el rompimiento de los acuerdos de Bretton Woods del 15 y el 16 de agosto de 1971.

El segundo pronóstico se basó en las implicaciones de ese rompimiento de 1971. LaRouche pronosticó que, si las potencias dominantes recurrían a una combinación de formas mone-

tarias cada vez más rapaces de medidas de austeridad, el resultado sería no una nueva crisis cíclica, sino, más bien, una crisis sistémica, una "crisis general de desintegración" del sistema global. Desde la crisis del mercado de valores estadounidense de octubre 1987, y las decisiones estratégicas, económicas, financieras y monetarias del lapso 1989-1992, el sistema financiero-monetario mundial quedó atrapado en la serie de sacudidas sísmicas que tienen lugar en la actualidad y que expresan esa crisis sistémica mundial o de "desintegración general".

### **Personalidad de controversia política**

La obra y las actividades de LaRouche como economista siempre han confluído, desde que prestó servicio militar en la India de la posguerra, con su adhesión permanente a lo que se ha llamado a menudo "un nuevo orden económico mundial justo": la urgencia de asegurarle a las que se llama a veces "naciones del Tercer Mundo" su pleno derecho a la soberanía nacional perfecta y al acceso al mejoramiento de sus sistemas educativos y economías aprovechando la ciencia y la técnica más adelantadas. A este respecto, LaRouche ha continuado la pelea contra la política del Imperio Británico y su Mancomunidad que tuvo, por los mismos motivos, el presidente de los Estados Unidos Franklin D. Roosevelt con el primer ministro de la Gran Bretaña de la época de la guerra, Winston Churchill.

En el mismo sentido, se opuso a los moldes políticos que en economía y asuntos conexos siguieron los gobiernos de los presidentes Truman y Eisenhower, y Nixon, Carter, Reagan y Bush (más notablemente). Hoy en día, en la política económica interna y externa de los EU, su postura se ejemplifica por su oposición indomable a las directrices pertinentes de Henry A. Kissinger, del *Wall Street Journal* de Robert Bartley, y de los doctrinarios neomaltusianos en general. En estas cuestiones de política interna y externa de los EU, LaRouche está alineado con la tradición de lo que se conoció otrora como "sistema americano de economía política", tradición patriótica antibritánica representada por la orientación de Benjamín Franklin y de adversarios de los dogmas del apologista de la Compañía de las Indias Orientales británica Adam Smith como el secretario de Hacienda de los Estados Unidos Alexander Hamilton, Mathew y Henry Carey, de Filadelfia, Federico List y el presi-

dente Abraham Lincoln. LaRouche siempre ha apoyado la clase de medidas "dirigistas" propias de esa tradición del sistema americano, y la importancia que le da dicha tradición al fomento de la inversión en el progreso científico y técnico, así como al desarrollo de la infraestructura económica básica, en contra del "libre cambio" y dogmas semejantes de la escuela de Haileybury y la escuela positivista.

Desde sus estudios de 1948-1952, LaRouche siempre ha situado la base política profunda de la oposición entre los dos campos modernos de la política económica en la lucha de las fuerzas que encuentran su interés propio en la economía nacional, como los granjeros, los empresarios industriales y los trabajadores, en contra de esos intereses financieros oligárquicos que saquean a la economía nacional por medio de mecanismos de usura financieros y análogos.

En un aspecto conexo, LaRouche ha localizado la importancia histórica excepcional de la Revolución Estadounidense y de la Constitución Federal de los EU en el hecho de que, aunque las ideas de la Revolución Estadounidense fueron producto de la tradición europea del Renacimiento del siglo 15, la América del Norte estaba a la apropiada distancia estratégica de una Europa todavía dominada por esas combinaciones de aristocracia terrateniente feudal y oligarquía financiera feudal de las que es ejemplo la alianza Castlereagh-Metternich en el Congreso de Viena. De modo que los Estados nacionales de Europa surgieron principalmente como reformas cuasirrepublicanas parlamentarias dentro de naciones todavía regidas desde arriba por oligarquías feudales, como el Reino Unido, en vez de verdaderas repúblicas como la república federal estadounidense de 1789.

A este respecto, apenas LaRouche empezó a cobrar cierto grado de influencia política, primero dentro de los Estados Unidos y luego en el extranjero, entró en un conflicto político cada vez más acre con los sectores oligárquicos financieros y sus lacayos, tanto en los EU como en otros países. En los EU, se trata de una combinación de familias oligarcas ligadas, en el pasado, a los traficantes de opio de Nueva Inglaterra, banqueros de Manhattan de la tradición de Aaron Burr, Martin van Buren, August Belmont y J. P. Morgan, y aquéllos que se aferran a la tradición esclavista sureña.

Además, desde 1964-1972, LaRouche ha sido organizador

destacado de la oposición al cambio de paradigma cultural de 1964–1972. Al respecto, se ha vuelto blanco importante de la acre enemistad de ideólogos de una variedad de sectas de la Nueva Era como la contracultura del *rock*, las drogas y el libertinaje sexual, los utopismos “posindustriales” en general y las formas “neomaltusianas” de las anticientíficas modas “ambientistas”.

Como resultado de ello, LaRouche ha sido blanco de una serie de intentos conocidos de eliminarlo, hasta físicamente, ejecutados por toda clase de entidades oficiales y privadas dentro y fuera de los EU. De esos intentos son ejemplo el complot que dirigiera en 1973 el Buró Federal de Investigaciones (FBI) de los EU, según se admite en documentos oficiales dados a conocer posteriormente, y la operación oficial estadounidense de 1983–1988 ejecutada al amparo de la orden presidencial 12333.

### **Campañas por puestos públicos**

Desde 1976, LaRouche ha hecho campaña varias veces por el cargo de presidente de los Estados Unidos; seis veces, ha contendido por la candidatura presidencial del Partido Demócrata. En estos momentos, contiende por la candidatura presidencial de dicho partido para el año 2000. En cada una de las campañas respectivas de 1976, 1980 y 1984, el motivo central fue el mismo: la inevitabilidad práctica de un descenso prolongado en la crisis financiera y monetaria sistémica mundial, a menos que se adoptara cierto género específico de cambios de política económica, financiera, monetaria y social. En 1988, el tema de la campaña fue la caída inminente del sistema soviético —y la posible reunificación de Alemania a corto plazo—, que empezaría en Europa oriental ya en 1989. En 1992, el tema fue el hecho de que se había iniciado la avalancha financiero-monetaria que amenazaba con producir un descarrilamiento financiero y monetario general en algún momento de la misma década. En 1996, ese estallido de una crisis sistémica financiero-monetaria mundial general era inminente. Las premisas ofrecidas para esta perspectiva fueron siempre las mismas, la posibilidad a largo plazo de una crisis de desintegración, prevista en las circunstancias del rompimiento de 1971 de los acuerdos de Bretton Woods.

En cada una de esas campañas, el remedio propuesto fue siempre el mismo: una reforma fundamental de los sistemas económico, financiero y monetario del planeta, con el acento en: a) el retorno a los mejores rasgos del sistema de Bretton Woods de los cincuentas; b) el reemplazo general del sistema de banca central con el tipo de banca nacional que el secretario de Hacienda de los Estados Unidos, Alexander Hamilton le atribuyó a las implicaciones de la Constitución Federal de los EU; c) un nuevo orden económico mundial justo en tanto nueva clase de asociación entre Estados nacionales soberanos; d) preferencia por el desarrollo en gran escala de la infraestructura económica básica, la producción suficiente de abastos y el fomento del aumento de la productividad per cápita por medio de la inversión en el progreso científico y técnico.

Un rasgo importante de las campañas de 1976-1984 fueron las proposiciones de medidas de cooperación científica y técnica entre los EU y la URSS, para realizar lo que el doctor Edward Teller calificó, a fines de 1982, de "propósitos comunes de la humanidad". Descuella entre esas proposiciones la versión original, de 1979, de la "Iniciativa de Defensa Estratégica" (IDE), incluida entre los puntos principales de la campaña de 1980 por la candidatura demócrata. En 1988, la IDE fue sustituida con un programa de "alimentos por la paz", basado en la previsión de que Europa oriental y la Unión Soviética sufrirían una crisis económica en cascada a partir de 1989. Para el 2000, la campaña actual se dirige en lo principal a fomentar la pronta creación de un Nuevo Bretton Woods, con eje en la cooperación entre los presidentes de los EU y China, mucho antes de que llegue el año 2000. La campaña se propone en estos momentos auspiciar que el presidente actual de los EU, William Clinton, realice ese objetivo. La finalidad es establecer una nueva forma de estabilidad financiera y monetaria mundial, congruente con los principios de un nuevo orden económico mundial justo, que se instaure a tiempo de impedir que el proceso actual de desintegración financiera, monetaria y económica hunda al planeta, muy pronto, en una era de tinieblas planetaria.

### **Ciencia y arte clásico**

El rasgo central de todas las actividades de LaRouche es la gran importancia que le concede a las facultades cognoscitivas

soberanas de la mente humana individual de cuyas funciones son mero ejemplo los descubrimientos comprobados de principios físicos. Desde sus descubrimientos originales de 1948-1952, siempre ha subrayado que los procesos de los que brota el descubrimiento de principios físicos son de naturaleza idéntica a aquéllos de los que brota la composición de metáforas en las grandes composiciones en las formas clásicas de poesía, música, tragedia y artes plásticas. LaRouche adquirió este punto de vista cuando rechazó el dogma romántico de Emmanuel Kant en la estética. En consecuencia, rechaza las nociones empiristas, cartesianas y positivistas tanto de la "ciencia objetiva" como de la separación entre la ciencia y el arte. Considera que la ciencia y el arte son intrínsecamente subjetivos, y no objetivos, o sea, la generación subjetiva de principios científicos objetivamente comprobables, de nuevas ideas engendradas como soluciones de metáforas.

Fueron éstas las consideraciones principales que lo llevaron a participar en la creación de una asociación científica, la *Fusion Energy Foundation*, a mediados de los setentas, y a apoyar el que su esposa, Helga Zepp LaRouche, fundara el *Club de la Vida* y el *Instituto Schiller*, en los ochentas. En los ochentas, puso en marcha un proyecto para aclarar ciertos principios decisivos de la composición de música clásica y su ejecución, proyecto del que resultó un importante libro. LaRouche trabaja actualmente con algunos de sus colaboradores en la formulación de mejores métodos de enseñanza, basados, entre otros, en modelos pedagógicos derivados de la obra científica de la cultura clásica griega, Leonardo da Vinci, Johannes Kepler, Gottfried Leibniz, Carl Gauss y Bernhard Riemann. El principio que subyace en este esfuerzo es que el educando debe conocer, en vez de meramente aprender, la materia reproduciendo el acto original de descubrimiento de un principio de tal manera que reexperimente los procesos mentales empleados por el descubridor original de ese principio. Esta es la definición de LaRouche del método humanista clásico de educación.

Nacimiento: 8 de septiembre de 1922, Rochester, Nueva Hampshire, EU.

Padres: Lyndon Hermyle LaRouche, Sr., ciudadano de nacimiento, consultor técnico internacional-

mente conocido de fabricantes de calzado; Jessie Weir LaRouche, ciudadana de nacimiento.

**Casado:** Diciembre de 1977 con Helga Zepp LaRouche, oriunda y ciudadana de Alemania; experta en Nicolás de Cusa y Federico Schiller; fundadora y directora del *Instituto Schiller*; personalidad política de Alemania.

**Hijo:** Daniel Vincent LaRouche, nacido en agosto de 1956; especialista en procesamiento de datos.

**Instrucción:** Escuelas públicas de Rochester, Nueva Hampshire, y Lynn, Massachusetts; asistió a la Universidad del Noreste en 1940, 1941, 1942, 1946, 1947.

**Servicio militar:** Ejército de los EU, 1944–1946; prestó servicio en la India y Birmania.

**Experiencia profesional:** Consultor gerencial, economista, 1947–1948, 1952–1972. Fundador (1974) del semanario *Executive Intelligence Review*; cofundador (1975) de la *Fusion Energy Foundation*; miembro del *Instituto Schiller*.

**Libros:** *¿Así que quieres aprender economía?* (1984, 1995); *La ciencia de la economía cristiana* (1991).

**Actividad política:** Contendiente por la candidatura del Partido Demócrata a presidente de los EU: 1980, 1984, 1988, 1992, 1996, 2000.

Candidato del Partido Laboral de los EU a presidente de los EU, 1976.

Candidato a representante federal, Virginia, 1990.

**Condena:** Declarado culpable de conspiración en diciembre de 1988, y encarcelado por ello de 1989 a 1994, en un juicio político que el jurista alemán profesor Friedrich A. Freiherr von der Heydte dijo en 1989 que era comparable con

el escándalo del caso del capitán Alfred Dreyfus, de Francia: "Todo lo que hemos podido averiguar acerca del juicio contra Lyndon H. LaRouche no ha sido más que otro doloroso recordatorio de que la explotación del sistema judicial para alcanzar fines políticos es, por desgracia, un método usado repetidas veces en nuestros días tanto en Occidente como en Oriente". Ante una comisión que investigaba el mismo caso, el ex procurador general de los EU Ramsey Clark declaró el 2 de septiembre de 1994 que el caso LaRouche "representó una gama más amplia de ardides deliberados y atropellos sistemáticos, empleando el poder del gobierno federal, por un período más prolongado, que cualquier otro proceso incoado por el gobierno estadounidense en mi vida o que yo conozca".

# ¡Súmate a la lucha de LaRouche por un Nuevo Bretton Woods!

---

Abraham Lincoln te lo advirtió:

“Se puede engañar a una parte del pueblo todo el tiempo, y a todo el pueblo parte del tiempo; pero no se puede engañar a todo el pueblo todo el tiempo”.

Que no te vuelvan a engañar; esta vez, vota por LaRouche.

**Lyndon LaRouche** es el proponente principal de un nuevo sistema monetario justo, basado en los principios del sistema americano, y es el opositor principal del Fondo Monetario Internacional. En la actualidad, es el único dirigente demócrata calificado para contender por la Presidencia en el año 2000. Este libro de campaña incluye:

■ Lo que define a un Estado nacional genuino: su relación con la economía real y la cultura clásica.

■ Cómo deben pensar las bases populares del Partido Demócrata —los granjeros, los trabajadores y las minorías que formaron la coalición de FDR— acerca de sus intereses comunes.

■ La amenaza que plantea la malvada ideología de la “Nueva Era” de Al Gore, presunto contendiente demócrata principal.

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

**“En las circunstancias actuales el presidente de los Estados Unidos no tiene otra salida cuerda que el diseño exacto de un Nuevo Bretton Woods que llevo meses planteando. Esta no es meramente una solución mejor que cualquier otra propuesta; a estas alturas constituye la única alternativa al Infierno en la Tierra. Cualquier rumbo contrario garantizará la peor catástrofe financiera que haya experimentado este planeta desde la ‘nueva era de tinieblas’ del siglo 14.”**

—Lyndon H. LaRouche, Jr.

Se sugiere una cooperación de \$15